

EL SÉPTIMO CÍRCULO

LA TORRE Y LA MUERTE

POR
MICHAEL INNES



Lectulandia

La torre y la muerte fue seleccionada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares para su colección *El séptimo círculo*, dedicada al género policial y de misterio. La primera edición es de 1938. Innes, cuya destreza narrativa es admirable, crea una novela policial con elementos góticos y la visión sarcástica de la realidad que caracteriza a los británicos.

El acontecimiento que da inicio a la trama es la muerte de Ranald Guthrie, propietario del sombrío castillo de Erchany, situado en un solitario rincón de la campiña escocesa. La víctima es un hombre avaro y violento, odiado por los aldeanos, quien vive con su pupila Christine —de la que se rumorea que es hija ilegítima de Ranald—, el matrimonio de caseros integrado por el siniestro Hardcastle y su mujer, y Tammás, un muchacho débil mental. Sobre todos ellos recaen las sospechas por el asesinato del último de los Guthrie; también sobre el encantador joven inglés Noel Gilby y la norteamericana Sybil Guthrie, prima de Ranald, quienes llegan al castillo por azar, la noche del crimen. Pero el principal sospechoso es Neil Lindsay, enamorado de Christine e integrante de una familia rival de los Guthrie. Hábilmente, Innes pone la narración de los hechos en boca de sucesivos narradores, que son también personajes de la novela: el zapatero Ewan Bell, aficionado al estudio y protector de Christine; nuestro conocido Noel Gylby; Aljo Wedderburn, un abogado con escasa experiencia en asesinatos; y finalmente, el agente de Scotland Yard, John Appleby.

Basta con la lectura del primer párrafo, para que el lector se sienta irresistiblemente atraído por la ominosa atmósfera del castillo y el misterio de sus habitantes, así como por la prosa exquisita de Michael Innes.

Lectulandia

Michael Innes

La torre y la muerte

EL séptimo círculo - 3

ePub r1.0

Titivillus 25.09.15

Título original: *Lament for a Maker*
Michael Innes, 1938
Traducción: J. A. Cotta
Diseño de cubierta: José Bonomi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I. EL RELATO DE EWAN BELL

1

En esta narración se verá bien claro que el señor Wedderburn, procurador de Edimburgo, es tan engañoso como suave; que necesita toda la insidia que Eva nos transmitió de la Serpiente, es innegable, pues debe ganarse la vida entre abogados. Es astuto. Y como primera prueba aquí está Ewan Bell, el zapatero de Kinkeig, tomando la pluma para comenzar a dar forma a un libro; y todo debido a la manera como lo trató el señor Wedderburn. Fue así:

Los dos estábamos sentados en su habitación, en *Las Armas*, con un vaso de ponche para combatir el mal tiempo; y, a fe mía, en estos últimos días yo había soportado algo más que nieve y el mordiente viento de diciembre, y hubo ocasiones en que no creí volver a ver un ponche y un generoso fuego. Nos sentamos rumiando todo aquel extraño asunto —nunca se vio nada parecido por los contornos—, y luego el señor Wedderburn levantó la vista de su vaso y dijo:

—Ha sido como una novela.

—De veras, señor Wedderburn —repliqué—, es cierto; porque ha sido pura obra del Diablo desde el comienzo hasta el fin.

Al oír esto sonrió con su agradable manera habitual. A menudo uno piensa que el señor Wedderburn está viendo algo gracioso que los demás no ven. Después me miró con mucha gravedad, y dijo:

—Creo que usted mismo podría hacer un excelente relato con eso, señor Bell. ¿Por qué no prueba su mano?

Quedé pasmado: días extraños, pensé, en que un cortés abogado puede hablar así a un miembro del consejo de la iglesia de Kinkeig. El poder de invención es siempre una añagaza maligna, a menos que se lo use con el piadoso propósito de concebir una plegaria. Sin embargo, ahí está el señor Wedderburn insinuando que yo había nacido novelista, y, en seguida, urgiéndome a que escribiera un relato de toda la historia, ¡no con un fin moral, sino porque contenía elementos para un buen cuento! Siempre hay algo caprichoso en el señor Wedderburn (empecinado como es en la ocasión) y este plan era, sin duda, el más absurdo que jamás se le había ocurrido. Le dije que no tenía aptitud para el oficio, pues era apenas un remendón que envejecía junto a sus hormas.

—Vamos, señor Bell —dijo—, es bien sabido que después del pastor y del dómine, el zapatero es el hombre de más saber en la parroquia.

—Se dice que es el ateo, también —repliqué secamente—; y hay excepciones, quizá, para cada regla.

Pero admito que me agradó lo que dijo. En parte porque me gustan las palabras antiguas; mucho después que Will Saunders hubo cambiado su letrero de *Matarife* por *Carnicero de Familias* (que sin duda es una manera tonta de hablar) aún retenía yo el nombre de *sutor* de Kinkeig. Me halagaba pensar que el dicho era aplicable a nuestra parroquia; aplicable y algo más. Pues aunque tenemos, en el doctor Jervie a un pastor muy sabio, de ningún modo tenemos dómine, que el tiempo de éstos ya

pasó y los han reemplazado con doncellas irreductibles; uno puede escuchar el chillido de la maestra de Kinkeig, por encima del ruido de toda la escuela, y ¿qué hombre quiere sentir eso, en su oído, a la mañana? Y aunque Miss Strachan —que tal es su nombre— tiene el diploma de la Universidad de Edimburgo, nada tiene de la sabiduría del antiguo dómine; recuerdo que conversamos una vez, y ella creía que Plutarco había escrito sus libros en lengua latina; me sentí muy desconcertado y cambié de tema. Y, sin embargo, está muy satisfecha consigo misma: en Edimburgo escribió una composición —tesis la llama— sobre *El cinematógrafo como ayuda en la educación visual*, y está tan orgullosa como si hubiera escrito la *Lógica* de Bain o la *Retórica* del Dr. Hugh Blair. Recuerdo que Rob Yule, una vez, le preguntó: «¿Y qué es la educación visual?», y antes que la mujer respondiera, Will Saunders explicó: «Es la que Susana proporcionó a los ancianos». Un disparate que ofendió mucho a la maestra; es un joven muy rudo Will.

Pero mal pinta mi historia si voy a divagar de este modo.

Bien sabía yo que si alguien de la parroquia contara la historia, debiera ser yo mismo, pues nadie podía esperar que lo hiciera el Dr. Jervie, que tiene ciencia para cosas más importantes. Y, a decir verdad, no soy hombre iletrado, que van ya para cuarenta años desde que seguí a Sir John Lubbock a través de *Los cien mejores libros*, y dudo si las muchachitas de los colegios lo hacen. No obstante, dije entonces al señor Wedderburn: *Ne sutor ultra crepidam*^[1], que ésa era —cosa extraña— la manera en que los romanos decían a un hombre que se ocupara de sus asuntos. Y no negaré que el sacar de mi cabeza una respuesta tan feliz me puso aun de mejor humor. Sea como fuere, me sentía muy contento al comprender que aquellos días espantosos habían terminado.

Pero el señor Wedderburn no concedió a mi latín más que una leve inclinación de cabeza, y prosiguió:

—Usted comience, señor Bell, y haremos que los otros recojan el cuento y nos hablen de su propia participación en él.

—¿Incluido usted mismo, señor Wedderburn?

Dije esto incisivamente, pensando, de ese modo, recordarle la insensatez del plan.

—Sin duda —dijo— (y ¿qué hizo en seguida sino pedir más ponche?).

Otra vez me sentí bastante pasmado.

—Bueno —dije, indeciso—, supongo que hubo un Sir Walter.

—Sin duda lo hubo, señor Bell. Y podemos permanecer tan anónimos como él. Recordará usted que Lockhart dice cuán misterioso era el Gran Encantador.

Me agradó que diera por sentado que yo había leído la *Vida de Sir Walter Scott*, de Lockhart. Pero aun así, creo que me habría mantenido firme, si mi vanidad no me hubiera traicionado. Porque estaba a punto de decir directamente *No*, cuando —¡a fe mía!— otra frase vino a mi cabeza.

—Señor Wedderburn —dije—, lo llevaré a consulta privada; que es lo que dicen sus amigos, los jueces de Edimburgo, cuando no quieren arriesgar una opinión

definitiva.

Y al oír eso rió, y dejamos el asunto para cuando regresara al Sur, al día siguiente.

Entonces, mientras esperaba el automóvil que debía llevarlo a través de la nieve hasta el empalme ferroviario, me enteré un poco más de lo que pensaba. Tenía un amigo joven, dijo, un hombre sin mucho meollo, que había escrito cuentos descabellados, misteriosos, relativos a gente rarísima y a hechos sobrenaturales. El señor Wedderburn quería que volviera a lo que él llamaba la realidad. Y como el asunto de Guthrie había sido bastante real —aunque, también, algo fantástico—, y las personas comprometidas eran de las que este muchacho escritor podía entender, el señor Wedderburn creyó que sería interesante proporcionáramos al muchacho los materiales en una serie de narraciones, para que él los utilizara a su antojo. Y por cierto que se ingeniaría —lo que sería necesario— para que nuestros nombres, y otras cosas, fueran cambiados, y Kinkeig y todos los que en él viven no alcanzaran más notoriedad de la que ya habían logrado.

Parecía un proyecto agradable, y una oportunidad para sacar algo bueno de tanto mal. En definitiva, prometí al señor Wedderburn hacerla. En las páginas siguientes comienzo una crónica de los acontecimientos que precedieron a la muerte de Ronald Guthrie. Empezaré —como aconseja el poeta Horacio— *in medias res*, y luego retrocederé a hechos más antiguos. Si el joven amigo del señor Wedderburn, en Edimburgo, desconfía de Horacio, puede cambiar eso también.

Cuando bajó hasta el valle de Erchany la nueva de que Ranald Guthrie se había quitado su impía vida, pocas lamentaciones se oyeron en Kinkeig. Se le conocía como hombre soez, a pesar de sus años y su nobleza, que había vivido, según la memoria de los más, casi tan solitario como un cuervo: un recluso, le había llamado el último párroco.

Y circulaba una historia de cómo el párroco, años atrás, se había echado valle arriba para visitar a Guthrie y solicitarle una suscripción para una obra de caridad. Se decía que Guthrie, creyendo que el párroco había venido a regañarle porque su banco de la iglesia estaba siempre vacío, disparó contra él una mohosa escopeta. Algunos dicen que sólo le soltó los perros, y otros, que las ratas, porque las ratas de Erchany eran más famosas que todas las ratas del pueblo de Hamelin. Y fuera una escopeta, o perros, o ratas, todo Kinkeig rió, porque el párroco —el antecesor del Dr. Jervie— era poco querido. Pero si la gente no quería al párroco, odiaba a Ranald Guthrie. Y eso resultaba extraño a primera vista, porque en tanto que el párroco rondaba siempre las casas de la gente, gritando «¿Hay alguien adentro?», y en seguida cruzaba el umbral diciendo tonterías y esperando una copa, Guthrie estaba muy lejos y no importunaba a nadie. Pero la gente odiaba hasta su nombre, tan tacaño era.

Guthrie era el hombre más tacaño del contorno, y eso que había algunos bastante mezquinos. Rob Yule, que cultivaba los hermosos parques que hay aguas abajo, sobre el Drochet, y tenía más dinero que muchos, solía caminar detrás del carro que llevaba a su casa la harina del molino, gritando al muchacho que anduviera con cautela; tenía una palita de abacero, y cuando caía del carro un puñado de harina, ya estaba él agachado con su palita, raspándola del barro. Y Fairbairn —el de Glenlippet, cuya mujer estaba tullida por el reumatismo, y trabajaba tanto para la iglesia que le hizo comprar un automóvil para estar segura de llegar siempre a la Sociedad de Costura para los Pobres—, Fairbairn tomaba la patente del automóvil para tres meses, pues ella era diez años mayor, y él siempre tenía esperanzas. Pero en cuanto a mezquindad, ni Rob Yule, ni Fairbairn podían competir con Ranald Guthrie (Guthrie, que se destacaba tanto entre la pequeña nobleza como Rob entre los arrendatarios, y que había sido en sus tiempos, decían los hombres, un gran erudito).

De todos los moradores de los valles vecinos, sólo de Ranald Guthrie podía honestamente decirse que era tan mezquino como un inglés. Casi todos, en Kinkeig, habían sufrido a causa de él, porque poseía todas las tierras de los alrededores, y su agente, Hardcastle, se dedicaba con muy buena gana a la opresión y la persecución que se le encomendaban. Cuando corrió hasta Kinkeig la voz de que Guthrie se había suicidado, muchos se sintieron muy contentos, y muy pocos se entristecieron. Muchos que estaban contentos, esperaban sin duda un hacendado mejor. Pero los pocos que tenían una chispa de imaginación estaban tristes, porque lamentaron que Guthrie no hubiera llevado consigo a Hardcastle, para oprimir y perseguir a la gente

cuando estuviera establecido —como lo está desde entonces, sin duda— entre las almas adineradas del infierno. Pero el cuello de Hardcastle seguía tan firme como el día en que su madre chilló por primera vez al observar su horrible aspecto; y en su mirada se veía —dijo Laurie, el gendarme— que esperaba salir de la tragedia bastante cómodo y enriquecido. Cuando la gente se enteró de que habían pasado cosas anómalas en el final de Guthrie, y que el propio administrador ejecutivo del condado venía a Kinkeig a investigar la verdad, no faltaron lenguas para profetizar que pronto Hardcastle sería encarcelado; y cuando la anomalía creció, a raíz del descabellado rumor de lo que había acontecido al cadáver, de tal modo que el ahorcamiento de Neil Lindsay andaba en los labios de todos los viejos tontos y chapuceros de la parroquia, hubo muchos que aún insistían en que Hardcastle estaba complicado. El viejo Speirs, el librero, al que llamaban el Ciudadano Pensativo, porque siempre andaba repitiendo los disparates de los diarios ingleses, anduvo por ahí diciendo que sin duda Hardcastle era cómplice del hecho, y que era inevitable que lo detuvieran. Recargado de leyes del crimen estaba el viejo Speirs desde que se surtió de Edgar Wallace, para los chicos del Dr. Jervie, y solía pregonar sus opiniones todas las noches en *Las Armas*, con un grupo de camaradas que escuchaban sus discursos como si contuvieran toda la sabiduría de Salomón. Pero, vamos, estoy perdiendo el hilo otra vez.

3

Fue un invierno duro. La mañana del armisticio vio reunirse las nubes plomizas detrás del Ben Cailie —cuya nevada cumbre se destacaba, brillante e impasible, contra ellas—, en la luz helada del sol matinal. Después el cielo se oscureció, y a las once, mientras el pastor celebraba el oficio religioso junto al monumento recordatorio cayeron los primeros copos; en seguida se pudo decir que aquello iba a durar, por la manera en que se depositaba la nieve sobre el manto del pastor. Algunos creyeron que éste interrumpiría el oficio, pero él prosiguió sin prestar atención; y unas pocas gentes abrieron el paraguas, y el resto se arropó en sus chales —viudas, casi todas; con sus pensamientos en veintitantos años atrás— y cantó el salmo ciento veintiuno:

Alzaré mis ojos a los montes...

Dulce y extraño era aquello; no se veían los cerros, ni el Ben Cailie ni las serranías de los alrededores, y las palabras eran como una extraña parábola de fe en las cosas invisibles. Y luego los copos se espesaron, cayeron de firme, y arrancaron el salmo de los labios de la gente, y lo atenuaron de modo que el canto parecía venir de muy lejos. Hay siempre algo que traspasa el espíritu en un oficio religioso al aire libre, en Escocia; algo tan penetrante que rara vez se los celebra de ese modo: ya nos hartamos en los días de la Solemne Liga y Tratado.

Este 11 de noviembre, digo, fue el comienzo de una estación amarga. Porque la nieve que comenzó a caer ese día en copos tan amplios que la gente decía que desaparecería a la mañana siguiente, se mantuvo durante quince días bajo un aire inmóvil, helado; las puntas de las ramas temblaban bajo su peso. Y esa nieve se extinguió en un rápido deshielo y con una gran tormenta, un huracán capaz de derrumbar a otro Puente de Tay, que aulló valle arriba y destrozó grandes planchas de plomo de las desvencijadas murallas del Castillo de Erchany. Y apenas cesó aquello, con los rastrojos aún humeantes, cayó una helada atroz.

La nieve caía otra vez a mediados de diciembre, y los niños se sentían muy contentos con la blanca Navidad que sin duda tendrían. Pero como persistía, fina e incesante, día tras día, las personas prudentes de Kinkeig comenzaron a cuidar sus provisiones, y los arrendatarios a apresurarse penosamente para llevar al molino una carga adicional de trigo. El Ciudadano Pensativo dijo que el invierno alcanzaría un *record*, seguramente, y sería una gran estación para los patinadores. Y eso era un hermoso consuelo para los que estaban pensando en sus vaquitas. Esto debe decirse en favor del aprovisionamiento de Edgar Wallace y Annie S. Swan: no necesitan ni pan de avena ni abono.

Cuando dejó de nevar, advertimos que sólo tenía que producirse otra nevada y levantarse un poco de viento para que el lugar quedara completamente aislado, pues

aunque el condado tiene ahora suficientes barrenieves, transcurriría largo tiempo antes que pensarán en enviar una a un lugar tan remoto como Kinkeig. Así es que nos sentábamos poco menos que ociosos, los viejos que poseían alguna extensión de parque, quizá afilando alguna reja de arado para la primavera, y los granjeros jóvenes tostando sus abultadas panzas frente a un alegre fuego y sacudiendo la cabeza sobre un catálogo de tractores de la grosera criatura norteamericana, Henry Ford. Y el silencio que trae la nieve se espesaba en torno de nosotros: ni un sonido en todos los valles, salvo las avefrías que pasaban gritando su propia extrañeza ante la tierra extraña y amortajada, y a veces, algún alboroto en el granero, cuando alguna mujer salía a alimentar las gallinas. Siempre hay la sensación de esperar algo en una Navidad blanca, y acaso ha sucedido así desde el año primero de J. C. Después, muchos dijeron que habían tenido presentimiento; ignoraban de qué, no era más que una sensación tremenda, no recordaban haber tenido nunca otra igual. Y una anciana dijo que cuando el pastor predicaba sobre los Ángeles Heraldos y ella trataba, con mucha piedad, de evocar mentalmente su aspecto, como los cuadros que ponen en las tarjetas de Navidad, tuvo una visión de Tammás, el bobo, que venía desde Erchany saltando sobre la nieve y tartamudeando *¡crimen!*; esto ocurrió una semana antes del hecho; pero no lo había contado entonces creyendo que era un fantaseo muy poco cristiano. Era la señora McLaren, la mujer del herrero; debe decirse que tiene talento para lo que el librero llama publicidad.

Si un silencio desusado había caído con la nieve sobre la naturaleza, en aquellas semanas, había en Kinkeig abundancia de lenguas humanas para suplir la deficiencia. Cuanto menos trabajo, más murmuraciones; debe de haber habido aún más chismes que nunca sobre la casa grande. El Castillo de Erchany está bastante lejos de Kinkeig; pero es la casa del señor y, además, la única casa de gente acomodada, excluida la rectoría, en muchas millas; de modo que es el centro natural de la conversación ociosa. Parecería que debía estar habitado por la gente más monótona y más tranquila de Escocia; pero no es así. Los Guthrie siempre tuvieron algo que llamó la atención e hizo gritar o cuchichear a la gente: resplandeciente coraje, el espectral reflejo de sus traiciones, sus nacimientos en plazos extraños, una violación o un romance que asoma por debajo de sus aprovechados matrimonios, la violencia o la locura o algún éxtasis inverosímil que arroja brillo o sombras sobre su fin. Muchas antiguas familias tienen tanto color en sus historias como los Guthrie, pero pocas de las que se han ingeniado para retener sus propiedades durante siglos lo poseen en tal medida. Los Guthrie han estado en Erchany desde mucho antes de la Reforma; y, lector, te advierto que hasta la Reforma, tú y yo deberemos retroceder con ellos en seguida. Pero por ahora mi mejor rumbo cruza por Ranald Guthrie y los espantajos. Con esto comenzó la principal murmuración en aquellas semanas.

Ranald Guthrie era tacaño; cuán tacaño, pocos en Kinkeig lo sabían. Pues, aunque todos estaban enterados de los espantajos, lo que en verdad hizo hablar a la gente fue la manera como trató a los Gamley, y no el asunto de los espantajos; eso distaba de

dar la medida de su mezquindad. Desde mucho tiempo atrás yo sabía que su mezquindad se aproximaba a la locura, desde la época en que sus primos norteamericanos habían querido declararlo insano. Ya que estoy en esto, tomaremos ese asunto primero.

Un par de años atrás dos ingleses, gente bastante desconfiada bajo sus sombreritos hongos, vinieron a Kinkeig preguntando por Guthrie, haciendo que los hombres les contaran algo mientras bebían una copa en *Las Armas*, y halagando a las mujeres —que de cualquier modo necesitaban poco estímulo para parlotear— por medio de unos cuantos peniques dados a sus hijos. Y uno de ellos se me echó encima con mucho descaro y me preguntó si podía recordar algo peculiar en cualquier trato que hubiera mantenido con Guthrie, y creo que aquel joven habría hecho crujir un papel de una libra en mis narices, si no lo hubiera mirado con mucha gravedad. Bien sabía yo que Guthrie era raro; sin ir más lejos, la semana anterior había enviado unos zapatos para remendar, con los cordones deshilachados y llenos de nudos, de modo que les puse otros nuevos y metí los viejos dentro cuando se los envié de vuelta. Y al día siguiente bajó Tammás, el bobo, con los cordones viejos en una mano y el dinero para pagar mi cuenta en la otra —medio penique menos por devolución de los cordones de segunda mano—; si no hubiera escrito yo *Al Contado Neto* bien grande, también se habría hecho un descuento. Pero saber que Guthrie era algo raro era una cosa, y conspirar con un pequeño delator londinense, otra, y a fe mía despaché a aquella criatura con una buena amonestación. Pero eso no fue todo. Porque a la semana siguiente llegó una caterva de doctores.

Esto causó bastante sensación en Kinkeig: un automóvil lleno de médicos con casacas negras y sombreros de copa, como si estuvieran siempre preparados para asistir a los funerales de sus pacientes; tres de Moray Place, en Edimburgo, y un cuarto, un chapucero obeso de Harley Street, Londres. Recogieron al Dr. Jervie —muy mal dispuesto estaba éste, pero su hermano era colega de uno de los de Moray Place, y eso les dio asidero— y se alejaron valle arriba, hacia Erchany. Lo que sucedió allá la mayoría de la gente lo supo por Gamley, que había subido en busca de órdenes desde la granja. Los doctores entraron y aguardaron por ahí más o menos media hora, el tiempo, sin duda, que le llevó a Guthrie descubrir qué andaban husmeando. Después aquello fue un pandemónium —con Cerbero en la primera línea—, porque esta vez no hubo duda de que fueron los perros los que soltó Guthrie. Y entonces los médicos salieron de la casa a escape y cruzaron el foso, chillando y rugiendo, el de Londres agarrándose atrás, donde el perro más furioso —un mestizo bastante atravesado— había arrancado un gran bocado de su trasero. Se metieron en los automóviles y fueron conducidos a la rectoría, el gordo llorando como un niño azotado por su nodriza. Y más tarde, ese mismo día, de pie junto al aparador del Dr. Jervie, el pobre hombre escribió un largo informe para los primos norteamericanos. Ranald Guthrie, decía, había tenido una naturaleza cálida y afectuosa fatalmente torcida durante el trauma de su nacimiento. Y era gran lástima que nadie le hubiera

dado un poquito de plasticina —o aun un buen montón de masa para hacer pasteles— durante los primeros años de su formación, pues eso habría cambiado todo el asunto. Tal como era, tenía una manera de ser muy desagradable, y estaba sujeto a severos desórdenes mentales, pero no era más digno del manicomio que los que pagaron a los doctores. En cuanto al pronóstico, ofrecía como su meditada opinión la de que Randal Guthrie muy bien podía empeorar, y los primos americanos conservar algunas esperanzas. Por otro lado muy bien podía mejorar, o, por lo que a ello respecta, muy bien podía quedar como estaba. Y allí suspendía la carta el médico de Harley Street, añadiendo una cuenta a razón de una guinea por cada milla que había desde Londres, y la demanda de una cantidad parecida por daños y perjuicios, aunque el mestizo se había llevado sólo algo sin lo cual podía pasarse muy bien, siendo un gordo palurdo como era; ¿y quién podía mirar con enojo que un perro de Guthrie cometiera tal audacia por una comida abundante? Sea como fuere, allí terminó, por algún tiempo, el intento de los primos norteamericanos de gobernar los asuntos de Guthrie. Guthrie les había jugado una partida bastante extraña, parece, y eso había provocado aquella intromisión.

Esto, y algo más, lo supe por el Dr. Jervie, pues juntos organizábamos los oficios de la iglesia, y a veces charlábamos un poco sobre los asuntos más graves de la parroquia. Más de una vez nuestros pensamientos se habían vuelto hacia la gente de Erchany, pues el pastor se sentía muy inquieto por la muchacha Christine Mathers. Pero eso ya vendrá; ahora me dedicaré a los espantajos —un espantajo es, como ustedes saben, sencillamente eso que los ingleses llaman espantapájaros.

Bien; todo Kinkeig sabía cómo a Guthrie le obsesionaban los espantajos de los campos vecinos; mucho le obsesionaba, quiero decir, el pensamiento de que algún negligente hubiera dejado un poco de dinero en los bolsillos al poner las casacas y pantalones en los palos. Era un espectáculo extraño ver al castellano recorriendo sus propios parques, de espantajo en espantajo, hurgando los harapos, como un vampiro, en busca de esos hipotéticos peniques. Visitaba hasta tres veces por día el mismo espantajo. La gente lo tenía por loco de remate. Pero el charlatán de Harley Street dijo que no había ningún signo de locura; que era una simple neurosis, *folie de doute*, como levantarse de noche a atrancar la puerta cuando uno está seguro de haberla atrancado ya. Sin duda tenía razón desde lo que podría llamarse un punto de vista estrictamente médico.

Lo que Guthrie hacía en su propia tierra lo hacía también en la de sus arrendatarios, y había algunos que hacían chistes sobre la caza en vedado y la caza en los espantajos, y otros que decían que el derecho a revisar los bolsillos debía acompañar a los derechos de caza en las escrituras de arrendamiento. Lo extraño era que Guthrie sentía por la propiedad ajena tanto respeto, como por la propia, y se notaba que sabía que era muy extraño rondar la tierra de sus arrendatarios con ese fin. Pues cuando estaba en la granja salía con ese propósito, como si aquello fuera una parte de las tareas del hacendado, tan natural como echar un vistazo en las represas y

los cercos. Pero fuera de su propio terreno solía detenerse en un camino quizá diez minutos, echando una mirada aquí y una mirada allá con sus grandes ojos, ojos que, según decía la gente, tenían un reflejo de oro, y luego saltaba cautelosamente la represa y se acercaba al espantapájaros, veloz y silencioso como un zorro. Misteriosa era esta aguda necesidad de hacer cosa tan descabellada; advertirán ustedes mejor su misterio si recuerdan que no fue el primer Guthrie que usó botas; despreciable como era, según el decir de todos, había nobleza en el aspecto de su persona. Cuando los niños se burlaban de él, como lo hacían las pocas veces que se acercaba a una vivienda, nunca daba muestras de verlos —menos aún los golpeaba o los maldecía, como haría una persona común—; su mirada seguía fija en algún invisible demonio del aire. Por eso se habló tanto cuando expulsó a los Gamley.

El solar de Erchany había sido elegido hace tiempo, por su solidez; la tierra circundante era áspera y pedregosa, la granja no más que un puñado de avena y de nabos entre los bosques de alerce. Rob Gamley era el administrador de la granja; él y sus dos hijos cuidaban la tierra juntos, ocupaban la casa de la granja y recibían un salario por su labor. Gamley tenía una mujer joven, la segunda de sus esposas, y de ella dos niños, los hijos de su vejez, a quienes quería con locura. Eran mellizos, un hermoso varón y una niña, mimados, quizás, y bastante montaraces, sin duda; y únicamente a causa de una descarada travesura de ellos se debió producir la desavenencia. Porque un día, a fines de octubre, jugaban juntos a alguna distancia de la casa, cuando vieron al señor que cruzaba el campo vecino y hurgaba un poco allí, otro poco allá, con su bastón, muy afanosamente. Pero bien sabían los chicos qué buscaba, porque allí enfrente había un vistoso espantapájaros nuevo, que su padre había colocado apenas el día anterior. Y el pequeño Geordie Gamley, un buen granuja, sin duda, se deslizó hasta el espantapájaros a través del cerco y se escondió detrás del él, con sus manos en los bolsillos de la casaca. Llegó hasta allá el señor y los puños de Geordie salieron de los bolsillos como podrían haberlo hecho los mismos brazos del espantajo, y se agitaron delante del castellano, mientras el niño cantaba la vieja rima:

Adivina, adivinador:

¿En qué mano está lo mejor?

Alice, en el borde del cerco, rió gozosa y atolondradamente; Geordie corrió hacia ella, riendo y mofándose, y los dos escaparon con toda la velocidad de sus piernas, porque sin duda tenían miedo a Guthrie y a su mal de ojo, a pesar de la audaz broma que le habían hecho. Pero Guthrie se encaminó directamente a la casa grande, recogió un poco de dinero y después se dirigió a la granja; allí colocó las monedas de plata sobre la mesa, frente a Gamley, llamó bastardos a los mellizos y un nombre peor a la madre, y les dio a todos veinticuatro horas para salir de las tierras de su propiedad. Como Gamley no era más que un sirviente no podía hacer otra cosa que irse, y se fue

sin decir una sola palabra, según su mujer; solo, recorrió la casa empaquetando cosas, pálido como la calavera descolorida de una oveja, entre los brezos. Ni siquiera pensó en azotar a los mellizos, y eso hizo temer a su mujer que se hubiera vuelto loco. Sin duda habría preferido empuñar la correa contra Guthrie.

Los Gamley se alejaron en seguida a tierras extrañas, allende el Ben Cailie, y diez millas abajo, sobre el lago; allí consiguieron un corto arrendamiento sobre un pedazo de arcilla (mal material probó ser al final de la estación) con un edificio, decía la gente, que apenas los resguardaba de la lluvia y el viento; pues aunque Gamley tenía algo guardado, nada mejor pudo conseguir entonces. Se pensó que Guthrie les había jugado una partida muy vil, y su nombre fue más despreciado que nunca en Kinkeig. Los viejos remozaron un poco sus negras consejas sobre los Guthrie locos y los Guthrie sanguinarios de los tiempos pasados, y dejaron de contar cuentos sobre los Guthrie alegres y los Guthrie bondadosos, aunque también tenían acopio de éstos. Y alguien revivió la descabellada historia de que Ranald Guthrie sabía hacer el mal de ojo, lo cual no es más que una tosca superstición corriente entre católicos y *highlanders*^[2]. Bien le vino esto a la señora McLaren, la que tendría la visión de Tammás, el bobo: todo Kinkeig soportó de nuevo la historia de sus cerdos.

Anteriores a éste, ya hubo algunos Guthrie que tuvieron fama de magos. De Alexander Guthrie, joven leal de tiempos de Jacobo II, se dice que hechizó de tal modo a Lord John Ballwaine, procurador de los Douglas, que lo obligó, contra la orden de su propio señor, a comparecer ante el rey. Y otro Alexander, abandonado en la isla de May para que engordara con los huevos de las gaviotas, por haberse acostado con la hija de un tal Cochrine, advenedizo de la corte de Jacobo III, se envolvió en su capa, corrió hasta la orilla del mar y en un abrir y cerrar de ojos desembarcó en Bass Rack, y luego en North Berwick Law, y antes que se pusiera el sol estaba otra vez en el lecho con su querida, a salvo, en Francia. Si Ranald Guthrie de Erchany no contaba con esta clase de hazañas en su crédito, contaba al menos con la tradición que lo precedía, y se sabía que era muy entendido en ciencias extrañas; a veces cavaba hoyos entre las fortificaciones de los romanos, esos toscos idólatras, y a veces admitía que coleccionaba y estudiaba runas. (Que las runas no eran esas cosas que las brujas hierven en sus calderos, sólo el pastor y yo, tal vez, lo sabíamos con certeza, en la parroquia de Kinkeig). Y sin duda Ranald Guthrie tenía ojos, y aunque no eran sino los ojos de todos los Guthrie —los varones eran tan parecidos, generación tras generación, como los Hapsburgo o los Stewart de las pinturas antiguas—, bastaban para que personas de escaso meollo, como la señora McLaren, soñaran en mortíferas maldiciones y temieran por sus cerdas y sus vacas.

Quizá recuerdes, lector, que McLaren era el herrero. Poco después de haber estado los médicos —y el asunto de los médicos hizo que las mentes de algunas gentes tontas volvieran a rumiar la magia del castellano—, McLaren había sostenido una disputa bastante acalorada con Guthrie, por las herraduras del decrepito asno que guardaban en Erchany para Christine Mathers. La mayoría de los contactos entre Guthrie y la gente de Kinkeig —y no eran muchos— consistían en disputas, y ésta fue grave. Porque McLaren, furioso a causa de algunos peniques o de algún chelín escamoteados, había llamado a Christine «hija del Castellano», en las propias barbas de éste, y aunque Guthrie sabía muy bien cómo aplastar la impertinencia, desdeñándola, se sintió muy enojado, dijo McLaren; y su mujer repetía que desde aquel día alimentaba un odio terrible contra ellos. Por mi parte no creo que Guthrie recordara tales cosas, o les prestara atención; quienes conocen el libro de la naturaleza humana saben que Guthrie pertenecía a esa clase de gente empujada y atormentada por algo único y profundo; y esto, hasta el punto de olvidar mucho de lo que sucedía a su alrededor. Pero la señora McLaren estaba segura de que Guthrie, si podía, haría el mal de ojo a sus cerdas. Porque lo consideraba la criatura más malvada que había entre las rías de Forth y Moray, y a sus sucios animales como las criaturas más importantes, y en su simplicidad le parecía natural que aquél intentara acarrear la destrucción de éstas. El Dr. Jervie y los pastores de Mervie y Dunwinnie, decía, debían arreglárselas de modo que siempre uno de ellos estuviera despierto y

vigilante; su abuela le había contado que ésa era la manera segura de alejar el mal de ojo de un distrito.

Bueno, las cerdas habían sido cubiertas por el verraco de Rob Yule, la vieja estaba completamente chiflada con los animales, y solía inclinarse sobre sus pocilgas aspirando el olor a estiércol como el turista que aspira el ozono de Nairn en el letrero de propaganda; por su excitación, bien podría haber estado aguardando el nacimiento de un príncipe de Gales. Un día había hervido para ellas un enorme y magnífico caldo —cada cerda, decía, tenía que comer por veinte, después de todo— y acababa de sacarlo al patio para que se enfriara un poco, cuando, ¿a quién vio acercándose a grandes trancos, camino abajo, junto al Drochet, sino al propio castellano? La señora McLaren se sintió frenética; estaba segura de que si Guthrie arrojaba una sola mirada a sus cerdas, ella nunca vería las crías. Así es que rápidamente vertió el caldo en el comedero, atrás de la pocilga, encerró los animales, que no necesitaron acicate cuando olieron aquel magnífico caldo, y cerró también las portezuelas para que Guthrie no las viera.

Pero Guthrie no obstante su ciencia, tenía instintos de granjero; husmeó las cerdas, dijo unas palabras corteses a la señora McLaren, y en seguida espió dentro de las pocilgas y paseó los ojos sobre los sucios lomos de las criaturas, mientras éstas gruñían y babeaban sobre el caldo. A la mañana siguiente todas las cerdas de la señora McLaren estaban muertas. Y aunque algunos trataron de hacer razonar a la vieja, preguntándole qué podía esperar si alimentaba las cerdas preñadas con caldo hirviendo, nada pudo persuadirla de que aquello no era obra del castellano, el que nunca iba a la iglesia y que gozaba de la intimidad del Diablo. Ésta, digo, fue la historia que todos tuvimos que oír otra vez después que echó a los Gamley; y, en verdad, a partir de aquel momento, cundió en Kinkeig la opinión de que el propio Lucifer estaba entronizado en el Castillo de Erchany.

Lucifer, aparentemente, quería residir solo en esa malvada eminencia. Transcurrió una semana, y la gente se preguntaba a quién pondrían en la granja en lugar de Gamley; y cuando nada sucedió, se preguntó si no se debería a que no habría quien se resignara a tal salario; porque los Gamley habían trabajado fuerte labrando aquella tierra áspera, y todo para poner dinero en el bolsillo de Guthrie. Pero no hubo noticias de que el señor buscara un colono; eso aumentó la curiosidad de la gente, y después, cierto día, Will Saunders fue al mercado de Dunwinnie y regresó con la noticia de que las vacas de Guthrie habían sido llevadas allá dos o tres días después de la partida de los Gamley. Parecía claro que ya no habría labranza en Erchany; Will dijo que con la primavera se tomaría un pastor, y otra parcela de terreno se devolvería a las ovejas. Pronto, añadió, no quedaría nada de la vieja Escocia; sólo un hato de patanes montañeses lamiendo el trasero de una clase media impotente, dedicada a criar gallinas; eso, y unos pocos millones de rudas criaturas irlandesas, muriéndose de hambre junto al Clyde.

Cualquiera que fuera la idea de Guthrie —y bastantes historias circulaban por ahí

—, la clausura de la granja convirtió a Erchany en un lugar extrañamente aislado. Porque siempre había sido un Gamley el que traía chismes de lo alto del valle y ahora no había allí nadie que hablara con los de Kinkeig, excepto la pequeña Isa Murdoch. Y pronto también Isa se fue; si hubiera permanecido más tiempo en la casa grande, decía, pronto habría sido una compañera adecuada para el propio Tammás. Las mujeres acogieron a la muchacha, el día que bajó del castillo con su petate sobre la cabeza —sin duda como los ángeles fieles podrían haber acogido a Abdiel—, llenándola de té hasta que pareció embarazada de cinco meses, y pendientes de sus palabras como si fuera la primera persona en traer noticias de un segundo Livingstone perdido en África. Y, a fe mía, su cuento parecía una visión de algún lugar remoto y salvaje.

Es hora que diga una palabra sobre los habitantes del Castillo de Erchany; escasas resultaban en una morada que una vez había contado a sus criados por veintenas. Desde que los Guthrie llegaron al borde de la ruina a causa del proyecto del Darién, el castillo ha estado poco menos que desierto; en el siglo XVIII, la familia apenas tenía dinero para comprarse calzones, porque su orgullo era tan grande como sus deudas, y rehusaba deshacerse de un acre de tierra. Y cuando rehicieron su fortuna en los primeros años de la Reina Vieja, fueron muy lerdos para repulir sus paredes o proveer su guardarropa; algo del temperamento de Ranald era, quizá, hereditario en la familia. Pero siempre, hasta que Ranald regresó de Australia y recibió la herencia, los señores habían vivido con bastante holgura, con mayordomo, lacayos y doncellas en cantidad suficiente, y quizá también con un capellán para meter a golpes un poquito de latín en el heredero, y un poquito de teología en los que debían ocupar una posición docente dentro de la Iglesia. Ranald fue el primero realmente avaro: a su llegada despidió a los sirvientes, como después despediría a los Gamley; acerrojó la puerta de casi todas las habitaciones, y donde no había cerrojo, prefirió clavarlas antes que mandar buscar el cerrajero a Dunwinnie; ni un penique quería gastar, y no quería ver ni un alma; vivía solo y miserablemente, como un ratón en una catedral.

Todo eso es historia antigua, porque Ranald Guthrie se convirtió en señor de Erchany en el año 1894. Pero ahora, en la época a que me refiero, las cosas no habían cambiado mucho. La señora Menzies, la que había criado a Christine, había bajado a la tumba, pobre alma cándida; la familia, si podemos llamarla así, no constaba sino de Christine y de Guthrie; los Hardcastle, marido y mujer, disponían de un ala de la casa; la señora Hardcastle hacía cualquier trabajito que no pudiera lograr de Isa Murdoch, la única sirvienta; y, durmiendo en un establo y haciendo el trabajo más sucio, estaba Tammás, el bobo. No era lugar para Isa aquel caserón ruinoso, sombrío, deshabitado, hundido en el corazón de los bosques de alerce; no, no era lugar para una muchacha de apenas diecisiete años, a quien gustaba tomar el ómnibus de los sábados para ir a Dunwinnie, o retozar con los mozos por los alrededores de Kinkeig, al atardecer. La gente se asombraba de que no lo hubiera abandonado antes; algunos lo atribuían a su cariño por Christine a la que no quería abandonar en lugar tan

salvaje; otros a los muchachos Gamley, que disponían de la suave y fragante alfombra del bosque de Erchany para holgar con la moza y no dejaban de sacar ventaja de ello. Pero fuera Christine o los Gamley lo que retuvo a Isa en la casa grande nadie dudó de su afirmación de que fue el mismo Guthrie quien la expulsó.

Muy poco veía Isa al castellano. Casi todo el día permanecía éste en su estudio de la gran torre, y cuando salía a rondar por los bosques, y a veces a pescar en el Drochet, lo hacía por la larga escalera de la torre, que pasaba junto a sus habitaciones privadas, y por una portezuela trasera alejada del resto de la casa, puerta cuya llave tenía siempre en el bolsillo. Isa apenas lo veía durante las comidas, y eso quizá bastaba. Sólo una vez por semana subía al dormitorio para arreglarlo, y entonces lo oía pasear por el estudio, arriba, murmurando versos propios o ajenos. Porque Guthrie era poeta, además de erudito. Hace años publicó un libro de poemas, una cosa esbelta con tapas negras y amarillas que asombró bastante a quienes pensaban que los poemas de un castellano escocés deberían parecerse a los de Rabbie Burns. Yo era entonces más joven y no admitía que a un zapatero le bastara el conocimiento de algunos clásicos. Una vez por semana leía lo que se escribía sobre los libros nuevos, allá en el Instituto de Dunwinnie, diez millas de ida y diez de vuelta, mucho antes que hubiera el ómnibus de los sábados; y persiste en mi memoria un comentario leído en uno de los periódicos de Londres, que concluía: *El señor Guthrie cultiva el abismo*. Pensé que *cultiva* era una palabra injusta; el comentarista había confundido a Guthrie con los muchos poetas de aquellos días que jugaban a ser condenados. Guthrie —ya entonces yo lo percibía— estaba condenado. Quizá fuera yo romántico.

Pero volvamos a Isa Murdoch. Un instante durante las comidas era cuanto veía a su amo, y el rumor de sus versos cuanto oía, hasta poco después de la partida de los Gamley. Entonces, cierto día, mientras barría el corredor fuera de la habitación de Christine —la sala de estudio, la llamaban aún— se volvió y vio a Guthrie, plantado al lado de ella, con los ojos brillantes. Casi se volvió loca de repente, decía; nunca se había encontrado con él en la casa antes, y nunca sus ojos brillantes y fijos habían caído sobre ella —Guthrie, como he contado, siempre andaba con la mirada clavada en medio del aire—. Vio el reflejo de oro en sus ojos, decía Isa, allí, en el corredor obscuro y polvoriento, y cuando sus labios se abrieron —Guthrie nunca le había dicho una sílaba en todos sus días en Erchany— esperó oír un hechizo que sin duda la malograría para siempre.

Guthrie dijo con suavidad:

—Abre la casa.

Fue un día extraño para Christine Mathers e Isa y la señora Hardcastle aquél en que abrieron el Castillo de Erchany. Forzaron las altas persianas sobre sus herrumbrosas bisagras, y permitieron que el oblicuo sol de otoño se abriera paso entre la suciedad y la ruina de cuarenta años, la roña, el moho y la podredumbre, y las telarañas tan grandes como las de la escena de la transformación en una pantomima. Isa giró la llave en un par de puertas que nunca había visto antes y se encontró en una sala de billares: la gran mesa cubierta de paño, envuelta en su sudario, parecía un monstruo o una camilla con el cadáver de un gigante. Se acercó y la tocó, asombrada y un poco temerosa; nunca había visto cosa parecida. Y al tocar uno de los ángulos, un bolsillo desgastado cedió, y un par de bolas de billar cayeron con estrépito y rodaron en la oscuridad. Isa, decía, sintió la garra del miedo en su garganta; fue como si la cosa enorme, arrebozada, misteriosa, hubiera resucitado cuando la tocaron. Salió corriendo, llamando a gritos a Miss Christine, y la próxima cosa de que tuvo conciencia fue que casi se había ensartado en una espada; pues el señor había descolgado de la pared una herrumbrosa espada escocesa y la blandía como el loco Hamlet en busca del rey Claudio de Dinamarca. Pero Guthrie clavó la vista por encima de la cabeza de Isa, como siempre, y murmuró algo acerca de su deseo de evitar que la gente supiera que guardaba una espada en el piso alto y, en seguida, se encaminó hacia allí con espada y todo, y no lo vieron más aquella mañana.

Pero a la hora del almuerzo se produjo otra sorpresa, porque el castellano exigió que le sirvieran en la gran cámara, un recinto majestuoso que hablaba del orgullo de los Guthrie de otros tiempos. Helado y vacío, el eco enmudecido casi por el aire frío y húmedo, estaba abarrotado de trastos viejos en un extremo de la galería, y en el otro tenía un cabal coro de ratas. Ante una chimenea tallada, tan grande que podría servir como cuadra para dos o tres *ponies* de Shetland, había una gran mesa flamenca, roída por la carcoma; en ella se sentaron, frente a frente, Guthrie y su pupila Christine; la pequeña Isa Murdoch, ahora muy asustada por tantas cosas extrañas, les trajo su conejo estofado, no en algún viejo y agrietado cacharro, sino en una fuente de plata a medio pulir. Luego Guthrie ordenó que trajeran vino del sótano, y cuando las polvorientas botellas estuvieron delante de él, clavó en ellas la vista, como si contuvieran algún extraño elixir recién enviado desde otro planeta —justificadamente— pues en Erchany nunca se bebía otra cosa que agua o leche. La señora Hardcastle había enviado un sacacorchos; la mano de Guthrie revoloteó sobre él como si fuera a abrir la botella y probarla. Luego se puso de pie y les gritó que continuaran su trabajo, y que aún no habían abierto la galería.

Mientras subían la escalera, Isa preguntó a Christine si sabía en qué andaba el señor, y si después de todos esos años pensaba alternar con los castellanos vecinos. Pero Christine no sabía nada; sus pensamientos estaban lejos, como siempre; era apenas una vida de sueños la que había pasado en Erchany, aunque quizá con alguna

pasión detrás de cada sueño. Isa no se enteró de nada nuevo, y pronto llegaron a lo alto de la escalera, frente a la puerta de la galería.

La galería de Erchany era obra de algún señor de fines del siglo XVII que la construyó antes que la codicia del comercio remoto casi arruinara a Escocia y a los Guthrie. Había vivido entre los ingleses, y le gustaban las grandes casas que éstos construían en tiempos de los Tudor; en Erchany comunicó todas las habitaciones de arriba, e hizo con ellas una galería larga y baja. Tres vueltas describía, y habría dado una completa si no hubiera existido la torre —pues su fantasía no había podido atravesar sus muros de nueve pies de ancho—. Se dice que después de construida, aquel Guthrie sólo estaba contento en los días húmedos; entonces, para hacer ejercicio, recorría la galería, alegre como una alondra. Para un Guthrie era un placer bastante inocente.

Nadie había estado jamás en la galería en tiempos de Ranald, y cuando Christine e Isa echaron un vistazo a la puerta, sin duda sintieron que nadie entraría en ella otra vez. Había una sola puerta, maciza y con herrajes, y era aquí donde Guthrie, al clausurar casi todo el castillo de Erchany, cuarenta años atrás, había escamoteado al cerrajero la recompensa de su trabajo. Christine palideció, decía Isa, al vislumbrar la furia que había acompañado a la clausura de esa puerta. Grandes clavos habían sido introducidos oblicuamente en las jambas a través de las tablas; los golpes habían sido dados con la fuerza y la habilidad de un hombre que había manejado hacha y martillo entre las malezas australianas. Para ahorrar dinero, Guthrie, tacaño como era, había cerrado a Erchany con tranca y candado; pero sin duda había otra pasión —de cuarenta años atrás, o escondida durante cuarenta años— que, como la pasión de un escultor, había grabado su testimonio en el roble oscuro.

Hasta ese momento el señor, salvo por una orden aquí y otra orden allá, poco había participado del alboroto que causaba; casi parecía dudar, decía Isa, de lo que estaba haciendo. Pero ahora subió las escaleras y vio a las dos mujeres detenidas, impotentes, frente a la puerta de la galería, y de pronto se entregó a un ataque de locura. Rara vez se enfurecía Guthrie —era frío y orgulloso, y cortés de una manera extraña y cruel—, y mucho aterrorizó a la pobre Isa verlo encolerizarse ante la puerta, como Satanás ante los portales guardados por la Muerte y por el Pecado. Luego se acercó a una ventana y con voz áspera y alta pidió a Tammás, que canturreaba abajo, en el patio, que le trajera el hacha y se fijara que estuviera muy afilada. Pues aunque ya había pasado los setenta, Guthrie siempre cortaba sus propios árboles, y en esta tarea podía haber sobrepasado a Gladstone, el que chasqueó a la gente de Midlothian en el ochenta. Subió Tammás con el hacha al hombro, abierta y babeante su bocaza de idiota; el hacha, con una curva sutil en el largo mango, distinta de las hachas comunes de nuestros leñadores. Guthrie arrojó a un lado su casaca, e irguiéndose, enjuto y derecho, en mangas de camisa, gritó: «¡atrás!» con tal voz que Tammás se enredó en sus propios y sucios pies y cayó de cabeza escaleras abajo. Isa chilló y Christine bajó corriendo a ver si se había hecho daño, pero nada le importaba al

señor, más que la gran puerta de roble de la galería. Y ya estaba hachándola como un hombre que tratara de abrirse camino para salir de una casa en llamas; con la diferencia de que era habilidoso y los golpes caían ligeros y rápidos, y donde cualquier zopenco habría encajado el hacha como Excálibur en aquella áspera madera, Guthrie arrancaba astilla tras astilla exactamente donde quería, y el hacha rebotaba, libre, después de cada golpe. Al primero, hubo una fuga precipitada detrás de la puerta; eran las ratas de la galería, frenéticas al ver desmoronarse así tantas generaciones de reposo. Al segundo golpe, los perros de Erchany, en el patio, empezaron a ladrar, y Tammás, al pie de la escalera, recobró el aliento necesario para emitir un aullido semejante al de un alma en la hoguera eterna. Abajo, en las cocinas, la señora Hardcastle oyó la batahola, y, medio ciega y medio idiota como era, salió corriendo al patio y dobló la mohosa y resquebrajada campana que siglos atrás había anunciado incendio o pillaje. Jamás hubo tal conmoción en un castillo escocés, desde que encontraron al rey Duncan envuelto en sus sábanas ensangrentadas.

Pero Guthrie siguió trabajando sin prestar atención, tallando hondos surcos sobre la puerta. Después de una hora, chorreando sudor, pidió agua, enjuagó su boca y escupió; luego atacó de nuevo la madera viva; estaba pálido, decía Isa, y tenía una mancha ardiente en las mejillas, pero sus muñecas parecían de acero y sus piernas no temblaban. Llegaron las cuatro, y las cinco de la tarde; el último rayo de sol, espeso con el polvo que bailaba en el aire, subía la gastada escalera de piedra, y en el patio las sombras de las murallas se alargaban y se cerraban, como dientes negros y mellados, sobre la pared oriental; a las seis, la mitad de la puerta de la galería cayó hacia adentro con estampido. Y entonces Guthrie bajó, cambió sus ropas y pidió su cena, como si ese día se hubieran dedicado a una tarea común. Pero esta vez abrió la botella de vino, la misma que había sido subida para el almuerzo, y ofreció un poco a Christine, cortés y decoroso, como si hiciera los honores de Erchany a un forastero.

Tales fueron los acontecimientos que precedieron al día en que Isa Murdoch abandonó la casa grande. Quedan por referir los acontecimientos de la noche, que fue cuando ocurrieron las cosas que abrumaron a la muchacha. Y luego contaré algo sobre Christine Mathers, y algo sobre cómo yo mismo participé de lo que sucedió en Erchany.

6

El penoso golpe de su cabeza contra la escalera, o la extraña conducta del señor, trastornó completamente a Tammás, el bobo. En sus mejores momentos era un muchacho de carácter imprevisible; a ratos casi sensato, y a ratos completamente loco; a ratos dulce y suave, de modo que uno sentía verdadera lástima por él, y a ratos riendo y echando chispas por los ojos, como un demonio impuro. Pero siempre había dejado tranquilas a las muchachas; parecía ignorar para qué servían, como si él fuera una cosa neutra. Isa nunca lo había temido, siempre le alcanzaba sus comidas por la puerta trasera de la cocina, como quien echa maíz a las gallinas. Pero quizá el golpe dio al organismo del idiota una sacudida a la que el zopenco de Harley Street habría puesto un nombre erudito, porque esa noche sintió el impulso de la naturaleza y decidió hacer un ensayo con Isa. A altas horas de la noche, un crujido que indicaba algo más que las cabriolas de las ratas de Erchany despertó a la muchacha, que abrió los ojos a la luna llena y vio a Tammás entrando por la ventana. Una mirada bastó; saltó de la cama y atravesó la puerta mientras sus piernas tenían aún fuerza para sostenerla. Tammás emitió una suerte de tartamudeo baboso, horrible de escuchar, y cruzó la habitación persiguiéndola.

El primer pensamiento de Isa fue correr hacia Christine, pero aun las dos resultarían, quizá, impotentes contra el frenesí de aquel ser, y de cualquier modo no convenía llevarlo en esa dirección. Vaciló un minuto al final del corredor, desde donde podía cruzar hacia el ala ocupada por los Hardcastle, o, doblando hacia el otro lado, alcanzar la torre y buscar al señor. Y a pesar del temor que le inspiraba Guthrie, sabía que mejor era confiarse a él que a Hardcastle, en cuya mirada acechaba siempre la lujuria y que tal vez fuera un cobarde. Se envolvió en la camisa, se dirigió a la torre, y estaba a mitad de camino cuando la atrapó, como una garra en el corazón, el recuerdo de que el castellano se encerraba bajo doble llave en su fortaleza nocturna y que no había manera de entrar en la torre y subir hasta él. Se detuvo, el bobo no muy lejos de ella, y desesperada, echó una mirada a su alrededor, buscando un lugar donde esconderse. Su mirada atravesó una de las grandes ventanas que miraban al patio, y, del otro lado, en lo alto, vio una luz que se movía. Guthrie no estaba encerrado en su torre, sino arriba, en su recién abierta galería. Y al advertirlo, Isa se encaminó a la escalera, sin detenerse a escuchar si el demente la seguía aún, trepando los desaparejos escalones de piedra como si corriera por un premio en el *picnic* de la Escuela Dominical.

Sólo a mitad de camino pensó en gritar, y entonces ya no tenía aliento para hacerlo; de su garganta no salió otra cosa que un sollozo y una tosecita. Dando tropezones llegó hasta arriba y cruzó la puerta destrozada; y entonces brotó de ella un verdadero grito, porque allí estaba Guthrie, vestido con un *kilt*, horriblemente pálido, y con una gran hacha de guerra en la mano. Pero en seguida advirtió que no era más que un retrato, una vieja pintura que brillaba, a la luz de la luna, en su marco

deslustrado; sólo un cuadro de la hilera que colgaba en la galería. Había que buscar al verdadero Guthrie; estaría detrás de algún recodo, pues la galería, como ustedes recuerdan, describe tres vueltas.

Corrió por la larga sala apenas iluminada, y de pronto oyó el sonido de una respiración muy próxima, a sus espaldas. Debe de ser el bobo, pensó; no había indicios del señor; se escabulló en una pequeña alcoba, dispuesta a arrojarle por la ventana. Y por cierto que allí había una ventana, que miraba, no al patio, sino a los fosos del castillo. Medio vidrio había desaparecido, y de pronto oyó una canción que flotaba hacia lo alto, en el silencio; era *El cuervo mató al gato*, la canción de Tammás:

*El cuervo mató al gato, ¡oh!,
El cuervo mató al gato, ¡oh!,
El gato grande
Se sentó y lloró
Atrás de la casita de Meggie, ¡oh!...*

Conmoveras y graciosas flotaban hasta Isa las viejas palabras desatinadas; ella misma casi lloró de alegría. Miró afuera y vio a Tammás, a la luz de la luna, encaminándose a su casa y cantando gozosamente a la luna, como si ésta hubiera menguado y lo hubiera librado de su demencia. Él miró a la luna, e Isa vio que se retiraba, serenado y plácido el rostro.

Entonces la muchacha oyó otra vez, a su espalda, una respiración.

En seguida supo que era el señor; al doblar por la galería se había alejado de él; ahora él se acercaba, detrás. Al comprender que estaba sola con Guthrie en este lugar pavoroso y tanto tiempo abandonado, sintió más pánico que nunca. Porque el peligro de ser poseída y quizá embarazada por Tammás era un horror cuya medida conocía (pues más de un impropio cuento había oído al respecto), pero el oscuro poder de Guthrie era una cosa no adivinada; sus contornos rebasaban los límites del conocimiento de la joven. Un peligro es siempre peor cuando es informe y hay una evidente diferencia entre el terror instintivo y el terror imaginativo.

De modo que Isa contuvo el aliento y se agachó en su escondite; cuando Guthrie hubiera pasado, ella se deslizaría hasta la puerta y luego regresaría a su pieza, donde atrancaría la puerta y la ventana contra otro ataque del bobo. Y ahora Guthrie se aproximaba, su extraña respiración estaba más cerca, y la muchacha sabía que la espantosa mirada caería sobre ella. Pero estaba oculta detrás de dos grandes artefactos mágicos que no comprendía y que resultaron ser dos globos: uno terrestre y otro celeste. La galería había sido, alguna vez, una biblioteca con todos los avíos de la biblioteca de un caballero, mas, antes de cerrarla, Guthrie había hecho transportar a la torre la mayoría de los libros. Poco quedaba en los anaqueles, salvo altos y apolillados *infolios*, y los obesos *in quarto*, con pesadas doraduras europeas; teología

protestante, en su mayor parte traída de Ginebra, la metrópoli de la ortodoxia en los tiempos pasados. Estaban marchitos; el mohoso olor del cuero viejo pesaba en el ambiente, pues Guthrie —Dios lo ayude— poco pensaba en esos instrumentos piadosos.

Todo esto nada significaba para Isa; sólo pensaba que el señor estaba junto a ella, que ya había pasado, y que ahora quizá podría deslizarse hasta la puerta sin ser vista. Pero una mirada le mostró que aún estaba prisionera; Guthrie se hallaba a menos de cinco pies de ella, envuelto en una túnica vieja y desgarrada, y en la mano tenía un candelero, que en medio de la fría luz de la luna formaba un tembloroso y tibio círculo de luz. Hacía frío en la galería; Isa temblaba —quizá por la mordedura del frío—, arropada en su camisa como estaba, y quizá por el aspecto del señor Guthrie, dijo la muchacha, pudo haber sido el Guthrie tallado en piedra de la gran tumba de la iglesia. Estaba pálido, traspasado quizá por algún profundo y lóbrego pensamiento; y en su frente alta y surcada de arrugas, en la escarcha de aquella noche de noviembre, relucían gotas de sudor. Se erguía como una estatua, pero su respiración era rápida y profunda, y el brillo de los ojos, más amenazadores que de costumbre, hablaba de alguna idea tormentosa que lo poseía.

Durante media hora, dijo Isa, permaneció allí, inmóvil; y recordando la tensión de los nervios de la muchacha, es lícito conjeturar que permaneció ahí dos o tres minutos. Y luego se dirigió directamente hacia ella.

Isa profirió un grito ahogado; la mano de Guthrie se extendió para sacarla (pensó la muchacha) de su escondite. Cerró los ojos y trató de recordar una plegaria. Pero ninguna plegaria le llegó, ni tampoco la presión de la mano que esperaba. En cambio, se agitó el gran globo, a cuya sombra se ocultaba; la fría superficie pulida rozó pavorosamente su brazo desnudo; miró otra vez, y vio al señor, que aún parecía hipnotizado, murmurando palabras incomprensibles y haciendo girar en su herrumbroso eje el polvoriento mundo en miniatura, que yacía bajo su mano. El mundo chirriaba y rechinaba —el minúsculo mundo con sus descoloridos océanos y continentes— como lo haría la luna si alguien acelerara su rotación. Después, sobre el pequeño ruido de la esfera, se oyó, áspera y penetrante, la voz de Guthrie, y sus palabras llegaron claras al oído de Isa, embotada de miedo, como estaba.

—¡Lo hará! ¡Está en la sangre; por Dios que lo hará!

El peor susto que Isa tuvo esa noche se debió a la forma en que fueron pronunciadas las palabras de Guthrie, porque era espantoso que hubiera algo que el propio castellano temiera. Cuando contó su historia en Kinkeig, hubo gente sutil que opinó que Isa había atribuido sus propias emociones a Guthrie, y el librero —a quien llamaban el Ciudadano Pensativo— dijo que sin duda era un caso de emoción transferida. Pero Isa persistió en que el señor estaba terriblemente asustado; y antes de que pasaran muchas semanas, la gente reconoció que no le faltaban motivos, y que Isa demostró agudeza al descubrirlo; el librero dijo que siempre la había creído una muchacha perspicaz.

Apenas acabó de hablar, Guthrie se volvió y empezó a recorrer la galería, pero siempre entre Isa y la puerta, o por ahí cerca, de modo que ella seguía prisionera. A veces se paseaba en silencio, y a veces recitaba sus versos; versos, decía Isa, con una serie de extraños nombres escoceses, y, al final, unas pocas palabras en jergonza o en un tosco idioma extranjero. Isa no entendió nada de ese canto; nada perdía con ello, pensó. Estuvo por salir de su escondite y enfrentar al señor, pero había contemplado demasiado tiempo sus locuras, y temió que él se enojara mucho si ella se descubría. Se arrebozó en el camisón —una basura endeble, sin duda, y no la buena franela con que su madre la había enviado a la casa grande— y se resignó a soportar el frío hasta que se fuera Guthrie. Por lo menos no podían encerrarla, con la puerta hecha añicos como estaba. Y pronto, de una manera extraña, sintió que Guthrie la acompañaba en la alta galería solitaria. Casi lamentó que éste se alejara un poco, aunque esperaba que doblara uno de los recodos y le diera una oportunidad de huir. Gritó apagadamente — fue la segunda vez que lo hizo— al sentir un tirón en el ruedo de su túnica: era una gran rata gris, audaz como pocas, y con ojos, se le antojó, tan malvados como los ojos de todos los rostros de los Guthrie, que se perdían en las sombras de la galería. Pero tampoco esta vez el señor la oyó; estaba absorto en su oscuridad interior, salmodiando siempre los mismos versos extraños, con la misma intensidad con que una criatura católica repetiría la misma serie de palabras en un naufragio. Se detenía a veces, y clavaba fijamente los ojos en algo que Isa no percibía, con el candelero a la altura de la cabeza y el brazo extendido. Una vez interrumpió su salmodia, y hubo un largo silencio durante el cual Isa oyó el ligero golpear de la hiedra, afuera, y el viento nocturno entre los alerces; de pronto, el señor gritó en dialecto escocés, que manejaba con facilidad: «¿Por qué no había de resultar?». Y luego —era espantoso escucharlo — susurró: «¿Por qué no había de resultar?».

Hubo otro breve silencio. Tal era la tensión de Isa, que le parecía sentir en la espalda el cosquilleo de la luna; después, cuando Guthrie estalló en una carcajada alta y crepitante, como si algo se quebrara dentro de él, se desmayó.

Cuando Isa volvió en sí descubrió que Guthrie se había ido y las ratas ya mordisqueaban sus dedos. Penosamente se puso de rodillas, y luego de pie —apenas la sostenían sus piernas—, y a tientas buscó el camino desde la terrible galería hasta su cuarto. Ahí, sin perder tiempo, se empapó la cara con agua fría, temblando como estaba, y recobró la fuerza necesaria para arreglar su baúl, y lucidez para pergeñar unas líneas para Christine. Después se deslizó hasta la cocina, comió un bocado —muy hambrienta se sentía después de su vigilia— y, al apuntar el alba, estaba fuera del castillo, el baúl sobre la cabeza, como un atado de ropa, y mirando cautelosamente hacia el establo de Tammás. Muy feliz se sintió cuando hubo rodeado el lago y los oscuros alerces se cerraron sobre la casa gris —que ahora le parecía horrible—; bajaba la cuesta de Erchany, y luego el largo camino del valle, hacia Kinkeig. Con la aurora, la nieve empezó a caer, y aunque el camino se hizo fatigoso y amargo, ella se sintió más alegre; parecía tender una blanca alfombra de olvido entre ella y la lobreguez de esa noche.

La historia de Isa no tardó en recorrer todo Kinkeig; las viejas, como he dicho, la aprovecharon en aquel ocioso tiempo de invierno. Y como todas las historias que corren por las aldeas escocesas, nada perdió al ser contada; y se dijo que Isa había debido ocultarse detrás de dos grandes ídolos, y que después Guthrie había venido, y les había rezado, completamente desnudo —ídolos que había excavado de los campamentos de los torpes romanos, y oraciones que había sacado de su estudio de las ruinas paganas—. Y cuando no era Guthrie el que estaba desnudo, era Tammás; pues la historia de Isa, aunque en verdad extraña, no era lo bastante escandalosa para agrandar a todos. Debe decirse que Isa misma se comportó de manera modesta y decorosa, dado el espaviento que con ella se hacía; contaba su historia de bastante buena gana, pero, contrariamente a lo que podía esperarse, sin adornarla de nuevo cada vez. Sólo hizo dos añadiduras que pueden ser realidad o fantasía. Recordaba, decía, como si lo hubiera oído en un sueño, a Guthrie gritando algo sobre América y Terranova; y esto se vinculaba en su cabeza con dos nombres: Walter Kennedy y Robert Henderson; ni ella ni nadie en Kinkeig sabían quiénes eran, salvo Will Saunders que recordaba a un tal Walter Kennedy, agricultor, que tiempo atrás había vivido junto al lago, pero que había partido hacía tiempo, tal vez a América o a Terranova. Y el otro recuerdo, de algún momento de semiinconsciencia después del desmayo, era de Guthrie, inclinado sobre la mesa, estudiando algo, un libro o acaso papeles, no recordaba qué. Tal era la esencia del relato de Isa. Kinkeig lo rumió durante una semana entera, y no diré que yo mismo no hice otro tanto; la murmuración es cosa contagiosa, y poco trabajo tiene el remendón cuando hay nieve en la tierra.

El alejamiento de Isa de la casa grande marcó casi el final de las noticias de lo alto del valle. Dos o tres veces, durante el deshielo que siguió a las primeras nevadas,

bajó Hardcastle, ocupado en sus negocios, y una vez se llegó hasta el empalme ferroviario y se encerró en la casilla telefónica que hay allí. Esta noticia ultrajó mucho a la señora Johnstone, la empleada del correo; era tanto como decir que iría a contar por todos lados cualquier cosa que se transmitiera desde su oficina, aunque había jurado al rey mantener el secreto. Más grave le parecía el ultraje porque ¿acaso la gente no creía siempre que tenía derecho a oír alguna noticia de la empleada del correo, mientras tomaban el té, y acaso no le acusaban, injustamente, de ser persona poco sociable, cuando no había ninguna que dar? Sin embargo, Jock Yule, el muchacho de la estación, que nada tenía que hacer en todo el día, excepto barrer lo que llamaba la sala de espera, y a veces ayudar a cargar unas pocas ovejas, echó un vistazo a Hardcastle en la casilla; leía un manojito de papeles frente a la boca del aparato, y eso significaba, sin duda, que enviaba telegramas directamente por medio de la estación telefónica de Dunwinnie. Bien podían temer las alondras que se derrumbaran los cielos, dijo la gente, si a los de la casa grande les había dado ahora por tirar de ese modo su dinero:

Después, cuando entró la carga de la semana, Jock descubrió que había media carretada de cajones para subir al castillo; cestas y cosas parecidas, de Mackie y Gibson y otros dos o tres grandes almacenes de Edimburgo. Parecía manifiesto que Guthrie, que según la gente encargaba una vez al año a Kinkeig una libra de té y un paquete de sal de cocina, había perdido, definitivamente, el juicio. El mismo Jock estaba tan desconcertado que no se habría sorprendido si el castellano le hubiera regalado media corona al entregar la mercadería, y le hubiera ofrecido una copa, además. Después del trabajo que le había costado a Jock subir con el carro valle arriba durante el deshielo, el señor se limitó a verificar, con una factura, los cajones y a regatear el precio del acarreo; no tan loco después de todo. Y Jock decía que, mal remunerado como fue su trabajo, casi le tuvo lástima al hombre: parecía desvelado y viejo, y además azorado, como persona indecisa.

Bueno, a muchos, en Kinkeig, les alegró tanto como un regalo de Navidad oír que Guthrie estaba en apuros; si el señor estaba irritado, la gente se alegraba de saberlo, aunque supieran o ignoraran la causa. Pero muchos intentaron explicaciones, y muchos más intentaron controvertirlas. El librero fue muy respetado porque dijo que podía distinguir hipótesis alternativas; es maravilloso cómo un par de palabras incomprensibles impresiona a la gente poco familiarizada con las letras.

Recuerdo una discusión en *Las Armas*, aunque sea sólo por el extraño suceso que le puso fin.

De vez en cuando, como sabrás, lector, echo un vistazo al salón privado de la posada. La gente más reputada de la parroquia piensa que es un lugar bastante decente para charlar un poco, por las tardes. Estaban Will Saunders y Rob Yule, y después entró el librero, todavía con una hipótesis, como quien dice, en cada bolsillo; siempre parecía guardar para sí alguna información confidencial; al oírlo hablar de política hubieras creído que se codeaba con los propios editores del *Scotsman* y *The*

Times. Y detrás del mostrador estaba la señora Roberts, haciendo chocar los vasos para mostrar su hostilidad a la bebida y que nunca hubiera creído que tendría que denigrarse en servirlos; era una verdadera desgracia para Roberts, pero no inmerecida, decía la gente, porque ¿acaso durante todo su noviazgo no le deslizaba folletos sobre la acción envenenadora del alcohol en la corriente sanguínea?, ¿y cómo un tabernero no había visto una advertencia en eso? La señora Roberts no dijo una palabra hasta que entró el pequeño Carfrae, el verdulero. Carfrae nunca bebe alcohol, sólo entra para chismear, y la señora Roberts reserva para él una cerveza de jengibre; una vez colocó detrás del mostrador una fila de esas botellas, con un letrero: *Burbujeante, Refrescante e Inofensiva*, pero allí Roberts se plantó resueltamente; cada cosa tiene su lugar, dijo, y el lugar para un letrero como ése estaba en las tiendas de golosinas. Como digo, el pequeño Carfrae entró a tomar su pernicioso bebida, y fue él quien reinició la conversación sobre Guthrie.

—Señora —dijo, echando una mirada llena de tristeza sobre Yule y Saunders y sobre mí—, estoy pensando que hay muchas conversaciones ociosas y malignas en esta parroquia.

—Ciertamente, las hay, señor Carfrae, y siempre las hubo, desde el fracaso de la elección local. —Y la señora Roberts sacudió con ruido una pila de botellas de cerveza.

—Sin duda aquí, en el salón privado, las lenguas se dominan un poco —dijo Carfrae, arrojando hacia nosotros, que estábamos en un rincón, una mirada malintencionada—, pero ahí afuera, en el despacho público, hay dos o tres ignorantes hablando escandalosamente del señor.

—¡Pobre alma! —gritó la señora Roberts—, tiene mucho que soportar, estoy segura —y elevó sus ojos al cielo como una gallina después de beber un traguito—. Es repugnante lo que dicen de él y de esa extraña muchacha, Christine.

—Vergonzoso —dijo Carfrae, relamiéndose los labios, como si el jengibre fuera sabroso—, y más vergonzoso aún hablar de eso, porque es probable que sea verdad. Criada para eso desde que era una chiquilla, pobre muchacha, lo mismo que usted podría criar una cerda.

Esta clase de conversación a veces me hace dudar de las bendiciones de la Reforma, y estar de acuerdo con los que dicen que la murmuración llegó a Escocia junto con el presbiterianismo. Pero el doctor Jervie —y creo que tiene razón— lo niega; dice que es una idea falsa, que es la tierra dura y los arrendamientos cortos, el cielo siempre gris y la niebla helada y cruda que penetra en el corazón lo que nos despoja de la mitad de nuestra recta vida sensual, y nos empuja a calentarnos y animarnos frente a los fuegos de la maledicencia y de la murmurada lujuria. Hace tiempo que he aprendido a callarme cuando la gente suelta la lengua; entonces también lo hice. Pero Rob Yule, a pesar de las monedas de plata que hace tiempo se congelan en su sótano, tiene un corazón fogoso y un temperamento irritable; y además siempre le había gustado Christine. De modo que ahora subió hacia la

carnada de Carfrae:

—El viejo embuste sobre la muchacha —dijo— se ha desgastado tanto que ahora se necesita uno nuevo.

Conviene recordar que Christine era la pupila de Guthrie, y llevaba el nombre de su madre. Había llegado a la casa grande siendo niña —hija, según se explicó, del hermano de la madre de Guthrie, que había muerto con su joven esposa en un terrible accidente ferroviario, en el extranjero—. Recuerdo que nadie dudó de la historia hasta que llegó un invierno tan blanco y ocioso como este que describo; fue entonces cuando empezó a crecer el rumor de que lo divulgado no era parte verdadera de la historia de Christine Mathers, y que Ranald Guthrie era algo más que su tío. Las pocas personas sensatas que hay en Kinkeig pensaron que sólo el mal nombre y el sigilo del señor dieron verosimilitud a esas calumnias; a Christine no la mandaron nunca a la escuela, y la gente decía que Guthrie estaba avergonzado de su hija natural. Eso era lo que Rob Yule llamaba el viejo embuste, y ahora llegaba ese hombrecito, Carfrae, con otro. Era comprensible que Guthrie expulsara a Neil Lindsay, ¿no estaba acaso celoso de su joven querida, ese viejo sucio?

La mujer de Roberts enjuagó un vaso.

—¿Quiere usted decir que no es su hija?

Carfrae vaciló y nos miró cautelosamente.

—Se dice —murmuró. Y después emitió una risita tonta al beber su inofensivo licor de Escuela Dominical.

La señora Roberts chasqueó la lengua en señal de asombro y se sirvió una taza de té; siempre tiene una enorme tetera junto a su codo, en el salón privado, y a cuantos entran les ofrece una taza, gratis; esto pone a Roberts muy violento. El Ciudadano Pensativo dijo:

—A fe suya, éstos eran tiempos muy relajados, y era una verdadera lástima que impidieran a los periódicos publicar completas las revelaciones de las Cortes de Divorcio; nada reforzaba tanto la moral de la gente como leer esos espantosos ejemplos de vida disoluta entre los ingleses. Y en cuanto a Guthrie, era sencillamente espantoso pensar que había educado a la muchacha, no cumpliendo un deber por tratarse de su hija natural, sino para hacer de ella su querida.

Otra vez Carfrae emitió su risita tonta al oír esto; canturreó, carraspeó y sugirió, y al cabo el librero vio a dónde iba, y por más que hubiera leído sobre la vida disoluta entre los ingleses, era lo bastante decente para escandalizarse. Miró a Carfrae con mucha gravedad y dijo:

—¿Sugiere usted que éstas no son proposiciones que se excluyen mutuamente?

Dudo si el verdulero entendió esto; pero entendió a Rob Yule. Porque Yule se acercó a él y le sacó el vaso de cerveza de jengibre de la mano y lo vació, cuidadosamente, en la aspidistra más cercana a la señora Roberts.

—Carfrae —dijo—, es inútil gastar la *Inofensiva* contigo, hombre. Es demasiado tarde para estas precauciones; no eres más que un cachorro envenenado.

No era una situación desagradable, porque el verdulero distaba de ser hombre capaz de pelear con Rob Yule; no había en él ninguna posibilidad de indignación. Pero era incómoda; Carfrae estaba entre amarillo y verde, como uno de sus propios repollos pasados; el librero murmuraba que eso técnicamente era una agresión, y la señora Roberts había tomado su cucharilla y revolvía furiosamente en la tetera como hacía siempre que se enfadaba. Y entonces Will Saunders, que había estado callado como yo, intervino para cambiar de tema.

—¡De veras! —gritó—. ¡Miren la aspidistra!

No creo que la planta sufriera realmente algún daño a causa de la *Inofensiva*, pero la manera en que habló Will, y la forma en que señaló a esa pobre cosa enfermiza que había en el pote dio la impresión de que se había marchitado en ese preciso momento. Recuerdo que estallé en una carcajada tal vez demasiado efusiva para ser decorosa en un hombre de mis años, y dignatario de la iglesia, además. También Rob rió de buena gana y entonces vimos que esta vez la señora Roberts estaba negra de rabia, revolvía su tetera como loca, y ella misma hacía un ruido como el que hace un pavo con cólicos. Después de todo la cerveza *Inofensiva* era para la mujer una especie de símbolo de su lucha contra Roberts y ese caótico poder de la tiniebla que era el comercio de bebidas alcohólicas a que su matrimonio la había llevado. Y sin duda fue para aplacar y distraer a la vieja por lo que a Will se le ocurrió gritar:

—Señora Roberts, ¿podríamos echar un vistazo a su atlas y mirar dónde está Terranova?

Los dos muchachos Roberts están en el mar, y su madre se siente muy orgullosa del gran atlas que le regalaron para que siguiera sus viajes. De modo que, a pesar de su mala opinión sobre quienes le dan techo, a fuerza de vasos de cerveza, no pudo resistir a esa invitación; salió y en seguida regresó con el atlas, y también con una nueva provisión.

Así es que todos —excepto el verdulero Carfrae, que todavía rumiaba el insulto sufrido— echamos un vistazo al mapa, y Will preguntó:

—¿Estará Terranova en Norteamérica?

—Dije que estaba en Norteamérica, como el Canadá, y no más; podría decirse que estaba en las Américas, tal vez.

Y entonces Will se preguntó dónde vivían los primos norteamericanos de Guthrie, aquellos que habían querido declararlo insano.

La señora Roberts estaba tan contenta que olvidó la maligna broma de Will sobre su aspidistra, y ofreció té a todos; aun cuando Rob Yule dijo: «No, tomaré otra pinta, gracias, y la pagaré», se la sirvió sin siquiera una mirada agria. Creía que Will había descubierto lo que trastornaba al señor y por qué había gritado lo que Isa había oído sobre Terranova y América. En cuanto a mí, no me sentí tan impresionado.

Pero Will dijo que por eso Guthrie abrió el Castillo de Erchany; los primos habían estado a punto de meterlo en el manicomio, pretextando su avaricia y su soledad, y ahora se había enterado de que conspiraban contra él otra vez, y eso lo empujaba a

mostrarse generoso: sin duda presentaría a Christine como testigo de que solía compartir con ella una botella de vino. Y si conociéramos los nombres de los sobrinos —que no los conocíamos—, sin duda serían Kennedy o Henderson, los mismos que Isa le había oído pronunciar en la galería. A esto el librero dijo que, sin duda, la ocupación de *detective* aficionado era muy atrayente, y Rob Yule dijo que así era, pero que había más sentido en un poco de conocimiento sólido; si Will no sabía el nombre de los primos norteamericanos, él lo sabía y era, sencillamente, Guthrie. Él era apenas un chiquillo cuando los muchachos Guthrie se fueron a Australia, pero recordaba que su padre decía que casi habían ido a América, donde estaban sus primos; no fueron allí porque había *mala sangre* entre las dos familias.

—Ahí tiene —gritó Will—: ¡sangre! —El verdulero se sobresaltó, como si se tratara de la suya, y la señora Roberts se detuvo con su tetera en el aire, perpleja. Pero Will pensaba en ajustar un poco más su cuadro—. ¿Acaso Guthrie aquella noche no se refirió a algo que estaba en la sangre? ¿Y no pensaría quizá en la maldad de los Guthrie americanos, que habían tratado de despojarlo, y que tal vez ahora insistían en su propósito?

El librero dijo que la conjetura era verosímil. Y el pequeño Carfrae, que había estado mirándonos fijamente desde su rincón, pero no podía resistir al deseo de intervenir en el diálogo, observó que, además de los americanos, había otras personas enemistadas con los Guthrie de Erchany; por ejemplo Neil Lindsay, ese joven moreno con la mente enterrada en el oscuro pasado, convencido de que él y los suyos eran eternos enemigos de los Guthrie. Y a esto el librero dijo que no se imaginaba a Guthrie atormentándose por un nacionalista loco; no obstante, convenía examinar todas las posibilidades.

—Me gustaría mucho —dije— examinar la galería de Guthrie.

Todos me miraron con fijeza; cuanto menos dice uno más atención le prestan. Y además —añadí— me gustaría saber cuáles eran los versos que el hombre recitaba esa noche.

Me miraron aún con más fijeza, y el librero dijo que no veía cómo la poesía de Guthrie podía ser un factor pertinente.

—Tal vez no lo vea —dije, hablando en la forma misteriosa que el mismo librero suele emplear.

Al oír eso Rob Yule se rió y dijo que tal vez yo podría: decirles qué pensaba Guthrie: ¿tenía razón Will al creer que había abierto el castillo de Erchany por miedo a los americanos?

—Creo muy improbable que los americanos vuelvan a molestarse por Guthrie, o éste por ellos.

Dicho esto, vacié mi pipa y me dispuse a salir.

Lector, la arrogancia tiene su castigo. Había llegado a la puerta del salón privado, cuando se abrió tan vivamente que tuve que saltar atrás, y entró una muchacha forastera vestida de ropas de viaje.

—¿Molesto? —preguntó, y pareció muy segura de que no era así; avanzó directamente al mostrador y habló de un modo enérgico pero amistoso con la señora Roberts—: La encargada del correo no está en ninguna parte, y no tengo tiempo para buscarla. ¿Le molestaría mucho transmitir esto? Tomaré un jerez.

Y sacó de su bolsillo un papel y algunas monedas.

Todos miramos a la muchacha como si fuera un ternero con dos cabezas. Pero no nos hizo caso y permaneció allí; una mujer joven y delgada, pero con un aire muy decidido, bebiendo su jerez mientras la señora Roberts transmitía el telegrama a Dunwinnie. Después se volvió y nos echó una mirada, breve y concisa, como si fuéramos algo señalado con dos asteriscos en una guía de turismo de Cook. Luego, cuando regresó la señora Roberts, tomó el cambio, dijo una palabra de gratitud y salió en un santiamén de *Las Armas*. Medio minuto después se oyó el ruido de su automóvil, que subía la carretera, como si no pensara detenerse de este lado de Inverness.

Durante un rato hubo silencio. A todos nos pareció raro que, justamente, cuando hablábamos de América y de Terranova, se nos presentara de pronto una muchachita norteamericana; pues que lo era, nadie que alguna vez hubiera ido al cinematógrafo de Dunwinnie podía dudarlo. La señora Roberts fregaba los vasos detrás del mostrador, y había en sus ojos un brillo que no provenía precisamente del esfuerzo de limpiarlos del pecado mortal de la cerveza. Ahora tenía noticias, y lo sabía.

Pronto Rob intentó sacarle algo.

—¿Sería un telegrama, señora Roberts, lo que envió la muchacha?

—Así fue —dijo la señora Roberts, y dedicó el resto de su aliento a lustrar un cacharro de cerveza.

—¿Para reservar una habitación para la noche, se fue arriba, tal vez?

—Tal vez sí y tal vez no, y eso no le interesa a nadie más que a ella —dijo la señora Roberts, virtuosamente. No perdonaba a Rob la manera como había tratado a la cerveza *Inofensiva* de Carfrae. Pero era evidente que de cualquier modo reventaba de ganas de contarlo; durante dos o tres minutos fregó sus vasos como si procurara des tizar la cara del Demonio. Después—: La verdad —dijo—, ¡me dejó pasmada!

Esta vez Carfrae trató de hacerla hablar; con él había alguna esperanza.

—¿Había algo extraño en el mensaje, señora?

—Tal vez sí, y tal vez no —dijo otra vez—. Si quieren saberlo, era para alguien de Londres, y sólo decía: *Espero tener noticias importantes pronto*.

Will Saunders se puso de pie y se acercó a mí, junto a la puerta.

—No me parece —dijo— que haya en eso mucho tema para lo que Carfrae llama maledicencia ociosa.

—Tal vez sí, y tal vez no. Pero le diré esto: al señor Bell, a ése, le interesará la firma. —Y dicho eso dejó caer de un golpe el último vaso, y se volvió para agitar su tetera.

—¿La firma? —pregunté, perplejo.

—Exactamente, señor Bell. La firma de la muchacha era Guthrie.

Y ahora queda sólo lo que ese muchacho escritor de Edimburgo llamará el Testimonio de Miss Strachan, y luego me dedicaré a Christine —Christine, de quien es lícito pensar que será la heroína del libro—. Recordarán que Miss Strachan es la maestra de escuela, la que escribió un artículo sobre la Educación Visual. Quizás no fuera mal tema para ella; es una persona curiosa por naturaleza, hambrienta de los asuntos de los demás, y que posee un ojo agudo además de una larga nariz. Y sin duda fue su curiosidad la que la llevó por el camino más largo cuando fue a visitar a su tía, en Kildoon.

Cada fin de semana Miss Strachan va en bicicleta a casa de su tía; es natural que una sobrina sea muy atenta con una vieja que posee algún dinero. Casi siempre toma por el camino real, hasta Dunwinnie, y tuerce cerca de Thompson's Mains, pues Kildoon es apenas un puñado de casas, dos o tres millas más allá del páramo. Pero a veces, en verano, como es muy propensa a lo que llama la tentación del vagabundaje, se aleja valle arriba más allá de Erchany, y después monta y pedalea su máquina sobre los cerros hasta dar con una huella de pastores que la lleve cuesta abajo hasta el camino de herradura que atraviesa Glen Mervie. Fatigoso debe de ser, y un poco arriesgado en el mejor de los casos; la maestra dice que está medio chiflada por el Ideal Atlético, y nadie puede negar que parece hecha de nudos. Pero que sólo la tentación del vagabundaje la hiciera subir al valle de Erchany, en medio del deshielo de la primera nevada del invierno, era cosa difícil de creer; además, aquello acontecía cuando todos hablaban de los asuntos de la casa grande. Algunos dijeron que la tentación de Tammás era la causa, y que para una persona con pocas esperanzas de conseguir un muchacho en sus cabales, la noticia de cómo se había avivado el idiota tenía que ser muy atrayente. Pero no hay por qué averiguar los motivos de la mujer; baste el que durante el último fin de semana de noviembre se haya dirigido valle arriba.

El Drochet estaba verde e impetuoso con las nieves del Ben Cailie, y los abetos quietos y mojados en medio del deshielo; sólo a veces un aletazo de viento rociaba el camino de la maestra mientras pedaleaba su bicicleta sin neumáticos, a través de la nieve fangosa, cuesta arriba. Cuando ya estaba cerca de la cabecera del valle, vale decir, al pie mismo del Ben Cailie, vio la tormenta que se levantaba desde el lago, hacia el este; el comienzo de la gran tormenta que vino con el deshielo. Oscuro, sombrío y secreto estaría el lago, encuadrado por negros árboles agobiados de nieve; luego, lejos, hacia el este, la superficie que quebraría y se agitaría; la superficie entera temblaría, saltaría rompiéndose en espuma, y, sobre la convulsa extensión espumosa, grandes sombras se escurrirían y se deslizarían en repentinos aluviones de tempestuosa luz y sombra; después el vendaval, barriendo los cerros desde el largo embudo del lago, se apoderaría de las colgantes ramas de los árboles y las sacudiría, dejando caer su escarcha, y subiría sobre las tinieblas crecientes donde las nubes de

tormenta se agolparían en tremenda victoria en torno del Ben Cailie.

Debe de haber sido un espectáculo desanimador para la maestra, si pensaba llegar esa noche a Kildoon por los pasos de la montaña. Pero si su meta era Erchany, la tormenta fue oportuna; en muchas millas a la redonda no había vivienda humana, salvo la casa grande y la granja abandonada, escondida entre los alerces, lejos, abajo. De modo que cuando se desató aquel huracán capaz de sacarle cuanto llevaba encima, siguió su camino y pronto se acercó a las casas de la granja de Erchany.

Más de la mitad del camino había hecho, y a través de la cortina de agua de la tormenta podía ver las ventanas cerradas y el corral silencioso, desolados en aquel lugar solitario, cuando, surgiendo de una depresión del terreno, blanca y apresurada como un fantasma inquieto, apareció la delicada figura de una muchacha. Al minuto siguiente la maestra vio que era Christine —la verdad es que no podía ser otra en aquel remoto lugar— y pensó que Christine debía haberla visto desde la granja y se apresuraba a recibirla, amigablemente, en medio de la tormenta. Agitó una mano, y lanzó un grito que el viento le arrebató eje los labios, y corrió sendero abajo tan velozmente como se lo permitía la máquina que empujaba con ella. Pero luego la maestra comprendió, con algún asombro, que Christine no la había visto; la muchacha se alejaba ahora cruzando oblicuamente la cuesta, trepando las rocas ágilmente con sus largas piernas de muchacho, y sin otra protección contra el huracán que algún ligero vestido de lana, ya empapado, que se le pegaba a las carnes. Decía Miss Strachan que se sintió alarmada por ella; tal vez un poquito alarmada por sí misma, también, porque con la tormenta que tenía encima necesitaba mucho ser bienvenida en Erchany, y, ahora que los Gamley se habían ido, sólo de Christine Mathers podía esperar que no le cerrara la puerta. Sea como fuere, dejó caer su bicicleta junto al camino, y medio corrió, medio anduvo, para interceptar a Christine en su ascensión. Pronto se encontró frente a ella, y gritó: —¡Miss Mathers! ¡Miss Mathers! ¿No es un tiempo espantoso para andar afuera?

Esta vez le resultó difícil a la maestra creer que la muchacha no la oía; pero la oyera o no, siguió adelante sin prestar atención. La maestra se detuvo perpleja y, sin saber si ofenderse o alarmarse, se preguntó si Christine era sonámbula o se había vuelto completamente loca con las enormidades de Erchany y de su castellano. Entonces el corazón le saltó en el pecho, porque al pensar en Guthrie vio —y fue como si un relámpago hubiera hendido las veloces nubes sobre su cabeza— el Guthrie que había en Christine. Eso era lo que siempre había dejado perplejos a los murmuradores —que la muchacha no mostrara el sello de los Guthrie— y ahora aquí estaba, caminando como si quisiera escalar el Ben Cailie, sin mirar a derecha ni izquierda, clavada la vista en medio del aire, blancas hasta la palidez las mejillas, salpicadas con manchas llameantes, moviéndose los labios como en una plegaria o un cántico. Así, como una criatura poseída, solía pasar el mismo Guthrie, y el que se atrevía podía hablarle, pero no contestaba.

La revelación de Miss Strachan, pensará el lector, poco valdría en un tribunal de

justicia, pues era apenas el capricho, en un momento dramático, de una persona cuya cabeza estaba abarrotada de escándalos y prejuicios. Pero por cierto que se sintió tan impresionada por lo ocurrido que no hizo ningún otro esfuerzo para detener a Christine; inmóvil, se quedó mirando su extraña carrera hasta que la muchacha se perdió en la confusión de la tormenta. Y muy perdida debió sentirse la maestra, porque el viento crecía y crecía, la noche no tardaría en caer, y se aproximaba una cellisca capaz de anonadar al Ideal Atlético de todo un *team* olímpico. La granja, donde otra vez la señora Gamley le había ofrecido una taza de té, estaba, bien lo sabía, desierta; y con Christine ausente en su locura, sólo quedaban en la casa grande Guthrie y Tammis, y el sujeto Hardcastle con su decrepita mujer. Aunque el misterio del oscuro lugar antiguo le había parecido atrayente desde la cómoda seguridad de la escuela de Kinkeig, ahora le faltaba valor para afrontarlo. Podemos permitirnos pensar que la tonta se detuvo en medio de la cellisca, y maldijo rotundamente la tentación del vagabundaje. Pero eso no la ayudaba a llegar al refugio de una represa o a un puñado de paja seca. Como diría el librero, podía distinguir tres alternativas: quedarse donde estaba, seguir y romperse el pescuezo, como probablemente haría Christine, o abrirse camino hasta Erchany, con la dudosa hospitalidad de Ranald Guthrie. Y entonces recordó, pobre alma, qué lugar tan horrible era la casa grande, y qué mal lo había pasado allí la dulce muchacha, Isa Murdoch; de modo que casi resolvió seguir luchando y tratar de llegar al valle de Mervie. Pero entonces, quién sabe de dónde, un destello de buen sentido la iluminó; regresó a buscar su máquina, y luego decidió enfrentar los horrores que las viejas contaban de Guthrie, y de sus ojos y de sus espadas y de su galería.

Esta resolución le duró hasta llegar a la granja; entonces recordó el magnífico desván de los Gamley; Geordie y Alice dormían ahí, y mucho se habían divertido, los dos chicos, en la escalera externa que trepaba hasta él, en el límite del corral. Es muy probable, pensó, que los Gamley hubieran dejado los jergones donde dormían los chicos; si podía llegar allá arriba estaría bastante cómoda hasta la mañana, pues tenía dos o tres barras de chocolate, como las que siempre llevan los vagabundos y el extranjero a caza de paisajes. Así es que se dirigió al corral y metió su sucia bicicleta en un establo, y trepó la larga escalera de piedra, fangosa y peligrosa como estaba. Tanteó el picaporte de la puerta; en efecto, nadie había pensado en cerrarla; ahí estaban los jergones, tan cómodos después de aquel viento helado y aquel cielo cubierto. Ahí, sola, estaría mejor que buscando la compañía de la extraña gente de Erchany.

Estaba calada hasta los huesos, a pesar del hermoso impermeable que llevaba, y yendo al fondo del penumbroso desván, empezó a quitarse las ropas. Estaba casi desnuda, dice —y notará el lector que siempre hay un poco de desnudez en los chismes de Kinkeig—, casi desnuda, cuando de pronto el desván se oscureció. «El viento debe de haber cerrado la puerta», pensó, y se volvió para mirar; pero ¿qué vio sino la figura de un hombre, recortándose horriblemente contra la menguante luz del

día? Más aún, reconoció aquella figura enjuta. Era Ranald Guthrie en persona.

De modo que, como se ve, la maestra se había puesto en una situación no muy distinta a la de Isa Murdoch: temo que ese muchacho escritor perciba algún peligro de monotonía aquí. Pero la verdad es que Miss Strachan estaba lejos de juzgar monótona su situación; lanzó un grito que habría sobresaltado al castellano, si éste, en ese momento, no hubiera cerrado la puerta con estrépito, y no le hubiera colocado la falleba desde afuera. Porque nada había visto de la chorreante Betsabé que había en el fondo del desván, y quizá, de haberla visto, sus reacciones no se habrían parecido a las del rey David; sólo le preocupaba cerrar la casa ante la tormenta, y un minuto después la maestra oyó el chapoteo de sus pies, escalera abajo.

Después que se hubo recobrado un poco de su sorpresa, vio que, si Guthrie se alejaba, su situación no era tan mala. No era una prisionera sin esperanza; había en el piso del desván una trampa que conducía a la casa, aunque nunca se la usaba y no tenía escalera para bajar; pero disponía de sus ropas y de los jergones y quizá aún podía descender por medio de una escala improvisada, como lo hacía en el colegio, cuando le inculcaban a golpes el Ideal Atlético. Una vez abajo, podría salir por una ventana, cuando quisiera. Mientras tanto se metió otra vez en sus ropas mojadas; no había otra cosa que hacer, con un hombre rondando la casa.

Y por cierto que Guthrie aún andaba por ahí; podía oírlo, a través del delgado piso del desván, recorriendo la casa, como podía haber recorrido su galería. Se preguntó qué podría estar haciendo el castellano fuera de su castillo, en medio de la tormenta; parecía como si estuviera aguardando a alguien, y apenas había entrado este pensamiento en su cabeza, cuando, como respondiendo a él, Guthrie gritó:

—¡Entre!

Luego hubo un silencio, como si hubiera gritado aquello al aire, o las palabras hubieran sobresaltado a aquél a quien iban dirigidas, dejándolo inmóvil. Después se oyó de nuevo la voz del castellano, y Miss Strachan juraba que había algo burlón en ella.

—¡Entre, hombre!

Otra pausa, y luego el ruido de una puerta abierta con un violento empujón, que parecía replicar a esta burla que había en la voz de Guthrie. Después otra pausa, y de nuevo la voz de Guthrie, esta vez tan tranquila y distinta que apenas alcanzaba a subir hasta el piso resquebrajado del desván.

—¡Ahí, es usted!

La maestra, sea por sus ropas empapadas o por algo que había en la manera en que fueron pronunciadas las palabras, tembló dentro de sus zapatos mojados. Pero pueden estar seguros de que su nariz ya se contraía nerviosamente, y de que sus ojos agudos buscaban en la sombra una rendija donde apoyar su fea oreja. Y después subió la voz del desconocido visitante de Guthrie, joven, fuerte y desafiante, una voz que no identificó la maestra.

—¿Dónde está Christine?

—No es a Christine a quien verás hoy, Neil Lindsay. Tampoco la verás otro día, ahora que os he descubierto a los dos.

Neil Lindsay era poco más que un nombre para Miss Strachan, medio inglesa de Edimburgo, como era; pero sabía bastante de las tierras de los alrededores para comprender que si un Lindsay se atrevía a cortejar a Christine Mathers, el asunto sería grave. Iba a ser grave ahora, en la larga cocina de la granja, debajo de ella.

—¿Dónde está, Guthrie?

La repetida pregunta era un desafío, también el llamar a Guthrie así, siendo Lindsay apenas un labrador; bien sabía, sin embargo, que la historia lo autorizaba, como se verá. Y ahora la maestra oyó a Guthrie responder, con sequedad y calma:

—Sucedió que seguí a Christine y encontré su mensaje. La envié de vuelta a la casa, y me quedé yo mismo a esperar. ¿Hice mal? ¿Se queja?

—Ella es dueña de sí misma.

—No, si usted quiere ser dueño de ella.

Esto gustó mucho a la maestra; forzó sus oídos y oyó lo que pudo ser un rápido paso de Lindsay hacia el castellano. Luego pareció dominarse, y su voz subió, cuidadosamente medida, desesperadamente seria:

—Quiero casarme con ella, Guthrie.

El señor dijo:

—No puede ser.

—Ella quiere casarse conmigo.

—No puede ser.

—Nos casaremos, Guthrie, y no es usted quien puede detenemos.

—Eso sí lo puedo hacer, Neil Lindsay.

—¿Cómo?

—Christine es menor de edad, y usted lo sabe.

—Eso se arreglará. Y hay otra cuestión.

—¿De veras?

—¿Qué es Christine para usted?

No gastaban palabras, ninguno de los dos, para exponer lo que había entre ellos. Y la maestra estaba en éxtasis; cómoda e insospechada en su desván, escuchaba algo que haría empalidecer la historia de Isa Murdoch alrededor de cada tetera de Kinkeig. Así es que buscó un pedacito de chocolate, y deseó tan sólo poder arriesgarse a encender un cigarrillo: hábito muy grosero en una mujer. Después otra vez aplicó su oreja al suelo para escuchar lo que Guthrie contestaría.

Pero no contaba con los rigores invernales del valle de Erchany. La tormenta, que hasta ahora no había hecho otra cosa que escupir y hacer muecas sarcásticas, estalló de pronto con toda su furia; el viento aulló —cosa que hace con menos frecuencia en la naturaleza que en los libros—, y la cellisca, convertida ahora en lluvia, se estrelló violentamente contra las pizarras del techo, como ráfagas de ametralladora. Guthrie y el joven Lindsay podían estar cantando juntos el *Auld Lang Syne*^[3], puesto que nada

podía escuchar, o —lo que era más probable— bien podían estar asesinándose. Se sintió muy inquieta, decía, por ambos; es realmente solícita esta Miss Strachan.

A fe mía, sus temores estaban justificados. Porque dos o tres minutos después se produjo una pequeña tregua entre los elementos y oyó la voz de Lindsay, áspera de ira.

—¡Repita eso...!

Y Guthrie dijo:

—Casada o sin casar, le digo, y si no es demasiado tarde, nunca tendrá un hijo suyo.

En seguida se oyó el ruido de un golpe dado por una mano abierta y después la voz de Lindsay, baja y conmovida.

—Cristo me perdone... ¡Usted, que podría ser mi abuelo! Lo siento, Guthrie; no toda la mala sangre que hay entre nuestras gentes...

Guthrie dijo:

—Lo pagará.

Y estas palabras, tan melodramáticas como esas piezas que antes se representaban en los patios de las hosterías, fueron las últimas que oyó la maestra. Porque en ese momento la primera ráfaga que siguió a la calma abrió con estrépito alguna puerta del edificio, y ella, que debió de haber estado más asustada de lo que quería admitir, creyó que era un pistoletazo, y se puso de pie en el desván, gritando:

—¡Asesinato!

Una buena sorpresa habrá sido aquello para los que estaban abajo. Lindsay se alejó inmediatamente, y Guthrie se volvió, bastante sereno, para habérselas con la sorpresa. Debe de haber salido y trepado la escalera sin vacilar, porque antes de que la maestra tuviera tiempo para ponerse a temblar ante la estupidez que había cometido, ya había atravesado la puerta del desván y clavaba sus ojos en ella.

—Señora —dijo—, ¿debo entender que se encuentra usted en algún apuro?

Nada consoló a Miss Strachan el descubrir que tendría que tratar con el Guthrie inglés y mundano, el que era todo negra ironía y cortesía; hubiera preferido al Guthrie con que se las había entendido Lindsay, el castellano que tenía más de escocés que lo que suelen permitirse los de su clase desde hace un siglo. Gimió —podemos suponer— al contestar:

—Oh, señor Guthrie, soy la maestra de escuela de Kinkeig, señor, y pasaba en bicicleta cuando empezó la tormenta y...

—Me alegro mucho —dijo Guthrie, y de pie, recortada su figura contra el vano de la puerta, hizo, según la maestra, una pequeña reverencia—, me alegro mucho que la granja le haya ofrecido abrigo. Pero usted gritó, me parece. ¿Se ha alarmado de algo? ¿Hubo alguna imperfección en nuestra hospitalidad?

Sentía los ojos amenazadores —aunque era apenas una sombra negra—, y el espantoso filo de sus suaves palabras la acobardó.

—Fue una rata, señor Guthrie, —exclamó—; ¡durante un minuto me asustó tanto

esa rata!

—Ah, sí —dijo Guthrie—. Las ratas son muy molestas por aquí. Casualmente, yo también estaba ocupado con una.

Al escuchar estas horribles palabras la maestra sintió que la sangre se helaba en sus venas; se sintió tan desdichada, que si se hubiera atrevido se habría echado a llorar allí mismo. Y hasta debe de haber gemido, porque las palabras siguientes del señor, según informó, fueron:

—Usted está sobrecitada; permítame que la conduzca a un asilo menos inquieto.

Por un momento, la palabra «asilo» sugirió a su atontada cabeza que sería entregada al bobo; si hubiera podido, habría salido a escape para hundirse otra vez en la tormenta y la noche. Pero el señor avanzó con su pesada cortesía, como Sir Charles Grandison en la hermosa novela de Richardson, y la condujo de la mano fuera del desván, como si hubieran estado en un salón de baile. Al salir al aire libre sufrió otro sobresalto, porque oscuro como estaba todo, pudo ver el rostro del caballero, tan pálido como el fantasma artificial de Pepper, y a través de él el ancho cardenal dejado por un golpe dado con la mano abierta. Durante todo el camino, al borde del lago, hasta la casa grande, mientras el señor empujaba la bicicleta con una mano y con la otra le tomaba el brazo, como si hubiera sido la duquesa de Buccleuch, le parecía oír sus últimas palabras al joven Lindsay: «Lo pagaré». Después, al llegar a la casa grande, Guthrie se cansó repentinamente de su comedia, llamó a la señora Hardcastle y dijo:

—Prepare lo necesario para que esta joven pase la noche aquí.

Dicho esto le hizo una fría reverencia y se fue por su lado, y la maestra probablemente se sintió tan mortificada por su caída de «señora» a «joven» como por cualquier otra cosa de lo ocurrido ese día espantoso; aunque, bien mirado, «joven» era una palabra caritativa, que ella hubiera debido agradecer; Guthrie no la había visto a plena luz.

Tampoco vio Miss Strachan mucho más de Guthrie, salvo una ojeada a la mañana. Al despuntar el alba ya estaba levantada; las ratas no le habían dejado cerrar los ojos en toda la noche, y la cena que se le había ofrecido había sido tan magra, que mucho antes de levantarse había agotado el resto de chocolate que no le habían comido las ratas. Estaba ansiosa por irse; la tormenta había disminuido, y el mejor plan, pensó, era caminar de regreso a Kinkeig empujando su máquina; sin duda no podría usarla, con la huella en aquel estado. A fuerza de halagos consiguió de esa bruja que es la mujer de Hardcastle un poco de pan y de melaza, le dijo adiós de muy buena gana, y se alejó camino abajo. El camino pasa junto al brazo del lago que se acerca al Castillo de Erchany, el mismo que usaban para llenar el foso antiguamente. Y ahí, en aquel amanecer lluvioso, estaba Guthrie, con la vista clavada en el lago Cailie, atento como si esperara que desde el carro del sol dejaran caer un mensaje para él. Y de pronto, mientras la maestra lo contemplaba, elevó ambos brazos y los mantuvo en alto, con las manos extendidas hacia el cielo, como si tratara de verse la

sangre circulando a través de su transparencia. Era extraño, y la maestra recordó el descabellado rumor de cómo a veces solía rezar a los ídolos de los rudos paganos antiguos: se metió de un salto en el primer grupo de alerces, y dudo si se detuvo una sola vez —no más que la pequeña Isa— en las diez primeras millas que la alejaron del castillo de Erchany. Pero al menos llevaba consigo sus despojos: nunca había bajado al valle tanto combustible para la conversación.

Y eso fue lo último que la gente de Kinkeig —salvo yo mismo— oyó sobre Ranald Guthrie antes de la tragedia. La noche que Miss Strachan pasó en la casa grande fue la del 28 de noviembre. El 10 de diciembre, justamente antes que las grandes nieves cerraran casi del todo los valles, Christine Mathers vino a mí, con su historia.

Rara vez bajaba Christine a Kinkeig. Después de todo, la cerveza de *Las Armas* y las murmuraciones de las cocinas, y tal vez algún correteo nocturno tras las muchachas, entre las parvas, casi agotan las atracciones del lugar, excepto el domingo. Y Guthrie no permitía a Christine atender los sermones del doctor Jervie; no apreciaba mucho a la Iglesia, y menos aún a nuestro pastor. Poco después de su llegada, cuando se enteró bien de los asuntos de su parroquia, el pastor se encaminó a Erchany, conversó un rato con el señor y sugirió que era una lástima educar en tal soledad a una muchacha tan hermosa como Christine; cosa que por otro lado era blanco de las conversaciones ociosas. Tal vez se debió a que el doctor Jervie fuera un hombre erudito —y como él también lo era, respetaba la erudición— el que Guthrie no azuzara los perros contra él como hizo con su predecesor, que no era más que un hueco charlatán, sin substancia ni doctrina, es cierto. Pero lo escuchó fríamente, y fríamente despidió al doctor Jervie con una reverencia final; y después, si se encontraban en algún camino, el señor pasaba de largo. Nunca, sin duda, lo habían visto en la iglesia —ni a Christine, ni tampoco a los Hardcastle—, y en cuanto a Tammás, dudo si el pobre bobo había oído decir alguna vez que existe una cosa llamada Catecismo abreviado.

Christine, digo, rara vez venía a Kinkeig, y cuando lo hacía era para visitar a Ewan Bell, el remendón. Nos habíamos conocido desde mucho tiempo atrás, porque la primera niñera que Guthrie tomó para ella era hija de mi propia hermana. Había entonces en la casa grande un carruaje tirado por *ponies*, y el castellano, que había tenido un período más apacible durante la infancia de la muchacha, las dejaba pasear cuanto quisieran, y a menudo visitaban al tío Ewan, pues tal era yo para la niña, lo mismo que para mi verdadera sobrina. Hombre sin hijos y soltero, me encariñé mucho con la pequeña Christine Mathers. Y cuando creció, y Guthrie llevó a Miss Menzies a la casa —esa señora fina, educada y pusilánime, que dio a Christine su educación extraña y solitaria—, venía a veces a verme, trayéndome, quizá sus cuitas de Erchany, y quizá sus preguntas sobre el mundo. Luego siguió creciendo, se convirtió en señorita, y comprendió la extrañeza de su vida: una Miranda abandonada en una isla con un sombrío Próspero; y se transformó en una muchacha misteriosa, con una creciente tristeza, además, en lo profundo del corazón. A veces aún venía a verme, pero sus entrevistas eran siempre mudas: inclinada sobre una mesa, se entregaba a oler y palpar los cueros, como si de ellos extrajera la fuerza que uno puede extraer de las cosas primitivas y fuertes. Y ahora sus visitas eran más raras; solía mirarme como si fuera a abrirme su corazón, pero al final no hablaba más que de las fruslerías del día. Solía sentarse, soñadora, jugando con un pedazo de cuero, abriéndose a la vida con tanta sencillez y tan irresistiblemente como la flor de los brezos sobre los cerros. Bien sabía yo lo que había ocurrido, mucho antes de que la maestra trajera a Kinkeig el infortunado nombre del muchacho.

Conviene saber algo de los Guthrie y los Lindsay, Un poco más, quizá, de lo que registran las *Crónicas* de Pitscottie. No tardará mucho el encuentro con Christine — esto no es un tratado sobre el feudalismo escocés— y ya te advertí honradamente, lector; debemos retroceder hasta más allá de la Reforma.

Sabrás que mientras en las tierras altas la gente siempre se organizó en clanes, rama sobre rama, cada una bajo su caudillo y procedentes todas del tronco del jefe, en las tierras bajas no hubo tal cosa: la unidad fue siempre la familia. Por grande y dilatada que fuera una familia, rara vez tenía la cohesión del clan, de modo que la tarea de los terratenientes de la región baja consistió siempre en unir estrechamente las familias, y aliarlas entre sí. Era seguro y fuerte aquel distrito en que los señores estaban bien atados por pactos y convenios.

Ahora bien, cuando los Guthrie no eran más que hidalgos de Erchany, los Lindsay de Mervie eran gente poderosa, barones apoyados por la Corona, cuyas tierras se extendían casi hasta las de los Innes, esos groseros flamencos, entre Moray y Spey. Y en la niñez de Jacabo III, cuando Escocia era un lugar sin ley y sin fe, los Guthrie celebraron un tratado de servidumbre con los Lindsay. Aún se conserva el documento en que un Ranald Guthrie juraba a Andrew Lindsay «estar por él y para él sus familias y amigos, y sus querellas, en consejo, ayuda, provisión, manutención y defensa, unidos de la manera más estrecha ante y contra todos los hombres vivos, dejando a salvo su lealtad a nuestro Soberano Señor y único Rey». Cualquiera fuera el aliciente que los Lindsay ofrecieran con su riqueza, o la persuasión que con su poderío ejercieran, el tratado era un juramento inviolable por un plazo de cinco años. Pero las palabras sobre el rey eran apenas un decir piadoso y vacío; siempre, en un tratado de servidumbre, se escondía alguna idea de unión contra el poder de la Corona.

Y contra la Corona se lo invocó, con el tiempo. Porque los Lindsay tenían un análogo tratado de fidelidad con el conde de Huntly, y un día llegó en que el conde escribió a Andrew Lindsay anunciándole que su primo, el Señor de Gight, había sido citado para someterse a la ley en Edimburgo, y que la seguridad de su vida exigía la inmediata presencia de Lindsay y sus villanos en St. Johnston, para cabalgar desde allí, con el conde, hasta Edimburgo. Así es que Lindsay convocó a Ranald Guthrie y a sus hombres en Mervie, y juntos, los Lindsay y los Guthrie, cabalgaron hacia St. Johnston —que es Perth—, y uniéndose con el conde, continuaron todos hacia Edimburgo, para intimidar a los jueces del rey, en defensa del Señor de Gight. Sólo Andrew Lindsay, fingiendo un asunto de negocios, se retrasó un día, y cabalgando a marchas forzadas hasta Erchany, se acostó con la mujer de Ranald Guthrie.

Durante un año y un día Ranald Guthrie esperó; después reunió todas las fuerzas que pudo, hizo una incursión contra Mervie, sorprendió a Andrew Lindsay desprevenido entre sus villanos, y lo llevó consigo. Los Guthrie transportaron a Lindsay a sus tierras y le cercenaron los adúlteros dedos, y lo enviaron de regreso con un reloj de arena colgado del cuello, para recordar a los Lindsay que habían dejado

pasar un año y un día para que el tratado de servidumbre hubiera expirado, y permaneciera incólume la fe de los Guthrie. Y Andrew Lindsay murió.

Tal fue el comienzo de la contienda entre los Lindsay y los Guthrie, y todo el mal que se hicieron entre ellos formaría un cuento demasiado monótono para contarlo. Pero a medida que se sucedían las generaciones, crecía el poder de los Guthrie y declinaba el de los Lindsay, y en tiempos de la Matanza estaban completamente arruinados; los Lindsay bien nacidos en Escocia no reconocían a los Lindsay de Mervie, y los burgueses de Dunwinnit vinieron un día y se repartieron toda el Ala Nueva y la mitad de la Puerta de las Vacas, de las ruinas de la Torre de Mervie. Y los Guthrie, que tenían memorias firmes y corazones implacables, se reían cuando salían de caza por el valle de Mervie.

Pero aún quedaban Lindsay en estas tierras, labradores sin historia, que podían creerse herederos de los antiguos Lindsay nobles, si querían. De modo que subsistía la vieja enemistad; los Lindsay siempre pensaban que los Guthrie era la peor escoria de la nobleza, y los Guthrie no mostraban por los Lindsay más favor que el necesario: un extraño y latente rencor, que de vez en cuando, en los más imaginativos, llameaba en odio y se manifestaba en maldad. Siempre era una desgracia para un Lindsay condescender a servir parientes de los Guthrie de Erchany, y si el joven Neil Lindsay se sentía especialmente amargado contra Ranald Guthrie, antes de conocer a Christine, ello se debía a la vergüenza de que su padre hubiera trabajado una vez para Alisan, la hermana del señor. El lector debe saber algo de Alisan, porque sin duda fue la más extraña de los Guthrie: Tammás, decían las gentes, era hijo suyo y de quién sabe Dios.

Había cuatro Guthrie de la generación de Ranald. John, el mayor, vio a sus dos hermosos hijos ahogarse en su presencia en el lago Cailie, y siguió viviendo, solo y melancólico, hasta que Ranald lo heredó. Ian, el segundo hijo, y Ranald, el tercero, para eludir a la Iglesia se fueron a vivir entre los salvajes australianos; hecho tan desatinado e impío, que nadie en Kinkeig se sorprendió o entristeció cuando llegó la noticia del horrible final de Ian, muerto y cocinado en sus ollas, por esos mismos salvajes australianos. Alisan, la hija, era veinte años cabales más joven que Ranald, la hija de la vejez de su padre y de los años más improbables de su madre. Era toda una Guthrie, morena y arrebatada, cuya única pasión eran los pájaros. Éstos acudían a ella: fantásticamente volaban alrededor de su cabeza de día, y poblaban sus sueños por la noche; recorrió Escocia en busca de su ciencia y su compañía, escribió un libro sobre los pájaros, y finalmente vivió en una choza de las montañas, una cabaña tosca y solitaria, blanca por dentro, y por fuera con los residuos de los pájaros; y al cabo, según la gente, llegó a decir que comprendía las voces de éstos; algunos afirmaban que toda su conversación se refería a lugares celestiales, y otros que toda su conversación se refería al infierno. Un cierto Wat Lindsay, padre de este Neil Lindsay, porque sus hermanos bastaban para atender la heredad, y porque él también tenía habilidad con los pájaros y éstos lo atraían, olvidó la vieja animadversión

familiar hasta el punto de servir a Alisan durante un tiempo, cruzó a nado el Loch-an-Eilan por ella, y fotografió el último nido de quebrantahuesos que se halló en Escocia. Y ésa fue Alisan, que murió soltera en su choza, en lo mejor de la edad madura; y por eso el joven Neil contemplaba al castellano con rabia y disgusto: por la vergüenza de que su padre muerto hubiera hecho tal servicio a un Guthrie.

Poco sabía yo de Neil Lindsay antes que me visitara Christine, porque vivía con sus hermanos, en una heredad remota de Mervie, la misma donde sus antepasados, según imaginaba, habían tenido su torre. Había reñido con su padre, su madre y sus hermanos, decía la gente, para instruirse, para conseguir ese conocimiento inglés de los libros que menospreciaban los Lindsay, que eran pequeños labradores hundidos en la batalla de todos los labradores que aún quedan aquí, batalla dura, dolorosa, desesperada, contra la marcha del tiempo. Hace cien o cincuenta años, habría encontrado el dómine adecuado para prepararlo; después habría cargado su mochila a la espalda, camino al Colegio de Aberdeen, y se habría graduado allí. Pero lo que el librero llama «progreso de la educación» ha dificultado las cosas para los muchachos como él, pues el sendero del conocimiento está obstruido en cada recodo por la necesidad de conseguir diplomas sobre ciencias insignificantes. El conocimiento de Neil Lindsay era fragmentario, caprichoso e imaginativo, el conocimiento de una mente aguda e inquieta, siempre consciente de las oportunidades perdidas, pues era de aquellos que habrían llegado lejos con la enseñanza libre y descuidada de la nobleza, pero que son demasiado independientes para arrebañar texto tras texto en los Internados. Éste es el metal de los rebeldes, sin duda alguna; decían que Neil se había afiliado a un grupo, los Nacionalistas, que pensaban que Escocia debía ser libre e independiente otra vez. Pero Will Saunders decía que no le entusiasmaba un plan que podía definirse como «Escocia para los Irlandeses» —queriendo significar con esto que los Nacionalistas nos entregarían a esos prolíferos salvajes del Clyde—, que él estaba a favor de una justa redistribución de las colonias, y que era hora de que Inglaterra fuera devuelta a los escoceses. Pero esto se aparta de mi historia. La que sigue ahora es la de Christine, y de cómo conoció a Neil.

El día de San Juan, la solitaria muchacha había cruzado la cabecera del valle y había bajado a Mervie; era una espléndida mañana, las nubes, como vellones, se deslizaban por encima de ella; lejos, a la izquierda, cerca del invisible lago, se habían callado las agachadizas, y a veces un ganso salvaje pasaba volando por el cielo, dirigiéndose, sin duda, al lejano mar. El día largo, un día casi sin noche, se extendía ante ella, y de pronto se le ocurrió ir hasta donde nunca había ido, hasta la cumbre aún nevada del Ben Cailie, que se erguía ante sus ojos. Así es que bajó hasta la mitad del valle, pasó junto a la heredad de Lindsay, cuyo nombre casi ignoraba, y cruzó a través de una plantación donde el dibujo esquelético de las hojas de sicomoro del último otoño se mezclaba con la elástica alfombra de agujas de alerce. Después atravesó los bosques de pinos y luego un montecillo de fresnos montañoses, y entonces el hombro desnudo del Ben Cailie se presentó ante ella; a la izquierda veía

la pincelada, larga y metálica, del lago, y lejos, del otro lado de los cerros ondulantes, a su espalda, subía el humo azul de turba de Kinkeig. A veces se oía el murmullo de un arroyo, hermosos hilos escondidos de aguanieve que caían interminablemente desde la nevada cima del Ben; a veces el tibio y tembloroso balar de las ovejas en las praderas de abajo; y siempre, el grito de las avefrías, que a veces parecía a Christine su propio grito. Largo y solitario el ascenso sobre brezales, rocas y pedruscos; una multitud de montañas levantándose de un lado, y del otro la creciente visión cada vez más amplia de los parques más allá de Dunwinnie, ondulado con su brillante carga de trigo verde hacia el mar invisible.

De modo que casi toda esa mañana Christine trepó hacia la gran cresta del Ben Cailie, y cada paso la llevaba sin saberlo, hacia su destino. No esperaba encontrar a nadie hasta que el atardecer la llevara de regreso a la casa, y por un momento se preguntó qué ocurriría si sufría un accidente, porque nadie sabía que estaba escalando el Ben Cailie, y pasaría mucho tiempo antes que la buscaran a tal altura. Pero no tenía miedo; en otras ocasiones había escalado todos, los picachos, salvo el último, y poco peligro había para quien tuviera un pie tan seguro como el de ella, pensó Christine. En esto cavilaba mientras cruzaba un borde escarpado, con una caída quizá de siete u ocho pies hasta el blando brezal de abajo; y fue en este punto de sus pensamientos cuando vio al hombre.

Estaba de pie detrás de ella, más abajo, junto a un gran afloramiento de rocas; era un joven de camisa azul y viejos pantalones de franela; bien nacido o vulgar, pero sin duda hermoso, de pie allí, absorto e inmóvil. Tan inmóvil, que parecía una figura tallada en ese mismo granito que estudiaba, hasta que su mano se movió — sensitivamente, pensó Christine con una comprensión que la conmovió de manera extraña— sobre aquella superficie suavizada por la intemperie. Con idéntico toque los antiguos Pictos, que hace mucho tiempo poseyeran estas tierras, debieron de acariciar la piedra que era el fin y el comienzo de su arte.

Pocos muchachos había conocido Christine en su crecimiento solitario, y si poco antes hablé de ella comparándola con Miranda, yo pensaba en un Ferdinando, tal vez en este Neil Lindsay. Durante un largo minuto Christine lo contempló, y después trató de deslizarse sin ser vista. Pero la Naturaleza, que, si es preciso, nos empuja por vías extrañas, atrapó el seguro pie de la muchacha, por el que había estado felicitándose, y la hizo rodar aquellos escasos siete u ocho pies hasta el brezal, como para arrojarla al desconocido.

En seguida Neil Lindsay estuvo a su lado; sin duda se volvió al oírlo tropezar, y saltó a socorrerla. Aturdida, Christine vio girar la tierra y alzarse el brezal debajo de ella, una y otra vez; y la segunda vez era el muchacho, que la levantaba en brazos. Abrió los ojos y él la miró en ellos con una especie de asombro, y dijo: «¿Te has lastimado, muchacha?», tan afligido y tan inquieto como si ella fuera su hermana. Ella repuso que se sentía muy bien, y él le hizo mover las piernas para asegurarse de que era así, y después dijo tranquilamente: «Bueno, no lo hagas otra vez; el Ben

Cailie no está para esas cosas esta mañana». Christine rió, pero él pareció haber olvidado que había tratado de decir una broma; la miraba otra vez en los ojos, y la miraba como un enamorado.

Así fue su encuentro. Neil la llevó hasta la cumbre del Ben Cailie, y ella se frotó el rostro con nieve, aquel día de San Juan; y sintiendo aún el hormigueo de la nieve y la larga ascensión, encontró audacia para preguntarle qué hacía allá arriba, en el Ben. Él sacudió la cabeza y un rubor lento y profundo cubrió su cara; resultó que llevaba consigo un librito, la Geología de los Grampianos, y que había adelantado mucho en esta ciencia, aunque su estudio había sido solitario y secreto. Christine, que había sido educada con esmero, pero de un modo tan extraño y solitario, que también sentía que todo su conocimiento había sido una lucha, escuchó su conversación durante casi todo el día, sin asombrarse de que un joven labrador, con el silencio de los de su clase escrito en el rostro, estuviera hablando con ella, y le hablara así anhelante y cauteloso, como si quisiera trasladar su toque sensitivo y curioso, del duro granito a los contornos mismos de su alma. Sólo cuando hubieron descendido del Ben Cailie y Mervie ya se encontraba a la vista, él se mostró tímido, y después perplejo, como si se le hubiera ocurrido una idea que podía habersele ocurrido antes. Su nombre era Neil Lindsay, dijo, ¿quién era ella? Y cuando se lo reveló, y advirtió que era la muchacha que vivía con Guthrie, y cuya hija se decía que era, la miró en una forma incomprensible para ella; pues aunque ella conocía bien la antigua locura entre los Lindsay y los Guthrie, no había pensado que fuera cosa que pudiera preocupar a su generación, siendo aquella locura malvada y vieja como era. Pero al dar su nombre la sangre había afluido al rostro del muchacho; después el rubor desapareció, dejando una palidez visible bajo su cutis tostado por el sol; después pronunció una maldición que la sobresaltó, y la estrechó en sus brazos.

A partir de ese momento todo terminó para Christine. A través de la variedad de sentimientos con que acudía a sus citas, siempre secretas, y aunque a veces lo decía y a veces no, sabía que era suya para siempre. Y Neil, aunque también resultó de carácter cambiante, era tan firme como la roca junto a cuyo borde se habían conocido; se casarían y vivirían juntos y los dos irían al Canadá, donde él tenía un primo —un viejo erudito— que lo iniciaría en el trabajo que él quería.

Ésta, pues, fue la historia que Christine me contó por fin; y que lo hiciera después de un mundo de vacilaciones y de comienzos falsos se debió parcialmente a la timidez natural de la doncella. En parte se debía a la opresión de la vida de Erchany; la conducta del castellano la había hecho inquieta, y dudaba que pudiera haber confianza en el mundo, excepto la confianza que había entre Neil y ella. Guthrie se oponía tenazmente al muchacho; desde el día en que se encontró con él en la granja había sido un verdadero demonio, silencioso, pero ardiendo de ira o de alguna pasión análoga. Por su parte, Neil estaba colérico contra Guthrie, y su mente pensativa revolvía aquella situación junto con todas las antiguas ofensas de los Lindsay, de una manera que impacientaba a Christine. En aquellos meses de espera y cavilación se

manifestó en él el temperamento montañés que heredara de su madre; a Christine no le gustaba ver cómo lo dominaba, y fue no mucho después del episodio de la granja cuando supo que había llegado el momento de obrar. Neil se sentía inclinado a tomar a Erchany por asalto, como el joven Lochinvar, y llevarla a un sitio donde pudieran casarse en secreto; tenía ahorrado el dinero que los llevaría al Canadá, pero ni un penique más. A Christine le repugnaba la idea de irse en secreto; su instinto se oponía a ello; sentía que Guthrie tenía sobre ella algún poder que sólo podría quebrar combatiéndolo abiertamente; sabía, sin embargo, que si Neil se lo decía de cierta manera particular, se iría con él, pues no podía resistirse. Porque lo que más sentía era la fuerza que había en aquello. Cuando le pregunté, tal vez con palabras bastante estúpidas, si de veras quería casarse con él, durante un momento me miró burlonamente, y sólo dijo:

—Me domina.

De modo que Christine no discutiría su elección; yo sólo podía aspirar a ayudar como pudiera. Y lo primero que me preguntó fue: «Señor Bell, ¿hay algún abogado en Dunwinnie?».

Le dije que había habido un viejo señor Dunbar, y que ahora había un muchacho, Stewart, que había estado en su bufete y había continuado el negocio después. Aunque me sorprendió un poco la pregunta, creí mejor no averiguar qué planeaba; después abandonó el extremo del banco donde había estado sentada, cruzó el cuarto hasta mi pequeño escaparate, y contempló distraídamente a Kinkeig, envuelto otra vez en su manto de nieve.

—Debe de haber papeles legalizados —dijo tranquilamente y sin volverse.

Le dije que en verdad debía de haber papeles —las cosas estaban muy mal hechas si no los había—, pero que ella era pupila legal de Guthrie, y menor de edad, y que si la excentricidad de él llegaba al punto de no querer decir o mostrar nada, yo ignoraba si tenía derecho a verlos o no. Podía enviar a Neil a ver a Stewart, el abogadillo de Dunwinnie, si quería; pero el consejo de un hombre viejo era: esperar; cuando el castellano se acostumbrara a la manera en que habían salido las cosas, se encargaría de que los Guthrie y los Lindsay tuvieran el sentido necesario para no jugar a Capuletos y Montescos. Y haría bien, le dije, en repetir eso a su Neil; después de todo, cuando un labriego, sin otra cosa que algunas remotas esperanzas en el Canadá, daba en cortejar a la pupila de un rico señor, debía esperar un desaire o dos antes de salirse con la suya.

Pero Christine sacudió la cabeza.

—No se trata de eso. —Y recogió un pedazo de cuero y con sus dedos comenzó a trazar sobre él pequeñas líneas ondulantes, como si copiara los surcos que se dibujaban en su linda frente.

—¿Ha visto a mi tío últimamente? —preguntó.

Meneé la cabeza.

—No lo he visto, querida, en todo este último año.

—¿Pero habrá oído hablar?

—Aún no perdí el oído, Christine.

Sonrió.

—Sí, siempre se habla en Kinkeig, estoy segura. —Vaciló—. ¿Pero quizá haya oído decir que... que se ha vuelto loco?

Tenía un aspecto tan angustiado que abandoné mi horma y la abracé —cosa que no había hecho en largos años.

—No te preocupes por eso —dije—, no decían menos de él antes de que nacieras. Es lo que Kinkeig dirá siempre de cualquier señor que no hable de gallinas y de avena, y que no pretenda sentir hambre de iglesia los domingos. Y los Guthrie han tenido ese nombre desde los días de Malcolm Canmore.

Estalló en una breve carcajada, y creí que la había consolado, hasta que mi viejo oído captó el tono de su voz. Entonces me dirigí a la ventana y yo también eché un vistazo afuera.

Detrás de mí, Christine dijo de una manera nueva, dura:

—Está loco.

Christine era leal al castellano, y era de esas personas capaces de luchar para mantener su lealtad, aun teniendo que soportar muchas cosas, y hasta en medio de una pelea. Por consiguiente, me asombró que dijera eso de Guthrie, y la extraña paradoja con que apoyó, además, sus palabras. Su convicción de que el hombre estaba loco se fundaba en que estaba gastando algún dinero como un ser racional.

—Se violenta a sí mismo —dijo Christine.

Sólo quien hubiera vivido largo tiempo en Erchany, pensé, podía estimar la fuerza de su testimonio. La primera señal fue despedir a los Gamley. Éstos tenían con el señor un acuerdo escrito, anual o trimestral, y para echarlos Guthrie tuvo que pagarles cierta cantidad de oro —oro verdadero— que Christine le había visto sacar de su escritorio, y que era el único dinero disponible en Erchany, para alguna emergencia. Muy extraño fue aquello, dijo Christine, porque el oro era el juguete de su tío.

Abrí los ojos al oír eso. Bien conocía yo la tacañería de Guthrie, sus tristes andanzas entre los espantapájaros, y todo lo demás; pero nunca lo había imaginado como esos avaros pintorescos que hay en los libros.

—¿Quiere decir —exclamé— que se sienta a acariciar sus monedas?

—Sí. Lo llama numismática, y hasta me ha enseñado un poco. ¿Ha visto alguna vez, señor Bell, un *doblón* español de oro, de Felipe V, o un *genovino* de veintitrés quilates, o una pieza de bonete de Jacobo V, o la acuñación del Gran Mogol? Al mirarlas, me parece que yo misma me transformaría en avara, con toda facilidad. Pero a mi tío también le gusta acariciar pilas de guineas y de soberanos, los mismos con que debe de haber pagado a Gamley. ¿Y qué indicaba eso?

Indicaba, pensé, que el señor habrá estado muy deseoso de librarse de la gente de la granja; porque si sufría la enfermedad del oro de tal modo, debe de haber sido una verdadera violencia, como decía Christine, entregar una pila a su administrador. Y por un minuto tuve la visión de Guthrie (una visión quizá casi tan vívida como la de la señora McLaren, que ya te conté) sentado en su oscura torre, sin más que un trocito de vela (otro justo toque para el cuadro de un avaro), acariciando una y otra vez su oro, símbolo sin duda de algo que ignorábamos, y a veces llamando a la muchacha para que lo contemplara y lo admirara «numismáticamente», para dar una base racional al apetito irracional que lo empujaba. Y aunque poco sabía de Neil Lindsay, me alegré de que Christine lo hubiera encontrado; el brillo de ese oro, como el brillo de oro que alguna gente creía ver en los ojos de Guthrie, había obscurecido, aún más para mí, el cuadro del hombre y de su castillo.

—¿No lo muestra eso? —repitió Christine. Y después añadió—: Pero ahora no juega mucho con el oro; tiene en cambio los rompecabezas.

La miré sobresaltado; no por las palabras, que no entendí, sino por su tono, y por la creciente tensión de su rostro. Era evidente que en torno de los asuntos de Erchany había una atmósfera que ya obraba en la muchacha, y cuya fuerza le era difícil

expresar.

—¿Rompecabezas? —pregunté perplejo.

—Mi tío ha estado encargando a Edimburgo toda clase de cosas; ése es otro gasto extraño. ¡Han llegado provisiones como si fuéramos a ser sitiados en Erchany, cosas caras, algunas que yo nunca había visto, algunas de las que nunca he oído hablar! Y un gran cajón de libros.

—Pero el castellano siempre fue un gran lector, Christine.

—Sí... ¡pero no *compra* libros! Y éstos son de una clase que nunca le ha interesado antes: libros de medicina. Noche tras noche pasa estudiándolos en la torre.

Por un minuto creí percibir una luz horrible ¿Estaba realmente enloqueciéndose Guthrie, como pensaba Christine, y como había dicho ese imbécil de Harley Street que podía suceder, y, sintiendo que la locura se aproximaba, leía desesperadamente para iluminarse y curarse?

—Christine —pregunté con suavidad—, ¿serán libros sobre cuestiones mentales? Me entendió muy bien, y movió la cabeza.

—Los que he visto, no. Hay uno de un tal Osler, sobre Medicina General, y uno de Flinders, sobre Radiología, y uno de Richards sobre Enfermedades Cardíacas...

Se interrumpió con desagrado, y el hecho de que observara y recordara esas palabras difíciles me demostró vívidamente el esfuerzo que se imponía para sondear los acontecimientos de la casa grande.

Yo mismo no alcanzaba a entender esta fantasía de Guthrie, de modo que retrocedí a otra cosa.

—¿Y qué es eso de los rompecabezas, Christine?

—Rompecabezas los llaman... ¿los conoce? Creo que los consiguió baratos; estaban en un catálogo. Briosas escenas guerreras, señor Bell. Uno se siente muy perplejo, durante un tiempo, ante la cabeza de un soldado alemán, y después encuentra que ha volado su cuerpo y que se ajusta cómodamente en el ángulo superior izquierdo. Todo se llamará la «Batalla del Marne», tal vez; y a mi tío le gusta que le ayude. Poco me queda por aprender sobre tanques y granadas de mano y el hundimiento del *Lusitania*. Tal vez su idea sea completar mi educación.

Había una chispa de burla en la voz de Christine; no obstante, aquéllas eran las primeras palabras amargas que le había oído. Dije:

—Bueno, parece un juego bastante estúpido, pero no tiene nada de censurable y no debes afligirte.

Christine sacudió su hermoso cabello, mitad impaciente, mitad desesperada.

—¡Ha tomado el lugar del oro! —dijo—. ¿Así que usted no ve?

Durante un minuto debo de haberla mirado de hito en hito, como una lechuza. Y entonces, claro, *vi*. ¿Porque acaso no había pensado yo que el oro era un símbolo que respondía a algo muy profundo del hombre?

Pero la mente de Christine se había vuelto hacia otra dirección.

—Señor Bell —dijo—, ¿por qué nos abandonó Isa Murdoch? ¿Corre alguna

historia sobre eso?

Era ésta la pregunta que yo temía. En esos días, Christine tenía bastante preocupaciones, y no había por qué inquietarla con Tammás, el bobo; y sin embargo, si no conocía la brusca preocupación de Isa, era justo advertirla. Pero en seguida lo arregló todo, diciendo:

—¿Fue sólo por Tammás?

—En parte. Pero en parte porque tuvo que esconderse en la galería de tu tío, y lo oyó murmurar sus versos y hablar extrañamente con el aire. Se asustó un poco. Pero dime, Christine, ¿alguna vez supiste que tu tío se tratara con personas llamadas Walter Kennedy y Robert Henderson?

Al oír eso, fue ella la que me miró como una lechuza; pero sólo por un instante. Después rió con su risa clara como el agua. ¡Qué dulce era escucharla!

—Oh tío Ewan Bell —exclamó—, ¿alguna vez ha intimado usted con Geoffrey Chaucer? —Y en seguida recobró su alegría impetuosa, se puso de pie de un salto, como si todas sus preocupaciones la hubieran abandonado, y comenzó a recorrer mi taller de arriba abajo, las manos enlazadas a la espalda, y los ojos clavados en el vacío como si fuera Ranald Guthrie en persona. Y entonces salmodió:

Ha devorado impetuosamente al noble Chaucer, flor de los escritores; al Monje de Bery, y a Gower, a los tres. Timor Mortis conturbat me. En Dumfermelyne se ha apoderado de Broun, con el Maestro Robert Henrisoun; a Sir John de Ros ha abrazado Timor Mortis conturbat me.

Aquí Christine se volvió y rió otra vez. Después prosiguió con su verdadera voz, grave y dulce:

El buen Maestro Walter Kennedy, en verdad, yace muerto; gran lástima que fuera así. Timor Mortis conturbat me.

Dejé a un lado mi lezna.

—¡De modo que eran éstos! —dije—. Personajes de un poema.

Christine asintió con la cabeza.

—Dijo Dunbar, cuando se sintió enfermo. Y dijo mi tío en la galería, también enfermo, quizá.

Y después recitó otra estrofa:

Ya que se ha apoderado de todos mis hermanos, no me dejará vivir solo; por fuerza debo ser su próxima presa Timor Mortis conturbat me.

Y dicho eso, vino y se sentó a mi lado de pronto, tan pensativa como antes.

—*Lamentación por los poetas*, de Dunbar, que escribió al saber que otro poeta y que él mismo iban a morir. Mi tío lo recita a menudo ahora, y sin duda Isa lo oyó.

Recordé entonces que Isa había dicho que los versos de Guthrie parecían contener una serie de nombres escoceses, y después algunas palabras extranjeras. De modo que debía de haber sido el poema de Dunbar; y los nombres de Kennedy y de Henderson, que había creído oír en su desmayo, no eran sino ecos del poema. Y bien podría haber resuelto el problema solo y sin que Christine me hiciera esa broma con Chaucer, si sólo hubiera tenido la agudeza de pensar, porque hace tiempo que me son familiares los poemas de Dunbar, y en verdad los tengo en mi estante, en la muy erudita y elegante edición del doctor Small.

Y así terminó mi conversación de ese día con Christine, porque después miró el reloj, recogió su sombrero, y se alejó por la nieve, con tal prisa que imaginé que Neil Lindsay aguardaba en algún lugar, al final de su viaje. Inconexa e inconclusa había sido la charla; me quedó la extraña sensación de haber sido abandonado, buscando a tientas no sé qué en las sombrías habitaciones y los ruinosos corredores del castillo de Erchany. Esa tarde me quedé sentado junto a mi banco, largo tiempo, en medio del crepúsculo, sin pensar en cerrar las persianas y dar una vuelta por la taberna; aquello estaba trabajándome la mente y yo necesitaba soledad.

Era raro que el joven Neil Lindsay, tratando de romper con las tradiciones de su gente, y de rehacer su vida en una tierra nueva, se preocupara con la antigua amargura de los Lindsay contra los Guthrie. Y era más raro aún que Guthrie, erudito y alguna vez poeta, cuyas meditaciones debían dedicarse a la duración y al cambio y a la naturaleza de las cosas, tuviera un pensamiento para ese odio pasado y estrecho contra los Lindsay. Porque si los Lindsay de las últimas generaciones —gente vulgar y pobre— podían quizá tomar a Ranald Guthrie como tipo de gentes muy poderosas, y que por tener más aún han arruinado al pueblo de Escocia, y añadir a ese resentimiento real el color de una antigua historia, ¿qué importaba eso a Guthrie, un hombre rico, seguro de sus posesiones, que nunca debía escuchar o tener en cuenta la envidia de los pobres? ¿Hacía otra cosa el castellano que tratar el galanteo de Neil Lindsay como cualquier otro hombre, orgulloso de su linaje y de sus tierras, trataría el galanteo de un labriego hacia una muchacha que hubiera vivido en su casa como hija?

Pero Christine creía que su tío estaba loco, o por enloquecer; y era extraño que me afligiera tanto porque pensara lo que casi todo Kinkeig había pensado durante largo tiempo. El hecho era que Kinkeig estaba siempre dispuesto a tildar de loco a toda persona que tuviera algo excepcional, en tanto que Christine era una muchacha sosegada y dulce, que había aprendido de la señora Menzies y de Guthrie a usar las palabras con exactitud. Yo sabía lo que ella decía del castellano, y la circunstancia de que su intuición careciera de justificaciones explícitas no bastaba para disipar mi zozobra.

De pronto recordé que no le había preguntado si últimamente había oído algo de

los Guthrie norteamericanos. ¿No estarían acosando al señor, y esa muchacha descarada que llegó aquella noche a *Las Armas*, no sería uno de ellos? Pues era evidente que para explicar la conducta de Guthrie en los últimos meses, se requería algo más que el asunto de Christine y su Neil Lindsay. La ruptura con los Gamley, los pedidos a Edimburgo, todo lo que Isa Murdoch había visto y oído cuando se abrió la casa grande, y en la galería, parecían sucesos ocurridos antes que Guthrie supiera quién cortejaba a Christine, o que alguien la cortejaba. Pensé en los libros de medicina que estudiaba el señor, y cómo le había dado por entretenerse con pequeños rompecabezas recortados en madera. Y pensé en él, abriéndose paso a hachazos, como enloquecido, hacia la galería largo tiempo desierta, y en cómo había delirado allí, y en la última vez que lo vio Isa, de pie, con la vista clavada sobre el lago Cailie. Y siempre regresaba a mí la voz de Christine, dura como si enfrentara un peligro mortal, diciendo que su tío estaba loco. Y después, buscando el diseño que debía unir todos estos fragmentos, me pareció oír la voz del propio castellano gritando, con el estribillo latino de aquel viejo poeta escocés, que lo acosaba el temor de la muerte, más aún, la Muerte.

Y entonces me dirigí a las habitaciones interiores, busqué el libro, soplé el polvo que lo cubría y volví las páginas hasta dar con el poema.

Lamentación por los Poetas, cuando estaba enfermo.

Yo que estaba sano y alegre, estoy turbado ahora por una gran enfermedad, y debilitado por los achaques
Timor Mortis conturbat me.

Y leí hasta el fin aquel lamento de cien versos por los poetas muertos de Escocia:

Ya que no hay remedio contra la muerte, mejor será que nos preparemos para la muerte, de tal manera que, después de muertos, vivamos
Timor Mortis conturbat me.

Fue un invierno duro. Volviendo la mirada desde este prólogo a lo que sucedió en Erchany, a veces veo a los personajes empujados irremediabilmente por la tormenta que sorprendió a la maestra de escuela, a veces profundamente grabados en la memoria en ademanes tan extravagantes como los árboles sin hojas, cargados de estrellas, que resaltaban en las largas noches de negra escarcha; y siempre su historia precipitada y fatal, cortada por la disolvente cortina de las nieves. Cuando el Ciudadano Pensativo conseguía que llegaran periódicos a través de la nieve —cosa que no siempre ocurría— bajaba trabajosamente hasta *Las Armas* y nos contaba que la gente de Fleet Street decía que la situación en Escocia era muy dura, que había nevadas tremendas, y que la estación era un *record*, exactamente como él había dicho.

El mismo día que Christine me visitó, los cielos plomizos se abrieron sobre los cerros ya nevados, y los delgados copos empezaron a caer y caer, y el valle y los ondulantes parques a envolverse en una capa gradualmente espesa, tan pura, silenciosa e inmóvil como el marmóreo piso del cielo antes que el Todopoderoso pensara en crear la hueste Angélica. A menudo, en esos días, días que se deslizaban rápidamente hacia Navidad, blancos y quietos como fantasmas inmaculados, me preguntaba qué sucedería en lo alto del valle. Casi no esperaba noticias; nadie podía atravesar esa creciente barrera, a menos que fuera Tammás, quien, según decía la gente, adquiriría una fuerza sobrenatural con la llegada de las nieves, como una criatura de un cuento de hadas. Muchas son las millas de nieve profunda que he atravesado yo mismo, de muchacho, cuando todas las semanas, invierno y verano, concurría a la biblioteca del Instituto de Dunwinnie. Pero nunca me aventuré entre tanta nieve como la que ahora había desde Kinkeig hasta Erchany; y me sorprendí cuando supe que Tammás había descendido desde el castillo.

Estaba tan exhausto como Satanás después de abrirse camino entre el Caos y, en verdad, parecía un visitante de otro mundo. Un automóvil o dos habían logrado llegar desde Dunwinnie, el día anterior —22 de diciembre—, con noticias de grandes acontecimientos en el extremo del lago: llegaban patinadores a millares, se decía, en trenes especiales. Pero nada llegó el 23, y dudamos si podría llegar algo más; Kinkeig estaba aislado del mundo, y, a su vez, Erchany de Kinkeig. Aislado para todos, salvo para Tammás, que tosía y boqueaba en el escalón de mi puerta con el aliento humeando desde su boca babosa como la de un dragón.

Pero un dragón habría tenido más juicio del que le quedaba al bobo después de su travesía. Lo que dijo fue un tartamudeo indescifrable; no escuchó mi invitación a entrar; me arrojó una carta y ya estaba saltando camino abajo, antes que yo pudiera responder. Miré la carta, era de Christine: al ver esto ya no atendí al bobo; la llevé a mis habitaciones interiores y la leí junto al fuego.

Tío Ewan Bell: Fui un poco tonta en mis fantaseos: ¿me perdonará? Todo está muy bien —estoy *segura* de que está muy bien, aunque es extraño— y sólo tengo que esperar hasta el día de Navidad.

Mi tío entró esta mañana; parecía muy complacido, se detuvo ante el pequeño fuego que la señora Hardcastle había encendido para mí, y dijo: «He terminado el más grande de todos los rompecabezas». Después debe de haber notado que mis pensamientos estaban muy lejos, de pronto dijo en voz baja: «¿Es preciso que lo tengas, Christine?».

Contesté simplemente *si*, nada más; pues hace mucho le he dicho hasta qué punto es *sí*, y cómo no puedo remediarlo. Dijo: «Irás con él».

No sé por qué temblé, y no pude hablar; tal vez debido a mis recientes fantaseos enfermizos pensé que hablaba sin saber qué decía, como desvariando. Pero repitió: «Irás con él». Y después habló ásperamente de la vergüenza y de que debíamos irnos, si nos íbamos, de una vez y para siempre; que había dinero para mí, que yo debía tener, y que Neil vendría a buscarme el día de Navidad, y que podríamos ir al Canadá. Pero que no pensáramos en casarnos en Escocia, y que..., pero no repetiré palabras que quiero olvidar, y que pronto podré olvidar.

De manera que esto es una despedida: no lo olvidaré, tío Ewan Bell. Soy tan, tan feliz, y sin embargo tengo miedo. Casi me parece que estoy predestinada a la muerte; ¡pero esto es una tontería! Si hay cosas que no entiendo, ¿qué importa, ahora que me voy con Neil?

Van a mandar a Tammas al pueblo —supongo que en busca de correspondencia— aunque ahora nieva mucho; espero que no le pasará nada malo. He aquí una oportunidad para enviarle ésta. De otro modo no tendría noticias mías hasta que yo estuviera muy lejos. ¡Y qué océanos de chismes de Kinkeig, en ese caso, oiría usted primero! Adiós, y muchos cariños, querido Ewan Bell.

CHRISTINE MATHERS

«Estaré segura con Neil, y él conmigo».

Esta carta significaba el adiós a Christine; y al pensar que se alejaba de Kinkeig me sentí profundamente abatido. Una y otra vez leí la carta esa noche, y mi abatimiento aumentó más. Al cabo debo de haberme dormido, porque soy viejo, junto a mi fuego moribundo; porque desperté helado, de noche, y de nuevo con la voz de Ranald Guthrie en mis oídos:

Timor Mortis conturbat me...

Con gran ansiedad pasé los tres días siguientes.

La tarde del día en que vino Tammás —el lunes 23— hubo una pequeña conmoción en Kinkeig. Porque mucho después de suponerse que todos los caminos habían quedado cerrados por esa nevada, cuando el crepúsculo caía en sombras grises y plateadas sobre las nieves, llegó a la aldea, nadie sabe de dónde, un pequeño automóvil cerrado, luchando y patinando sobre la nieve; había perdido la carretera del Norte, en Dunwinnie, quizá, y la buscaba otra vez. La gente apenas alcanzó a echar un vistazo por las ventanas, porque todos estaban adentro con ese tiempo —todos, salvo el chico Wattie McLaren, que había abandonado su té para mirar a un hombre de nieve que él y otros chicos habían hecho esa mañana—. El automóvil se detuvo; adentro había una mujer joven, dijo Wattie, que le gritó si ése era el camino que iba al Sur. Y entonces, quizá entendió mal a Wattie —lo que es bastante probable—, o el chico le dijo una mentira traviesa, que más tarde no se atrevió a confesar. Sea como fuere, el automóvil resopló y se sacudió, sus ruedas traseras patinaron un minuto antes de morder la nieve, luego torció hacia la derecha, y siguió camino arriba, hacia Erchany.

Mientras tanto, la señora McLaren —el lector ya la conoce lo bastante para saber que tiene poco juicio— había echado de menos a Wattie entre sus chicos —y tiene bastantes, dice Will Saunders, para ser un magnífico ejemplo para sus propias cerdas —, y cuando salió a buscarlo pudo ver la luz roja trasera desapareciendo sobre la primera cresta del cerro. Y en ese mismo momento se oyó el sonido de una trompeta, que le evocó a la señora McLaren —religiosa y chismosa como es— los Ángeles Heraldos; pensamiento éste piadoso y oportuno, no puede negarse. Pero no era más que la bocina de otro automóvil, grande como una casa esta vez, con un muchacho flaco, y con cadenas en las ruedas que lo hacían más apto que el otro para luchar contra la nieve. Sin duda, se había desviado para seguir al automóvil que iba adelante, y ahora sé que el muchacho le preguntó a la mujer del herrero si ése era el camino para Londres. La señora McLaren, inútil decirlo, tenía más o menos tanta probabilidad de entenderlo como si el muchacho le hubiera preguntado si ése era el camino para Montecarlo; se le ocurrió que preguntaba hacia dónde había ido el automóvil, pues siempre le gustaba pensar, decía Will, que los muchachos persiguen a las muchachas. Así es que señaló, muy complacida, el lóbrego camino que conduce al valle, y por allá fue, con un rugido, el gran automóvil, hacia el Castillo de Erchany. Casi nadie creyó que los automóviles llegaran allá, ni tampoco que regresaran; el verdulero Carfrae hizo su inevitable comentario acerca de cómo se ayudaron los dos a mantener calientes sus motores esa noche, en la soledad del valle.

* * *

Después de los dos coches, nada (que supiera la gente) pasó por Kinkeig. Esa noche se levantó un viento que barrió la nieve que aún caía, como si envidiara a los delicados copos el reposo que hallaban sobre la tierra; durante toda la Nochebuena desparramó la nieve caída sobre las tierras de los alrededores. En la mañana de Navidad el viento disminuyó, pero a ratos la nieve siguió cayendo blandamente; al pasar temprano por la iglesia, apenas oí la campana del oficio que el Dr. Jervie celebraba a esa hora; tanto apagaba su tañido la nevada.

Cuando oían la misa las pocas personas de Kinkeig que admiten que Navidad es una fiesta de la Iglesia, Tammás apareció de nuevo; y más claro que el toque de la campana oí su gran alarido, cuando subía la última pendiente, anunciando la terrible muerte de su amo, Ranald Guthrie de Erchany.

Y aquí, lector, abandono mi pluma torpe y divagadora para que escuches lo que el muchacho inglés, Noel Gylby (el que estaba en el automóvil grande), escribió a su enamorada, en Londres. Pero tú y yo nos encontraremos otra vez, antes que concluya la historia.

II. LA CARTA-DIARIO DE NOEL GYLBY

24 de diciembre

Diana querida: Hojas —como decía la reina Victoria— del Diario de mi Vida en las Tierras Altas. O, posiblemente, de mi Muerte en las Tierras Bajas. Porque ignoro si voy a sobrevivir, e ignoro —más o menos supongo, como dice aquí mi amiga— dónde estoy. Sí, tengo una amiga, una muy formidable, encantadora y bastante misteriosa señorita norteamericana, y nos hospedamos en un castillo, en algún lugar de Escocia, y tengo la sensación —más o menos siento— que podemos ser feudalmente degollados en cualquier momento por el senescal, que —¡fíjate!— lleva el muy apropiado nombre de Hardcastle, y sin duda tiene por subordinados (aunque todavía no los he visto) a Dampcastle, Coldcastle y Crazycastle^[4], y toda una progenie de Crazycastles no estaría fuera de lugar. Y más o menos sentimos —Miss Guthrie y yo— que pronto seremos sitiados, sin duda, por los sarracenos Sansjoy, Sansfoy y Sansloy; y si dices, Diana, que los sarracenos desentonan en un cuadro escocés, replico que he pasado una noche espantosa, y que debe admitirse alguna inconsistencia en mi relato.

No te enfurezcas, Diana, de que no esté en Londres para Navidad; no es mi culpa. Te contaré. A manera de excusa, te lo contaré todo. Es, y promete ser, divertido.

Me alejé de Kinrae y de los horrores de la inoportuna hospitalidad de mi tía —¿sabes que, positivamente, pendían carámbanos de los hocicos de esas melancólicas cabezas de ciervo del *hall*?—; me alejé muy temprano, ayer de mañana, y aunque los caminos estaban espantosos, pensé llegar anoche a Edimburgo (donde hay un hotel tolerable), y seguir esta noche por la carretera del norte hasta York, y después llegar a la ciudad a una hora excelente para nuestra cena de Navidad, exactamente como telegrafíé.

Pero me equivoqué. Las nevadas han sido tremendas, y aun en la carretera escocesa —donde han estado trabajando los barrenieves— me atrasé mucho con respecto a mi horario. Almorcé —«¿tal vez desearía alguna comida?», dijo portentosamente el tabernero— Dios sabe dónde, y cuando terminé, mis ojos ya se clavaban en mi cena de Edimburgo. De modo que aceleré, pero la marcha era todavía mala. Tenía que alcanzar el *William Nuir*, en Queensferry; de no ser así, tendría que hacer un rodeo por Stirling, y llegar tarde. Diana, ¿sabes qué hice? Me detuve, saqué el mapa, y vi que *ese* camino sería bastante más corto. ¡Ay de mí!

La ruta estaba en buen estado, creo; lo que me perdió fue la nieve. Corría bastante bien, con las cadenas puestas, a unas cuarenta millas por hora, cuando el radiador se inclinó hacia abajo, y la cola del automóvil hacia arriba, como una lancha al romper una ola, pero no parecía que abajo hubiera agua, sino algodón. En más o menos tres

yardas había bajado de las cuarenta millas por hora a un punto muerto, y esto sin una sacudida ni un temblor. Así procede la nieve en Escocia; sus propiedades balísticas son muy diferentes, me parece, a las de la variedad suiza. Pero esto, entre paréntesis. Lo ocurrido era que me había llevado por delante uno de esos puentes enormemente gibosos (dejados por ahí, creo, por Julio César) y había un gran montón de nieve del otro lado, y allí me había hundido.

Afortunadamente, en primer plano, al centro, había un grupo de británicos del Norte, que acarreaban heno, dijeron, para las bestias; muy bondadosamente me trajeron las bestias y arrastraron el automóvil hacia atrás, y otra vez me alejé por el camino; el incidente me retrasó —dice Miss G.— dos horas y diez chelines.

Nos aproximamos ahora a Miss G., de nuevo a cuarenta millas por hora, y al progresista municipio de Dunwinnie. Me detuve allí a cargar gasolina; Miss G. se había detenido a cargar también y la obtuvimos de la misma bomba, las señoras primero. Sabes, siempre me siento desconcertado cuando salgo con mi automóvil en sociedad con otros más pequeños, y Miss G. tiene una mirada rápida y perspicaz que decía «presuntuoso» de una manera arrebatadora. Así es que la seguí modestamente fuera de Dunwinnie, y como le oí preguntar claramente por el camino del Sur la seguí otra vez, fiel, hacia la derecha. Desdichadamente Miss G. se había equivocado.

Pero sabía manejar. Era un camino estrecho —sospechosamente estrecho— y no la pasé. Hicimos alrededor de diez millas, y después, al doblar por algún villorrio anónimo, la perdí; anocheceía, durante millas enteras el camino había sido nieve virgen, y yo estaba casi seguro de haberme perdido en el corazón de Escocia. De modo que me detuve para averiguar; la aldea parecía desierta —como la dulce Auburn— y creí que tendría que golpear a las puertas, cuando una vieja surgió mágicamente a mi lado. Claro, debí tomar el mapa, preguntar el nombre de la aldea y buscar, yo mismo, el rumbo. En lugar de eso, pregunté por el camino del Sur; hasta es posible que le haya preguntado por Londres —el hábito, ¿sabes?, que asomaba bajo la fatiga—. Sea como fuere, pareció una persona muy digna de confianza; señaló en seguida y con gran decisión, camino adelante, una curva que se perdía entre las cabañas, y por allí se alejó tu devoto imbécil.

Más o menos una milla adelante vi de nuevo el farol trasero del automóvil de Miss G., y tuve aún la humildad de sentirme momentáneamente alentado; mi primo Tim, que fue segundo secretario, o algo así, en Washington, dice que los norteamericanos son una raza muy eficaz. Claro que Tim es un idiota... Pero me extravió.

El hecho es que me extraviaba; pocas millas después fue evidente. Miss G. se había equivocado, y yo me equivocaba detrás de ella, o más bien, chapaleaba y resbalaba sobre más de dos pies de nieve. Creo que de haber podido retroceder, lo hubiera hecho, pero no podía, pues el camino no era camino, sino el más miserable de los senderos. Además, la admirada Miss G. seguía adelante —no alcanzo a imaginar cómo seguía— y tenía menos probabilidades que yo de salir del paso; en último caso,

uno podía sobrevivir a aquella noche en mi automóvil. Un galante caballero, como ves, bufando caballerescamente atrás. Y pronto caí sobre ella.

Caí sobre ella, es la palabra. Había hecho, supongo, seis millas; apenas alcanzaba a distinguir sus huellas con mis faros delanteros y a ellas seguía, más que a los postes ocasionales que señalaban el camino, cuando ocurrió casi lo mismo que en el puente giboso. O empezó a ocurrir. Abajo fue el radiador, arriba la cola, y después se produjo el estrépito más aterrador. En el silencio que siguió, y mientras recobraba el sentido, una voz femenina dijo con gratitud:

—¡Qué amable de su parte, forastero!

La voz de Miss G.

Sybil Guthrie —bien podemos tomar un poco más de confianza—, desviándose de su camino, había subido a la lomita que lo bordeaba, había volcado sobre un costado, y ahora salía gateando del automóvil. Yo la seguí muy de cerca, *por encima*, porque el Rolls había caído con un golpe aplastante sobre su automóvil; pero sin llegar a volcar, y allí estaba yo sentado como un imbécil; pude haberla matado. Ansioso por cumplir con mi deber, dije solícitamente:

—¿Está lastimada?

Ella dijo:

—Sí, realmente ofendida. —Y después, con un poco más de ánimo:

—Bueno, si estamos ardiendo, hay nieve de sobra. Pero ¿la nieve servirá para apagar el fuego?

Mas no estábamos ardiendo. Nos sentamos cada uno en un guardabarro delantero de mi automóvil —aquellas dos ruinas parecían fuertemente empotradas una en la otra— y mientras considerábamos la situación, nos calentábamos las manos en el radiador. Sybil —una chica simpática— dijo que la aldea donde nos habíamos equivocado la última vez se llamaba Kinkeig; la había atravesado antes, y había una taberna; ¿convendría que intentáramos regresar?

Sentimientos perfectamente honestos, como ves, a pesar de esa mirada perspicaz; entre la nieve me ascendieron de «presuntuoso» a perro de San Bernardo. Por consiguiente adopté una actitud responsable y grave.

Había nevado sin tregua toda la tarde, pero en ese momento —y descontando el hecho de que había caído la noche— la visibilidad era buena. Vi, lejos pero inconfundible, una luz.

—Caminemos —dije— hasta esa casa. ¿Tiene alguna maleta?

Era verosímil —¿no te parece?— que Sybil se impresionara; con esa brevedad hablan los héroes. Y, de cualquier modo, creí hablar atinadamente; la aldea no estaba a menos de seis millas, en tanto que la luz —aunque las luces en la noche pueden resultar engañosas— difícilmente distaría más de dos. ¿Habrías dudado o discutirlo Diana? Sybil descendió a su automóvil y exhumó una maleta, pequeña, de las ruinas.

—Jerónimo —dijo—, es hora de que camines.

Una hermosa dama literaria, como corresponde a una Sibila.

La luz significaría una vivienda y la posibilidad de un albergue; el peligro era perderla de vista mientras avanzábamos. Dejé encendido mi reflector y lo enfoqué sobre un árbol bastante prominente —que nos daba una base para regresar en cualquier emergencia— y luego partimos. Pero no antes de que la admirable Sybil hubiera extraído una oportuna linterna eléctrica. Realmente, nada la cogía desprevenida.

Lo que siguió fue una especie de edición de bolsillo de *El Peor Viaje del Mundo*. Estaba oscuro, hacía frío, y, naturalmente, había nieve. La verdad es que «¡Ésta sí que es nieve!», fue la única observación de Sybil, en *route*. A veces nos caíamos de las maneras más divertidas, como la gente en el número de Navidad de *Punch*. Uno creería que la nieve es una materia inerte; te aseguro que una y otra vez surgía y nos abofeteaba.

Hubo períodos angustiosos, durante los cuales una colina o una fila de árboles ocultaban la luz; hubo un instante más penoso aún, en que la luz empezó a subir en el aire, de una manera extraña, y pensé que, después de todo, podía estar a veinte millas, y en lo alto de una cordillera. Cincuenta yardas más adelante, sin embargo, advertimos en torno de ella una negrura más opaca que la negrura del cielo. Comenzaba a definirse un volumen vago; pocos segundos más, y habíamos logrado interpretarlo. Lo que había delante de nosotros era una luz solitaria, ardiendo casi en la cima de una alta torre.

—Childe Roland —dije— llegó a la oscura torre. La cita era un poco evidente —aunque no estaba a la altura de Jerónimo— y me alegré de que esas palabras fueran ahogadas de un modo algo alarmante por un tremendo y repentino ladrido de mastines. Pero al oír eso, también lo evidente se le ocurrió a Sybil.

—Sir Leoline —dijo—, el rico barón...

—Tiene un alano sin dientes, perro...

—Pero —dijo Sybil con severidad.

—¿Cómo dice?

—«Pero», no «perro».

Después nos fijaremos.

En aquellas circunstancias, dirás, un coloquio estúpido y fantástico. Y en ese momento, como en señal de desaprobación, la luz se apagó. Los mastines, sin embargo, prosiguieron.

Llana y castamente, Sybil buscó mi mano.

—Señor Gylby —dijo; ya nos habíamos presentado—, estoy un poco desanimada.

De modo que la estreché con firmeza —no en esa forma vulgar y sugestiva que llamarías apretón— y dije en mi estilo lacónico, que era una suerte que la luz no se hubiera apagado medio hora antes. Y apenas dicho esto reapareció aquélla un momento, más abajo y a la izquierda. Desapareció otra vez, y reapareció aún más abajo, y a la derecha. Alguien bajaba por una escalera de caracol.

Di unos pasos hacia adelante y recorrí el edificio con la linterna; su luz bastó para mostrarnos que habíamos dado con algo bastante respetable. Eso me alegró; en una noche así, la nobleza debía tratarnos con altura; y enfoqué la linterna hacia abajo, para ver si habíamos estado tropezando por un jardín o alguna calzada para coches. Lo que vi me sobresaltó: estábamos al borde de un abismo. —Un foso— dijo Sybil. Colocó una mano sobre la linterna y la enfocó hacia la izquierda. —Un puente levadizo—. Lo dijo con cierto entusiasmo; me tocaba a mí sentirme un poco desanimado. Conocía estos castillos: habría carámbanos colgando de los hocicos de los trofeos, en el *hall*, exactamente como en el que dejé esta mañana.

—¿Le molestaría mucho —pregunté— dormir en la habitación de los aparecidos? A lo que respondió vivamente:

—No soy supersticiosa, señor Gylby —y agregó—: ¡Mire!

Abajo, y hacia la derecha, había aparecido una rendija de luz. Una cautelosa exploración por el borde del foso reveló la presencia de un segundo puente —no levadizo— y del otro lado de éste una poterna había sido apenas abierta una inaccesible pulgada. Cruzamos, haciendo crujir la nieve bajo los pies. Al aproximarnos más los mastines revivieron, pero a través de la puerta no se veía todavía más que una pulgada de luz. De modo que golpeé. Una voz plebeya preguntó:

—¿El doctor?

Nos habían confundido.

—Somos dos personas —expliqué a la grieta de luz— que han tenido un accidente de automóvil. —Pues parecía bastante justo definirle así, y yo buscaba un efecto patético. Pero la información no fue un éxito. La grieta desapareció. La puerta se había cerrado.

Sybil dijo:

—¡Bueno!

Y no diré lo que dije yo. Pero mientras lo decía, se produjo un acontecimiento nuevo, nada menos que un gran rechinar de cadenas. Sybil exclamó:

—¡El Fantasma!

Estarás de acuerdo conmigo, Diana, en que ya han terminado los días en que se guardaba a las mujeres en una feliz ignorancia. Dije:

—Los perros.

Pero, simultáneamente con esta situación inquietante, las cosas mejoraron. La voz de un caballero se hizo oír —presuntivamente increpando al rudo custodio— y después la puerta se abrió de par en par, y la misma voz dijo:

—Entren, por favor.

De modo que entramos, maleta en mano, como si aquello fuera un hotel. Nuestro huésped tomó en seguida la de Sybil, y dijo con esa especie de pesada cortesía que suelen emplear los viejos distinguidos:

—Bienvenidos a Erchany. Mi nombre es Guthrie. A lo que repuso Sybil, con su más simpático acento norteamericano:

—¡Qué extraño! Mi nombre también es Guthrie.

El señor Guthrie de Erchany le echó una rápida mirada, con ojos que brillaban a la luz de la vela.

—Una razón más —dijo— para la hospitalidad que podamos ofrecer. Primero, debemos conseguirle habitaciones, y un fuego.

Todo como debía ser, e indigno de que te lo cuente con tanto detalle (¡querida, querida Diana!). Todo como debía ser; por lo tanto es extraño que yo tuviera la impresión inmediata de que este señor Guthrie estaba *loco*. Creo que está loco, y más aún, creí que lo estaba antes de haber examinado su insensato castillo.

Fue algo que había en sus ojos, creo, cuando por primera vez nos miró a la incierta luz de su vela. Tal vez se trata, sencillamente, de un matemático o de un jugador de ajedrez, porque cuando nos miró tuve la rarísima sensación de que nos situaba en un gráfico invisible, o que nos asignaba un lugar en su tablero invisible. Tal vez, por otra parte, yo me sentía subalterno, pasivo; efecto de la nieve sin duda. Pero cualquiera fuera su causa, la sensación ha aumentado después. Y los perros contribuyeron a ello.

Es natural que uno mantenga sus perros en buenas condiciones durante el invierno, pero éstos —los dos que nos acompañaron en nuestra búsqueda de habitaciones y fuego— están muertos de hambre; algo muy extraño en casa de un caballero rural. Me sentí devotamente agradecido de que sus compañeros menos domesticados —que aún ladraban en algún patio vecino— no hubieran sido soltados contra nosotros, como primero se planeó. Y al pensar eso eché una mirada a mi alrededor, en busca del criado que tan despiadadamente nos había recibido. Durante un momento el castellano de Erchany pareció estar solo; pero luego advertí a un forajido que acechaba en las sombras. Éste resultó ser el Hardcastle que he mencionado; parecía dispuesto (y deseoso) a rompernos la crisma para quitarnos nuestras monedas sueltas, y nos lo presentaron con mucha ceremonia, como *factor* del señor. *Factor*, como sabes, quiere decir agente, y su empleo por lo general implica considerables posesiones. De modo que resulta extraño que el factor del castellano sea a un tiempo, indudablemente, una especie de mayordomo y hombre para todo servicio, y raro que el propio castellano parezca estar sumido en la más absoluta pobreza.

Erchany es un lugar rarísimo. Durante nuestra caminata se había levantado viento, un viento nocturno realmente frío, que aumentó de manera considerable la incomodidad general. Pero cuando hay *un* viento afuera, hay unos veinte vientos en Erchany. Uno soplabla en derechura, por el largo corredor por donde nos llevaron primero, y sobre el piso, la alfombra gastada y andrajosa se estremecía como un mar, fluyendo hacia nosotros en olas, como una superficie en un sueño. Un viento cruzado echaba copos de nieve a través de los vidrios rotos de una larga fila de ventanas, y éstos eran arrebatados por alguna otra corriente, y absorbidos de una manera misteriosa por el vano de la escalera que pronto comenzamos a ascender. Es una

hermosa escalera, de piedra y con una gran balaustrada tallada que debe de ser obra de artífices franceses medievales, y en cada descanso tiene monstruos rampantes de piedra, con lo que entiendo es la divisa de Guthrie: *No toques al Tigre*. Nada hogareño, susurró Sybil, pero impresionante por lo lúgubre. Y estas palabras, incidentalmente, podrían describir a nuestro anfitrión, una persona alta, flaca, retraída, con rasgos fuertemente marcados, y profundas —iba a escribir «preocupadas»— arrugas alrededor de la boca y de los ojos; un viejo impresionante, aun de espaldas, como lo veíamos en ese momento mientras nos conducía por un corredor superior más ventoso; y Hardcastle, el degollador, se arrastraba detrás de nosotros, con las maletas. No nos encontramos con nadie —a menos que valga la pena mencionar una o dos ratas despavoridas— hasta que llegamos a un par de puertas que se enfrentaban; Miss Guthrie a la izquierda, el señor Gylby a la derecha. Y sobre el umbral, el castellano de Erchany se detuvo: ¿Por casualidad estaba yo emparentado con Horacio Gylby? Siempre venero la memoria de mi tío abuelo Horacio —ese eminente profesor *fin de siècle* de malas costumbres y peores versos —, de modo que dije que sí, y que yo había sido su sobrino favorito. Al oír esto, el viejo señor Guthrie me miró con una especie de vago interés, y murmuró que alguna vez habían intercambiado composiciones. De modo que supongo que es poeta. Nadie imaginaria a Erchany como una jaula de canarios, o creería que las lechuzas locales tienen rivales humanos en el canto. Concluyo ahora que cuando el buen señor me echa esa peculiar mirada de jugador de ajedrez, busca, sencillamente, una rima para Gylby.

La habitación de Sybil es bastante buena; parece estar preparada como cuarto de huéspedes, lo que resulta inesperado. Una cama ancha como un campo de batalla, sábanas nevadas —aunque no era ésta la asociación más adecuada para ese momento — y todo en tolerable orden, con el único vidrio roto bien remendado con papel color madera. Pero en mi cuarto el decorado se derrumba estrepitosamente: ondulaciones en la lobreguez del cielo raso; fugas precipitadas sobre la suciedad del piso; la cama desnuda, pero no deshabitada, ¡ay de mí!; los vientos de Erchany jugando aquí inexplicablemente en lentos movimientos, y arremolinándose alrededor de la habitación en una majestuosa zarabanda. Guthrie, hay que decirlo, miró en torno, algo dudosamente.

—Hardcastle —exclamó—, llame a su mujer. Diana, ¡la señora Hardcastle! ¡La señora Hardcastle!, ¡Miss Diana Sandys! Examínala bien, Diana. Creo que la vieja es casi ciega. ¿Y no es una belleza? Sin duda, Hardcastle, que no puede tener más de cincuenta años, la tomó por su pensión a la vejez —o tal vez ella hizo una fortunita como Mujer Barbuda en algún circo—. Si estas observaciones parecen brutales, piensa en un decoroso poeta renacentista solazándose en la descripción de una bruja; eso bastará para el resto. Ahora que pienso en ello, el señor Guthrie bien puede ser un encantador, y tener a mano una bruja o dos. Pero sospecho que la señora Hardcastle tiene un corazón bondadoso; más o menos a tientas, encendió fuego, trajo agua

realmente caliente, toallas, hasta se le ocurrió traer jabón —aunque de la variedad de cocina— y cierta cantidad de mantas para mi desapacible yacija. Y después de esto, Guthrie dijo, con una reverencia, que nos encontraríamos para la cena, a las nueve.

Nos encontramos —y tú ahora te encuentras con Christine—. Todavía no he entendido a Christine; es tan notable como Guthrie, que parece ser su tío. Notable quizá a primera vista; con lo que quiero decir que anoche, durante nuestra curiosa cena, era una muchacha bonita que parecía hermosa. Y sólo hay una cosa más bella que eso: una muchacha fea que parece hermosa. Pero no te aflijas, Diana, si no entras en esta competencia por el grado absoluto. Tú bastarás. Sin duda.

Una muchacha bonita, tan tímida como una aldeana, y con un blando acento escocés que armoniza de manera encantadora con el de Sybil; una muchacha tímida, ardiente, con los modales de una hermosa señora anticuada, y que parece no tener ningún conocimiento del mundo: ésta es Christine. Una Miranda escocesa, pensé al mirarla durante la comida. Y esta noción me dominó, porque era Miranda en la primera gran escena de Miranda, cuando escucha con el debido decoro las palabras de Próspero; pero toda ella remota, concentrada quizá sobre un mar tormentoso, donde sabía que el destino trabajaba para ella. Si esto es rapsódico o extravagante, recuerda que escribo —al despuntar el alba— desde el castillo de un mago.

En un altísimo salón —como la escalera, de unas proporciones que te harían pensar que Erchany es un lugar mucho mayor de lo que en realidad es—, el mago se sentó a un extremo de una mesa tremenda, y Christine al otro, Sybil y yo aislados a uno y otro lado, y todos necesitados de más calor que el del pequeño fuego de la chimenea —una chimenea dentro de la cual podríamos acurrucarnos todos, alrededor de las ascuas, mucho más cómodos que donde estábamos. El villano Hardcastle se había retirado —los Hardcastle, según parece, viven en una parte separada de la casa—, y la comida fue servida en parte por su decrepita mujer, y en parte por Christine; de modo que se confirmó mi impresión de que los recursos domésticos de Erchany no son infinitos. Lo cierto es que en todas partes se ven signos de una pobreza extraordinaria, o de una mezquindad patológica. Por ejemplo, todas estas transacciones eran iluminadas por insuficientes velas de sebo; tal vez Guthrie parecía más siniestro, Christine más hermosa y Sybil más enigmática —¿te dije que Sybil parece enigmática?— por obra de la media sombra. Yo estaba por aceptar la teoría de que los terratenientes de estas regiones son ejemplos singularmente pintorescos de «nuevos pobres», cuando la señora Hardcastle entró vacilando con el primer plato. Diana querida, ¡era caviar, y servido en bandeja de plata!

Esto fue una sorpresa, y toda la comida resultó igualmente sorprendente: era como si los Guthrie, habiendo prosperado en la *city*, hubieran regresado para celebrar un fastuoso *picnic* entre las ruinas de su anterior grandeza feudal. Temo haber mirado, de las paredes ruinosas del salón a —las pródigas carnes envasadas, y de las carnes a los perros famélicos, y de los perros al señor Guthrie de Erchany—, con mal disimulado asombro; porque noté que Christine me observaba con el mismo interés

distraído que su tío había mostrado por el pariente de Horacio Gylby: vago interés mezclado en diversión. Se preguntaba, quizá, cómo se desempeñaría el joven inglés en la situación peculiar en que se encontraba.

Porque no fue, como advertirás, una comida muy agradable. A veces Guthrie hacía cortésmente una observación o una pregunta: en qué estado estaban nuestros automóviles; si teníamos amigos cerca, y si sabrían que habíamos tomado el camino de Erchany. Pero, en general, estaba silencioso, ya perdido en una profunda abstracción, ya fijando sus ojos de ajedrecista sobre nosotros, de una manera que, descubrí, me gustaba cada vez menos. Creo que Sybil lo había advertido; tiene también su manera de mirar, y me pareció que empezaba a retribuirle en su misma moneda; sea como fuere, lo estudiaba con marcada atención. Christine soportó el mayor peso de las atenciones sociales; de manera muy agradable, a pesar de su timidez. Pero también ella tenía sus ojos, ojos de Miranda, dilatados a la espera de cosas por venir. Fueron sus ojos, sin duda, los que dirigieron mi oído hacia el reloj.

Era un gran reloj de caja, casi lo bastante viejo para armonizar con el salón, y con un tictac fuerte y previsiblemente muy lento. ¿Sabes cómo los buenos actores pueden crear la ilusión de una expectación abrumadora? De pronto descubrí que el reloj se había encargado de eso. En otras palabras, me encontré proyectando sobre un impersonal y provecho instrumento científico, la sensación creciente y urgente de una catástrofe próxima. Una ilusión causada por la fatiga y la desnutrición, me dije: y me dediqué concienzudamente a un *pudding* de ciruela y a un generoso sambayón. Pero el reloj seguía sonando de la misma manera amenazadora. Cuando ya Christine había conducido a Sybil fuera del comedor, yo estaba casi hipnotizado por él:

Si de pronto hubiera gesticulado con ambas agujas y gritado: ¡*No duermas más, que Macbeth asesina al sueño!*, sin duda me habría asustado, pero no sorprendido. Y aunque sugestionable, no soy, como sabes, un lunático. Era Erchany lo que estaba tenso y expectante, y yo percibía las vibraciones.

Pero pronto tuve un intervalo lúcido; una explicación simple y racional de la tensión que nos dominaba. En alguna parte de la casa debía de haber un enfermo grave. ¿Acaso Hardcastle, al abrir la puertecita con tanta cautela, no había preguntado si era el doctor? Lo que esperaban en medio de esta nevada asombrosa era auxilio médico, y nuestra llegada debió de ser una desilusión que ocultaron cortésmente. Parecía haber sólo dos objeciones a esto: primero, la mala gana y la manera casi conspiratoria con que Hardcastle abrió esa pulgada de puerta (pero podía corresponder a su idiosincrasia); segundo: si la situación era suficiente para causar una tensión notable, hubiera sido natural averiguar si Sybil y yo poseíamos conocimientos quirúrgicos (pero quizá parecemos demasiado jóvenes). Esta idea me duró alrededor de cinco minutos, y el propio Guthrie la destruyó:

—Señor Gylby —dijo cuando nos levantamos de la mesa—, la nieve puede detenerlo algún tiempo, y usted debe excusar nuestra sencilla manera de vivir. Aparte de un muchacho que trabaja en los cuartos de servicio, mi sobrina, yo y los dos

Hardcastle formamos toda la familia.

Deploré adecuadamente la molestia que le causábamos a Miss Mathers, esto es, Christine. Entonces Guthrie me convidó con una caja de cigarros aún sin comenzar, abrió la puerta y dijo con gravedad:

—Me alegro de que hayan llegado aquí.

Ignoro si la sacudida interna que en ese momento sentí fue misteriosamente ocasionada por esas inocentes palabras, o si fue el resultado de la aparición simultánea del execrable Hardcastle, que parecía haber estado rondando del otro lado de la puerta, y ahora avanzaba bamboleándose, como uno de los demonios menos agradables de Hieronymus van Bosch. Parecía estar allí por algo acordado de antemano; tal vez venga todas las noches a la misma hora en busca de órdenes, y por cierto que Guthrie ahora no perdió tiempo en darle una.

—Hardcastle —dijo perentoriamente—, si viene ese muchacho Lindsay —aunque no creo que pueda subir con esta nieve— déjalo entrar. Lo veré otra vez.

Hardcastle retiró lentamente su mano de la espalda agachada —esperé, por cierto, ver en ella una navaja abierta— y con perplejidad se frotó el hirsuto mentón. Después dijo, como si procurara imitar la áspera fidelidad característica de los sirvientes de las mejores novelas escocesas.

—Créame, señor, ese muchacho es muy peligroso.

—¿Qué es eso, hombre? —El señor se había detenido y contemplaba a su agente con una expresión que, en el sombrío corredor, me pareció de malignidad.

—Digo que Neil Lindsay trae malas intenciones.

La frase del solícito vasallo pareció interesar muy poco al señor.

—Lindsay —dijo— puede subir a la torre. Señor Gylby, nos aguardan las señoras.

Y proseguimos. Ahora mis reacciones eran más lentas; habíamos cruzado la mitad del corredor antes de que yo me preguntara si a Guthrie no lo había conmovido absolutamente esa breve escena profética. Quizá porque yo mismo no había permanecido impasible, el incidente me dio algo que yo buscaba. Dije que la atmósfera de Erchany era de expectativa; comencé a sospechar que era también de *miedo*.

—Pero, ¿quién tenía miedo, y de qué?

—Había llegado a este punto de mis meditaciones —tú dirás que necesitaba ir a la cama y dormir— cuando casi salté fuera de mi piel. Guthrie había dicho en voz alta: —*Miedo*. O, más bien, había dicho en latín: *Timor*...

En voz baja, pero clara, había murmurado:

—*Timor Mortis conturbat me*.

Un vistazo me indicó que había olvidado mi existencia, y me hizo recordar que lo había creído loco. Y atravesando a grandes trancos el corredor, con la mirada en el cielo raso, siguió recitando:

También ha arrebatado al Clerk de Tranent que escribió las aventuras de

Gawane; ha terminado con Schir Gilber Hay; Timor Mortis conturbat me.

Ha matado con su granizo mortal a Blind Hary, y a Sandy Traill; el raudo Patrik Iohnestoun no pudo huir; Timor Mortis conturbat me.

¡Diana, nunca verás nada tan fantasmagórico como este caballero escocés atravesando, embozado, su ventoso y ruinoso corredor y salmodiando esa tremenda elegía de Dunbar!

Ha arrebatado al Roull de Aberdene, y al gentil Roull de Corstorphine; nadie conoció dos hombres mejores; Timor Mortis conturbat me.

Doblamos una esquina y el viento me arrebató sus palabras, que se transformaron apenas en un murmullo. Al mismo tiempo, la luz de la bujía se avivó, y, momentáneamente, alcancé a observar su rostro mejor de lo que hasta ahora pude hacerla en esta lóbrega casa. Y juro que el temor a la Muerte era visible en él.

El segundo corredor parecía interminable. Al cabo nos detuvimos ante una puerta, y adiviné que Sybil y Christine estaban del otro lado. Guthrie permaneció inmóvil, el ritmo de su murmullo había cambiado, miraba la puerta (o a través de la puerta) con una expresión que ahora, pensé, tenía algo de triunfo. Y después exclamó —pero suavemente—:

¡Oh mi América, mi tierra nueva!

Fue otra sorpresa. Y otra, el momento siguiente. Su mano cayó sobre el cerrojo, e instantáneamente su atención volvió a mí con una sonrisa cortés, y dijo:

—Por lo general, paso aquí media hora con mi sobrina.

Creo que ya no recordaba su declamación. En otras palabras, casi parece un caso de personalidad disociada: dos Guthrie distintos, jugando al escondite, como los mellizos de una farsa. Desarrollé este pensamiento —el tacaño Guthrie A, que mataba de hambre a sus perros y que se negaba a componer las ventanas, el pródigo Guthrie B que se regalaba con caviar en conserva—, desarrollé este pensamiento durante algún tiempo, después de habernos unido a Sybil y a Christine en lo que se llama la sala de estudio. Las palabras de Hardcastle sobre el doctor sugerían otra posible explicación: el castellano sufría un ataque de locura mansa, y los sirvientes aguardaban silenciosamente la oportunidad de meter de contrabando a un médico. Quizá no era una idea brillante; pero la frase del indescriptible Hardcastle comenzaba a preocuparme. ¿*El doctor?* He resuelto que si Erchany guarda un secreto, la clave está en la explicación de esa pregunta.

Diana, si esta inconexa narración es interesante, sin duda querrás interrumpirme aquí y decir: «Guthrie espera al peligroso Neil Lindsay; Hardcastle espera al

misterioso doctor, sin duda es probable que sean una y la misma persona: el Dr. Neil Lindsay, a quien no se espera necesariamente en su calidad de profesional. ¿Qué te parece si es, digamos, un indeseable pretendiente de tu romántica Christine?».

Sobre este punto sutil no puedo darte satisfacción razonable. Admito que Christine tenga un amor; que en este momento un amor sea todo su horizonte. Y ese amor puede ser Neil Lindsay o el «doctor», de Hardcastle. Pero me niego a creer que estos dos sean uno: algo en la voz del abominable Hardcastle, al hablar de ellos, impide tal idea. El tiempo dirá.

Es hora, quizá, de decir una palabra sobre el tiempo. Son ahora las ocho de la mañana del martes 24 de diciembre; estas aplicadas páginas, querida Diana, me han ocupado exactamente tres horas y media (incluidas las pausas para encender de nuevo la bujía). Porque el viento ha estado aumentando de firme, y esta habitación es el verdadero palacio de Eolo: vientos gigantes chocan contra el cielo raso, vientos infantiles brincan y caracolean como *putti* del *cinquecento*, y ensayan sus tiernas voces debajo de la cama. Mi fuego de anoche es un recuerdo remoto; hace un frío espectral; estoy sentado junto a la ventana —pues el frío no es aquí mayor que en cualquier otra parte— en una especie de *igloo*^[5] hecho con un colchón de plumas, esperando alguna suerte de llamada para acudir al desayuno. Afuera, la nieve, que todavía cae, se arremolina de manera terrible con el viento, y difícilmente veo una oportunidad de salir de aquí en muchos días. Anoche se habló algo, sin embargo, de las proezas milagrosas que viajando entre la nieve ha hecho el peón de Erchany. De modo que si me quedo atascado aquí, podré quizá telegrafiarle por medio de él. Debe de hacer mucho tiempo que ha amanecido, pero la visibilidad todavía es pobre, tan plomizo está el cielo. Desde esta ventana no veo más que una blancura confusa, turbulenta. Sólo al centro, y hacia la izquierda, hay una interrupción, un destello oscuro que hace veinte minutos me preocupa.

Es como si la nieve se derritiera sobre una superficie caliente de acero oscuro; creo que debe ser agua: el helado brazo de un lago que se extiende hasta el castillo, y que este aullante vendaval barre allí la nieve del hielo.

Ningún signo de vida o de desayuno, de modo que añado otros apuntes sobre anoche. La sala de estudio donde Christine recibía su instrucción —rara o ninguna vez ha estado fuera de Erchany, supongo— es ahora una especie de escondrijo agradable, bastante desnudo —el rincón de Miranda en la caverna—, amueblado con unos pocos recuerdos elegantes de Milán; en este caso un escritorio flamenco realmente hermoso y algunas pinturas de pájaros indios, que merecen mejor luz que el par de bujías que parece ser la iluminación de ley en las habitaciones públicas de Erchany. Al entrar, Guthrie y yo encontramos a Christine y a Sybil sentadas una junto a la otra sobre un taburete bajo, frente al fuego, aparentemente en camino de ser grandes amigas. Ambas se pusieron de pie: la mirada rápida de Sybil, noté que se dirigió directamente a Guthrie; la de Christine se detuvo sobre Sybil con algo parecido a la perplejidad. Recuerdo que me pregunté cómo íbamos a llevarnos bien,

sin ayuda de comida y bebida.

La formalidad era nuestro refugio. Fui entregado —más o menos en bandeja— a Christine, y pronto me encontré desarrollando concienzudamente una vena de jovialidad amortiguada —incluida antes en este informe, querida— sobre mis aventuras del día. No creo que en circunstancias normales a Christine le desagradara un muchacho bruscamente proyectado en Erchany en una noche de invierno, o que no tenga ingenio y voluntad para agujinear y azuzar su jovialidad con sus burlas. Soy persona sociable; conozco docenas de jóvenes por año; y media docena, quizá, bien valen alguna interesante relación personal.

Es algo que uno conoce en seguida, ¿verdad? Y Christine vale; aunque es muy tímida, deberíamos haber simpatizado en, más o menos, ocho o diez minutos. ¿Observas, Diana, la nota de resentimiento que se desliza aquí? Se mostró muy encantadora, pero si imaginas a la mujer de un primer ministro tramando una maniobra difícil durante una fiesta, y al mismo tiempo mostrándose encantadora ante un joven que puede alcanzar mediana importancia treinta años después, entenderás casi exactamente el efecto. Exactamente; porque Christine, aunque es una muchachita rural, tiene un porte anticuado muy atractivo; me consume la curiosidad de saber cómo se ha criado aquí. El hecho es, sin embargo, que ahí nos sentamos, que recurrí a todas mis artimañas, que ella contribuyó con la justa cantidad de interés y de diversión, e intercaló la cantidad de palabras necesarias, y que durante todo ese tiempo me ignoraba profundamente. Una ocasión, como digo, para un ligero resentimiento.

Christine —quizá me repito fatigosamente— *espera*; espera como deben de haber esperado las novias cuando el mundo era más joven. ¡Sin duda, se trata de un amor!

Y Guthrie espera, también; sólo que no puedo adivinar qué cosa, tal vez tenga una cita con los fantasmas de Clerk de Tranent y Sir Mungo Lockhart del Lea. Pero en cierto modo representaba una comedia mejor aún que la de la competente Christine; su taciturnidad había desaparecido, conducía la conversación con Sybil, y le prodigaba solemnes atenciones. Supongo que su locura está acompañada de un gran sentido de lo que se espera de un castellano de Erchany. Cuando mi atención derivó hacia ellos, mostraba a Sybil un estuche con objetos curiosos —la mayoría monedas de oro y medallas— que había ido a buscar a otra habitación. Christine halló en la momentánea desviación de mi mirada una excusa para llevarme al otro lado de la habitación; mucho me temo que *tête a tête* ya me había aguantado bastante.

Guthrie entregó un pequeño medallón a Sybil.

—¿Reconoce la divisa? —dijo.

La reconocí en seguida, por los emblemas de la escalera. Era el escudo de Guthrie. Sybil lo tomó delicadamente, y no dijo nada.

—El escudo de la familia —dijo Guthrie—. Me pregunto, querida señorita, si no estaremos emparentados.

Guthrie, por supuesto, es de esas personas mayores que pueden decir *querida*

señorita; no obstante sentí que esa untuosa frase —paradójicamente— daba filo a la pregunta.

Sybil mostró una efusividad inesperada.

—¡Señor Guthrie! ¿No sería una maravilla? Sé que mi padre estaba muy orgulloso de la rama escocesa de su familia. Y me encantaría pensar que estoy vinculada a un lugar antiguo y romántico como su castillo. Debe de ser antiquísimo, ¿verdad?

No pienses que Christine ha extinguido mi admiración por Sybil: creo que Sybil es notable, aunque ha sido para mí una especie de fuego fatuo. Y ahora abrí mucho los ojos, porque su reacción ante la cortés sugestión de Guthrie era algo inverosímil. Pero si mis ojos se abrieron, creo que los de Guthrie se achicaron. Puntillosamente respondió a la pregunta de su huésped:

—Es viejo. Hay cimientos del siglo XIII. —Y luego prosiguió, cuidadosamente—: Sé que tenemos parientes en Estados Unidos. A las familias como la nuestra no les gusta perder de vista ni siquiera a las ramas distantes.

—¡Señor Guthrie... qué interesante! Y estoy segura de que les encanta visitar a Erchany.

—No me han visitado. —Y me parece que Guthrie sonrió—. No; es decir, que yo sepa. —Hubo una pausa—. Pero hace un año o dos enviaron... amigos.

Los hombros de Christine no tocaban los míos; debo de haber intuido, no sentido, su estremecimiento. La miré. Creo que sorprendí en su rostro lo que ya había sorprendido en el de su tío: miedo.

Guthrie esperando y Christine esperando; pero no quizá la misma cosa. Guthrie asustado y Christine asustada; pero no quizá de la misma cosa. Aquí reside, en una palabra, mi preocupación —casi mi ansiedad— por el momento; aquí reside, Diana, ¡el Misterio del Castillo de Erchany!

Sybil no mostró mucha iniciativa para hablar de su familia, y Guthrie no la apremió más después de esa cortés sugestión de parentesco. En cambio, su conversación derivó hacia su infancia —cosa rara, pensé—, pues aunque el cuadro del anciano señor distraído a sus huéspedes con los dorados recuerdos de una infancia en Erchany era bastante grato, parecía no condecir con la fundamental reserva del hombre. Pronto invitó a Sybil a contar sus recuerdos, a cambio de los suyos, y pensé, con bastante somnolencia, que otra vez andaba tras su familia, como un hurón. Pero realmente su interés parecía más general; podía haber sido el de un estudiante de historia social norteamericana, interesado en el rumbo y el tono de la vida norteamericana de hace veinte años. Sybil viene de Cincinnati, Ohio —tal entendí—, y no estoy seguro de que no haya algo peculiarmente hipnótico en esas palabras. Cincinnati, Ohio... Cincinnati, Ohio; me encontré alejándome en cadencias hermosas, letárgicas. Y después desperté con sobresalto.

Guthrie se había acercado al fuego moribundo, y se erguía ante él con un leño en la mano; creo que no quería proporcionar más fuego que el necesario. Y como

vacilaba, Christine dijo:

—Pareces indeciso.

No lo bastante, dirás, para despertar a un hombre; menos que el estrépito con que el leño cayó inmediatamente entre las ascuas. Pero la observación encerraba todo el carácter que yo había entrevisto en Christine: había puesto en esas palabras, yo lo sabía, toda una situación desesperada, y sacaba de ellas todo el cruel alivio que da un destello de ingenio. Comprendí que la indecisión de Guthrie versaba sobre algo que era vital para ella.

Y después de esto no recuerdo, como se dice, nada más. Nos sentamos allí otro rato, Sybil y yo esperando la hora de dormir, y Guthrie y Christine esperando no sé qué, aunque sin duda algo tan inesperado como un paso en el corredor o un grito en la noche. Pero a las diez y media, el encanto de lo misterioso había menguado, y me alegré cuando nos condujeron, nuevamente, por la gran escalera, hasta nuestras habitaciones.

Te ahorro los detalles del horror de la noche: omisión a la que me estimula la presencia de la señora Hardcastle, que acaba de asomar su cabeza en la habitación para anunciarme:

—¿No quiere usted desayunarse?

Sin duda anoche las ratas y otras alimañas menores querían cenar; medita sobre el turbador efecto de esas cosas antes de juzgar con dureza mis inconexas notas sobre el castillo de Erchany. Dormí un par de horas, y fui despertado tal vez por una rata que intentaba un mordisco en mi pie, o tal vez nada más que por las lechuzas sobre la nevada hiedra que trepa junto a mi ventana. En general, adoro las lechuzas, pero en Erchany, me parece que abusan. Conté varias, todas ululando con tristeza o desesperación, y por lo menos una cuya nota no reconocí; un *¡tu... u... i... i!*, alto y sostenido, que realmente helaba la sangre. Los perros aullaban de vez en cuando; era difícil no creer que fueran lobos —o esas personas que según la superstición se convierten en lobos— hechizados por el mago. Y, siempre, la presencia del viento. En tiempo apacible Erchany debe de estar lleno de murmullos; en medio de una tormenta, está lleno de grandes voces, gritos, palabras y frases que uno está a punto de descifrar. Tal vez después de todo me vaya esta mañana y alcance a Edimburgo por la tarde, y a Londres, con algún tren temprano, mañana.

Créelo, Diana, los más heroicos esfuerzos hará tu enamorado

NOEL.

Nochebuena

Es inútil. De manera irritante, estoy aislado del mundo por esta tormenta de nieve, como un explorador antártico detenido a una jornada de su meta. La aldea —Kinkeig— está apenas a una breve jornada antártica —nueve millas o cosa así—, pero las condiciones son desesperadas; casi todos los postes que sirven para señalar el camino en las nevadas comunes están enterrados; un gran viento y una firme nevada lo rodean a uno de una vertiginosa cortina blanca, y apenas puede aventurarse afuera; a cada instante los ventisqueros deben de hacerse más profundos, y, supongo, más peligrosos. Aun nuestro prodigioso Tammás —es decir, el peón de Erchany, que ha resultado una especie de retardado inferior (un lindo toque final, sin duda, para las amenidades del castillo)—, aun Tammás está detenido por esta tormenta. Así es que debo resignarme —¡Diana, señora y doncella de los meses y de los astros!— a que pases la Navidad, ignorante, alarmada y furiosa. Eso es lo peor de estar envuelto en la red de la civilización; es difícil imaginar a una persona cayendo fuera de ella con tolerable comodidad y sin sufrir un desastre. No me he roto una pierna —sólo he roto el minúsculo automóvil de una simpática joven— y no me han encarcelado; simplemente me he alejado nueve millas del teléfono más próximo, en medio de un tiempo detestable.

Y estoy aburrido. Después de mis lucubraciones, en las primeras horas de la mañana, esto es una especie de anticlímax; pero el hecho es que el misterio de Erchany tiende a desvanecerse —como podías esperarlo— a la luz del día. Mi anfitrión era el centro de mis fantaseos, y hoy ha permanecido invisible, enviando corteses mensajes de que está algo indispuerto. Tal vez el caviar fue demasiado para él; en cierto modo, no creo que el caviar sea parte regular del régimen de Erchany. Sabes que *fue* una cena misteriosa. Creo que el equivalente de Erchany para el ternero cebado había sido un trozo de conejo estofado; y aun así, ¿por qué conejo estofado donde no hay hijo pródigo? ¿Por qué Sybil puede ser, sin saberlo, una pródiga prima tercera? Sin duda no. ¿O en honor del sobrino nieto favorito del deplorable Horacio? Otra vez no, sin duda.

A Sybil y a mí nos han dejado solos. Christine presidió las dos comidas —bastante sencillas esta vez— y luego desapareció alegando deberes vagamente descriptos. Después del desayuno nos llevó a una especie de larga galería superior, llena de antepasados Guthrie difuntos y de teología fracasada, y nos propuso, con evidente malicia, que eligiéramos un libro; después del almuerzo nos condujo a una sala de billares, quitó la funda a una mesa idéntica (debía creer uno) a aquélla con que Noé engañó la hora de tedio, y preguntó si todas las norteamericanas jugaban. Fantasías ejecutadas alegre y fantásticamente; el diablo o un ángel se ha introducido

hoy en Christine; ha dejado sus miedos —si es que yo no los imaginé— a un lado. Y todavía me parece hermosa.

De modo que Sybil y yo jugamos al billar. No hay tacos, falta una de las troneras, y buena parte del paño ha contribuido a alimentar generaciones de polillas; sin embargo, envueltos en nuestros abrigos, hemos jugado una especie de billar y nos hemos divertido bastante. La señora Hardcastle nos trajo dos grandes tazas de un té deleznable, y permaneció casi media hora escuchando el entrecocar de las bolas como si fuera algo tan ameno como un receptor radio telefónico. Hasta conversamos con ella, gracias a la iniciativa de Sybil, que sospechó que la pobre podía necesitar un poco de charla.

—¿Reciben mucho en Erchany, señora Hardcastle? La señora Hardcastle pareció perpleja.

—¿Dice usted, señorita?

—¿Tienen muchos visitantes?

Sílaba por sílaba la señora Hardcastle digirió estas palabras. Después meneó su cabeza con decisión.

—El señor es muy mezquino. —Asintió con la cabeza, con una especie de sombría satisfacción—. Hay pocos, en esta región, tan avaros como Guthrie de Erchany.

No era éste un tema sobre el que pudiéramos insistir con decoro (aunque la señora Hardcastle parecía más bien considerarlo la principal ventaja del establecimiento). Y Sybil buscaba otro, cuando la vieja hundió su voz en un susurro ansioso, y dijo:

—¡Son las ratas!

—¿Las ratas, señora Hardcastle?

—Los Guthrie siempre han tenido negras imaginaciones. El señor piensa que las ratas lo devoran a él y a todo su dinero. Es tan avaro porque imagina que está luchando con las ratas. ¿Habrán muchos lugares sin ratas, islas y cosas así?

Asentimos confusamente.

—Deberían llevarlo a una isla. Se lo dije a los doctores cuando vinieron. Entonces dormiría por la noche, y se sentiría bien, ¡pobre señor!

Sybil dijo, embarazosamente:

—¿Le parece a usted que las ratas preocupan mucho al señor Guthrie?

Otra vez la señora Hardcastle asintió con un golpe de cabeza vigoroso y senil.

—Y no quiere gastar su dinero en veneno. Dice que prefiere su cuchillito.

Tantas personas sanguinarias, en las baladas escocesas, ejecutan improbables matanzas con sus cuchillitos, que sospeché una pequeña broma literaria del castellano. Pero la señora Hardcastle prosiguió seriamente:

—Mucha habilidad tiene para arrojarlo. ¡Y cómo chillan las criaturas!

Revelaciones poco edificantes éstas, pensé, sobre la perversión del instinto deportivo en la nobleza rural; las confesiones de la señora Hardcastle me hacían sentir claramente incómodo. Pero Sybil estaba interesada.

—¿Anda por ahí ensartando ratas?

—Exactamente. Y ahora va con un hacha. Ayer estuvo en el patio afilándola y afilándola. Y me gritó de una manera espantosa: ¡Para saldar cuentas con una rata grande, señora Hardcastle! Me gustaría que saldara cuentas con todas. Me gustaría que no hubiera ratas. De noche chillan dentro de mi corazón.

Una vieja muy alegre. Sybil dijo con timidez:

—¿Y no podría eliminarlas el señor Hardcastle?

La señora Hardcastle espió nerviosamente a su alrededor. Su murmullo se hizo más ronco.

—¡Hardcastle es muy cruel!

La creí. Al mismo tiempo presentí que la narración de las infelicidades domésticas de los Hardcastle carecería de todo encanto, e hice chocar violentamente las bolas de billar, en busca de un posible cambio de tema. La música del juego, sin embargo, había dejado de atraerla; esa desdichada persona avanzó sin prestar atención y puso una mano que parecía una garra, sobre el brazo de Sybil.

—¿Y para qué?

Ninguno de nosotros se sintió capaz de entendérselas con esta pregunta sin sentido. Pero la señora Hardcastle apenas nos dio tiempo para contestar. Su voz se hundió más aún, hasta convertirse en un graznido imposible.

—¡Son las ratas!

Sin comprender, ambos repetimos:

—¡Las ratas!

El movimiento afirmativo de la señora Hardcastle esta vez interesó no sólo a su cabeza, sino a todo su cuerpo; si recuerdo bien, las brujas y las hadas malas suelen entregarse a estas enfáticas reverencias en las pantomimas.

—Estoy tan turbada que no alcancé a advertirles anoche. Hay una terrible cantidad de ratas en Erchany.

Variaciones sobre un mismo tema. Canta, oh Musa, las ratas. Y la señora Hardcastle prosiguió con una horrenda y creciente convicción en su voz:

—Son las ratas. Durante años han trabajado a mi hombre. ¡La naturaleza de las ratas, trabajando en él! Creo que andan por su cabeza, de noche, chillando, esas groseras criaturas. Está medio transformado en rata ahora, y lo siente. Esto lo vuelve muy caviloso. ¿Qué será de nosotros? Estoy despierta en la cama, señorita, y a veces las ratas pasan chillando por mi cabeza, y a veces por mi hombro. Pero más y más se parece mi hombre a una gran rata gris, ¿y qué será de nosotros cuando yo no distinga el hombre de la rata?

La señora Hardcastle (convendrás en ello conmigo) tiene una facilidad para hacer preguntas incómodas, que honrarían a un drama escandinavo del siglo XIX. También posee, como psicóloga imaginativa, un toque de genio, y su conversación, si bien de alcance limitado, ha evocado de nuevo esa atmósfera que anoche se cernía tan abrumadoramente sobre nosotros. Yo estaba para explorar su opinión sobre la

influencia de las ratas de Erchany sobre el retardado Tammás, cuando Sybil dijo, bruscamente:

—Señora Hardcastle, ¿vino el doctor?

Era interesante que el doctor hubiera seguido preocupando a Sybil, como a mí; más interesante aún que la pregunta produjera una incomprensión completa.

—¿El doctor, señorita?

—Creí que esperaban a un doctor, anoche.

—A fe mía, señorita, nunca esperamos a nadie en Erchany. El doctor Noble, de Dunwinnie, es el médico de la familia, pero hace dos años que no viene; no viene desde que la señorita Christine se recalcó la muñeca. Hubo algunos doctores hace un año o dos —los mismos de que les hablé— y fue una triste recepción la que les ofreció el señor. ¿Los esperaban a *ustedes*?

La pregunta sugería que, fuera de la órbita de los roedores, las percepciones de la buena señora Hardcastle eran confusas. Dijimos que nuestra llegada había sido totalmente imprevista. Ella, entonces, paseó su mirada del uno al otro, antes de fijarla en Sybil.

—Pensaba que como usted es pariente del señor...

Pero en este punto Sybil, cuyo interés había estado decreciendo, y que hacía rodar las bolas vigorosamente sobre la mesa de billar, arrojó una de ellas por encima de la banda, contra la boca del estómago de la vieja señora Hardcastle.

—Oh señora Hardcastle, cuánto lo siento...

La señora Hardcastle recogió la bola de billar y miró a Sybil con gran respeto. Su voz asumió su tono más ronco.

—¿La verdad, señorita, perseguía usted a una de las ratas? Hay una terrible cantidad de ratas en Erchany.

Con esto, Diana, creo que has completado el viaje alrededor de la señora Hardcastle; puede haber otras facetas, pero hasta ahora no se han revelado.

Esto me recuerda que me gustaría recorrer el castillo. Parece un lugar construido sin orden alguno, agrandado paulatinamente, de un modo más o menos en armonía con su carácter medieval. La parte más antigua, evidentemente, es el alcázar o torre del centro; entiendo que el señor tiene ahí sus habitaciones, y que rara vez sale de ellas. De modo que su indisposición puede ser una ficción cortés. No obstante, si se supone que se mantiene en sus habitaciones, indispuerto, no es posible explorar decorosamente en esa dirección. Pronto será hora de cenar, y espero con la impaciencia fútil y aburrida de quien espera una comida en un tedioso hotel. Espero, debo confesarlo, otra aparición de Christine, y tal vez pueda lograr que el engañoso misterio del lugar sirva de diversión durante otras doce o veinticuatro horas. ¡Pero me apena tanto hallarme lejos, del otro lado del Tweed!

Nochebuena, y mi cumpleaños. ¿Colgaré mi media para que las lechuzas aniden en ella y las ratas la roan? ¿Qué regalos, me pregunto, llegan al castillo de Erchany en esta época? Miro por la ventana y veo que hay una tregua en el vendaval; el

crepúsculo cae sobre un paisaje maravillosamente silencioso; apacible, blanco. ¡*Noel*,
Diana, *Noel!*

TU NOEL

Mañana de Navidad

¡Vístanse los cielos de negro, ceda el día a la noche! Mis apuntes de los últimos dos días han resultado el preámbulo de una verdadera tragedia. El señor Ranald Guthrie de Erchany ha muerto.

Todo es tan fantástico y tan horrible, que realmente dudo si podré cambiar el tono en que he estado escribiendo. Erchany es aún el castillo encantado; sólo que el encantamiento se ha vuelto lóbrego, como uno de los poemas del tío abuelo Horacio, y el mago —en algún tiempo camarada del tío abuelo Horacio— está con Roull de Aberdene y con el gentil Roull de Corstorphine. ¡Extraño que, al atravesar la otra noche el corredor, Guthrie salmodiara su propio lamento!

*Nuestro placer aquí es todo vanagloria;
este falso mundo es apenas transitorio,
la carne es frágil, el enemigo es astuto.*

Timor Mortis conturbat me.

*Hacia los muertos van todas las Posesiones,
Príncipes, Prelados y Potestades.
ricos y pobres de todos los rangos.*

Timor Mortis conturbat me.

*No perdona a ningún señor por su poder,
a ningún sabio por su inteligencia;
ningún hombre puede eludir su tremendo golpe.*

Timor Mortis conturbat me.

Magos y astrólogos, retóricas, lógicos y teólogos...

Pero, a trabajar, esto es, a componer un relato de lo que ha sucedido. Puede resultar útil; y sigue siendo mi diario para ti, Diana. Pasarán aún algunas horas antes de que el mundo —médicos, policías, abogados— pueda llegar a Erchany; e ignoro, aún, cuándo podré irme. La desagradable verdad es que estoy complicado en lo que puede ser un asesinato. ¡Extraño Día de Navidad!

Primero debo persuadirte a ti —y a mí mismo— de que, aunque las carillas anteriores fueron un expediente para engañar al tiempo, en ningún sentido son ficticias. Registran los hechos con exactitud y muestran también con toda exactitud mis propias y quizá desmedidas reacciones. No obstante, será mejor que dedique un párrafo a la recapitulación, libre de fantasía.

Miss Guthrie y yo llegamos a Erchany, sin ser anunciados y de un modo

notoriamente casual, ya tarde, el lunes a la noche. Hardcastle aguardaba sigilosamente a un médico. Fuimos recibidos con bastante cortesía por Guthrie, en lo que pareció ser la casa de un avaro empedernido, si bien con extraños detalles de lujo en la cena. La apariencia de los habitantes de la casa era digna de mención: ese anómalo *factotum*, Hardcastle, un sorprendente villano; su mujer, una vieja simple; el peón, medio idiota; el propio castellano, poderosamente inteligente y poderosamente loco; tal vez aquí traspase la línea de los hechos, porque haría bastante mala figura tratando de hablar ante un juez, de la condición mental de Guthrie. Pero un hecho indudable —si bien misterioso— es la sensación de tensión y de espera, una especie de fluido eléctrico flotando alrededor de Guthrie, su sobrina Christine Mathers, y ciertas personas o hechos exteriores y desconocidos. Otro, la advertencia de Hardcastle sobre la peligrosidad de un cierto Neil Lindsay. Lo demás es sólo cuestión de impresiones. Primero, algo en la actitud de Sybil Guthrie hacia la familia de su pariente y en la forma cómo Guthrie le dijo que sus primos norteamericanos habían «enviado amigos». Para esto, como verás en seguida, tengo una clave. Segundo, la manera cómo Christine dijo a su tío que estaba «indeciso». Y tercero, la forma en que Guthrie me dijo: «Me alegro de que hayan llegado aquí». Estas frases estaban *cargadas* de intención; ajustan de algún modo en el cuadro. Les doy la categoría de hechos enigmáticos. Puede, claro está, haber otros detalles de igual importancia perdidos en mi narración, pero por el momento no puedo exhumarlos.

Y ahora, los hechos que condujeron a la muerte de Guthrie. Ignoro si te sorprenderá saber que el primer punto que debo registrar se refiere a una *rata*.

Aquella noche, a la hora de la cena, Christine volvió a aparecer sola.

Creo que después, en la sala de estudio, no sabía muy bien cómo entretenernos, y terminó por mostrarnos una carpeta de bosquejos suyos, que había sobre una mesa, como si hubiera estado por empaquetarla —en su mayoría impresiones rápidas, someras, de gansos salvajes volando sobre el lago Cailie—. Pero parecía a un tiempo más tímida y más dueña de sí misma que antes, y pronto se retiró. Pocos minutos después Sybil dijo que hacía frío —y en verdad hacía— y que se iba a la cama, a leer. Y poco más tarde yo también subí la escalera, planeando una defensa perfecta, a prueba de ratas, donde pasar la noche. Para poner en práctica este ambicioso proyecto comencé a estudiar a esas criaturas.

La clasificación más obvia podía hacerse por tamaño y color. Había ratas grandes y ratas pequeñas, ratas pardas, ratas grises y —cosa que, vagamente, me parece muy exquisita— ratas negras; había también ratas indeterminadas, overas, o mohosas. Había unas pocas ratas gordas, y muchísimas ratas flacas, unas pocas perezosas, y muchísimas activas —estas categorías se entremezclaban substancialmente—, y había también una posible clasificación en audaces y más audaces. Por lo que sé, no había ratas realmente tímidas, a pesar de la consternación que a veces debía causar el cuchillito del señor. Todo esto era más o menos lo que cabía esperar en una mansión donde la estirpe de los roedores hace su voluntad. Lo que realmente me sobresaltó fue

la aparición esporádica de ratas *sabias*. Éstas son, supongo, más raras aún que las variedades rosa y azul.

Ratas sabias. Es decir, ratas que arrastraban laboriosamente pequeños rollos de papel, como estudiantes que acaban de recibir un pulcro diploma. No estoy seguro de si en total vi más de dos o tres de estas ratas sabias.

Mi primer pensamiento fue que Guthrie distraería sus días solitarios realizando experimentos —ocupación análoga a la de pegar rótulos en las ballenas, para descubrir cuánto tardan en nadar alrededor del mundo—. Aquello me interesó lo bastante para que yo me dedicara a la caza de ratas sabias; la verdad es que me entusiasmé mucho, y pasé casi una hora en ello. Debo de haber parecido un loco, de acuerdo a la mejor tradición de Erchany, acechando a las criaturas con el atizador que estaba en el dormitorio. La hermandad sabia era más perezosa, creo, y más audaz que las otras, y me parece que el atizador fue probablemente un error; un par de manos prácticas podría haber atrapado una con bastante facilidad. El atizador, sin embargo, si no muy bueno en el ataque, podía ser útil como arma de defensa; cuando abandoné la caza y dispuse a mi alrededor las fortificaciones para la noche, lo mantuve al alcance de mi mano.

De una manera u otra me quedé dormido. Dos veces me despertó el corretear de las ratas; dos veces tiré estocadas en la oscuridad con el atizador, y a la segunda se oyó un chillido escalofriante. Pobre señora Hardcastle; sé perfectamente lo que pasa por su cabeza durante la noche. Encendí la bujía. Milagrosamente, había matado una rata sabia.

El cuadro era desagradable, y tardé en juntar coraje para hacer un investigación. El rollo era un trozo de papel fino; parecía arrancado de una libreta de papel Biblia y estaba atado a una pata del animal, con bastante ingenio, por medio de un trozo de algodón. Lo solté y lo desdoblé cautelosamente, porque estaba manchado con la sangre del animal. Cuidadosamente escritas en tinta había diez palabras: *Traiga auxilio secretamente a lo alto de la torre. Urgente.*

Me vestí. No se me ocurrió que el incidente fuera melodramático o absurdo, o una broma o una fantasía de Guthrie. Un período pasado a considerable altura nos capacita para ascender a una montaña, y algo más de veinticuatro horas pasadas en Erchany me habían capacitado para aceptar como si tal cosa la súplica de la Rata Sabia. Sencillamente me pregunté cuál sería la mejor manera de llegar a lo alto de la torre.

El corredor estaba en tinieblas, y antes de que yo diera unos pasos el viento apagó mi bujía. Recordé entonces la linterna eléctrica de Sybil Guthrie; parecía una vergüenza despertarla o alarmla —aunque no es tímida—; pero al mismo tiempo sentí que las circunstancias exigían toda la ayuda disponible. Así es que retrocedí y golpeé a su puerta. No hubo ninguna respuesta audible; no me sorprendí, pues el viento batía un centenar de lugares de los alrededores. Probé otra vez, y después abrí la puerta y entré. Llamé, raspé una cerilla, y luego me atreví a tantear la enorme

cama. La sospecha se convirtió en certidumbre: en la habitación no había nadie.

Si hubiera tenido tiempo, creo que me hubiera sentido muy temeroso. Pero en ese momento percibí en el corredor un brillo de luz; salí, esperando hallar a Sybil, y en cambio me encontré con el abominable Hardcastle, que sostenía una linterna con una mano y aporreaba mi puerta con la otra. Me miró perversamente —sin duda interpretaba a su manera mi inesperada salida del cuarto de Sybil— y después dijo que el señor me enviaba sus saludos, que se sentía mejor ahora, y si quería yo acompañarlo a tomar un trago en la torre.

Miré el reloj —era inútil gastar refinamientos corteses con Hardcastle— y vi que faltaban cinco minutos para medianoche. Justamente, la víspera de Navidad.

—Sí —dije—. En este momento iba para allá. Vaya usted delante.

La linterna dio un salto en la mano del bruto; supongo que debo de haber hablado con la misma lobreguez que su lóbrego amo. Porque el mensaje que me había llegado desde la torre por intermedio de Hardcastle —horas después de saberse que me había acostado— difícilmente era menos enigmático que el que había traído la rata; los dos, unidos a la desaparición de Sybil, eran indicios de alguna infamia que yo debía indagar. Así es que marché por el corredor detrás de Hardcastle con un aire colérico que probablemente ocultaba mucho temor. Ignoraba qué sucedía; pero tenía la certidumbre de que se trataba de una trampa. Alguna mosca penetraba en la telaraña. ¿Era Sybil? ¿O yo mismo? ¡Nunca sospeché que podía ser Guthrie!

Pero sospeché que Hardcastle fuera una de las mayores arañas de la naturaleza. Le dije que fuera delante, porque no me agradaba tenerlo a mis espaldas, y lo vigilé con ojos cautelosos mientras bajábamos la gran escalera y atravesábamos lo que, con bastante incertidumbre, conjeturé que era el corredor de la sala de estudio. A mitad de camino vaciló y se detuvo momentáneamente, como si escuchara. Me acerqué detrás de él y escuché, aguzando mis oídos. Al principio me pareció oír pasos apresurados, que se aproximaban a nosotros; forcé mis ojos en el sombrío corredor, pero no vi a nadie; después —de una manera espeluznante— los pasos resonaron junto a mí, sin presencia visible. Absurdamente —porque no es posible romperle la cabeza a un fantasma— lamenté no haber traído conmigo el atizador que había dado cuenta de la rata sabia; después advertí que sólo había escuchado el peculiar batir de esa larga alfombra andrajosa que ondula como un mar en el piso del corredor. Y al advertirlo recobré el juicio necesario para oír lo que oía Hardcastle: voces que venían del remoto extremo del corredor.

Eran apenas un murmullo, hasta que algún impulso de los fragmentados vientos de Erchany las captó, y distinguimos la voz de Christine. Me sentí bastante aliviado, porque supuse que Sybil estaba con ella y que aguardaban, tal vez, la llegada de Navidad. Hardcastle tuvo quizá el mismo pensamiento; miró su reloj, como yo lo había hecho minutos antes, y después otra ráfaga nos trajo otra voz, la voz de un hombre, anciano, supuse, y muy escocés. Un segundo más tarde, una puerta se abrió en la dirección del murmullo, y alcanzamos a distinguir una figura que se deslizaba y

desaparecía en la oscuridad, frente a nosotros.

El execrable Hardcastle vaciló un momento más, y seguimos. Como sabes, hasta entonces yo no había tenido mucha oportunidad de recorrer las partes más remotas del castillo, y nuestro avance, ahora, me desorientó. La torre es la parte más antigua, la prisión o mazmorra original, y como habíamos descendido del piso del dormitorio, concluí que debía de ser estructuralmente distinta a los edificios posteriores, y estar comunicada con ellos sólo a nivel del suelo, lo que hacía de ella un lugar realmente aislado. Pronto comprendí la medida de este aislamiento. Atravesamos una puerta pequeña y maciza, y después, no más de tres yardas adelante, otra exactamente igual; el espacio intermedio —advertí, aun en mi confusión— representaba el espesor del muro de la torre. Luego subimos por una escalera.

Recordé, como quien recuerda algo peculiarmente absurdo en un sueño, que yo era un huésped ocasional que iba a esperar la Navidad en los departamentos de un anfitrión amistoso y cortés. Y otra vez deseé haber llevado el atizador. Subimos sin detenemos —Hardcastle delante, avanzando con siniestra deliberación, como quien lleva a un condenado al cadalso— por una escalera inesperadamente amplia, que ascendía en cortos tramos, iluminados alternadamente por ventanas angostas. El cielo, entonces, debe de haberse aclarado parcialmente; por las ventanas entraba el brillo pálido y débil de una luna incierta, reflejado por la nieve; y esto acentuó el tono macabro del hecho que referiré. Habíamos subido, me pareció, interminablemente —yo empezaba a sospechar que Guthrie pasaba sus vigiliás en lo alto de la torre—, cuando, sobre nuestras cabezas, resonó un solo grito, espantoso. Un instante después, el brillo de la ventana junto a la cual pasábamos desapareció momentáneamente, como si una veloz persiana se hubiera corrido sobre la luna. Y luego —después de un intervalo apreciable— flotó desde abajo un sonido débil y sordo.

Debimos de adivinar más o menos lo que había ocurrido. Aquel choque débil me pareció mucho más horrible que el grito precedente; Hardcastle, tres o cuatro escalones más arriba, gritó: —¡Gran Dios, si no se lo hubiera advertido!—. Y después oímos pisadas.

Lo que sucedió entonces tuvo la velocidad de un relámpago. Arriba, en la curva de la escalera, apareció un muchacho. La linterna de Hardcastle lo iluminó un segundo, sólo un segundo; no obstante, percibí una vívida expresión de cólera: la piel morena, ahora pálida, tensa, sobre una mandíbula contraída, una ojos que llameaban como los de Guthrie. Hardcastle gritó: ¡Lindsay!, y arremetió con tanta torpeza que me pregunté si estaría ebrio; un segundo después el muchacho cruzó junto a nosotros, y desapareció, escaleras abajo. Quizá yo hubiera debido sujetarlo; pero sin duda la situación me pareció demasiado confusa para obrar. Hardcastle pareció vacilar entre regresar o no; después lanzó una maldición y siguió adelante. Tuve que seguirlo.

Estábamos todavía a dos pisos de lo alto, pero ahora la escalera se angostaba y no había más ventanas. En cada descanso, a medida que trepábamos, había notado una puerta maciza; pasamos ahora junto a otra, y llegamos, jadeantes, frente a la última,

que parecía aún más maciza que las anteriores. Hardcastle la abrió. Nos hallamos ante un cuarto bajo, cuadrado, amueblado como estudio, e iluminado por unas pocas bujías. En el centro del cuarto estaba Sybil Guthrie.

Durante un momento quedamos inmóviles, como actores sosteniendo un escena hasta que bajara el telón; después Hardcastle se arrojó sobre Sybil, con furia repentina e inexplicable:

—¡Mujerzuela!...

Me di la satisfacción de tomar al villano por el hombro —tal vez por el cuello— y decirle que se callara. La acción tuvo un efecto más decisivo del que esperaba. Instantáneamente Hardcastle se volvió malhumorado y pertinazmente pasivo; y así, a partir de ese momento, quedé al frente de los asuntos de Erchany. Quieras que no, estoy a cargo de esto hasta que llegue la autoridad competente.

Me volví hacia Sybil:

—¿Dónde está Guthrie?

Durante una fracción de segundo vaciló, mirando con cautela, pero tranquilamente, a uno y a otro. Después, en voz baja, un poco temblorosa, dijo:

—Se ha caído de la torre.

Y, a manera de explicación, señaló, del otro lado del cuarto, una puerta contigua a la primera.

Quitó la linterna de Hardcastle y exploré. Lo que encontré fue un dormitorio pequeño, angosto, con ventanas tan estrechas como las de la escalera, y con otra sólida puerta, que se abría sobre la oscuridad, frente a mí. Atravesé el dormitorio, y miré afuera. Tuve que aferrarme a la jamba mientras lo hacía, porque el viento —aunque estaba amainando— era terrible allí arriba. Frente a mí había una angosta plataforma cubierta de nieve pisoteada, limitada por un bajo y dentado parapeto: las antiguas almenas, supongo. Me tambaleé cautelosamente hasta el borde, y miré hacia abajo. Nada podía verse más que negrura. Y nada se oía, salvo el latigazo y el suspiro del viento. Recordé nuestra larga ascensión por la escalera de la torre, y advertí que, por espesa que fuera la capa de nieve abajo, el hombre que había saltado ese parapeto estaba ahora muerto. Mi primer pensamiento —ello demuestra lo curiosamente práctico que uno se vuelve en una crisis— fue de alivio de que no hubiera ninguna extrema necesidad de ayuda médica. Mi segundo pensamiento, relacionado con aquél, fue que estábamos embarazosamente aislados, si es que se preparaba alguna profunda maldad. Y mi tercer pensamiento fue simplemente una imagen del villano Hardcastle, porque ya en mi mente la maldad y aquel horrible bruto eran inseparables.

Regresé al estudio haciendo lo posible para pensar con rapidez. Una cosa me resultó clara tras un momento de reflexión. No era probable que Randal Guthrie, a menos que estuviera borracho o realmente loco, o que deambulara en sueños o hipnotizado, hubiera caído por accidente. Con verdadero sobresalto recordé las escuetas palabras de Sybil: «Se ha caído de la torre». Implicaban —tomadas

estrictamente en lo que afirmaban de manera positiva— una mera desgracia. Y de pronto vi todas las implicaciones de un asunto tan violento y misterioso, y de la atmósfera en que había vivido en estas últimas treinta horas. Expectativa, miedo, humores negros, ratas sabias, muerte violenta; la suma de todo eso daba una respuesta inequívoca: sospecha. Erchany, como dominio exclusivo de un encantador maligno, era una fantasía del pasado; lo que había sucedido en la torre esta noche lo transformaba también en posesión de los médicos forenses y de los policías de investigaciones. A diez millas de distancia, sobre aquellas nieves formidables, había sin duda un gendarme rural; a veinte millas, un sargento; y en Aberdeen y en Edimburgo, tal vez, la clase de oficial que se encargaría eficientemente de un asunto como éste. Debo de haber mirado de Sybil a Hardcastle y de Hardcastle a Sybil, con una expresión de responsabilidad positivamente inocente.

Sin duda Guthrie estaba muerto; sin embargo, un elemental sentido de humanidad dictaba que nuestro primer esfuerzo fuera el de llegar a su cadáver. Si, no obstante, estábamos en la escena del crimen, comprendí que ni Sybil —cuya presencia en la torre no había sido explicada— ni el siniestro Hardcastle debían quedar en plena posesión de ella. Sybil podía ser enviada a Christine, aunque a mí me incumbía la tarea de contar a Christine lo ocurrido, para eso debía enterarme bien de los hechos. Por el momento, pues, lo mejor era que los tres que estábamos en la torre no nos separáramos.

Durante estas búsquedas en la etiqueta de la violencia, observaba a mi alrededor. Creo que es mejor que conozcas la posición del lugar según la entendí entonces, y después.

Este piso superior de la torre está un poco remetido, respecto a los de abajo, y en consecuencia completamente aislado por una estrecha plataforma almenada —un corredor parapetado— desde la cual hay una caída vertical hasta la casa y el foso, abajo. Hay dos escaleras: una pequeña, en espiral, que sale por una trampa, en un ángulo de ese corredor abierto; la otra es la escalera por donde subimos, que se abre en el piso superior, frente al estudio. Desde el estudio, una puerta da al corredor parapetado, y otra, al pequeño dormitorio, en el cual, a su vez, otra puerta se abre sobre el corredor. Todas las ventanas pertenecen al tipo angosto de defensa.

Decidí que si era posible debía clausurar aquellas habitaciones. Tomé otra vez la linterna de Hardcastle y fui a explorar la escalera de caracol, y también el estado de la nieve en la plataforma. Tuve la impresión de que había rastros de idas y venidas por esa estrecha cinta almenada barrida por el viento, pero ya las marcas resultaban confusas en todas partes, y habría sido una pérdida de tiempo tratar de dirigir sobre ellas el ojo de un *detective* aficionado. Noté que recientemente —hacía media hora, digamos— había ocurrido algo parecido a una conmoción en este lugar; después me dirigí a la trampa. Y aquí la nieve estaba revuelta de manera que proporcionaba una prueba definitiva: poco antes, la trampa había sido abierta. Un tirón al grueso anillo de hierro me dijo que ahora estaba acerrojada por abajo; unos pocos tanteos revelaron

lo que yo quería: un cerrojo que podía ser corrido desde arriba. Se movió fácilmente; la existencia de una entrada a lo alto de la torre quedaba demostrada.

Retrocedí con cuidadosa rapidez, deteniéndome sólo para echar un vistazo al cielo. La luna se ocultaba detrás de unas nubes tenues, pero aquí y allá había una estrella o un grupo de estrellas: lo que sin duda era el cinturón de Orión apareció ante mi vista tan repentinamente como las luces de una calle que se iluminara de pronto. Sospeché que la luz del día vería a la nieve extendida bajo un cielo claro, y que ya habían caído los últimos copos.

Regresé al estudio y encontré a Sybil y a Hardcastle, casi como los había dejado. Dije:

—Ahora bajaremos.

Salimos al descanso, cerré la puerta y guardé la llave en mi bolsillo. Estudio, dormitorio y parapeto quedaban, ahora, inaccesibles. Hardcastle murmuró algo indescifrable —tal vez un intento por reivindicar su mayordomía de Erchany—, pero ya los conducía abajo, corriendo. Cuando llegamos a nivel del suelo, Hardcastle indicó otra escalera más pequeña. Cerré otra puerta que daba acceso a la escalera de la torre, y continuamos bajando hacia una suerte de sótano. Advertí que, desde el piso superior, Guthrie debió de caer directamente al foso. Cuando llegamos a la portezuela que se abría sobre éste, Sybil habló por primera vez desde que había dicho: «Se ha caído de la torre». Lo que dijo ahora fue: —Yo también voy—. Y extrajo su linterna y la encendió con aire tan resuelto que comprendí que toda reconvencción sería inútil.

En el foso la nieve era espesa y tan pulverizada y blanda que durante un momento me pregunté —contra mi certidumbre de lo contrario— si Guthrie no habría sobrevivido. Nuestros pies se hundieron hasta las rodillas cuando rodeamos el ángulo de la torre; la linterna de Hardcastle describía en torno de nosotros un vacilante círculo de luz, y la de Sybil exploraba el foso, adelante. Un momento después vimos, delante de nosotros, la esperada mancha oscura sobre la nieve. Nos apresuramos. Mi corazón saltó. La mancha oscura se había movido.

Se oyó un grito salvaje; era de Hardcastle. Le eché una mirada; en aquella zanja helada, el sudor chorreaba sobre su rostro; había perdido toda la serenidad. Mi mirada regresó al bulto confuso que había frente a nosotros, y advertí que lo que se había movido era la figura de un hombre acurrucado sobre el cadáver. La figura se enderezó cuando nos aproximamos. Una voz dijo:

—Está muerto.

Cuando escribí que el final de Guthrie había sido horrible, pensaba, especialmente, en la satisfacción plena, franca, de la profunda voz escocesa que pronunció estas palabras. Los muertos no oyen las maldiciones, y el fango y la furia mundana nada significan para un fantasma; pero espero que nadie entone esa nota en mi réquiem. Dije, con tanta gravedad como si a un tiempo hubiera sido el dueño de Erchany y el jefe de policía del condado:

—¿Quién es usted, y qué está haciendo aquí?

El desconocido me miró con franqueza a la luz de la linterna. Era un hermoso anciano con la vida de la gleba escrita en fuertes rasgos en su rostro rojizo.

—Rob Gamley soy, y vine tal vez a decirle alguna palabra al castellano. Pero ahora el castellano está conversando con quienes lo entenderán mejor.

Mientras volvía mi atención de este discurso implacable al examen del cadáver, me pregunté si Guthrie habría dejado tras sí un solo corazón entristecido. Tal vez el de Christine; no lo sabía. Por cierto que Guthrie ya estaría ante el tribunal aludido por Gamley; su cuerpo estaba quebrado; la muerte debió de ser instantánea.

En medio de aquel grupo de personas que rodeaban al muerto, yo tenía que considerar qué debía hacerse. Quizás debí insistir en que se dejara al cadáver donde estaba; se hace así, supongo, donde hay sospecha de crimen. ¿Pero, existía, substancialmente y después de todo, tal sospecha? Por un lado estaba la afirmación de Sybil: que Guthrie se había caído de la torre; por otro lado había sólo lo que puede llamarse indicios de ambiente —violencia y misterio que existían sencillamente en el aire, o estaban encarnados únicamente en el fantástico episodio de la rata sabia. En suma, no vi ninguna utilidad y sí mucha falta de decoro en dejar los despojos mortales de Ranald Guthrie en el foso; una falta de decoro que las amargas palabras de ese hombre, Gamley, en cierto modo habían subrayado. Así es que dije brevemente:

—Es mejor que Miss Guthrie vaya delante con las linternas, y nosotros la seguiremos con el cadáver. ¿Señor Gamley, quiere usted ayudarnos, por favor?

Con bastante propiedad esta vez Gamley se quitó la gorra. El ademán atrajo mi mirada, y vi que contemplaba a Hardcastle con curiosidad y aire de pocos amigos. Y cuando a mi vez eché un vistazo a Hardcastle, noté algo extraordinario. La abominable criatura parecía sentir un mortal terror de Gamley, y guardaba distancia de él, como de un oso maniatado. Al mismo tiempo espía el cuerpo de Guthrie con la misma clase de interés excitado y furtivo con que observaría una fotografía obscena. Yo ignoraba la causa de estos impulsos, pero su combinación era, de algún modo, muy repugnante. Prefería la irreverencia de Gamley. Impulsivamente —y, supongo, con bastante arrogancia— ordené a Hardcastle que entrara en la casa y buscara un lugar donde depositar el cadáver. Gamley y yo lo seguimos con nuestra carga, como mejor pudimos.

Provisionalmente colocamos al muerto sobre una especie de mesa de piedra, en el sótano, junto a la puerta del foso. Sybil ayudó, con la linterna; después dijo:

—Me parece que me encargaré de darle la noticia a Christine —y desapareció.

Era de su parte un rasgo de bondad, pensé, y quizá el mejor plan; yo me habría desempeñado con torpeza.

Envié a Hardcastle en busca de una sábana. Gamley, aún con la gorra en la mano, echó una larga mirada investigadora al cadáver. Después se fue hacia la puerta.

—Un momento —le dije—. ¿A dónde va usted?

Porque pensé que debía dar alguna explicación de su presencia. Otra vez me miró

francamente.

—Joven —dijo—, voy a aconsejar al Diablo que asegure la platería bajo llave.

Aquí estaba el segundo visitante misterioso, reflexioné, que se me escapaba esa noche. Erchany, casi aislado del mundo como estaba, resultaba misteriosamente populoso. ¿De dónde había venido Neil Lindsay, y de dónde Gamley? ¿Quién había atado los mensajes a las ratas? ¿Quién hablaba con Christine en la sala de estudio? ¿Y había llegado alguna vez el doctor de Hardcastle? Abandoné estos enigmas para contemplar el enigma general de la muerte.

¡Diana, un hombre puede gritar en la agonía, o en el terror, caer doscientos pies por el aire, quebrarse el pescuezo, y tener después el aspecto de un niño dormido en la cuna! Una contracción de los músculos en el último instante, sin duda; pero extraño y terrible al que lo contempla, sin embargo. Al retornar al polvo, Guthrie había retornado a la inocencia; ese rostro siniestro, con los rasgos fuertemente acentuados, que hablan de la raza, era más vigoroso y más puro, como si algún artista hubiera tomado una esponja y borrado las líneas viles. Uno suele leer que la muerte produce tales efectos; encontrarlos en un desenlace tan violento era desconcertante y conmovedor. Arreglé el cadáver como pude, limpié de nieve la cara el cabello, y aguardé.

Pronto regresó Hardcastle con una sábana. Con razón o sin ella se me había ocurrido que había algo positivamente indecente en su actitud hacia el muerto, e instintivamente le intercepté el paso, junto a la puerta. Me entregó la sábana, con mal humor, espiando de una manera furtiva como antes.

—Sugiero —le dije— que usted vaya y le diga a su mujer que haga un poco de té o café. Necesitaremos algo así.

El áspero bruto hizo un ruido como si tragara las verdaderas reacciones que mi presencia le producía. Después dijo con una especie de astucia elefantina que no supe cómo sondear:

—Señor Gylby, usted, habrá examinado el cadáver, ¿verdad? Puede haber sido robado, o algo así.

—La policía averiguará eso.

—Pero, señor, bien podríamos echar un vistazo.

Mi ira contra aquella fétida criatura creció. Me volví y rápidamente amortajé el cadáver de Guthrie.

—Y ahora, señor Hardcastle, debemos enviar un mensaje a Kinkeig. La nevada ha cesado, y ha disminuido el viento. Fíjese si su peón puede partir al amanecer.

Empujé al administrador fuera del sótano, cerré la puerta, y puse la llave en mi bolsillo. Sólo puedo asegurarte que hay algo en la atmósfera del lugar que me confirma en el puesto que yo mismo me he asignado como guardián de Erchany. Afortunadamente, los minutos transcurren veloces mientras escribo, y espero renunciar honrosamente apenas llegue la Ley. Mientras tanto, aún quedan por registrar una sorpresa o dos.

Cuando cerré la puerta del sótano, Hardcastle se alejó, enfurecido por el corredor, y quedé solo para considerar mi plan de acción. Nunca me habría atrevido a hurgar el cadáver como un médico de policía, pero las palabras de Hardcastle sobre el robo me sugirieron una idea. Me había llevado algún tiempo clausurar el piso superior de la torre y hacer que la gente bajara; cuando llegamos al foso, encontramos al enigmático Gamley acurrucado junto al cadáver. Su identidad sin duda se esclarecería a su debido tiempo, ¿pero no habría, quizá, en la nieve rastros precederos (y por lo tanto que debían ser investigados en seguida) sobre cómo había llegado hasta ahí? Recogí la linterna que había abandonado Hardcastle y, antes de regresar arriba, salí otra vez al foso.

El viento, que tan pronto había borrado todos los rastros inteligibles en el parapeto, no había tenido fuerza en esta profunda trinchera; las marcas posteriores a la nevada eran visibles. Y aquí se manifestaba el aislamiento de Erchany; en todas partes la nieve estaba cruzada por las huellas de animales agrestes que habían buscado refugio contra la tormenta: el rastro incisivo de un zorro, los saltos de las comadrejas, aquí y allá, las corridas de los conejos cruzadas por la marcha firme de algún faisán, y, en otro lado, una pequeña mancha de sangre, y fragmentos de piel de animal. La luna entraba y salía de las nubes con la regularidad de un letrero luminoso, y su luz ondulaba sobre los arabescos de esta alfombra de nieve; la visión merecía una contemplación tranquila y desinteresada; tuve que sofocar este impulso estético inoportuno antes de continuar mi investigación.

Donde había estado el cuerpo de Guthrie, la nieve había sido desplazada hacia arriba, como si hubiera caído un gran aerolito, y en torno se veían las confusas marcas dejadas por nuestros pies cuando levantamos el cadáver. Pero más allá de este círculo cada pisada se destacaba. Y la historia que contaban era clara. Gamley había descendido al foso —con gran riesgo— más o menos a quince yardas de Guthrie, y había llegado directamente hasta su cuerpo. Cuando me dejó, había retrocedido exactamente por el mismo lugar hasta la pared del foso, y después, quizá hallando difícil subir por donde había bajado, había doblado hacia el puentecito por donde Sybil y yo habíamos cruzado hasta la poterna. Allí había podido salir del foso sin dificultad, y la determinación de su avance demuestra claramente que conoce el terreno. Trepé tras sus huellas, y las seguí —con dificultad ahora— alejándome del castillo. Y pronto convergieron con débiles restos de otras huellas que venían del otro lado. Gamley, simplemente, había salido de la noche y vuelto a ella; probablemente se dirigía hacia la poterna, cuando la caída de Guthrie lo desvió.

Regresé al foso y recorrí su circuito penosamente. El cuadro final era muy claro: Gamley acercándose al cadáver desde un extremo; Sybil, Hardcastle y yo, desde otro; todos moviéndonos en una misma línea hacia la casa; Gamley alejándose por donde había venido. Tal vez mi exploración era tiempo perdido, pero me dejó la sensación consoladora de haber puesto las cosas en orden.

Hardcastle rondaba en el fondo del corredor del sótano; creo que probaba,

esperanzadamente, su puerta. Si su mujer es una bruja, él es un vampiro. Y ahora se acercó a mí y me dijo ásperamente:

—Es un crimen.

—Eso habrá que verlo, señor Hardcastle. Venga arriba.

—Le digo que ese alocado Lindsay lo engañó y lo asesinó. ¿No le dije al señor que nada bueno podía resultar de su trato con uno de ese nombre? Lo engañó y lo asesinó, y ahora se ha ido con la muchacha.

Había estado avanzando con firmeza delante del bruto; ahora me volví bruscamente hacia él.

—¿Qué está diciendo?

Su sonrisa perversa podría haber significado:

—«Te alcancé, por fin».

Después, como antes en otra ocasión, su mano apareció desde atrás de su espalda para acariciar su barbilla. Increíble la malicia lerda, estúpida, con que prosiguió:

—¿Así que quiere saber?

Cualquiera fuera la situación que buscara Hardcastle, ésta se frustró con el estallido, sobre nuestras cabezas, de un aullido y un quejido espeluznantes. Una encarnizada batalla entre lobos y hienas, imaginé, podía producir una impresión análoga; pasaron algunos segundos antes de que yo advirtiera que estaba oyendo, por fin, el lamento de Erchany por Ranald Guthrie —lamento que era aproximadamente dos quintos de la señora Hardcastle, dos quintos del retardado, y un quinto de los perros que formaban el telón de fondo—. Su composición cambió cuando llegamos a lo alto de la escalera, pues Tammás —el retardado— ahogó su ulular en un lloriqueo, y la señora Hardcastle logró algo parecido al lenguaje articulado. Sybil estaba entre los dos, con un aspecto tan resueltamente tranquilo y severo, que sospeché que al cabo los acontecimientos de la noche comenzaban a dominarla.

—¡Ay del día! ¡Ay del día! ¡El buen señor ha muerto, y la muchacha se ha ido con un Lindsay!

De manera extraña y patética, la vieja salmodiaba sus pesares rítmicamente. Y de manera grotesca Tammás, influido por esa cadencia, empezó a balbucear los versos:

El cuervo mató al gatito, ¡oh!

El cuervo mató al gatito, ¡oh!

Era un extraño canto fúnebre. Pero últimamente me he hartado de cosas extrañas, y golpeé contra una antigua puerta, como el presidente de una comisión llamando al orden a una asamblea alborotada. Pronto Tammás se redujo a meros murmullos, y la señora Hardcastle, después de una digresión sobre las ratas, que nada prometía, recobró el sentido común. Procuraré resumir en unas pocas frases la luz que los quince minutos siguientes me depararon.

Neil Lindsay, el muchacho que se cruzó entre nosotros en el dramático momento

de la escalera, es como suponía, el enamorado de Christine; y Guthrie se oponía terminantemente a su galanteo. Pertenece a una familia de labradores, arrendatarios de una granja muy pequeña en un valle vecino; y esta disparidad social se complica, según los Hardcastle, por una enemistad hereditaria; supongo que en estas regiones aún es posible ese pintoresco absurdo. Durante algún tiempo ha habido tensión, y Lindsay ha estado rondando el castillo de noche, de manera amenazante. Ni Guthrie ni Christine habían dicho nada sobre la esencia del asunto, de modo que los Hardcastle están un poco a oscuras. Pero Hardcastle declara que Guthrie había decidido pagar a Lindsay para que se alejase, por eso le ordenó enviar al joven a la torre, cuando se presentara.

Lindsay vino poco antes de las once y media; fue admitido por Hardcastle, y enviado directamente a la torre. Poco antes de medianoche, Guthrie tocó una campana —parece haber tenido a los dos Hardcastle a su disposición— y cuando Hardcastle subía la escalera, le gritó aquel mensaje para tomar un trago con él, que eventualmente me había llevado a escena.

Fue en este punto cuando realmente tuve que interrumpirlo.

—Pero, señor Hardcastle ¿cómo puede explicar que me llamara para celebrar este penoso negocio de comprar al joven Lindsay? ¿No era éste un asunto privado?

—Con su permiso, señor Gylby; pienso que el trato estaría cerrado, y el brindis con un tercero era una manera de alejar tranquilamente a aquel muchacho peligroso.

Inútil decirte que yo no deseaba creer una palabra de todo esto. Al estimar su verosimilitud, sin embargo, tengo que recordarme vivamente que en labios de Hardcastle la tabla de multiplicar —en lo que a mí concierne— se volvería sospechosa en seguida. Y ahora resultaba una figura menos simpática que nunca; su hosquedad se enriquecía incómodamente de servilismo, y advertí que estaba intensamente inquieto. Yo me había ingeniado para que su mujer contara parte del relato, y sospecho que estaba aterrorizado ante la probabilidad de que ésta dijera lo que no debía. O, simplemente, estaba asustado de mí, o de Sybil.

Un hecho ha surgido con toda claridad. Lindsay y Christine —si no han sido encerrados en algún calabozo del castillo— se han ido de veras, separados o juntos. La señora Hardcastle —a quien empiezo a creer una mujer honesta— afirma haber visto a Christine, corriendo por el corredor de la sala de estudio, con una maleta; y una exploración, a la luz de una linterna, en la puerta principal del castillo, ha revelado dos huellas borradas a medias, que se pierden en la oscuridad. La fuga, creo, es un hecho, y han elegido una extraña oportunidad, y una dura jornada han de haber tenido. Lindsay, cuando lo encontramos en la escalera, iría directamente en busca de Christine; habrán partido pocos minutos después. ¿Pero qué había sucedido en los minutos anteriores? ¿Qué había sucedido en la torre?

De la respuesta a una de estas preguntas, Sybil era testigo. Había estado —y muy misteriosamente— en la habitación de donde Guthrie salió para encontrar la muerte. Pero hasta entonces no había hablado, y en presencia de los Hardcastle no me sentía

dispuesto a embarcarme en lo que podía parecer un interrogatorio. El mismo Hardcastle, podía verlo, se consumía de curiosidad por Sybil, y esto sólo hubiera bastado para contenerme. Pero, además, me pareció leer una súplica o una advertencia en la mirada de Sybil, como si quisiera decir me que antes de proseguir convendría celebrar una conferencia privada.

Otro problema ocupó mi atención. Me volví hacia Hardcastle y pregunté, tan bruscamente como pude:

—¿Vino su doctor, después de todo?

Fue un acierto. Si de pronto me hubiera colocado la máscara de un verdugo e, *in continenti*, lo hubiera invitado a poner su cabeza en el patíbulo, la horrible criatura no se hubiera desconcertado más. Se me ocurre que un fiscal hubiera aprovechado ese momento: un momento en que no hacía pie. Ignoraba qué sabía yo. Y debo confesar que, como un idiota, se lo dije inmediatamente:

—Cuando nos abrió la puerta a Miss Guthrie y a mí, usted preguntó si era el doctor.

—¿Y no sabía usted, señor Gylby, que uno de los perros se llama *Doctor*, y que yo creía que se había soltado?

Esta vez me desconcertó bastante una mentira tan pulcra, si bien tan evidente. El sujeto tiene la astucia que proclama su rostro, y por el momento me di por vencido. Se me ocurrió ensayar alguna suerte de comunicación con Tammás, que sería, probablemente, nuestro primer vínculo con el mundo.

—¿Usted cree —dije— que puede bajar hasta Kinkeig?

Tammás, comprendiendo que me dirigía a él, se ruborizó como una niña a la incierta luz de la lámpara. Y después murmuró suavemente:

*No hay suerte en la casa,
No hay nada de suerte,
No hay suerte en la casa,
Si el hombre está ausente...*

Recordarás que en drama isabelino, los locos y los idiotas constantemente se expresan en fragmentos de oscuras canciones. El hábito de Tammás sugiere que la convención tiene alguna base en un hecho patológico. Sea como fuere, la transmisión experimental había fracasado, y puedo decir que aún no he logrado comunicarme con él. Es molesto comprobar que Hardcastle es un intermediario inevitable. Tuve que escuchar ahora una hermética conversación en dialecto, de la que surgió el informe de que Tammás estaba dispuesto a partir para Kinkeig en seguida.

Y en seguida partió, con instrucciones de anunciar la muerte de Guthrie, y de traer a un médico y a un gendarme.

Esperaba que Hardcastle propusiera una rápida persecución de Lindsay y de Christine, y me sorprendió su buen sentido en admitir que, por ahora, convenía cierta

reticencia. Redacté uno o dos telegramas, incluso uno que ya habrás recibido. Después vi la partida de Tammás, que se abría camino vigorosamente entre la nieve, a la luz de la luna. En pocos minutos desapareció; sólo en el silencio que se produjo al cesar el viento pudo oírlo —¡qué pavoroso resultaba, otra vez!— cantándole a la luna. Su avance resultaría espantosamente difícil; con buena suerte llegaría a la aldea, calculé, hacia el amanecer.

Amaneció hace dos horas, y podemos esperar que el auxilio llegue pronto. He velado junto al cadáver durante la noche, mientras escribía esta narración; se ha alargado ésta de una manera desmedida, y no quiero complicarla con divagaciones. Pero aún tengo que informar sobre otro asunto. Adivinarás que se trata de una entrevista con Sybil Guthrie.

Después de la partida de Tammás pareció que poco o nada más podía hacerse. Sybil y yo bebimos grandes tazas del té de la señora Hardcastle, en la sala de estudio —esta habitación agradable y sencilla parece ahora extrañamente desolada—, y la señora Hardcastle, de pie junto a nosotros, respetuosa y llorosa, nos contó que hasta hace poco tiempo Guthrie no había permitido que se tomara té en la casa; hermoso rasgo del carácter del buen castellano, del que está dispuesta, parece, a extraer el consuelo de la contemplación piadosa.

Cuando conseguimos sacarla de la habitación, hubo un breve silencio. Yo comprendía que los asuntos de Sybil no incumbían a un compañero tan casual como yo, y seguían siéndome ajenos aun cuando lindaran con el misterio. Sin embargo, consideré justo no decir nada y asumir un aspecto ligeramente expectante. Y, en efecto, Sybil acabó por decir:

—Me parece que debo hablar con usted, señor Gylby.

Y al mismo tiempo cabeceo significativamente indicándome la puerta.

Entendiendo la sugestión fui a la puerta y la abrí. Ahí estaba Hardcastle, en su papel favorito de espía, una especie de zorro adiposo junto a un gallinero.

—Señor Gylby, señor —dijo tratando fantásticamente de parecer solícito—, estaba pensando si no querría usted un poquito más de fuego en la chimenea.

Vi que por el momento sólo había un posible arreglo práctico entre Hardcastle y yo: un par de sólidas puertas bien cerradas. Le dije que no queríamos que atizara el fuego; subiríamos a la torre. Y allá fuimos, mientras Hardcastle nos miraba como si fuéramos una pareja de pájaros refugiándonos en la copa de un árbol. Imagino que aún está tratando de adivinar —Dios sabe qué— y que esto quita eficacia a su nada hermosa personalidad. Me volví y le grité, quizá con una pizca de malicia, que bajaríamos para el desayuno, y si no podría la señora Hardcastle prepararnos huevos duros.

Desde que destrocé su automóvil con tanto primor, Sybil y yo hemos sido muy compañeros; fuimos despedidos uno contra el otro —literalmente, ¿necesitaré explicártelo otra vez?— desde ambientes separados por millares de kilómetros, e inmediatamente penetramos juntos en una atmósfera casi igualmente extraña para

ambos; un proceso apto, reconocerás, para formar una estrecha alianza. Pero en las últimas dos horas —desde la inexplicable aparición de Sybil en el estudio— más bien nos habíamos apartado. Ahora, mientras trepábamos hacia la soledad de esta oscura torre, y aparte de la tácita promesa de explicaciones, dada por Sybil, nuestra alianza se reafirmaba. No me siento romántico ante esta joven nada romántica, pero cuando llegamos a la puerta del estudio vi que tal vez se había metido en un lío, y que yo tendría que ayudarla.

—Sybil —le dije—, tenga la linterna mientras encuentro la llave.

Puso la mano sobre mi brazo, y después, sobre la linterna; un minuto después nos encontrábamos una vez más en el estudio de Randal Guthrie.

Bastante ociosamente dije:

—El lugar del crimen.

—Pero Noel, si no hubo crimen. Le dije que se cayó.

—¿Y cómo se arregló para caer?

Supongo que miré a Sybil con aire dubitativo.

Se ruborizó y repitió:

—Se cayó.

Hubo un breve silencio. Perplejo, tal vez alboroté mi cabello; recuerdo que en ese breve silencio tuve conciencia del tictac de mi reloj de pulsera. Y poderosamente regresó a mi memoria el lento tictac de aquel otro reloj, mientras cenábamos la noche anterior; el lento tictac del reloj sobre el cual había proyectado la intolerable tensión de esa espera que nos envolvía a todos. ¿Sólo habíamos estado esperando que Randal Guthrie cayera accidentalmente de su torre? A las dos de la mañana la mente no dispone de toda su lógica; de pronto me sentí convencido de que la atmósfera que nos había rodeado entonces era incompatible con el aserto de Sybil. Era sólo un mero fracaso mental; buscaba, sin justificación alguna, un simple diseño melodramático que imponer a una muy confusa serie de acontecimientos; y Sybil me atrapó muy bien al preguntarme:

—¿Insiste usted en algo más espeluznante?

Dije evasivamente:

—Habría que responder a un tremendo número de preguntas, usted sabe.

—Supongo.

—Querrán saber todo de todos: dónde estaba cada uno, y por qué... todo eso.

—¿Y debo ensayar mis respuestas con usted?

Dije, con seriedad:

—Me gustaría que lo hiciera.

Sybil se alejó a la otra punta del estudio, y se volvió:

—Noel, usted es un muchacho simpático, a pesar de sus ínfulas. Pero me gustaría saber algo de sus convicciones íntimas.

—Suponga que son ortodoxas y severas.

—Una lástima.

Sybil me miró con mucha gravedad mientras decía esto, y supe que en cierto modo hablaba seriamente. Se detuvo un momento, frunció las cejas, sacó cigarrillos de algún lado. Rasgó una cerilla, echó dos bocanadas, y prosiguió cuidadosamente.

—Señor Gylby, Noel, tiene usted derecho a oír toda la historia, según puedo contarla yo. Escuche: —de nuevo se fue hasta el extremo de la habitación, y esta vez habló antes de volverse—. Yo estaba aquí, espiando.

—Muy emprendedora.

Temo que mi tono de admiración casual no fuera un éxito. Cuando Sybil se volvió, lo hizo con una sonrisa satírica para el escandalizado inglés.

—Dije que estaba espiando. Esta casa me volvió más o menos curiosa, y me dieron ganas de esconderme detrás de las puertas, y escuchar. Por esto procedí tan rápidamente con el amigo Hardcastle, hace pocos minutos, en la sala de estudio. Tengo instinto para rondar y acechar.

—Muy bien, Sybil. Ha andado por ahí espiando y escuchando. Adelante.

Sybil me echó una mirada inquisitiva y prosiguió, con alguna dificultad.

—Esta torre es lo que me ha interesado más. Es tan romántica...

—Suprima a la turista ingenua, Sybil. O guárdela para los policías.

—¡Creí que tenía que ensayar con usted! Bueno, escuche. Cuando fui a mi cuarto me eché sobre la cama y leí... y cuanto más tiempo pasaba menos ganas sentía de quitarme la ropa y dormir. Una o dos veces me levanté y espí por la ventana. No era más que impaciencia, claro; no había nada que ver, salvo negrura. O nada, salvo negrura hasta alrededor de las once y media; a esa hora advertí una luz que se movía en lo alto del otro lado del patio, y seguí mirando. Supuse que sería Guthrie en aquella galería de arriba, y se me ocurrió que mientras estaba allí, la torre podía estar abierta a la inspección. Pensé que después de todo no habría nada malo en explorar la... las otras habitaciones públicas del castillo.

—Naturalmente. La verdad es que yo también me encaminé hacia la torre poco después que usted.

—¿Cuándo lo llamó Hardcastle?

—No. Iba por mi propia iniciativa, cuando Hardcastle apareció.

Durante un segundo Sybil pareció meditar qué había detrás de esta afirmación. Después continuó:

—Tomé una bujía y cerillas, y bajé. Ya había imaginado el plano del castillo, contaba con la suerte para hallar el camino. De todos modos, no tenía grandes esperanzas de realizar una ronda provechosa; creí muy probable que Guthrie hubiera cerrado la torre. Por eso me sentí muy complacida, y un poquito asustada, cuando descubrí que podía entrar y subir la escalera.

—¿No se encontró con nadie, no oyó nada? Le harán preguntas así.

—Nadie y nada. Intenté abrir una o dos puertas durante el camino. Estaban cerradas. Seguí subiendo hasta que llegué a lo alto, donde me encontré con esto.

Sybil se detuvo y ambos miramos a nuestro alrededor. Una habitación sombría,

recubierta por maderas oscuras y, sencillamente, atestada de libros; Guthrie iba, probablemente, camino de ser un erudito, tanto como un poeta. Empecé a revolver, en parte para ver qué gustos tenía, en parte para no parecer impaciente por las confidencias de Sybil. En un extremo de la habitación, los anaqueles formaban un saliente; me acerqué y observé; después volví y pregunté a Sybil:

—¿Anduvo registrando?

—No. No tuve tiempo. No había estado un minuto en la habitación cuando oí pisadas que subían por donde yo había venido. Era Guthrie, que regresaba.

—Un momento no sin dificultades, Sybil.

—¡Vaya si lo fue!... Yo sabía que no tenía derecho alguno a penetrar en ese remoto estudio. Era una falta de educación. Y tenía bastante miedo al viejo, cuando se trataba de enfrentarlo con excusas serviles. Vi que al aventurarme en esto había cometido una tontería. Y perdí la cabeza.

La cabeza de Sybil, reflexioné, había sido felizmente devuelta a sus hombros; estaba tan serena como era posible.

—¡Era una locura, pero busqué un lugar donde esconderme! Había dos posibilidades: esa puerta, junto a la de la escalera, y esa otra de allí, que es una especie de ventanal sobre el parapeto. La primera —ésta que ahora sabemos que da al dormitorio—: resultó estar cerrada; apenas tuve tiempo para dirigirme a la otra y cruzarla. No era nada cómoda aquella situación; me encontré a cielo abierto, sobre una plataforma estrecha, a cientos de pies de altura y azotada por un ululante huracán.

—Entre el Príncipe del Aire, adentro, y su escolta de espíritus, afuera.

—Exactamente. Dejé caer mi bujía en la nieve —estará aún allí— y me aferré al picaporte. La noche era muy negra, y el viento se apoderaba de mis sentidos y los atontaba. Algunos minutos pasaron antes de que yo reflexionara que una puerta indicaba una terraza, y que yo no estaba directamente sobre el vacío. No podía cerrar la puerta del todo, y temía arriesgar mi equilibrio con un tirón violento. De ese modo, yo quedé de un lado, y Guthrie, moviéndose y encendiendo unas bujías, del otro. Tenía que recobrar mi buen sentido y enfrentarlo, o acurrucarme allí. Me quedé acurrucada. Guthrie se acercó al escritorio, en el medio de la habitación; se sentó y hundió el rostro en las manos. Un par de minutos más tarde —no más— se irguió y exclamó algo que no entendí. La puerta de la escalera se abrió —estaba justamente dentro de mi campo visual— y entró un joven, anunciado, creo, por Hardcastle, aunque no lo vi. Guthrie se puso de pie, señaló una silla, y esta vez lo oí hablar con toda claridad. Dijo: «Señor Lindsay, siéntese». Desdichadamente —supongo que debo decir así—, ésas fueron las únicas palabras que entendí. El viento aullaba de tal modo que el resto de la entrevista fue apenas una pantomima. Hablaron con seriedad durante algún tiempo...

La interrumpí:

—¿Y con cólera, Sybil?

Sybil meneó la cabeza.

—Categoricamente, no. Se me ocurrió que no eran buenos amigos —aquello tenía más bien la apariencia de una conferencia formal—, pero no estaban agitados. Más bien parecían resolver algo.

—¿Como ese soborno de que hablaba Hardcastle?

—Supongo que sí.

Sybil se había detenido un instante, como para analizar mi pregunta. En seguida prosiguió:

—Luego se pusieron de pie, y Lindsay meneó la cabeza; me pareció un ademán curiosamente suave, curiosamente decisivo. Fueron a la puerta...

—¿Estaban siempre a la vista, Sybil? ¿No fueron, por ejemplo, al otro extremo de la habitación?

—Estaban siempre a la vista. Se dirigieron hacia la puerta Y se estrecharon la mano ceremoniosamente, diría, más que cordialmente. Lindsay salió, y Guthrie volvió. Me sobresalté al ver su cara. Parecía —no sé como decirlo— trágica y agotada. Lo vi sólo un segundo. Sacó una llave de su bolsillo, abrió la puerta del dormitorio y desapareció adentro, cerrando la puerta tras de sí. Un minuto, o medio minuto después, oí un grito débil. Aguardé otro minuto, y luego decidí lanzarme hacia la escalera. Estaba en el medio de la habitación cuando usted y Hardcastle aparecieron.

—Y cuando yo le pregunté por Guthrie, dijo: «Se ha caído de la torre». Perdóneme, Sybil, pero le preguntarán esto: ¿Cómo diablos lo sabía usted?

Sybil Guthrie me miró un instante en silencio.

Después dijo:

—Sí, ya veo.

—Hubo otro silencio, y agregó:

—Fue una especie de intuición.

—¿No me dijo una vez que no creía en esas cosas?

No debí recordar eso; no era un fiscal. Pero sentí la extraordinaria importancia de que Sybil advirtiera el peligro de su situación. Y de pronto estalló:

—¡Le digo que lo sabía, Noel Gylby! Por alguna razón esa entrevista había hundido al hombre. Vi la muerte inminente en su rostro. Y la violenta entrada de ustedes después de ese grito me reveló todo. Guthrie estaba poco menos que loco, y, cuando sus planes fracasaron, se mató.

—¿Había fracasado, quiere decir, en su plan de comprar a Lindsay, y no podía soportar la idea de perder a su sobrina?

—Algo así. Y esto debería ser bastante espeluznante para usted.

Estábamos encaramados, uno junto al otro, sobre el escritorio de Guthrie. Después de un tiempo dije:

—Bien, ha sido un buen ensayo, Sybil.

Volvió la cabeza y me echó una rápida mirada.

—En verdad, ¿qué quiere decir con eso?

—Quiero decir —repuse con suavidad— que convendría una versión corregida.

—En otras palabras, ¿estoy mintiendo?

—De ningún modo. Lo que ha dicho puede ser el evangelio. Pero es demasiado raro para ser verosímil. Su intuición es perfectamente posible. Pero ese tipo de posibilidad es peligroso en un tribunal de justicia.

Otra vez Sybil dijo:

—Sí, ya veo.

—Usted ronda por aquí, Guthrie entra en el dormitorio, hay un grito, nosotros corremos, y entonces su mente da un gran salto en la oscuridad: un salto hacia la verdad, tal vez. ¿Pero ve usted lo fácil que sería deformar esos hechos? Sólo la circunstancia de que usted no tiene vinculación alguna, se interpone entre usted y la sospecha positiva.

Sybil se puso de pie y me enfrentó:

—Noel, ¿le diré la verdad?

—Por el amor de Dios, hágalo.

—¡Contemple a la castellana de Erchany!

Me puse de pie, de un salto.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que soy la heredera de Ranald Guthrie.

* * *

La línea de puntos, Diana, significa que quedas invitada a tambalearte de asombro. Tal vez no lo hagas, aunque sólo sea porque yo tampoco lo hice. Durante algún tiempo he tenido la sensación confusa de que había ruedas dentro de más ruedas en las relaciones de Sybil con Erchany, y esa sensación quizá se haya deslizado en la primera parte de mi relato. Si me sentí decididamente desconcertado fue por la imagen repentina y vívida de Sybil y de mí mismo, sentados sobre el guardabarros de mi automóvil en medio de la nieve, y por mi actitud al ver aquella luz en Erchany y decir, con tal aire de importancia, que nos dirigiéramos *allá*. Porque la verdad es que yo la había sorprendido en medio de un plan más que ingenioso para forzar las puertas de Erchany: un plan al que ella me había incorporado magníficamente, y sin vacilar. Algunos refinamientos del proyecto —los cándidos pedidos de guía hacia el sur, la manera resuelta como condujo su automóvil contra aquella lomita— los recuerdo con positivo pavor. ¿Y, acaso, en el momento crítico de su trama, no se detuvo a hacer bromas sobre el texto de la *Christabel* de Coleridge? Como ya entonces discerní, una joven formidable.

Hasta ahora sólo he logrado un bosquejo de este asunto. Los Guthrie norteamericanos —Sybil y su madre viuda— fueron víctimas de alguna estratagema financiera de Ranald Guthrie; oyeron rumores de que era loco e irresponsable; y como tenían interés en sus posesiones, trataron, por varios medios, de descubrir el

verdadero estado de cosas. Como Sybil se encontraba en Inglaterra, decidió descubrirlo ella misma. Exploró el terreno hace algunas semanas, y cuando llegó la nieve, vio su oportunidad. Lo que no vio, pobre niña, fue el enredo en que la precipitaría su irresponsable incursión. Ahora está un poco asustada... lo que demuestra su sentido común. Es una situación muy extraordinaria.

Pero si está asustada, también está llena de ímpetu. De pie frente a la vacía chimenea del estudio de Guthrie, y observándola mientras se encaramaba de nuevo en el escritorio, pensé en la divisa que ahora era suya por derecho: *No toques al Tigre*. No era inadecuada; sin duda, la fiera estaba en acecho, y sentí que no la había tocado ni rascado; en otras palabras, que sabía muy poco de Sybil. Sólo adiviné que saltaría al encuentro del peligro si sentía la llamada, y supe que había maneras en que podía ser plenamente, plenamente implacable. Observa, Diana, que la atracción de Miss Sybil Guthrie es un eco lunar de la atracción de Miss Diana Sandys; observa esto y no te inquietes.

Ahí estaba encaramada, llena de ímpetu; mi indicación de que la situación era grave me pareció superflua. Me inquietaba la obscura sensación de que ella estaba planeando algo con una anticipación que yo no alcanzaba a ver; una sensación dictada, lo sabía, por algún hecho reciente. Un segundo después lo recordé: los ojos de Sybil. Me miraba, y miraba el estudio, con la misma mirada que Ranald Guthrie había echado a sus inesperados huéspedes. Difícilmente pude hallar algo que de manera dramática me recordara que aún había un Guthrie en Erchany.

—¿Qué se sabe —le pregunté— de sus primeras exploraciones por aquí?

—No sé. No mucho. Envié un telegrama desde la taberna de Kinkeig, diciendo que pronto esperaba saber algo.

—¿A quién?

—A nuestro abogado. Estaba en Londres entonces, pero ya se habrá embarcado de vuelta. Noel, creo que nos convendría tener un abogado, o alguien.

—Creo que le convendría. En realidad ya lo tiene. He teleografiado.

—¡Noel Gylby! Explíquese.

—Esto no me gustaba nada; Guthrie muerto, y Hardcastle murmurando «asesinato», y usted, aquí arriba. Debemos protegernos, ¿verdad? Y en este momento tengo un tío en Edimburgo; es soldado, y tiene el Alto Mando Escocés. Se encargará de que despachen la persona adecuada.

—Usted no descuida el pescuezo.

—Tampoco el suyo, Sybil, comprenda.

—Sí. Ya veo.

De modo que... Realmente yo no creía que nadie quisiera ahorcar a Sybil; más bien esperaba que ahorcaran a Hardcastle, aunque no sabía cómo. El pensamiento me dictó una pregunta:

—Sybil, usted dice que en todo momento podía ver a Guthrie y a Lindsay, pero nada me ha dicho de que Guthrie tocara una campana y gritara a Hardcastle que me

invitase a subir.

Por primera vez, Sybil pareció sobresaltada; vi que yo había introducido un detalle que se le había escapado. Dijo:

—¿Dónde está la campana?

—Allá, junto a la chimenea.

—Entonces Guthrie no tocó ninguna campana. Tampoco fue a la puerta a gritar. Hardcastle ha mentido.

—Y Hardcastle palideció al encontrarla a usted aquí. La verdad es que Hardcastle andaba en algo. Venga.

La dirigí a través de la habitación hasta los anaqueles donde yo había estado mirando antes. Había un viejo escritorio, con un cajón violentado. No había nada en él, salvo unas pocas monedas de oro, desparramadas.

—El cajón de juguetes del avaro —dije—, y los juguetes han desaparecido.

Al hablar miré a Sybil, y vi que se había puesto pálida. Se quedó callada; después dijo, en extraña inversión de su frase más frecuente:

—No... no, no veo. —Frunció las cejas—. Y aun si... —Se interrumpió, y pude ver que interrogaba, desesperadamente, su imaginación, quizá su memoria. No pude haberme equivocado en eso. Se alejó del cajón forzado. Esto aumenta el misterio, pero no agrega otro problema.

Sin duda mostré asombro ante esas palabras enigmáticas, porque Sybil se rió de mí mientras cruzaba la habitación y, con bastante fastidio, arrojó el cigarrillo a la chimenea.

—¿Noel, cómo será su abogado? Estoy deseando verlo. —Se desperezó con atrayente afectación de pereza y añadió:

—Y estoy deseando irme a la cama y dormir.

—Pues entonces vaya. Le quedan algunas horas antes de que empiece el teatro. La acompañaré hasta su cuarto.

Pero Sybil me despachó con un movimiento de cabeza.

—No es necesario que baje, Noel Gylby. El fantasma de Ranald no me molestará; como sabe, no tengo inclinaciones románticas. Pero me alegro de que me haya destrozado el automóvil. Buenas noches.

Y de este modo quedé en posesión de la torre de Ranald Guthrie. Y aquí estoy sentado borrajando páginas, como Pamela, que, recordarás, escribía a su casa millares y millares de palabras cada vez que su amo aventuraba alguna tentativa contra su virtud. Siempre me gustó Pamela, y ahora sé por qué: siento también esa comezón (la de ella, quiero decir, no la de su amo). Como le dijeron al historiador del Imperio Romano:

—«¡Borrajee, señor Gibbon, borrajee!». —El cuento es bueno, pero no lo recuerdo. Estoy cansado. Entiende que estas últimas líneas son pura literatura sonámbula.

Muy pronto, supongo, Tammás traerá unos cuantos intrépidos representantes del

orden y de la cordura a este extravagante castillo. Crazycastle, e Dampcastle, Coldcastle, Hardcastle, Hardcastle, ¡grrr!

Buenas noches, señora, buenas noches, dulce señora, buenas noches, buenas noches,

Dixit

NOEL YVON MERYON GYLBY

III. LAS INVESTIGACIONES DE ALJO WEDDERBURN

1

Debo empezar mi contribución a esta crónica de los curiosos acontecimientos del castillo de Erchany con una confesión. Desde el comienzo tuve las dudas más graves —dudas que no puedo decir a conciencia que los acontecimientos siguientes disiparon— sobre si, según la altisonante frase del joven Gylby, «se había despachado a la persona adecuada».

Sabrán sin duda los lectores familiarizados con las instituciones legales de estas islas que la sociedad de Procuradores de Edimburgo está, en su mayor parte, felizmente, asociada con los aspectos más tranquilos, más amplios y verdaderamente sabios de la ley. Y puedo decir modestamente que la firma Wedderburn, Wedderburn y McTodd ha contribuido ampliamente a esta respetable tradición. Jamás apremiamos a nuestros clientes con inoportunas urgencias, porque las pasiones de hoy son las olvidadas locuras de mañana, y, por consiguiente, la dilación es el fundamento de la práctica legal sanamente conservadora. Más aún, rara vez se los expone a las incertidumbres del litigio, porque el comercio armónico y provechoso entre procurador y cliente sólo puede ser turbado por la intrusión —no sin pesadas demandas de naturaleza pecuniaria— de nuestros eruditos hermanos de la Facultad de abogados. Los placeres de la escrituración —ciencia a menudo de gran interés arqueológico— junto a la discreta su perintendencia de bancarrotas, asistencias de divorcio, insanías e irresponsabilidades entre las mejores familias escocesas, ha constituido la mayor parte de nuestras actividades profesionales durante varias generaciones. Especialmente nos ha repugnado exponernos a la espeluznante luz del derecho penal.

Con esta observación preliminar —que, confío, aclarará cualquier malentendido que pudiera surgir— me sumergiré, según la frase ya empleada por mi digno amigo Ewan Bell, *in medias res*. La tarde del día de Navidad, que constituye el centro de esta crónica, habiendo despachado a mi familia a una pantomima —entretenimiento que, temo, tiene escaso interés para mí— caminé por el Mound y me introduje en la Biblioteca de Procuración, con el propósito de pasar unas pocas horas de estudio tranquilo; quizá a alguno de mis lectores no le sea indiferente saber que espero publicar una monografía intitulada *Diversos tipos de arrendamiento ante los Tribunales Rurales Escoceses del siglo XVIII*. Yo estaba consultando un valioso artículo del erudito Dr. Macgonigle, aparecido en la *Scottish Historical Review*, cuando fui interrumpido por la aparición de mi chófer con la noticia de que el general Gylby había acudido a mi casa por un asunto de considerable urgencia, y aguardaba ahora mi regreso.

Gylby y yo hemos cazado juntos en Morayshire, y tiene derecho a mi amistad; yo sabía, además, que su cuñada estaba comprometida con el joven conde de Inverallochy; alabé, pues, el buen tino de mi chófer, y me dirigí a casa.

Casi resulta innecesario informar al lector que el asunto del general Gylby se refería a un telegrama de su sobrino, que acababa de recibir; este joven, junto con una amiga, se había complicado en un asunto de carácter violento y misterioso, y de un modo que exigía un inmediato consejo legal. El telegrama era breve y necesariamente oscuro, y a no ser por el riesgo de ofender al general, le hubiera recomendado, sencillamente, algún abogado joven, no relacionado con nuestra firma. Tal como se presentaban las cosas, sin embargo, resolví recurrir a mi sobrino Eneas. Desde hace algunos años Eneas es el socio joven de nuestra firma, y hay que reconocer que durante ese período ha mostrado considerable instinto para esas vívidas ramas de la ley que siempre hemos preferido evitar. Cuando la señora Macrattle, de Dunk, envenenó al jefe de sus guardabosques, inyectando antisárnico para lanares en el pastel de cordero, con la jeringa hipodérmica del médico local, fue Eneas quien arregló el asunto; cuando el jefe del clan de los Macqueady fue sensacionalmente acusado de descargar una extensa mina terrestre bajo el lugar donde se celebraba una fiesta ofrecida por su mujer, fue Eneas quien, en el triunfal proceso, alegó que sólo se había intentado un experimento geológico de naturaleza puramente científica. Eneas, en efecto, parecía el hombre indispensable para el sobrino del general Gylby; y la noche de Navidad partió hacia Dunwinnie. Puede imaginarse mi enfado cuando, a la mañana siguiente, recibí un telegrama en el que decía que, al cambiar apresuradamente de tren, en Perth, había resbalado en el hielo y se había roto una pierna. Inútiles las soluciones que intenté; fracasaron. Habíamos dado nuestra palabra al general. Gylby; esa tarde yo mismo partí hacia Dunwinnie.

No debe ocultarse que subí a mi compartimiento, en la estación de Caledonia, con considerable fastidio; y tampoco que este fastidio aumentó, más que disminuyó, ante el descubrimiento de que tendría por compañero de viaje a mi viejo condiscípulo Lord Clanclacket. Con toda la deferencia debida a un Senador del Colegio de Justicia, debe decirse francamente que Clanclacket es fatigante. No sólo fatigante, sino frío; la última persona que uno elegiría como compañero para un viaje tan frío y tan cansador.

Habíamos alcanzado el puente de Forth antes que Clanclacket hablara. Entonces dijo:

—Bueno, Wedderburn, ¿de viaje al Norte?

Con preguntas de este mismo grado de perspicacia, Clanclacket suele hacer caer en la trampa a los abogados jóvenes e incautos en el tribunal. Brevemente asentí en que iba al Norte, y me aventuré a suponer que él se encontraba en un caso análogo.

—Una semana de reposo, en Perthshire —dijo—. ¿De vacaciones, Wedderburn?

—Un viaje profesional; un asuntito familiar. Fíjese, Clanclacket, la flota ha entrado a puerto. Digo, ¿será el *Renown* el que está frente a Rosyth?

Mi compañero hizo lo que temo fue sólo una simulación decorosa de distraerse un momento por estos asuntos navales. Todavía rechinábamos sobre las vigas del puente, cuando prosiguió:

—¿A qué estación va?

—Cambio en Perth. Permítame que le ofrezca el *Blackwood's*.

Clanclacket tomó el periódico —una oferta hecha, puedo decirlo, con considerable desgano— y estudió su tapa como si hubiera sido un documento extraño, alegado a última hora. Después dijo, pesadamente:

—¡Ah, *Blackwood's*! Gracias. Excelente. Muy bien. —Y dicho esto lo dobló y lo guardó con firmeza; con tanta firmeza, a decir verdad, que no sería inexacto decir que se sentó encima—. ¿Decía, Wedderburn, que cambia en Perth para...?

—Dunwinnie.

—¿Su asunto es allí?

—Mi asunto, querido Clanclacket, es ahí, o por ahí.

Durante algunos minutos el énfasis de mi observación lo contuvo, pero acabábamos de cruzar North Queensferry cuando ya estaba empleando una nueva táctica.

—Hum, sí... Dunwinnie. Hermoso lugar. No me parece, sin embargo, que conozca mucha gente de esa vecindad. ¿Conoce a los Fraser de Mervie?

—No.

—¿Los Grant de Kildoon?

—Creo que he conocido al coronel Grant. Pero no somos amigos.

—¿Los Guthrie de Erchany?

—Creo que nunca me he encontrado con un miembro de esa familia.

—¿La anciana lady Anderson, de Dunwinnie Lodge?

—Era amiga de mi padre. Pero nuestra firma nunca se ha encargado de sus asuntos, y no creo conocerla.

Ahora Clanclacket cayó durante algunos minutos en un silencio desconcertado. Había pasado por el punto peligroso (me felicité) con una fórmula bastante pulcra. Al rato ensayó otro disparo.

—Me gustaría saber qué otras familias hay por ahí. ¿Las conoce usted?

Con gran satisfacción repliqué:

—No conozco ninguna.

Esto —como acostumbra decir Eneas— realmente le tapó la boca. Y, frustrado en su empeño de adquirir información, pronto dio en ofrecérmela.

—Sobre los Fraser de Mervie —dijo— podría contarle ciertos episodios curiosos...

Tal es el inveterado proemio de Clanclacket al iniciar sus extensas disertaciones; durante más de una hora seguimos las excentricidades de los Fraser de Mervie y de todos sus parientes alrededor del mundo. En estos asuntos Clanclacket es notoriamente enciclopédico, y como los Fraser comenzaban a mostrar señales de agotamiento, se me ocurrió que esta erudición, explotada con tacto, podía tener utilidad inmediata para mí.

—Clanclacket —dije como con repentino interés—, los Grant de Kildoon...

¿usted sabe mucho sobre ellos?

Me miró con desconfianza.

—No —dijo—. ¡No! Absolutamente nada. Pero si por casualidad me hubiera preguntado por los Guthrie de Erchany...

Me esforcé por asumir la misma expresión con que había escuchado las extravagancias de los Fraser, aunque mis sentimientos eran muy otros. Mi conocimiento del señor Guthrie de Erchany, el muerto hacia cuyo último domicilio viajaba ahora, se reducían a la noticia recogida por un suelto del *Scotsman* de esa mañana: de que había caído de una torre, la víspera de Navidad por la noche, en circunstancias que aguardaban investigación. Cualquiera información que pudiera espigar del hábito anecdótico de Clanclacket, en cuanto al carácter y las relaciones de esta infortunada persona, sin duda resultaría útil. Confieso que simulé un bostezo, y pregunté con indiferencia:

—¿Es gente interesante?

—¡Han sido gente interesante durante siglos! Tomemos a Andrew Guthrie, conocido como el Guthrie Sangriento, que fue muerto en Solway Moss...

No había duda, reflexioné cuarenta minutos más tarde, cuando la crónica de mi compañero se aproximaba a los albores del siglo XVIII, que estos Guthrie de Erchany eran gente bastante interesante; no era fácil encontrar antecedentes más pintorescos entre las familias de segundo orden de Escocia. Pero mi interés era actual, y aguardé con resignación a que Clanclacket llegara a la presente generación y a sus predecesores inmediatos. Cuando cayó la tarde y penetramos más hacia el norte por campos sumergidos en la nieve, no sentí menos incómoda y fastidiosa la misión en que me había empeñado; no obstante, casi lamenté la velocidad a que viajábamos, temeroso de que llegáramos a Perth antes que el señor Ranald Guthrie.

—... y tomemos a Ranald Guthrie, el castellano actual. Una vez más, la misma constitución mórbida, creo que en forma agravada. Creo —y aquí Clanclacket bajó la voz y echó una mirada al pasillo para asegurarse de que nadie lo escuchaba—, creo que tiene tendencias artísticas.

—¡Caramba!

—Pero debemos ser precisos, Wedderburn; siempre debemos ser precisos. Me apresuro a añadir que esta inclinación puede ser cosa del pasado.

—Sin duda, Clanclacket.

—Eh... ¿qué dice? Usted ignora todo eso, hombre. Le digo que, cuando era muchacho, este Ranald huyó de su casa y se dedicó al teatro.

—¡Ah!

—Precisamente. Una sangre muy caprichosa. Pero debemos ser justos, Wedderburn; debemos ser siempre justos. Entonces era muy joven. Y lo recuperaron. Después de algunos meses —un año quizá— lo recuperaron y, claro, lo despacharon al extranjero. Evidentemente, la vida en las colonias era lo único. Eligieron a Australia; en estos casos tiene, sobre el Canadá, la ventaja de estar tres o cuatro veces

más lejos. Pero a Ranald no le gustó. Al ver, por primera vez, el puerto de Fremantle intentó suicidarse.

—¡Dios mío! ¿Supongo que todo esto ya es chisme viejo? Sería difícil, por ejemplo, probar ahora que ese intento ocurrió.

—Realmente, Wedderburn, ya debería saber usted que nunca cuento chismes. Son hechos comunicados en forma confidencial. Aunque el incidente sea historia antigua, y haya ocurrido en un lugar remoto, mañana mismo yo podría señalar con el dedo a un testigo presencial. Ranald Guthrie, digo, intentó ahogarse, y su vida fue salvada, afortunadamente, por el coraje de su hermano mayor.

—¿De modo que un hermano fue a Australia con él?

—Ian Guthrie. También él había dado algo que hacer. Creo que nada serio: no tengo noticia del temperamento artístico de Ian. Tal vez un mero asunto de mujeres; seamos justos. Y creo que no hubo escándalo. La gente creyó que estos dos hermanos partían juntos hacia el extranjero, porque rehusaban entrar en la Iglesia. Claro, cuando Ranald heredó, regresó.

—¿Ian había muerto?

—Sí. Hubo alguna tragedia. Creo que los dos salieron a catear terrenos o a explorar, y que Ian se perdió. Después su cadáver fue rescatado por una partida. Ranald, que, como digo, es persona caprichosa, estaba muy trastornado.

—¿Trastornado?

—Muy trastornado. Cuando regresó vivió de manera rarísima. Entiendo que todavía lo hace, y que es, en realidad, un avaro y un recluso.

—Era.

—¿Decía usted, Wedderburn?

—Ranald Guthrie acaba de morir. Y aquí está Perth. Me parece que tendré que apresurarme. Por favor, Clanclacket, guarde el *Blackwood's*. Adiós.

2

Desde Perth hasta Dunwinnie la línea ferroviaria todavía no había sido perfectamente limpiada de nieve, y, como resultado, mi tren llegó con una hora de atraso. Una vez allá, sin embargo, tropecé con grandes dificultades para asegurarme un medio de transporte cuyo conductor estuviera dispuesto a enfrentar los peligros de un viaje nocturno hasta Kinkeig. Se me dijo que había pasado el Dr. Noble, y también la policía y el administrador ejecutivo del *condado*, y que había llegado noticia de que el administrador juzgaba necesario investigar la forma en que murió el señor Guthrie. Vi que era necesario seguir adelante, y, habiéndome asegurado alguna modificación —en verdad un mero *solacium*— en la exorbitante tarifa propuesta, logré llegar a Kinkeig, sin ningún azar notable, poco antes de las once. Es un villorrio insignificante, y me consideré dichoso al asegurarme un albergue sencillo, pero adecuado, en una taberna lacónicamente llamada *Las Armas*.

Mi cliente, que supuse era el joven señor Gylby, estaba aún en Erchany, y hacia allá me propuse seguir —debería más bien decir penetrar— a la mañana siguiente. Ya disponíamos, entonces, de información precisa. Mientras tanto no creí prudente descuidar los rumores. Me dirigí al salón —pues naturalmente el bar estaba cerrado— y toqué la campanilla. La mujer de la casa, una señora Roberts, respondió, y a ella dije:

—¿Quiere tener la bondad de traerme...?

—Lo que usted necesitará —interrumpió la señora Roberts con firmeza— es una buena taza de leche malteada.

Una máxima de sólida práctica forense aconseja halagar las excentricidades de los testigos. Dije:

—Es precisamente lo que iba a pedir. Por favor, sírvame una buena taza de... leche malteada.

La señora Roberts salió a prisa, y es justo atestiguar que el brebaje con que regresó no tenía mal sabor. Además estaba dispuesta a conversar, y durante la media hora siguiente escuché, sobre el asunto de Erchany, informes que a veces me hicieron abrir mucho los ojos. Poco más de veinticuatro horas antes, yo había estado absorto en el tranquilo estudio de las prácticas agrarias del siglo XVIII. Ahora enfrentaba una historia con todas las características de eso que los estudiantes llaman el Drama de Séneca: venganza, asesinato, mutilaciones y un fantasma. ¿Confesaré que al escuchar me sentí en brusca afinidad con mi sobrino Eneas, y que el socio más antiguo de Wedderburn, Wedderburn y McTodd comprobó una inusitada aceleración de su pulso? Siempre me atrajeron curiosamente las novelas policíacas —un género popular de literatura que tiene con el mundo real del crimen una relación parecida a la de la poesía pastoril con las realidades de la economía agraria—, y ahora, mientras escuchaba a la buena señora Roberts, me parecía enfrentar una exuberante confusión

de géneros literarios. La muerte del señor Guthrie era bastante real, pero estaba situada en un contexto de fantasías que parecía la obra de un literato descarriado e irresponsable. O quizá tenía que habérmelas con la imaginación y con su preferencia por los ornamentos extravagantes. Al escuchar a la señora Roberts escuchaba la voz de los rumores, tal vez la facultad mítica perpetuada en la gente sencilla. Venganza, asesinato, mutilaciones y un fantasma; quizá todo esto no fuera otra cosa que una leyenda más en el ciclo romántico de los Guthrie, con que Clanclacker me había entretenido ese mismo día.

Venganza y asesinato. Un tal Neil Lindsay, joven de principios relajados y corazón cruel, se había encargado de revivir y reanudar una enemistad familiar con los Guthrie, enemistad que databa de tiempo inmemorial. Había cumplido esto arrojando a Ranald Guthrie desde una empinada torre, a medianoche, la víspera de Navidad, robando una gran cantidad de oro, y desapareciendo con una joven diversamente descrita como pupila, sobrina, hija y amante de su enemigo.

Mutilaciones y un fantasma. No contento con estos hechos abominables, el joven Lindsay se había detenido en su fuga para infligir un espantoso ultraje al cadáver de Guthrie, seccionando una cantidad de dedos en macabra represalia por algún salvaje incidente sucedido entre las familias hace quinientos años. Y este hecho espeluznante y perverso había clamado venganza, a su vez; a media, noche, el día de Navidad, el fantasma de Ranald Guthrie había andado suelto por Kinkeig, agitando a la luna sus manos mutiladas, y gritando de una manera horrenda desde el infierno de donde lo habían soltado por unas horas para que errara por la tierra.

He ahí, comprimida en unas pocas frases, la narración de la señora Roberts; el rumor es invariablemente difuso. Pero, como ya declaré, me sentí curiosamente dominado por su inconexo relato; la historia tenía cierta medida de coherencia imaginativa, que evocaba algo parecido a la convicción; descubrí que se requería un esfuerzo positivo para analizarla críticamente; para notar, por ejemplo, la interesante rapidez con que la leyenda se había enriquecido con interpolaciones sobrenaturales. Como humilde estudiante del *folklore*, pensé que este aspecto de las reacciones de Kinkeig, ante la muerte de su señor, valía algunas averiguaciones más.

—Señora Roberts —pregunté—, ¿mucho gente ha visto al fantasma?

—A fe mía, sí.

—¿Usted misma?

—¡No, a fe mía! —La señora Roberts pareció muy asustada por la mera sugestión.

—Entonces ¿quién?

La señora Roberts meditó.

—La primera sería la señora McLaren, la mujer del herrero. La bomba de su patio estaba helada, y bajaba por el camino en busca de agua cuando vio esa cosa extraña delante de ella, a la luz de la luna. Dio un grito, pobre criatura, que medio Kinkeig oyó. No hay mejor prueba que ésa. —La señora Roberts debe de haber percibido un

tono escéptico en mis preguntas, porque presentó el concluyente alarido de la señora McLaren, con aire triunfal.

—Sin duda, señora Roberts. ¿Y qué sucedió después?

—Su marido estaba frente a la casa de Ewan Bell, el remendón. Corrió hacia él, aterrorizada, y él la llevó a su casa.

—¿Y el señor Bell vio el fantasma?

—Eso no.

—¿La señora McLaren ve fantasmas a menudo?

La pregunta sorprendió mucho a mi interlocutora.

—¡Vaya una pregunta la suya, señor! Es montañesa, y sabe el futuro; es ella la que dice que previo la llegada del bobo de Erchany, saltando por la nieve, con la noticia de la muerte de Guthrie. Y fue ella la que sabía que Guthrie podía hacer el mal de ojo.

—Bueno, para usar sus palabras, señora Roberts, no hay mejor prueba que ésa. ¿Y quién vio al fantasma después?

La señora Roberts me miró con bastante desconfianza.

—La siguiente sería Miss Strachan, la maestra de escuela.

—Miss Strachan. Ahora bien, ¿no sabe usted si Miss Strachan tenía alguna razón para estar preocupada por Erchany y sus asuntos?

La sospecha de la señora Roberts, evidentemente, se mezcló ahora con respeto.

—A fe mía, es una pregunta extraña. Fue esa muchacha Strachan la que tuvo un encuentro espantoso con el señor, hace poco tiempo.

—Naturalmente. ¿Y quién más vio al fantasma del señor Guthrie?

La señora Roberts pareció dudar.

—Bueno, con certeza no sé...

—En realidad, ¿nadie más? ¿Sólo esas dos, y no, como sugería usted, una cantidad de personas?

Me sentí realmente arrepentido por este interrogatorio; la señora Roberts pareció muy desanimada.

—No —dijo—, supongo que nadie más. Excepto, claro...

En este punto nos interrumpió la entrada del marido de la señora, que parecía andar cerrando la taberna para la noche.

—Señor Wedderburn —dijo—, ¿sin duda querrá echar un trago antes de acostarse? ¿Y será de ponche, supongo, con este tiempo tan triste?

La señora Roberts arrebató mi taza vacía.

—Señor Wedderburn, ¿tomará usted otra leche malteada?

Adiviné algún disgusto conyugal que no tenía ningún deseo de exacerbar; murmurando una palabra incomprensible, recogí mi bujía y me fui a mi pieza. Pero, verdaderamente, creo que, a pesar de mi satisfactoria refutación de lo sobrenatural en la historia de la señora Roberts, casi esperaba encontrarme con el fantasma de Ranald Guthrie en el corredor.

Un clamor me despertó por la mañana; me acerqué de prisa a la ventana y descubrí que procedía de una turba de muchachos, y que lo ocasionaba la aparición, en las afueras de la aldea, de un joven alto y delgado, armado con esa especie de exquisitez que desafía el agotamiento o el atavío descompuesto, y llevando sobre los hombros —causa principal de la excitación juvenil que me había despertado— un equipaje que luego identifiqué como esquíes y pértigas de esquiar. Era de conjeturar que ahí tenía un visitante de Erchany; me vestí y me eché escaleras abajo. Como había previsto, el joven me aguardaba. Se adelantó y dijo:

—Soy Noel Gylby. Creo que usted debe ser... —Esperaba yo que añadiera «la persona enviada por mi tío». En cambio concluyó—: El caballero que ha tenido la bondad de venir a ayudarnos.

—Mi nombre —dije— es Wedderburn. Y he venido a ayudar en lo que pueda.

Cálidamente, pero no sin la deferencia propia de los jóvenes, el señor Gylby me estrechó la mano.

—¡Entonces, señor —dijo—, comience ofreciéndome desayuno!

Durante el transcurso de la hora siguiente, encontré que Noel Gylby —aunque quizá no desprovisto de un debido sentido de su propia simpatía— era un joven agradable e inteligente. Su relato de los sucesos de Erchany era animado —en ciertas partes, a decir verdad, lo que Eneas llamaría «cínico»—, pero también seguro y claro; noté que llegado el caso tendría en él un excelente testigo. Y —suerte extraordinaria— había llevado un diario en Erchany. Tuvo la bondad de entregármelo, y lo leí en seguida. Aquí sólo añadiré una nota sobre los acontecimientos que siguieron a su última anotación.

El peón de Erchany había llegado a Kinkeig, como predijo Gylby, poco después de amanecer, el día de Navidad. Su agotamiento era tal que transcurrió algún tiempo antes que pudiera articular una explicación de su presencia; y antes de las nueve o de las diez no pudo hacerse nada efectivo. Había que encontrar un voluntario que se abriera camino hasta Dunwinnie en busca del médico, pues la línea telefónica había quedado interrumpida durante la noche. Aun así, era probable que hubiera demora; la ruta más practicable para el doctor Noble era la que bordea el lago Cailie, y sería difícil preparar algún vehículo antes que transcurrieran unas horas. Una demora similar señaló el relevo del castillo de Erchany. El gendarme de Kinkeig no creía poder orientarse sin Tammás, y había que dar a éste tiempo para recuperarse. Eventualmente, el gendarme, Tammás y dos muchachos, partieron poco después de mediodía; la causa de la escolta, cabe suponer, era la impresión del gendarme de que iba a tomar por asalto una ciudadela de la magia más negra. Viajando sin tropiezos, llegaron a Erchany poco después de las cuatro. El gendarme inspeccionó la torre y el cadáver, anotó respuestas, guardó llaves en sus bolsillos, y bebió té; y, hecho todo esto, la hora era demasiado avanzada para iniciar un regreso seguro. Uno de los muchachos, sin embargo, estaba resuelto a volver esa noche —tenía una cita, suponía Gylby, con su novia—, partió y tuvo la buena suerte de llegar a Kinkeig, alrededor de

las nueve, trayendo consigo el informe preliminar del gendarme. A esta hora la línea telefónica había sido reparada, y se había provisto a la policía de Dunwinnie — aparentemente por intermedio de la señora Johnstone, encargada del correo— de toda la información posible. Mientras tanto el doctor Noble había llegado al castillo; como el gendarme y el otro muchachón, pasó la noche allí.

El jueves 26 de diciembre —el día de mi viaje al Norte— se distinguió por la aparición de oficiales de policía de mayor jerarquía y del administrador ejecutivo del condado, persona de predisposición aventurera, a quien atraía la idea de un misterio tan hondamente sepultado. Vino por el lado de Kinkeig, partió acompañado por su secretario para caminar hasta Erchany, abandonó al secretario a mitad de camino, llegó al castillo, tomó notas y anunció que se haría un interrogatorio; regresó, halló al infortunado secretario en una situación crítica y lo transportó sobre sus hombros de regreso a la aldea. Luego despachó una cena cuyas proporciones oí después gráficamente descritas por Roberts, atormentó a la mujer de éste bebiendo una botella y media de pésimo clarete, y fue finalmente conducido a Dunwinnie, con la promesa de tomar disposiciones para enviar un grupo de barrenieves al día siguiente. Debería decir que relato estas circunstancias, no porque interesen estrictamente a mi narración, sino, sencillamente, por la interesante luz que arrojan sobre la abogacía en la región septentrional de estas islas.

Gylby procedió luego a explicar su propia aparición esa mañana. Había descubierto los esquís entre algunos trastos del dormitorio de la torre, y recordando que la ruta hasta Kinkeig era, en su mayor parte, cuesta abajo y se deslizaba entre las lomas nevadas no demasiado pobladas de árboles, había persuadido a la policía de que le permitieran utilizarlos. El procedimiento había tenido buen éxito y le había dado, observaba complacido, un envidiable apetito. Sólo lamentaba que no hubiera habido un segundo par de esquís para mi cliente Miss Sybil Guthrie que, como heredera de Erchany, esperaba con alguna impaciencia la llegada de su consejero legal.

Me resignaba a la perspectiva de un viaje harto más arduo de lo que convenía a mis años, cuando una nueva y mayor conmoción en la aldea anunció la llegada de los prometidos barrenieves: dos artefactos, con motor de tipo moderno y poderoso, pasaron frente a nosotros con un rugido ahogado y desaparecieron camino de Erchany. Yo había retenido mi automóvil alquilado durante la noche; no teníamos más que subir a él y seguir a los barrenieves cómodamente y sin prisa. Al enterarme de que el cadáver sería bajado esa misma tarde, y que el interrogatorio se efectuaría en la rectoría antes del sepelio, juzgué prudente dirigirme en seguida hacia el castillo. Tenía instrucciones que recibir y observaciones que efectuar antes de afrontar con aplomo los sucesos de la tarde. Gylby, que de algún modo parecía un guardafaro que ha entregado su puesto con éxito en circunstancias angustiosas, no mostraba urgencia en alejarse de las tortas de cebada y de la mermelada; con alguna persuasión conseguí ponerlo en movimiento pocos minutos antes de las nueve y media. Estábamos a punto

de abandonar la taberna, cuando apareció la señora Roberts y me preguntó —con evidente interés— si quería ver a un visitante, aquél en cuya casa se había refugiado la señora MacLaren: Ewan Bell. Difícilmente podía negarme; Gylby cortésmente se ofreció a recorrer media aldea y comprar tabaco; el visitante fue conducido a mi salita privada.

El señor Bell me perdonará si me aventuro a describirlo como venerable y magnífico. Un atleta que se hubiera retirado en sus últimos años para dedicarse a la profesión de patriarca bíblico es quizá la mejor imagen para ofrecer al lector: sus hombros podían haber sido los de un herrero más que los de un remendón; sus rasgos tenían la benigna severidad de un prelado, dibujado por el lápiz de un Wilkie. Me hizo una grave reverencia y dijo que entendía que yo iba a representar los intereses de la familia durante la indagación del triste asunto de la casa grande.

—Ofreceré mi consejo legal a Miss Guthrie, señor Bell. Como quizá sepa, es la señora norteamericana que estaba casualmente en el castillo en el momento de la muerte del señor Guthrie.

—¿Y sin duda, señor, pariente del castellano?

Observé al señor Bell furtivamente. Parecía un anciano muy responsable, y no era verosímil que hubiera venido sólo por sed de rumores.

—Miss Guthrie es pariente del difunto, y tiene intereses muy grandes en sus posesiones.

Otra vez Ewan Bell inclinó gravemente la cabeza.

—Me he atrevido a venir, señor Wedderburn, por los jóvenes que han huido: Miss Mathers y el muchacho Lindsay. He pensado que si los acontecimientos de Erchany son juzgados como algo más que un accidente, su partida resultará extraña.

—Por cierto que su desaparición es una circunstancia sorprendente.

Mi visitante sopesó con cautela esta evasiva respuesta. Después dijo:

—Lo que he venido a decir es que se fueron a pedido del señor.

—Usted me interesa, señor Bell. ¿Puedo invitarlo a tomar algo contra este tiempo penoso?

Con una severidad que dio a su contestación el decoro de una austera negativa, el señor Bell aceptó una copa. Ésta fue servida por la señora Roberts —temo que confirmó en ella la mala opinión sobre, los abogados, que se había iniciado con la tolerancia del administrador con el clarete— y el señor Bell se detuvo sólo para decir una palabra ceremoniosa por encima de su vaso, antes de exhibir esa carta de Christine Mathers que ha sido reproducida en páginas anteriores. Antes de hablar, la leí dos veces con la mayor atención.

—Señor Bell, éste es un documento muy significativo. ¿Sin duda lo ha mostrado a la policía?

—Pensé, señor Wedderburn, que preferiría oír primero el consejo de una persona bien reputada como usted.

—Un sentimiento perfectamente lógico. Pero debe llevarla a la policía antes del

interrogatorio. Y ahora quizá pueda relatarme algo sobre las circunstancias en que recibió la carta.

En pocas palabras el señor Bell bosquejó esa entrevista con Christine Mathers que describe detalladamente en su narración. Me impresionaron tanto los hechos como la interpretación que parecía ocultarse en la mente del zapatero de Kinkeig. Si la entrevista final de Guthrie y Lindsay, en la torre, no había sido arreglada con el propósito de comprarlo, sino para despedirlo en compañía de Miss Mathers, entonces el tono de la entrevista, según la relató Miss Guthrie, resultaba perfectamente natural. Y era concebible que Guthrie, un hombre muy variable, incapaz de resignarse a la idea de perder a su sobrina en manos de un enemigo, se hubiera suicidado, como parecía sostener Miss Guthrie.

Pero sin duda había algo contra el muchacho Lindsay. Su conocida enemistad hacia Guthrie, su dramática aparición en la escalera de la torre un minuto después de la caída de Guthrie, el escritorio violentado, su huida con Miss Mathers: estas cosas eran cargos bastantes claros para una acusación. Lo protegía, es cierto, la categórica declaración de mi cliente Miss Guthrie: que había dejado a Guthrie, sano y salvo, en la torre. El testimonio de Bell y la carta que había exhibido ahora reforzaban esa declaración, pues indicaban que las dificultades del galanteo de Lindsay se habían encaminado hacia un arreglo; arreglo cuya etapa final había presenciado Miss Guthrie, poco antes de medianoche, desde su escondite fuera del estudio del castellano. Sin duda, una persona a quien le interesara iniciar un proceso contra Lindsay, procuraría interpretar la carta como parte de un plan elaboradamente urdido contra Guthrie, pero no consideré necesario, por el momento, explorar una ingeniosidad tan improbable. Me volví hacia otro punto.

—Señor Bell, tenemos aquí una situación extraordinaria. La carta de Miss Mathers sugiere que iba a partir tranquilamente —en apariencia sin circunstancias de ignominia— el día de Navidad. Ella y su futuro esposo emigrarían, y se alejarían de la vida de Guthrie. Eso es bastante extraño y desagradable, e inculparía al difunto de algo más que excentricidad. Pero, ¿qué pensar de esta partida fijada para la medianoche, y cumplida en medio de una borrasca? Es difícil creer que estos jóvenes pudieran salir con vida de la nieve.

Bell asintió con la cabeza y permaneció un momento en silencio. Después respondió a mi último punto.

—Corrieron el albur que su ánimo les impulsaba a correr, al salir en lo más intenso de la tormenta. Pero usted sabrá, señor Wedderburn, que el viento había disminuido minutos antes de su partida, y además empezaba a asomar un poquito de luna. Lindsay, un muchacho vigoroso y hábil, podía llevar a su muchacha sana y salva hasta su propia gente, en Mervie. Y al día siguiente estarían en Dunwinnie, y se irían.

—¿No se ha sabido si fueron vistos en Dunwinnie?

—Eso lo ignoro. Pero con todo el alboroto y la confusión de los patinadores, es

muy probable que no. Y en cuanto a que el señor los expulsara en secreto y a medianoche, en medio de una tormenta, ello se aviene perfectamente con el negro humor del hombre.

—¿Usted piensa que realmente obró así?

—Sí.

—¿Y que luego se suicidó en alguna especie de desesperación?

—Creo que a esa conclusión llegamos, señor Wedderburn.

Miré a Ewan Bell con curiosidad.

—¿Entonces cómo explica usted el oro desaparecido?

Evidentemente se sorprendió.

—¿El oro, señor? No estoy enterado de eso.

—Entiendo que un cajón, en un rincón de su estudio, ha sido violentado, y que aparentemente han sacado oro.

—No es tan difícil de explicarlo como podría pensar usted, señor Wedderburn. Notará que Christine dice que Guthrie iba a darle una suma de dinero —dinero suyo—, y en cuanto a que violentaron el cajón, el propio señor era un hombre violento. Pronto oirá la historia de la furia insensata con que hace poco tiempo se dedicó a romper una puerta.

Que Guthrie mismo hubiera sacado el dinero del cajón y se lo hubiera dado a Miss Mathers otra vez, ensamblaba, noté, con la declaración de Miss Guthrie: que ni el señor, ni Lindsay se habían movido en dirección al escritorio mientras Lindsay estuvo en la torre. Y una vez más enfrentaba una hipotética serie de acontecimientos de marcada coherencia: la partida final, rudamente tramada, la amarga zambullida hacia la muerte, casi en el instante en que la hora traía paz a la tierra y buena voluntad entre los hombres. Contemplé esto en silencio algún tiempo... y advertí que no me satisfacía.

Me puse de pie.

—Señor Bell, tengo que dirigirme a Erchany... Aún sé demasiado poco para juzgar del asunto. Pero le agradezco mucho su visita. Usted es un testigo importante, y sin duda lo veré otra vez esta tarde.

—¿Y cree usted, señor Wedderburn, que se probará el suicidio?

—Creo que la policía, u otros, deben encontrar a Lindsay y a Christine Mathers. Y en cuanto al resto... la verdad está en el fondo del pozo. Entre paréntesis, ¿puede usted decirme algo de un hombre llamado Gamley? Fue el primero en hallar el cadáver del señor Guthrie en el foso.

—Fue en un tiempo administrador de la granja, pero partió después de tener unas palabras con el señor.

—¿Palabras duras? Bell sonrió.

—Sería difícil encontrar en estas tierras alguien que no recuerde palabras duras con Guthrie de Erchany. Pero juzgo que poco tiene que hacer con mi historia. Estaría allí acompañando al muchacho Lindsay, y esperando para darle una mano cuando

partiera. Se conocieron hace algún tiempo, y se han hecho muy amigos.

Y aquí concluyó mi entrevista con Ewan Bell. Me reuní con Gylby, que había regresado triunfante de adquirir una lata de «John Cotton», y salimos a la escarcha de aquella mañana de invierno. Los esquís fueron apilados en el techo del auto; ciertos bultos pedidos por la señora Hardcastle, junto al conductor, y partimos hacia el castillo de Erchany, en medio de la curiosidad universal de Kinkeig. Como me confió la señora Roberts, no había ocurrido nada parecido desde la llegada de los médicos; sin duda una referencia al infortunado médico de Londres y a sus colegas que habían visitado al difunto unos dos años antes.

—Señor Gylby —dije mientras nos arrastrábamos cautelosamente por la superficie librada por los barrenieves—, entiendo que nada... nada enfadoso se descubrió en el cuerpo de Guthrie.

—No comprendo.

—Bueno, según corre la historia en Kinkeig, este desesperado Lindsay le habría seccionado cierta cantidad de dedos.

Bruscamente el joven Gylby dejó de llenar su pipa.

—Realmente pienso que los escoceses son...

—¿Lo peor del mundo?

Mi joven amigo, creo, me había clasificado cómodamente como persona de lenguaje un tanto abundante; me causó considerable placer verlo saltar, positivamente, al oírme expresar mi pensamiento con esa brevedad.

—Iba a decir —dijo— que son gente con un desarrollado gusto por lo macabro. Los dedos de Guthrie están intactos. Lo que se ha ido es su oro.

—Exactamente... ¿Entiendo que voy a actuar definitivamente por Miss Guthrie?

—Si quiere tener la bondad.

—Muy bien. Permítame comunicarle que ha hecho usted una afirmación que contradice cierto aparente testimonio de mi cliente.

Golpeé el diario de Gylby que aún tenía conmigo.

—Miss Guthrie declara que entre Guthrie y Lindsay no había nada parecido a acaloramiento; que se estrecharon la mano y se separaron tranquilamente, y que Lindsay habló o se comportó con amabilidad. Usted afirma que al contemplar a Lindsay, poco más de un minuto después, recibió «una impresión extraordinariamente vívida de cólera». Ahora bien, esta afirmación distinta puede ser importante. ¿Está seguro de que su impresión fue exacta?

La respuesta de Gylby fue a un tiempo desganada y firme.

—Sí.

—Miss Guthrie observaba a esas personas con bastante comodidad. Usted, en cambio, habla de lo que «sucedió en un relámpago», y de «un segundo, y sólo un segundo». ¿No es más probable que se equivoque usted, y no ella?

Consideré prudente dejar que mi lengua sugiriera a este joven un tanto vanidoso cómo podía conducirse un interrogatorio del tipo de aquél que ya era inminente. Pero

estaba perfectamente serio y perfectamente decidido.

—Parece existir tal probabilidad, señor Wedderburn. Sin embargo, no creo que mi impresión fuera equivocada.

Creo que en este punto me decidí —si bien de manera preliminar— sobre lo que realmente había sucedido en Erchany. Y vi que era probable que mi conclusión tornara delicada mi posición. Cambié de tema.

—Señor Gylby, acerca de ese hombre, Hardcastle. ¿Usted no es un testigo un poco parcial? ¿No sería posible sugerir, alegando su diario, que su actitud hacia él ha sido muy envenenada desde el momento de su primera recepción poco bondadosa en Erchany?

Gylby se contentó con decir:

—Espere hasta que lo vea.

—¿Y se siente inclinado a atribuirle algún motivo oculto en este asunto?

—En algo andaba. Guthrie nunca le dio ese mensaje para mí.

—Cierto; ésa parece ser la impresión de Miss Guthrie.

Con inesperado calor, Gylby dijo:

—Sybil decía la verdad.

—No puede suponer que yo sugiera otra cosa. ¿Tiene alguna idea de por qué Hardcastle había de transmitirle un mensaje falso?

—Tengo la idea de que podría ser un acto de estúpida maldad contra su amo. Varias veces, mientras subíamos, tropezó contra la pared de la escalera, y se me ocurrió que obraba en un estado de confusión, sin orden ni concierto. Me parece que puede ser, no sólo un canalla, sino un villano borracho.

—¿Y no un hombre tramando alguna impostura complicada?

Gylby meneó la cabeza.

—Es astuto, sin duda. Pero no podría ver tan lejos.

—Otro detalle. ¿Usted creía que Guthrie estaba loco? ¿Y se formó esa impresión antes de oír a la señora Hardcastle hablar de los médicos que habían venido a examinarlo, hace algunos años?

—Lo creí loco desde los primeros minutos. Pero debe entender, señor, que uso la palabra en sentido muy vago. No sé si la suya era técnicamente demencia; creo, más bien, que no. Era como si viviera en la sombra de algo de tal naturaleza que nadie podía contemplar sin perder la cordura. Estaba deshecho, fragmentado. Estaba loco como los héroes, cuando los perseguían las Furias.

Miré a mi compañero con nuevo interés.

—Una observación muy reveladora, señor Gylby. Siempre he sostenido, contra nuestros reformadores educacionales, que el viejo, magnífico y fortalecedor *curriculum* clásico es de máxima utilidad.

3

El camino de Dunwinnie a Kinkeig, y el camino de Kinkeig, a través del Valle de Erchany, al castillo forman, aproximadamente, con la larga línea del lago Cailie, un triángulo equilátero. En el centro se levanta la masa del Ben Cailie, estribado, hacia el sur, por el volumen menor del Ben Marvie, y costeadado también hacia el sur, primero por el Valle de Mervia y luego por el escarpado Paso de Mervie. Este panorama que se extendía a nuestra derecha, mientras viajábamos —pico sobre pico de nieve virgen elevándose en un cielo invernal iluminado por un sol frío—, era un espectáculo apto para apaciguar y para elevar el espíritu. La última parte de nuestro viaje transcurrió en silencio quebrado sólo por una involuntaria exclamación mía cuando doblamos un recodo y avistamos el castillo, allende el último brazo del lago. Como monumento histórico es, supongo, de importancia muy secundaria, y las adiciones realizadas en la segunda mitad del siglo XVII han modificado algo —si bien no destruido— su austero carácter medieval. Pero mi primera impresión fue de algo tan tenebrosamente poderoso y tan inviolablemente aislado —como un monstruo de hábitos solitarios agazapado en su cubil de alerces y nieve—, que no me hubiera asombrado más la aparición del castillo del rey Arturo. Particularmente impresionante era la torre, maciza pero de notable elevación, y construida, cabe suponer, para observación tanto como para defensa. Mirando, a la distancia, sus enhiestas líneas comprendí aquella intuición de Gylby: que el hombre que había caído desde esa altura estaba inevitablemente muerto.

Cruzamos el puente levadizo y nos detuvimos en el patio central. El joven Gylby exclamó alegremente: —¡Otra vez en casa!—, y me ayudó a descender.

Lo primero que advertí —como los inesperados huéspedes de Erchany, pocas noches antes— fueron los perros; confinados dentro de un sistema de casillas, en el fondo del patio, manifestaban su desaprobación por nuestra llegada en términos inconfundibles. En seguida vi a una mujer vieja y achacosa, envuelta en un chal y calzada con botas para la nieve, cojeando hacia nosotros con evidente prisa y ansiedad. Durante un momento temí escuchar el anuncio de otra desdicha; después exclamó anhelante:

—¿Se habrá acordado de mi veneno? ¿No se habrá olvidado de él, señor Gylby?

—Aquí tiene usted, señora Hardcastle. —Y Gylby le entregó los paquetes que había junto al chófer. Estaba a punto de alejarse con ellos con tanta prisa como había venido, cuando advirtió la presencia de un forastero. Según imagino, no sin algún malestar para sus articulaciones, me hizo una desgarbada reverencia. Gylby dijo, cortésmente:

—El señor Wedderburn... la señora Hardcastle.

—Señor —dijo ella golpeando sus paquetes y mirando medrosamente a su alrededor—, es mejor que usted sepa en seguida lo que el señor Gylby ya sabe. Hay

una terrible cantidad de ratas en Erchany. ¡Pero no las soporto más! Soy vieja, y ahora quiero dormir por la noche.

Su voz se hundió ásperamente, y con un movimiento de cabeza señaló hacia donde había aparecido la figura de un hombre, junto a las casillas.

—¡Pero no se lo digan a mi marido! Es muy cruel. A veces las incita contra mí.

—¿Los perros, señora Hardcastle?

—Las ratas.

Y la señora Hardcastle, escondiendo sus paquetes bajo el chal, se alejó de prisa. Me volví hacia Gylby.

—¿Es Hardcastle ése que está junto a las perreras? Quisiera cambiar unas palabras con él antes de entrar.

Crucé el patio. El administrador del difunto castellano daba a los perros una comida más que magra, maldiciéndolos cordialmente.

—¡Abajo, César! —le oí gritar al acercarme—. ¡Abajo, mala ralea!

A causa de la nieve no me oyó llegar. Me acerqué a su oído y dije amistosamente:

—Hermosas bestias, señor Hardcastle.

Se volvió rápidamente y me contempló con desconfianza; no tan sólo por la evidente ironía de la observación. Su villanía, tal como la había bosquejado Gylby, era evidente. Pero no era una villanía segura de sí misma; parecía, en verdad, dolorosamente falto de confianza. Dijo ahora con una especie de incertidumbre áspera:

—Tal vez.

—¿Y éste es César? Yo le daría un baño con desinfectante y después un poco de carne cruda. Y dígame, señor Hardcastle, ¿cuál es *Doctor*?

Con bastante debilidad Hardcastle señaló un animal tendido en el suelo.

—Es ése.

—¿De veras? Echémosle un vistazo. ¡*Doctor*! ¡Eh, *Doctor*! ¿Sabe señor Hardcastle que me parece que su *Doctor* debe de ser sordo?

Hardcastle positivamente se iluminó.

—*Es sordo*.

—¿De veras? Es un poco extraño en un perro tan joven. Digo yo, ¿no estará equivocado? Sería fácil idear una prueba.

—¡Maldito sea el infierno! —exclamó Hardcastle—. ¿Quiere dejar tranquilo al animal?

—Como no, si lo desea; creo que he agotado mi interés en él. Un testigo mudo —y sordo—, ¿verdad? Soy abogado de Miss Guthrie, la propietaria entrante. Le agradecería mucho si me condujera hasta ella.

La opinión de Gylby sobre el administrador, reflexioné, había sido notablemente precisa. Un felón astuto, pero cuya astucia se agotaba pronto. No me desagradó descubrir que encajaba con bastante limpieza en el cuadro que iba formándose en mi mente con los hechos de Nochebuena. Este cuadro aún distaba de estar completo;

sólo estaban en su lugar las piezas principales, si se me permite usar una imagen sugerida por lo que había oído sobre los rompecabezas de Randal Guthrie. Pero me daban —salvo error— los primeros contornos de una situación muy curiosa. Inevitablemente, había mucho que resultaba aún oscuro e invitaba a la investigación más cuidadosa. Me detengo en la palabra investigación. Yo había llegado a Erchany en mi carácter profesional de abogado; no sin diversión me verá el lector, apenas en el umbral del castillo, desempeñando el indigno papel de *detective* particular.

Al entrar en el gran *hall* del castillo, un oficial de la policía dio un paso hacia adelante, se presentó como el Inspector Speight, y me invitó a entrar en una habitación pequeña y desnuda, donde aparentemente había establecido su cuartel general. Bien pude haber insistido en que se me condujera hasta mi cliente antes de asistir a ninguna conferencia con la policía; parecía, sin embargo, que no había tal necesidad, y acepté la invitación. Encontré en el Inspector Speight a un oficial cortés e inteligente, y juzgué que podría ser útil mostrarle que ya había entendido algo de la situación. Después de unas pocas observaciones preliminares, le dije:

—¿Supongo que han encontrado a Gamley?

—Sí, no hubo ninguna dificultad. Tenemos algo que decirle esta tarde.

—¿Y sin duda habrán dado con el paradero de los jóvenes despachados por el difunto señor Guthrie?

—¿Despachados? No estoy enterado de eso.

—Un detalle que ya aparecerá, Inspector. Creo que se le dará cierta importancia. ¿Y a dónde habían ido?

El inspector meneó la cabeza.

—Aunque parezca extraño, señor Wedderburn, aún no hemos tenido noticias de ellos. Pero claro, tienen buenas razones para permanecer ocultos.

—No sé, Inspector, no sé. Es posible que ahora que el señor Guthrie está muerto, haya desaparecido la necesidad de partir sin ser vistos. Me aventuro a creer que es muy posible.

—Si es que puedo decirlo así, señor Wedderburn, ésa me parece una manera singularmente equivocada de mirar el asunto.

—Depende enteramente del punto de vista, ¿verdad? ¿Tal vez tiene usted fundamentos para creer que el joven señor Lindsay ha cometido el crimen?

Con mucha exactitud había calculado contar con una pizca de irritación latente en el Inspector Speight. Mis modales suaves lo excitaron en seguida. Dijo bruscamente:

—El muchacho arrojó a Guthrie para matarlo. No tengo la menor duda.

—Tal vez sea así, Inspector. Por mi parte yo diría que es un poco prematuro abrigar esas convicciones. Y creo que debe de haber algún testimonio en directa refutación de lo que usted dice.

—Sin duda, está Miss Guthrie.

De modo que Miss Guthrie ya había contado su historia a la policía. Me puse de pie.

—Me parece, Inspector, que ahora debo buscar a mi cliente.

El Inspector Speight hizo un gesto de protesta.

—No debe interpretar, señor, que crea necesario desacreditar en absoluto lo que la joven nos ha contado. Pero estaba asustada y confundida allá afuera, en medio de la tormenta y quería ver el menor mal posible en aquel asunto de arriba. —El Inspector hizo una pausa—. Tal vez después recuerde mejor, sin embargo, pensándolo.

Otra vez percibí que el Inspector Speight era un hombre inteligente. Y durante un momento me pregunté si no podría ser un poco engañoso. Miss Guthrie, que de manera misteriosa había estado en el mismo parapeto desde donde había caído el muerto, era, parecía, la heredera de éste. Speight no había sugerido nada sobre lo delicado de esta situación.

—¿De modo que usted cree, Inspector, que es Lindsay o nadie?

Speight asintió enfáticamente con la cabeza.

—Una vieja enemistad, una nueva rencilla, un testigo que ardía de cólera, el oro robado, él y la chica desaparecidos. Difícilmente podría pedirse más.

—Salvo, quizá, la mutilación de la mano del cadáver.

El Inspector me miró con fijeza.

—¿También ha oído eso? Sólo muestra lo estúpido y sucio de las murmuraciones de la gente. No haga caso de sus rumores, señor Wedderburn. A usted y a mí nos interesan los hechos.

Speight sonrió, casi feliz.

—Señor Wedderburn, le confiaré algo. La muchachita norteamericana no lo hizo. En asuntos criminales hay algo que se llama experiencia. Y treinta años de eso me dicen que no pierda tiempo por ese lado. La muchacha es realmente simpática.

—No necesito decirle que su impresión me resulta muy grata. Claro que Neil Lindsay también puede resultar realmente simpático.

Speight se rió.

—Habrà tiempo para decidir eso cuando le echemos el guante. Digo que es Lindsay, o nadie. Y creo que en realidad usted está de acuerdo conmigo, señor.

—No, Inspector, no estoy de acuerdo. No puedo pretender poseer su experiencia criminológica. Pero tengo otra opinión.

—Señor Wedderburn, sería un verdadero privilegio oírla.

—Si, como espero, se transforma en convicción, la oírà usted antes que el administrador del Condado, esta tarde. Pero —como decía— aún son prematuras las convicciones.

Fui recibido por Miss Guthrie en lo que a lo largo de esta narración se ha llamado sala de estudio. Me impresionó en seguida por esa mezcla de elegancia y *élan* que da a muchas de sus compatriotas un encanto ligeramente desconcertante; me pareció que el Inspector Speight, al hallarla «simpática», había demostrado un gusto exacto e inesperadamente sutil. Evidentemente estaba dispuesta a ir al grano. La juzgué persona familiarizada con los cánones elementales de las transacciones legales; no obstante, creí adecuado decir unas pocas palabras sobre las relaciones que por lo general se presume que existen entre abogado y clientes, en estas islas. Me escuchó con atención muy decorosa —el lector no debe pensar que ignoro en mí mismo una ligera tendencia a lo que podría ser duramente llamado pomposidad, en tales ocasiones— y pronto nos sentamos juntos, cómodamente, en un sofá. Miss Guthrie, a decir verdad, tuvo la bondad de darme permiso para fumar una pipa.

—Hasta aquí —dije— sólo me he entrevistado con un cierto señor Bell, con nuestro amigo el señor Gylby —de quien he logrado una narración muy completa, oralmente y por escrito— y con los Hardcastle. El esbozo que Gylby hizo del carácter de Hardcastle me parece penetrante.

—Noel —dijo Miss Guthrie con vivacidad— es un muchacho muy capaz.

—Sin duda. También ha ofrecido algún bosquejo suyo, escribiendo, como comprenderá, a una corresponsal muy confidencial.

Tal vez con alguna confusión, Miss Guthrie dijo:

—¡Oh!

—Según él, usted no tiene inclinaciones románticas.

—Me parece un poquito despiadado en Noel. Todas las chicas buenas son románticas.

—Pero —sonreí— algunas quizá lo ocultan.

Sybil Guthrie encendió un cigarrillo.

—Señor Wedderburn —dijo—, ¿es ésta la manera adecuada de entrar en materia?

—Me parece —repliqué gravemente— un comienzo adecuado.

—Muy bien. Yo soy una chica romántica, y Noel estaba equivocado. ¿Quiere decirme exactamente por qué?

—Considere la forma de su llegada a Erchany, Miss Guthrie. El señor Gylby, íntimamente complicado en su plan, está impresionado sobre todo por su ingenio y su eficacia. Pero para alguien como yo, un poco alejado de este asunto, lo más evidente es su aspecto de aventura romántica. Usted tenía testimonio médico, colijo, de que el señor Guthrie en ningún modo podía ser declarado insano, y su visita secreta no tenía ninguna utilidad práctica. Pero le gustaba la excitación —la novela y la excitación— de sitiar el castillo, de llegar hasta él, ya que no por la fuerza, por un ardid. Hasta envió un telegrama ligeramente rimbombante a su abogado norteamericano, en Londres. ¿En qué estaba usted fundamentalmente ocupada? ¿Asuntos de familia?

Nada de eso. Simplemente buscaba una aventura, y una aventura sazónada por lo menos con un apreciable aroma de peligro, porque el señor Guthrie era un hombre muy excéntrico. Noel Gylby ha quedado tan sorprendido por lo que puedo llamar su habilidad ejecutiva, que ha pasado por alto lo que debería ser llamado el romanticismo del motivo básico.

Miss Guthrie esparció entre nosotros un delicado velo de humo de cigarrillo.

—¿Y después, señor Wedderburn?

—Me gustaría saber si este mismo impulso no le hizo velar un poco lo que presencié en la torre.

—¿Quiere decir usted que Randal Guthrie no se suicidó?

—Al contrario, estoy completamente seguro de que se suicidó. Créame que si pensara que la narración que hizo usted al señor Gylby es una perversión fundamental de los hechos, yo no consentiría en representarla. Y ahora, Miss Guthrie, sería mejor que sostuviéramos el resto de nuestra consulta en la escena de los incidentes que nos ocupan.

—¿Se refiere a la torre? ¿Es necesario? Odio ese lugar ahora.

—No obstante creo que si usted es tan amable, y si la policía nos lo permite, sería un paso útil.

Mi amigo el Inspector Speight resultó lo bastante bondadoso para entregarme las llaves de la escalera y del estudio del muerto; me reuní a Miss Guthrie, y juntos emprendimos la penosa ascensión de la torre. Una vez adentro, contemplé con viva curiosidad lo que me rodeaba. A unos pasos de la puerta en que estábamos, se abría la que sin duda comunicaba con el dormitorio. En el centro de la pared de la izquierda, estaba el ventanal que daba al parapeto. En medio de la habitación, una mesa cuadrada que servía de escritorio. Y en todas partes, libros.

Me sorprendió la antigüedad del lugar; cualquiera de aquellas cosas podía haber estado ahí durante generaciones enteras. El difunto señor Guthrie, evidentemente, tenía un carácter conservador: y, por otra parte, nunca había gastado un penique de más. Ociosamente busqué a mi alrededor algún signo del siglo XIX o XX; lo encontré en forma de teléfono, sobre la mesa. Eché una mirada a Miss Guthrie, perplejo.

—¡Sin duda —dije— las líneas telefónicas no llegan a Erchany!

—Claro que no, señor Wedderburn; no fuimos tan estúpidos. El aparato debe de ser un teléfono interno conectado con los cuartos de servicio. No he visto otro en el castillo.

—Una interesante innovación del tacaño señor. La policía, supongo, habrá registrado estas habitaciones con mucha eficiencia; no obstante, sugiero que antes de seguir conversando hagamos una pequeña inspección por nuestra cuenta. Empecemos por el escritorio violentado.

El mueble al que me condujo mi cliente habría hecho las delicias de un *connaissanceur*, pero me impresionó como una caja fuerte inadecuadamente frágil. Su único cajón había sido forzado —sin duda bastó un solo tirón vigoroso— y en el

fondo aún yacían las pocas monedas sueltas que había observado Gylby. Las contemplé, supongo, con una especie de rara perplejidad; Miss Guthrie pareció adivinar mi pensamiento.

—Yo diría —observó— que la torre ya es una caja de caudales.

—Tal vez. No obstante era establecer una deliberada tentación. ¿Cree que Hardcastle, por ejemplo, sería un servidor tan fiel como para resistirla?

Miss Guthrie arrugó la frente.

—Esto es bastante complicado.

—De ningún modo.

—¡Señor Wedderburn! —Fue un placer observar la sinceridad de su asombro.

Reí disimuladamente en una forma que me recordó, cosa extraña, que era el tío de Eneas.

—No se proponía, mi querida señora, ninguna complicación, y —lo que es mucho más— ninguna existe. Aunque estoy obligado a decir que ha hecho usted cuanto ha podido.

—Señor Wedderburn, usted se burla de mí de una manera nada profesional.

—Entonces seamos graves otra vez, y prosigamos nuestra inspección. Entre otras cosas, me gustaría mucho encontrar los poemas de William Dunbar.

Temo que estaba sobresaliendo en una especie de superchería bastante infantil. Me volví hacia los anaqueles, y empecé a buscar muy en serio las publicaciones de la Sociedad de Textos Escoceses. Los libros de Guthrie estaban arreglados con mucho método y las encontré sin dificultad. Al tomar los tres volúmenes de Dunbar me sentí prácticamente ahogado por el polvo.

—Nuestro amigo el castellano poeta —dije— conocía a sus favoritos. No tenía necesidad de refrescar su memoria en el poema que parece haberle gustado tanto. Y busqué la *Lamentación por los Poetas*.

Arrebata a los caballeros en el campo, protegida por el yelmo y por el escudo. Es vencedora en todo combate. Timor Mortis conturbat me.

Arrebata al campeón en la lid, al capitán encerrado en la torre, y a la señora en su alcoba, llena de belleza. Timor Mortis conturbat me.

—Bueno, ciertamente, la Muerte arrebató de su torre al capitán. —Depositó el volumen sobre el escritorio.

—¿Y parece haber sólo una interpretación, verdad? Pero si Guthrie no ha estado leyendo a Dunbar recientemente, veamos qué ha estado leyendo.

Me acerqué a una pila de libros aún con sus cubiertas, sobre el escritorio. Ewan Bell había omitido contarme, en nuestra entrevista de pocas horas antes, el repentino interés de Guthrie en los estudios médicos, según le había informado Miss Mathers, y por eso me sorprendió y me desconcertó la pila de literatura médica que encontré frente a mí:

Sinopsis de Medicina, de Letheby Tidy, *Principios y Práctica de la Medicina*, de Osler, *Texto de Patología*, de Muir; los hojeé uno tras otro, con cierta perplejidad.

—¿Ahora bien —dije—, en qué parte del cuadro entra la ciencia de la medicina?

Miss Guthrie recogió el volumen de Dunbar.

—Bueno, también entra en el poema.

Leyó:

—*Los más prácticos en medicina, boticarios, médicos, cirujanos, no pueden prevenir contra la muerte.* Timor Mortis conturbat me.

—Muy interesante. Y si me permite la observación, Miss Guthrie, tiene usted considerable facilidad para el Escocés Medio. ¿Lo estudió en el colegio?

—Sí, en efecto.

—¿Puedo preguntarle si obtuvo su título de «Doctor» en Filosofía?

—Sí, señor Wedderburn, lo he obtenido. —¿Entonces está completamente segura de que usted no es el «doctor» que esperaba Hardcastle?

Miss Guthrie enrojeció.

—¡Qué inventiva extraordinaria! —dijo—. Claro que no. No sabía nada de mí. Y uno no decide llamarse «Doctor Guthrie» para toda la vida por una solemne pedantería de la juventud.

—Supongo que no. Bueno, sigamos buscando.

Sólo desearía que mi propia «juventud» hubiera quedado tan atrás como la suya.

Encontré poco más que me interesara. Salvo los libros, el estudio mostraba pocas señales de la carrera y de los intereses de Ranald Guthrie; un *boornemng* y unas alforjas de sus días australianos, unos pocos bosquejos de Beardsley para señalar sus contactos con una pretérita generación de escritores, una caja o dos con restos pictos y romanos, en prueba de su interés por la arqueología. Me dirigí al dormitorio. Aquí, también, había poca cosa interesante. Guthrie había dormido en la habitación de abajo. Exceptuada una cama extensible usada quizá para alguna siesta ocasional, era poco más que un desván; una silla rota, un montón de telas viejas, cuerdas y palos en un rincón, un espejo roto colgado de la pared, y un jirón de cortina harapienta sobre las angostas ventanas. Gran parte de Erchany, colegí, estaba en el mismo estado de abandono: ya me alejaba cuando me llamó la atención un libro tirado en el piso. Lo recogí.

—Más medicina, Miss Guthrie. *Radiología experimental*, por Richard Flinders.

Lo coloqué otra vez en su lugar. Estamos aquí por cortesía de la policía, y es mejor que dejemos las cosas donde las encontramos. Y ahora es quizá tiempo de volver a nuestra discusión.

De regreso al estudio, Miss Guthrie asumió su posición característica, encaramada sobre la mesa. Hacía un frío poco común, y, para estimular la lenta circulación sanguínea de la vejez, paseé de un lado a otro mientras hablaba.

—Miss Guthrie, supongo que ha leído usted historias donde se operan toda clase de revelaciones por medio de lo que se llama reconstrucción del crimen.

Oblicua, pero positivamente, Miss Guthrie respondió:

—No hubo crimen. Usted mismo ha estado de acuerdo en eso.

—Creo que me interpreta mal. Pero por el momento diremos «los sucesos de la Víspera de Navidad». Y la invito, aquí, en esta habitación, a considerar qué resultados se obtendrían si la policía ensayara la reconstrucción de esos sucesos.

—No entiendo bien qué quiere decir.

—Quiero decir, que dicha reconstrucción haría vacilar su testimonio actual; y ello por una sencilla razón. El relato que hizo usted al señor Gylby estaba tan coloreado por sus propios deseos, como iluminado por la luz clara del hecho objetivo.

Miss Guthrie se puso de pie.

—Si usted cree eso, señor Wedderburn, realmente no me parece...

—Pero lo que yo veo, y quizá la policía no vea, es que usted está colocándose en una posición arriesgada y desagradable, sin ningún fin. No presumiré de juzgar su actitud como hombre; como abogado la juzgo equivocada. El punto que interesa es éste: el perjurio romántico sólo puede ponernos en aprietos. Todo lo que necesitamos son hechos.

Miss Guthrie examinó la punta de sus dedos.

Después dijo:

—Por favor explique qué quiere decir por reconstrucción. Imagine esta habitación iluminada por dos o tres bujías. El ventanal no está cerrado del todo, afuera ruge la tormenta, y la luz no sólo es escasa sino incierta Y vacilante. Usted está del otro lado de la ventana, espiando. ¿Exactamente cuánto podría ver?

—Mucho, de una manera imprecisa. Y ninguna reconstrucción podría probar exactamente cuánto vi.

—Muy cierto. Pero es mucho más fácil demostrar que ni usted ni nadie puede ver lo que hay del otro lado de la esquina. Y le digo a usted que sin meter la cabeza dentro de la habitación es imposible ver desde esa ventana las dos puertas contiguas —de la escalera y el dormitorio— *completa y claramente*. Si a cualquiera de las dos las abrieran *de par en par*, usted sin duda podría ver el movimiento. Pero si una —o ambas— fuera entreabierta, de modo que un hombre pudiera deslizarse al cuarto, usted no vería nada. En otras palabras, Miss Guthrie, su testimonio transforma ilegítimamente una impresión en una certidumbre. La puerta de la escalera se abrió de par en par, y usted dejó de ver a Lindsay. La puerta del dormitorio se abrió de par en par y usted dejó de ver a Guthrie. Pero, en el momento siguiente, Lindsay pudo haberse deslizado entre las dos puertas —de la escalera al dormitorio y otra vez de regreso— sin que usted lo advirtiera.

Todavía encaramada en el escritorio, mi cliente contempló las puertas largo tiempo, pensativa.

—Supongo —dijo— que así es.

—¿Me parece que a usted le gustaba Miss Mathers?

—Sí.

—¿Y este joven señor Lindsay, por lo que vio de él?

Miss Guthrie levantó el mentón.

—Me pareció muy hermoso, señor Wedderburn.

—¿Y además se había formado la opinión de que su pariente era una persona casi desprovista de belleza?

—Decididamente.

—Entonces sabemos dónde estamos. Usted iba a defender a estos jóvenes —cuyas circunstancias son románticas, emocionantes y hermosas—, temerosa de que sucediera lo peor. Todo lo que se interponía entre Lindsay y la sospecha más grave era su *conocimiento* de que se había alejado para siempre mientras Guthrie estaba todavía vivo. Por eso deliberadamente ha dado a su impresión la categoría de conocimiento... Miss Guthrie, ¿ha tomado nota de su afirmación la policía?

—No. El Inspector Speight dijo que lo haría formalmente más tarde.

—Speight es un oficial muy discreto. Permítame decirle, con mucha seriedad, que debe volver a su pura y honesta impresión sobre las puertas. Perderá crédito si no lo hace. Y la necesidad vital es que w testimonio parezca digno de confianza.

—Señor Wedderburn... No entiendo. ¿Vital para qué?

—Vital para la seguridad del muy hermoso joven Neil Lindsay.

Mi cliente se puso de pie de un salto y se aproximó a mí, presa de considerable agitación.

—Debe decirme algo más de lo que piensa, señor Wedderburn. *Debe* decírmelo.

—Sencillamente, esto: que usted no pudiera real y verdaderamente ver las puertas, es mil veces una lástima; sin embargo carece de importancia fundamental. Lo que tiene importancia fundamental es lo que sucedió entre Guthrie y Lindsay. Y es ahí donde usted mintió realmente.

Miss Guthrie estaba muy pálida, y me pareció descubrir una ola de su naciente cólera que en cualquier momento podía arrojarme de su presencia para siempre. Por eso proseguí tan de prisa como cuadraba a mi deseo de impresionarla, cosa que me parecía indispensable para llevarme bien con ella.

—Usted dice que Lindsay se fue tranquilamente.

Gylby dice que salió lleno de cólera. Y Gylby dice la verdad. Ahora bien, si Lindsay ha de ser absuelto, debemos tener un cuadro claro de lo que verdaderamente ocurrió. Y ese cuadro claro exige la verdad... la verdad de Gylby. ¿Me entiende?

Miss Guthrie se pasó la mano por su frente y flojamente se sentó en una silla. Dijo:

—No lo entiendo en absoluto.

—Permítame asegurarle esto —y hablo con casi cincuenta años de experiencia legal—. Neil Lindsay está a salvo. Ahora poseo un cuadro del caso que ninguna acusación podría desbaratar. Guthrie se suicidó. Pero no quiero decir que no hubo crimen. Hace pocas horas creía que su testimonio sobre las puertas podría ser vital para él. Ahora sé que todo lo que requiere es su sencilla historia de lo que sucedió en

esta habitación. Por favor, cuéntemela.

Miss Guthrie se puso de pie, se dirigió a la ventana, y escudriñó la nieve como si pudiera hallar consejo en ella. Luego dijo:

—Me cuesta mucho creerle. —Hubo un silencio—. Pero es evidente que debo hacer lo que usted dice. —Luego volvió a su posición anterior, sobre el escritorio.

—Naturalmente tiene usted razón en lo que respecta a las puertas. No me di cuenta, pero veo que es algo que podrían demostrar con un simple plano. No podía estar segura de que, durante el medio minuto necesario, Lindsay no se hubiera deslizado hasta el parapeto; aunque *sabía* que no lo había hecho.

Miss Guthrie me miró de frente:

—*Sabía* que Lindsay no había matado a Guthrie. Y todo provino de eso.

—De nada puede provenir legítimamente un testimonio inexacto, querida.

Miss Guthrie admitió este último reproche paternal con una inclinación de cabeza. Después prosiguió:

—Todo lo que he dicho de la entrevista entre Guthrie y Lindsay es cierto, salvo el final. Se sentaron y sostuvieron una conferencia formal. En ningún momento Guthrie se levantó para gritar a Hardcastle que invitara a Noel a subir. Ninguno de los dos pudo acercarse al escritorio...

—Exactamente. Esto es vital, y aquí no la harán vacilar.

—Pero al final se levantaron y se detuvieron a mitad de camino de la puerta. Todavía podía verlos con claridad y pensé que iban a separarse con mucha cortesía — como mentí a Noel—, cuando de pronto vi que algo andaba mal. Guthrie hablaba, y aunque no podía oír una sola palabra, podía *ver* lo que hacía. Estaba azotando al muchacho —al joven Lindsay— con sus palabras. Era como si supiera que tenía algún poder sobre él; alguna influencia que le permitía ser breve y odiosamente cruel. En ese instante supe que odiaba a mi pariente, y sentí —aunque ahora parezca horrible— un feroz deseo de que el muchacho lo matara allí mismo. Por eso después sentí que debía...

—Entiendo. Si Lindsay realmente hubiera matado a Guthrie, usted habría sido, espiritualmente, su cómplice.

—Algo así. Era una crueldad indecente de parte de Guthrie, y terminó en pocos segundos. Apenas conseguí contener el aliento, cuando vi que Lindsay se había ido.

—¿Y ésa es toda la historia? Entonces no tiene más que bajar conmigo y repetirla formalmente al Inspector Speight.

Miss Guthrie exhaló un suspiro de alivio. Después vaciló.

—Señor Wedderburn... ¿está seguro? Me cuesta mucho creerle.

Sonreí ante la frase repetida, y dije:

—No tiene por qué dudar.

—Usted sabe, Noel dijo que había otra cosa. Dijo que parecería muy extraño que al oír aquel grito hubiera *adivinado* que Guthrie...

—Mi querida joven, la experiencia del señor Gylby es sin duda curiosa y extensa.

No obstante, me aventuro a asegurarle que no debe sentir aprensión. —Consulté mi reloj—. Y ahora tendremos el tiempo justo para mandar a buscar un electricista a Dunwinme, a toda prisa.

—¿Un electricista?

—Precisamente. Y, si es posible, que tenga un aspecto impresionante y venerable: Mucho depende de minucias como ésa. Y ahora, Miss Guthrie, a buscar al Inspector Speight.

Salimos, y cerré la puerta del estudio. Sentí, creo, casi lo mismo que siento cuando dejo archivada una escritura familiar con la certeza de que sus asuntos están cómodamente arreglados para una generación. En silencio descendimos la larga escalera y nos dirigimos a la habitación del inspector de policía. Encontramos a Speight consumiendo *sandwiches* en una pensativa soledad.

—¿Podemos interrumpirlo, Inspector? A mi cliente, Miss Guthrie, le gustaría hacer una declaración formal. Y no creo que nos dé mucho que hacer el misterio de Erchany.

—¿Le parece que no, señor Wedderburn? Me alegro de oírlo. Venga, Miss Guthrie, anotaremos su historieta para el administrador del condado.

—Hay otro asunto, antes que comencemos. Me propongo enviar el automóvil a Dunwinnie, para conseguir un electricista competente. Creo que puede resultarnos útil.

El inspector Speight dejó a un lado su *sandwich*.

—Señor Wedderburn ¿dijo usted un electricista?

—Exactamente. Y si en el destacamento de policía tienen un cronómetro, creo que también resultaría útil.

Cuando se hubo recogido la declaración de mi cliente, me excusé y salí a buscar a Noel Gylby. Vi que pronto necesitaría un ayudante, y advirtiéndole que el meditado testimonio de Miss Guthrie respecto a las puertas había sido confirmada a Speight en sus sospechas contra Lindsay, juzgué imprudente confiarle mis reflexiones sobre este punto. Gylby, pensé, resultaría digno de confianza a la vez que inteligente, y sin duda le agradaría desentrañar un misterio. Juntos encontramos a la señora Hardcastle, que se deslizaba un tanto medrosamente por el castillo, llevando a cabo su guerra furtiva contra las ratas, y la persuadimos de que nos preparara algunos *sandwiches* a modo de almuerzo temprano. Después sugerí buscar algún lugar tranquilo donde conversar, y Gylby, luego de pensar un momento, me condujo a esa habitación larga y retorcida, llamada la galería. Me detuve a examinar con algún asombro la puerta demolida — aún no había oído la historia de la pequeña Isa Murdoch— y después entramos. Tras un vistazo superficial a los retratos de familia y a los polvorientos libros de teología, nos instalamos en una alcoba.

—Señor Gylby, ¿tiene usted alguna idea acerca de lo que piensa la policía?

—Piensa ahorcar al escurridizo Lindsay.

—Así es. ¿Y cuál es su opinión?

—Nada tan definido como una opinión. Pero tengo una o dos sensaciones; la principal, que hay demasiadas piezas. Es como si se hubiera mezclado un par de los famosos rompecabezas de Guthrie y uno se encontrara, a medida que avanza el cuadro, con un *embarras de richesses*.

—Estoy de acuerdo con usted, Gylby. Por favor, continúe.

—Hay demasiada villanía. Villanía activa en Hardcastle y una suerte de villanía en acecho, en perspectiva, en el propio Guthrie. Mi idea es más bien que Guthrie andaba en algún juego sucio, que no pudo con Lindsay, y que éste le dio su merecido. Presiento que Sybil tiene alguna sospecha o conocimiento de que fue así... y que, por eso, trata de escuchar a Lindsay.

—Una teoría muy interesante. ¿Puede desarrollarla un poco más?

—Bueno... parece fantástica, sórdida y horrible, pero ¿qué le parece ésta? Considere el escritorio aparentemente violentado. Guthrie se proponía acusar a Lindsay de un robo, en el mismo instante en que éste se iba con su sobrina. Lindsay descubrió su plan mientras estaba en la torre, se deslizó sin que Sybil lo viera y arrojó a Guthrie por el parapeto. Después sencillamente se fue con la muchacha.

—Hasta cierto punto excelente. Pero creo que tiene una falla psicológica. Tal plan contra Lindsay implica en el perpetrador una mente torcida. Podemos aceptar eso; es evidente que Guthrie era una persona rara. Pero, ¿qué me dice de Lindsay? Guthrie era su enemigo, y que lo matara en un momento de cólera, al descubrir aquel plan, es bastante posible. ¿Pero después —como dice usted— «se habría ido sencillamente con la muchacha»? Esto implicaría también otra mente torcida. El impulso de un

hombre normal, que ha matado a su enemigo en un arranque de cólera, tras el descubrimiento de un complot cobarde, sería enfrentar las consecuencias. Sobre todo, no desaparecería como un fugitivo con la mujer amada. ¿Es eso sentimiento, Gylby? Yo diría que es buena psicología.

—Creo que estoy de acuerdo.

—Por lo demás, aún nos quedarían demasiadas piezas; no habríamos colocado, en realidad, más que la del escritorio violentado. De modo que emprendamos el regreso y echemos un vistazo a la que parece ser la presente opinión de Speight. Lindsay mata a Guthrie, roba su oro y huye con su sobrina. ¿Qué le parece como cuadro?

—En primer lugar, que Christine Mathers no es una muchacha capaz de enamorarse de esa clase de sujeto. Y que es fantástico y extravagante.

—¿Y si pudiera mostrarse que Lindsay se detuvo en su huida, y en represalia por alguna injuria legendaria, seccionó unos pocos dedos del cadáver?

Gylby clavó los ojos en mí.

—El sueño de un loco.

—Exactamente, el sueño de un loco. Y su primera impresión de Ranald Guthrie fue que estaba loco.

—¡Buen Dios!

—Su exclamación está casi justificada. Es un cuadro espantoso. Ranald Guthrie cometió un suicidio y al mismo tiempo un crimen abominable. Llegados a este punto, hemos llegado al corazón del misterio. Sólo resta resolverlo en detalle. Guthrie negaba su sobrina a Lindsay; este hecho de intensidad patológica debe ser nuestro punto de partida. Y su odio contra él era tan extremado que —habiendo fracasado, quizá, en lograr sus fines por otros medios— intentó impedir esa unión mediante la muerte de Lindsay, y la suya propia. Recuerde que era de un temperamento más que melancólico, con ese profundo deseo de morir que es la base de tantos suicidios aparentemente inmotivados. La verdad es que una vez intentó matarse —tuve la fortuna de asegurarme un testimonio sobre ese punto ayer— y debemos imaginarlo ingeniando un acto en que combinara estos impulsos dominantes. Privaría a Lindsay de su sobrina con un método que significaba nada menos que la ignominiosa muerte de Lindsay a manos de la ley. Simultáneamente, aplacaría su oscuro y profundo anhelo de autodestrucción. Comprenderá usted por qué recitaba el poema de Dunbar, y por qué se leía en su rostro el temor a la muerte: sabía que iba a morir. Comprenderá por qué dio señales de lucha; por qué, como dijo Miss Mathers, parecía «indeciso». Ningún hombre puede urdir un hecho análogo sin momentos de terror y de revulsión.

—Iba a haber un crimen, y un testigo. Iba a haber un testigo de la mejor clase, un testigo médico.

—¡El doctor de Hardcastle!

—Creo que sí. Lo primero que fracasó fue ese doctor —cualquiera que fuera—, que no apareció. En lugar de él, aparecieron usted y Miss Guthrie. Y Guthrie decidió

que usted serviría. De ahí la mirada calculadora con que lo observó. De ahí su significativa observación de que se alegraba mucho porque hubiera llegado. Creo que hay otro rastro del plan original en la circunstancia de que Guthrie fingió estar enfermo al día siguiente. Eso iba a ser explotado de algún modo para conseguir un doctor en el lugar preciso y en el momento preciso —todo iba a girar sobre eso— y era un fragmento del plan al que por alguna razón se adhirió aun cuando el doctor —acobardado, podemos suponer, por la nieve— tuvo que ser reemplazado por usted. Y ahora el plan. Era realmente muy simple. Lindsay vendría la víspera de Navidad, a llevarse a Miss Mathers, junto con su dote, silenciosa y hasta secretamente. La excentricidad de Guthrie, su insistencia en que el matrimonio era deshonroso, etcétera, bastaban para dar verosimilitud a todo esto. Lindsay y Miss Mathers comprenderían que el propósito de ese arreglo era humillarlos, pero no sospecharían nada más. Y tampoco tendríamos en este momento la menor noción de lo convenido, si no fuera por la casualidad de que Miss Mathers se arregló para enviar una carta a un viejo amigo de Kinkeig. Salvo por esta circunstancia —con la que Guthrie no contó— sólo existiría la palabra de los fugitivos para afirmar que Guthrie había aprobado su partida, o que había dado a Christine una suma de dinero. Lindsay sería conducido a la torre para celebrar una entrevista final con Guthrie; y, en un determinado momento, sería despedido. Y despedido en un particular estado de ánimo. Supongo que Guthrie conocía el temperamento del muchacho, y sabía cómo provocar en él una llameante cólera antes de decirle que se fuera.

—¡Señor Wedderburn, ese hombre era un demonio!

—No exagera mucho. Y vea lo que en realidad sucedió. Llamado por Hardcastle, usted subió la escalera de la torre justamente a tiempo para enfrentar a ese joven airado. Se cruzó con usted sin prestarle atención —recuerde que Hardcastle hizo un esfuerzo evidentemente ineficaz para detenerlo— y sin sospechar nada. Después, sencillamente, se reunió con Miss Mathers y juntos sacudieron de sus pies el polvo de Erchany. Y mientras tanto —en realidad, apenas Lindsay transpuso la puerta del estudio— Guthrie se lanzó hacia el dormitorio y, por encima del parapeto, hacia la muerte.

Gylby se había puesto de pie y recorría la galería de un extremo a otro. Ahora se detuvo, con la excitación más evidente pintada en el rostro.

—¡Concuerta... sí, señor Wedderburn, concuerta en todo! Sólo que no alcanzo a ver cómo la hora...

—Un detalle importante. Pronto, espero, con la ayuda de un cronómetro demostraremos que Lindsay no pudo matar a Guthrie; que entre el momento en que usted oyó el grito y vio caer a Guthrie, y su aparición en el codo de la escalera, no había tiempo suficiente para cubrir toda la distancia que media desde el parapeto. Pero Guthrie no esperó que una cuestión de segundos resultara importante aquí. No esperó que el testigo de la escalera *viera* caer su cuerpo. Y, superestimando su propia serenidad, no esperó lanzar ese grito. Bastaría que, apenas descendiera Lindsay,

colérico, desde la torre, se encontrara al pie de ella el cadáver de Guthrie. No dentro de un momento. Mientras tanto, fíjese en esto. La serenidad de Guthrie le falló en aquel grito final. Pero también le falló en otro detalle particular. No fue capaz de cortarse un dedo o dos antes de caer.

—Señor Wedderburn, no puedo creer todo eso. Jamás he oído nada tan horrible.

—Pero es así. Guthrie afiló un hacha para arreglar cuentas, dijo a la señora Hardcastle, con una gran rata; sin duda el pensamiento escondido bajo estas palabras era que la rata era Lindsay, y que el hacha sería usada para acusarlo. Más aún, Hardcastle mostró una curiosa ansiedad por aproximarse al cadáver; declaró que Lindsay había «hecho daño» al cadáver; tan pronto como el muchacho traído por el gendarme regresó a Kinkeig, se extendió el rumor de que el cuerpo había sido mutilado. Sólo Hardcastle podía haber echado a rodar esa historia; creía que aquello había sucedido, simplemente, porque sabía que era parte del plan; y si ha estado un tanto perplejo e inseguro últimamente, se debe a que lo asombra no haber oído noticias auténticas sobre eso. Si el hecho realmente hubiera sucedido, la acusación contra Lindsay habría sido, en la mente popular, abrumadora. Y la mente popular no debe ser despreciada cuando se busca una pena de muerte. Macabro como era el abortivo plan de Guthrie, en ningún sentido carecía de inteligencia.

Gylby extrajo un pañuelo y se enjugó la frente.

Dijo:

—Señor Wedderburn, admiro su calma imperturbable. Guthrie debe haber estado horrible y rematadamente loco.

Meneé la cabeza con gravedad.

—¡No! En todo esto no hay nada que no sea perfectamente lógico e inteligente, nada que pudiera inclinar a un tribunal, por un momento, a admitir que Guthrie estaba insano. Sabía qué quería y cómo conseguirlo. Y de su narración surge, con bastante claridad, que distinguía el bien del mal. Era loco sólo en el sentido más alto del vocablo. Estrictamente era cuerdo, malvado y fantástico, y aun su fantasía era perfectamente eficiente; calculadoramente dirigida hacia un fin racional, si bien pervertido. Sólo una vez cayó en la extravagancia, en un floreo de su fantasía que positivamente perjudicó su juego.

Gylby golpeó su mano ruidosamente sobre la descolorida superficie de África, en un globo terrestre cercano.

—¡Las ratas sabias! —exclamó.

—Las ratas sabias. Su plan para llevar un testigo hasta lo alto de la torre fue desbaratado por la no aparición del doctor, y antes de decidirse por el otro plan perfectamente racional que adoptó, por último, cedió a la fantasía de atraerlo hacia la torre por medio de mensajes atados a las ratas. Creo que un tribunal aceptaría esto como una prueba fragmentaria de locura real. Pero fue sólo una aberración momentánea. Y mientras tanto, la prosaica y eficiente maquinaria para atraerlo a usted a la torre, esperaba ser puesta en movimiento.

—Usted dijo que volveríamos sobre el asunto del tiempo. Y eso sin duda era lo difícil: tenerme cerca del final de la escalera en el momento preciso.

—Sin duda. Y fue allí donde el conservador Guthrie recurrió a los expedientes de la técnica moderna. Por eso he mandado buscar a un electricista. Fíjese que no tenía importancia el que usted *estuviera* en éste o aquel lugar en un momento dado. Lo importante era que Guthrie supiera exactamente *dónde* estaba usted en el momento preciso. Entonces podía regular su conversación con Lindsay, y el momento de su despedida. Recuerde que usted dijo haberse preguntado si Hardcastle no estaría borracho, porque una o dos veces tropezó contra la pared cuando subían. ¿Y ha notado que Guthrie tenía un pequeño teléfono interno sobre el escritorio? Claro que no hay campanilla, sino apenas una *chicharra* sorda, de tipo moderno. Y sin duda Hardcastle podía enviar señales sobre su marcha por medio de alguna acción tan simple como poner momentáneamente en contacto dos hilos. Lo condujo escaleras arriba; recordará, «deliberadamente». El cuadro parece completo. Su visita al señor iba realizándose con la precisión de un desfile real.

—¿Todo eso quiere decir que Hardcastle era cómplice de este plan execrable?

—No creo que se equivocara usted, mi querido señor Gylby, en su estimación de la enorme vileza de Hardcastle. Sólo desearía que su cuello, según nuestra buena frase escocesa, sintiera el peso de sus nalgas. Pero, desdichadamente, no es cómplice de un asesinato real.

—¿Pero se le acusará? Quiero decir, ¿puede usted informar sobre todo esto al administrador, o a quien sea, y encargarse de que juzguen al hombre?

—No tengo ninguna duda. Y ahora me gustaría saber si quedan cabos sueltos. Los esfuerzos casuales de Guthrie para romper con su propia avaricia —esfuerzos que tuvieron la curiosa consecuencia de ofrecerles a ustedes cena con caviar— fueron un intento, sin duda, para dar crédito al traicionero regalo de oro a su sobrina. Si ésta tenía razones para pensar que sus hábitos miserables comenzaban a desaparecer, sería menos probable que sospechara alguna perfidia. En cuanto a su repentino interés en los estudios médicos, lo juzgo una morbidez proveniente del conocimiento de lo que le aguardaba. Aquí vislumbramos otra verdadera locura en el hombre: Guthrie dirigiéndose a la ciencia médica en busca de confortantes lecturas sobre amputaciones y cuellos quebrados. Una pobre preparación para la eternidad, Gylby. Temo que había olvidado el último verso del poema de Dunbar.

Gylby se puso de pie.

—¡Qué consuelo puede ser la ortodoxia! —comentó—. Es agradable pensar que el alma de Ranald Guthrie está asándose.

—Temo que sea el mismo sentimiento que usted censuró con justicia en ese Gamley. Y ahora...

Me interrumpió la aparición del inspector Speight en la puerta demolida.

—Inspector —pregunté—, ¿no habría llegado el electricista?

—Claro que no; tardará una buena hora más. Pero hay un mensaje de Kinkeig y

pensé que le interesaría. Han encontrado a Lindsay y a la señorita, en Liverpool. Los dos vienen ahora de regreso, con un muchacho de Scotland Yard para que no se pierdan. Partieron ayer a la tarde, y llegarán a Kinkeig a tiempo, con el comisario.

—Espléndido, Inspector. Su regreso es muy oportuno. Creo que podremos encargarnos de arreglar el asunto de la muerte del señor Guthrie pronto, y abandonarlos a su propia felicidad. La merecerán.

Speight me miró fijamente, sacudió la cabeza, y se fue. Me volví y descubrí a Gylby contemplando, abstraído, la larga serie de resquebrajados y ennegrecidos retratos de los Guthrie, con aspecto perplejo. Advirtió mi mirada.

—Señor Wedderburn —dijo—, la muerte de Guthrie está arreglada, pero de algún modo no creo que haya felicidad alguna para Christine. Algo en ella, algo oscuro que puede aflorar a la conciencia... No sé.

—Mi querido Gylby, ¿más misterio?

—No sé. Tragedia, quizá. —Se pasó una mano por el pelo—. Será la influencia de Erchany. No estoy alegre.

He aquí a Noel Gylby bajo un aspecto insospechado; estaba a punto de investigar sus presentimientos, cuando nos interrumpieron de nuevo. El gendarme de Kinkeig, jadeante, apareció en el vano de la puerta.

—Disculpe, señor, ¿anda por aquí el Inspector?

—Acaba de irse. ¿Sucede algo?

—Con su permiso señor, es ese torpe de Hardcastle.

Me levanté de un salto.

—¿Ha huido?

—No, señor. Pero está bebiendo como un pez.

—¿Es eso todo? Ahórrese el aliento, hombre, y déjelo beber. No es asunto suyo. —Me volví hacia Gylby—. Tanto peor aspecto tendrá esta tarde.

—Pero, señor Wedderburn, señor, usted no me entiende. Y no sé, qué hacer. ¡Ese idiota está bebiendo agua!

Durante un momento pensé que el hombre trataba de darme una broma inoportuna; después vi que no sólo estaba agitado, sino estremecido. Le dije:

—Explíquese.

—Señor, es un extraño espectáculo. Este idiota está abajo, junto al bebedero de los animales, en el patio trasero, a veces rugiendo y chillando como Judas Iscariote en el día del Juicio, y a veces revolcándose en el estiércol.

—¡Dios me asista! Gylby, venga. —Y los tres bajamos corriendo desde la galería.

El espectáculo que se nos ofreció en el patio trasero puede calificarse de extraordinario. Hardcastle, con el cuerpo horriblemente hinchado y abotagado, yacía en un rincón junto a un bebedero, gritando de una manera horrible y luchando por acercarse al agua entre una multitud de ratas espantosamente hinchadas y abotagadas. Pocos segundos más y sus gritos cesaron. Cuando ya nos acercábamos corriendo, rodó de espaldas en una convulsión final, sus extremidades se retorcieron débilmente

en horrible armonía con las alimañas ya muertas que lo rodeaban. Y no estaba solo en su agonía. A un lado se hallaba su mujer, gritando:

—¡Se comió el veneno, fue su naturaleza de rata la que lo tentó, maldito sea el día! Y del otro lado estaba —o mejor, hacía cabriolas— el idiota Tammás, palmoteando y lanzando su risa salvaje ante el mismo rostro de la muerte.

Hicimos lo que pudimos, pero era manifiesto que Hardcastle ya había partido a rendir cuentas. Supongo que, en efecto, estaba borracho; de otro modo, no pudo confundir con su comida un revoltijo de carne envenenada. La señora Hardcastle sólo había sido negligente; nada más. Me pareció evidente, después del hecho, que a una persona de una inteligencia tan escasa nunca debieron confiarle grandes cantidades de veneno. Speight envió un mensaje al Dr. Noble —que no pudo hacer otra cosa que certificar la causa de la muerte—, y después Erchany, con sus dos muertos, se dedicó a hacer tiempo. Fue una espera tediosa y, por lo menos yo, aspirando el aire helado que se cernía sobre la nieve, frente al obscuro y ruinoso castillo, sentí que me oprimía la fatalidad del lugar. Pensé, con algo parecido a la piedad y al espanto, en la extraña niñez y la adolescencia de esa niña, Christine Mathers, y por un momento, sentí con Noel Gylby que nadie podía abrirse camino hacia la felicidad desde tal ambiente. Con verdadero alivio vi la llegada del automóvil-féretro que llevaría a Kinkeig el cadáver de Guthrie. Pocos minutos después llegó un coche de alquiler con un viejo electricista de Dunwinnie, de aspecto muy respetable. Luego Gylby y yo tuvimos bastante trabajo hasta la hora de regresar a la aldea.

Debo hacer notar que el interrogatorio del comisario, aunque equivale a las investigaciones del pesquisidor en Inglaterra, es un asunto menos formal y al mismo tiempo más restringido. En Inglaterra, el tribunal de investigaciones ha llegado a usurpar muchas de las funciones que, en propiedad, corresponden al tribunal de policía, y frecuentemente es escena de complejos y extensas investigaciones y debates. El comisario escocés, que tiene deberes más variados que el pesquisidor, se limita a la investigación de los accidentes fatales; cuando surge la posibilidad de un asunto criminal, el caso pasa en seguida al Procurador Fiscal, que puede iniciar procedimientos ante los tribunales. No necesito extenderme sobre la superioridad de la práctica escocesa; baste indicar que en Inglaterra un hombre puede ser sometido virtualmente a juicio ante el pesquisidor, y a menudo sin la protección de una buena ley del crimen. Me aventuro a esta nota de tanto mejor gana cuanto no me propongo embarcarme en un relato de los procedimientos de la tarde en Kinkeig. El lector ya está familiarizado con los hechos aducidos, con la opinión del buen Inspector Speight, y con mis propios descubrimientos. Bastará decir, con modestia, que vencí todas las dificultades. El caso era claro; más aún: tanto Ranald Guthrie como su cómplice Hardcastle estaban muertos, quedaba virtualmente concluido. Los papeles que registraban la conducta altamente criminal de Guthrie pasarían inmediatamente al Procurador Fiscal, pero a menos que la irresponsable señora Hardcastle fuese acusada como segundo cómplice, parecía improbable que se iniciara algún procedimiento. Dejo en las manos capaces del próximo narrador lo que ocurrió después, incluyendo la declaración de Lindsay y de Miss Mathers.

IV. JOHN APPLEBY

1

Aún no estaban casados. Tal vez iban a casarse esa tarde, antes de zarpar; no hice averiguaciones porque no era asunto mío. En ningún sentido era —y nunca fue— mi caso; simplemente los había encontrado, y se me ordenaba llevarlos de vuelta a Kinkeig, con tacto y, si fuera posible, sin mostrar la orden de prisión contra Lindsay. Si me interesé en ellos en el transcurso de nuestro viaje, y si después me interesé más aún en los acontecimientos en que estaban complicados, fue debido a mi curiosidad y no a instrucciones oficiales. Hasta que estuvieron bajo los ojos de mis colegas escoceses, fui un perro de guardia; después, el último entremetido. Éste es mi prefacio a lo que tengo que decir; temo que no sea tan imponente como el del señor Wedderburn.

—¿Puedo hablar con ustedes, en privado, unos pocos minutos? Soy un *detective* inspector de Scotland Yard.

Me miraron con asombro, pero, pensé, sin temor. Estaban inquietos —un rapto, en cualquier circunstancia, es asunto angustioso—, pero mi anuncio sólo pareció sugerirles la posibilidad de alguna enfadosa demora oficial en sus asuntos. Fue Miss Mathers quien respondió primero; si bien conocía el mundo, menos aún que Lindsay, era no obstante la más capaz para enfrentarlo. Sentí que aun en su propio ambiente él se encontraría un poco perdido, parecía un ser intensamente preocupado en algún propósito abstracto e imperfectamente comprendido. Miss Mathers dijo:

—Entre, por favor.

—¿Entiendo que ustedes dos vienen del castillo de Erchany, en Escocia? Y que usted, señora, es la sobrina del señor Ranald Guthrie. Lamento tener que decirles que el señor Guthrie ha muerto.

Una exclamación brotó de Lindsay. Miss Mathers no dijo nada, y sólo se alejó durante un instante al rincón más oscuro de aquel sucio cuartucho. Pronto regresó, muy pálida, pero tranquila.

—¿Está... muerto, dice usted?

—Se me ha informado que murió repentinamente y en circunstancias oscuras, en Nochebuena. Y que conviene que los dos regresen a Kinkeig.

—Neil, debemos ir en seguida. Tan pronto como podamos. —Se volvió hacia mí—. ¿Cuál será la forma más rápida? Tenemos dinero.

Tenían dinero; y no les parecía extraño que en su mayor parte fuera oro. Dije:

—Hay un tren para Carlisle dentro de veinte minutos. Tengo el taxi en la puerta, y podemos alcanzarlo.

Miss Mathers se volvió hacia Lindsay, que permanecía inmóvil, contemplándome con ojos oscuros y dilatados, y lo sacudió suavemente por el hombro.

—Neil, date prisa. —Rápidamente recogió sus cosas. Ya estábamos en el tren cuando dijo, implicando una pregunta substancial con su voz:

—¿Usted también viene?

—Habr  un interrogatorio judicial. Por rutina, Miss Mathers, se me ha dicho que viaje al Norte con ustedes.

Me mir  con algo parecido al miedo en sus ojos.

— Acaso mi tío fue...?

—No estoy bien enterado. Vengo de Londres, no de Escocia.

Lindsay habl , repentina y ásperamente:

— Londres?

—Era importante encontrarlos. Se me encargó la búsqueda.

De Liverpool a Carlisle, y de Carlisle, a través de páramos y poblados fronterizos, a Edimburgo, pas  la mayor parte del tiempo en el pasillo, maldiciendo mi oficio. Creo que había caído bajo el hechizo de la muchacha. Nada sabía de su pasado, y de su futuro sólo podía adivinar males. Pero mientras corríamos a través de aquella región salvaje y solitaria, que todavía parece hablar a la imaginación de la antigua amargura de pillajes, enemistades y pactos, y que yacía ahora como haciendo penitencia bajo su ropaje de nieve, sent  oscuramente que ella era una parte de estas cosas, y que en el sentido más real de la frase estaba llevándola a su casa. Una vez, muy próximos a Moffat, salió al pasillo y se detuvo junto a mí; y su mirada era tan distante que pens  que estaba interrogando sus recuerdos o sus temores. Pero un minuto después dijo, en voz baja:

—Las avefrías.

Forzando mis ojos alcancé a verlas girando en la creciente penumbra. Los pájaros, me han dicho, son escasos en el Canadá; supongo que puede haber pensado que nunca vería de nuevo a las avefrías.

Habían enviado un telegrama desde Carlisle; en Edimburgo fueron recibidos por un joven abogado llamado Stewart, que con loable presteza había llegado de Dunwinnie. Hice los mejores arreglos que pude para la noche, y al día siguiente continuamos nuestro viaje. Inevitablemente resultaba un asunto violento e incómodo, y tem  que Stewart tratara de imponerse con firmeza, y quisiera alejarme. Sin embargo resultó discreto; puede haber adivinado que tenía una orden de detención en el bolsillo. Lindsay no habló en ningún momento, absorto en un texto de geología. La geología, descub , era su pasión; descendiente de gente atada, generación tras generación, al incesante laboreo del suelo, había hecho de la roca estéril e inmutable el símbolo de su rebelión. Acechaba en Lindsay ese genio que eleva a un hombre sobre las dificultades de clase; sin haber cambiado con él una docena de palabras, advertí que Miss Mathers no se proponía un matrimonio inferior con un campesino incauto y hermoso. Hermoso era —bello, según la palabra de Sybil Guthrie— y no era inverosímil atribuirle violencia temeraria. Pero su presunto crimen me interesaba menos que el intenso entendimiento que existía entre él y Christine Mathers. En aquel vagón de ferrocarril se me mostraba el amor en su prístina pureza, fragmentado en nuestro mundo moderno, en sensualidad y cariño; pasión demasiado cabal y tensa para resultar turbadora, ni siquiera patética, y que se evidenciaba —aunque apenas si

se dirigían una palabra o una mirada— tan claramente como una fuerte presión atmosférica sobre un barómetro. Y la simple presión no era menos poderosa porque en alguna parte se sintiera oscilar la aguja, como desviada por alguna fuerza externa e invisible. Me pregunté si la sospecha, o la sospecha de una sospecha, no revolotearía entre ellos.

Miss Mathers se había impuesto una disciplina, impresionante de por sí, que la hacía negar la coacción y la incomodidad de nuestro viaje. Ocasionalmente me habló de cosas vistas al pasar, pero dedicó la mayor parte del tiempo a mirar pensativamente por la ventanilla, escudriñando sus ojos las aguas turbulentas y hinchadas de nieve del Forth, o contemplando, absortos, el revoloteo de un halcón sobre el Carse de Stirling. En Perth ejercí cierta primitiva habilidad profesional para descubrir y evitar una pareja de periodistas que se habían enterado de nuestra llegada; en Dunwinnie, un anciano magnífico y pesaroso —de nombre Ewan Bell— esperaba con un gran automóvil. Todos sostuvieron alguna suerte de conferencia mientras yo requisaba tazas para el té; y después viajamos hacia Kinkeig.

A esta altura, yo quería saber de qué se trataba. Escuché atentamente, y con la debida admiración, los hechos y teorías en poder del Inspector Speight; examiné los cadáveres —con particular interés el tan dramáticamente envenenado de Hardcastle—, y exploré lo que, creo, era terreno nuevo, al entrevistar a esa personita llamada Isa Murdoch. Después llegó la hora del interrogatorio.

El interrogatorio fue, de un modo un tanto horripilante, un placer. No tenía noción alguna de la identidad del señor Wedderburn, y durante algún tiempo estuve bajo la impresión de que Stewart debía de haber traído al abogado más capaz de Edimburgo. No hizo ninguna tentativa para contrarrestar las bases de una acusación contra Lindsay. Habló una sola vez mientras Miss Guthrie declaraba, para llamar la atención hacia el hecho fundamental de que Lindsay, durante todo el tiempo que estuvo en la torre, no pudo aproximarse al escritorio. Después aguardó hasta la aparición del testigo Gamley, y aquí logró subrayar otro detalle significativo. Lindsay y Gamley se habían hecho amigos, y Lindsay había confiado a Gamley que se llevaría a Miss Mathers, con el consentimiento de su tío, la víspera de Navidad. Luego había pedido a Gamley que estuviera presente en la entrevista final, sintiendo, con bastante razón, que podía resultar deseable el apoyo de un amigo. Gamley, efectivamente, lo había acompañado hasta el castillo, con ese propósito, pero Hardcastle no lo había dejado entrar. Había esperado, había visto caer a Guthrie, y se había apresurado a auxiliarlo. Lindsay y Miss Mathers, al no encontrarlo, creyeron que habría regresado a su casa sin aguardarlos. A menos que Lindsay y Gamley estuvieran conjurados, era evidente que Lindsay no había premeditado ninguna violencia.

Pero ya, aparentemente, agotado el testimonio disponible. Wedderburn jugó su carta decisiva. A fin de ofrecer una guía al comisario del condado, pidió permiso para llamar a un tal Murdo Mackey, que resultó ser un electricista de cierta edad y de aspecto imponente. Esta persona juró que se había instalado —y, sin equivocación

posible, muy recientemente— un aparato eléctrico, con el único propósito de enviar señales al estudio de Guthrie desde varias partes de la escalera de la torre. Este aparato era perfectamente sencillo: dos hilos que bastaba poner en contacto para activar la *chicharra* de un pequeño teléfono de mesa, una *chicharra* tan apagada que sólo podía oír-la una persona que estuviera junto al escritorio. Todo este artificio no podía tener otro propósito que el descrito; además, estaba armado de tal modo que podía retirarse sin dejar rastros por cualquiera que dispusiera de cinco minutos en el estudio y en la escalera. La existencia de este dispositivo fue confirmada por la policía, pues Wedderburn había llamado la atención hacia él a último momento.

Después el camino de Wedderburn quedó expedito. Construyó una teoría inconvencible. Guthrie, mientras fingía entregar a Lindsay su sobrina, en circunstancias excéntricas y humillantes, realmente había tramado la más extraña de las hazañas humanas, un crimen verdaderamente diabólico.

Seguí todo esto con bastante interés —era una anatomía de la maldad que superaba mi considerable experiencia—; pero, no obstante, creo que aún me sentía fundamentalmente interesado en los jóvenes con quienes había viajado. A medida que la historia avanzaba, los ojos de Lindsay se oscurecían; no manifestaba ningún otro signo de las emociones que sin duda lo poseían. Creo que se sentía aliviado; y sin embargo no estoy seguro de que en algún momento hubiera pensado en su propio riesgo. Pertenecía al tipo reservado, con esa timidez de doncella que a menudo indica en un hombre la unión de una educación sencilla y de una gran sensibilidad; y la luz bruscamente proyectada sobre él y sobre Christine Mathers era una especie de muerte. En cierto sentido, pensé que Ranald Guthrie había triunfado. Aunque no carecía de modales, fue preciso que la muchacha le sugiriera alguna expresión de agradecimiento para Wedderburn; después de eso, fue evidente que sólo quería irse.

Pero era en Christine Mathers en quien yo estaba más interesado. No tenía la máscara de Lindsay, y sucesivamente se evidenciaban en ella el asombro, el horror y el agradecimiento; ver salvado su amor a costa de la infamia de su tío y tutor, habrá sido para ella una experiencia horripilante y sorprendente. Pero sus reacciones distaban de ser sólo emocionales; seguía el desarrollo del interrogatorio, sílaba a sílaba, con toda su mente, como preparándose para luchar con cada palabra, si era necesario. Y noté —cosa que nadie más, en el tribunal, se molestó en notar— que a medida que crecía la historia de Wedderburn, crecía también una expresión de perplejidad en el rostro de Christine Mathers. A través del complejo juego de sus emociones —ansiedad, repugnancia, alivio— se veía algo constante y creciente: una duda intelectual; si la hubiera observado, Speight hubiera podido recuperarse; pero lo ocupaba la tarea de retirarse en buen orden.

Sybil Guthrie —que impresionó a Speight como «realmente simpática»— también atrajo parte de mi atención. Si Miss Mathers parecía aliviada y perpleja, Miss Guthrie parecía triunfante y —de manera indefinida— algo más. Cuando Wedderburn empezó a hablar, lo contempló como algunas mujeres suelen mirar a un caballo sin

probabilidades de triunfo; cuando hubo concluido y todo terminó, creí discernir en su rostro alguna ligera luz de burla o ironía. Estaba degustando, se me ocurrió, algún sabor delicado del asunto, que los demás ignoraban, un sabor, quizá, no sin cierta aspereza, o aun amargura. Pero cuando el comisario del condado hubo pronunciado su sentencia y se retiró, fue la primera persona en correr hacia Miss Mathers. Desde el fondo de la biblioteca del párroco, donde se había desarrollado el procedimiento, la vi besar a Christine, estrechar embarazosamente la mano de Neil Lindsay, y luego dar media vuelta y salir a prisa de la habitación. Una muchacha interesante; lamenté que fuera difícil que volviera a verla.

La transición del interrogatorio al funeral fue un asunto difícil; sentí considerable admiración por el párroco, Dr. Jervie. Parecía actuar entre los parientes del más amado y piadoso de sus feligreses; y su dominio de la situación era notable, ya que no era, pensé, un hombre de espontánea cordialidad; más bien parecía un hombre tímido, estudioso (y quizá visionario). Tal vez porque me atrajo su personalidad, sentí deseos de asistir al funeral. Pero no parecía aquélla una ocasión para forasteros curiosos, y después de alguna conversación con Speight me dirigí a la posada en busca de una habitación.

La rectoría está a alguna distancia de la aldea; tuve que caminar cerca de un cuarto de milla a través de la nieve pesada que ya se derretía. Hubo aquel día un rápido cambio de tiempo; un viento fuerte, no muy frío, había barrido el cielo de nubes y todo indicaba un rápido deshielo. Mientras caminaba, oía junto a mí el chapoteo y el murmullo de un arroyuelo; a la entrada de la aldea, se desviaba para aumentar las aguas heladas y verdes del Drachet, un riacho que ya crecía considerablemente sobre los apoyos de un viejo puente de piedra que después crucé. Frente a mí, a una distancia difícil de medir en la menguante luz, se erguía la blancura indefinida del Ben Mervie, y más allá, la cumbre del Ben Cailie, aún claramente recortada contra el crepúsculo brillante. Sobre la aldea fluctuaba el humo azul de la turba, y ya en alguna tienda brillaba la luz amarilla de una lámpara. Un espectáculo helado, apacible, solitario, impresionante; durante algún tiempo caminé totalmente sumergido en el espíritu del lugar. Pero después el peso de la nieve en mis zapatos me recordó que algún asunto pesaba también en mi mente. Reflexionaba sobre esto, cuando alguien me llamó desde atrás. Era Noel Gylby.

Debo explicar que Gylby y yo éramos viejos conocidos, pues nos habíamos encontrado un año antes en alguna circunstancia agitada. Tiene una opinión bastante romántica de la investigación criminal, y creo que lamentaba que yo no hubiera llegado a tiempo para tener una brillante actuación en el asunto de Erchany. Exclamó:

—Appleby, ¡he recuperado mi diario!

Me detuve:

—¿Su qué?

—¿No sabía? Escribí para Diana un grueso relato de lo que sucedió en el castillo. El viejo Wedders —se refería al eminente procurador— lo tenía, y ahora me lo ha

devuelto. ¿Quiere leerlo?

—Con mucho gusto.

Gylby puso en mi mano un pequeño fajo de papeles.

—Quizá lo encuentre un poco literario —dijo esto con alguna vanidad—, pero ahí están todos los hechos. ¿Va a la taberna? ¿Por qué no nos encarga una buena comida? El comisario le dijo a Wedders que tienen un vino blanco que sentaría espléndidamente con un *cuny* o con una torta realmente rellena de mermelada de fresas. Yo regreso para asistir al último acto.

—Se encargarán, pues, los manjares del duelo. Y gracias por sus notas.

Proseguí hacia la taberna, me aseguré una habitación y me senté a leer el diario de Gylby. Tal vez un buen estilo literario hizo que yo olvidara por completo de encargar la comida. Cuando Gylby regresó con Wedderburn y Sybil Guthrie, poco más de una hora después, hubo presentaciones y nos sentamos ante una cena de cordero asado, frío. Era singularmente insípido, y no dudo que puso de relieve al execrable vino blanco. Bebí cerveza.

El viejo Wedderburn parecía dispuesto a ser locuaz; la verdad es que me saludó con aire tan cordial que me aventuré a felicitarlo por su gestión.

—Mi querido señor... hum... Appleby, tuve la buena fortuna de escuchar pacientemente los chismes de la posadera. Todo vino de eso.

—¿De veras?

—¡El fantástico rumor sobre la mutilación del cadáver! ¿Podría surgir espontáneamente una historia tan extraordinaria, o era sólo el resultado de alguna falsa interpretación? Durante poco tiempo fui lo bastante estúpido para creerlo así. Después vi que debía tener su origen en la maldad; maldad estúpida y calculadora. Ensayé mi teoría de que podía ser calculadora, ¿y qué encontré? Que el rumor, si debía resultar realmente perjudicial, tenía que ser cierto. Y con eso entretejé el notable hecho de la curiosidad de Hardcastle por ver el cadáver, y su afirmación —sin tener oportunidad de investigar— de que Lindsay había «hecho daño» a Guthrie. Eso me llevó directamente al corazón del plan.

—Un plan extraño, señor Wedderburn. Dudo que se registre otro análogo. Antes de ahora los hombres se han matado para acusar a otros, pero no eran hombres del tipo de Guthrie. Pueden haber tenido su melancolía lindante con la locura, pero carecían de su vigor intelectual.

—Señor Appleby, no estoy, como usted, con los archivos de la mentalidad criminal. Pero debemos estructurar nuestras psicologías de manera que se ajusten a los hechos, y no viceversa.

Recordé que esa tarde Wedderburn había aniquilado a sus adversarios, y que no me convenía ser blanco de su eficiente método forense. Dije:

—Muy cierto. Y la teoría del abominable plan contra Lindsay es incommovible.

—Saben ustedes... —Era Gylby el que hablaba, y miró a Wedderburn con algún recelo, antes de proseguir—. Saben ustedes, Christine dijo una cosa muy rara. Me

quedé en la rectoría un ratito e hice algunos signos de aprobación. Y de pronto ella dijo, de buenas a primeras: No puedo creerlo; mi tío era más inteligente que eso. Y después me miró como si yo fuera poseedor de otra explicación.

Wedderburn miró con severidad el sedimento depositado en el fondo de su vaso.

—No me parece que sea una cosa muy rara —declaró—. Tal sentimiento en la sobrina de aquel miserable es muy apropiado y decoroso. Pero la piedad familiar no nos interesa.

—Temo, señor, que no quería decir eso. No negaba que Guthrie fuera capaz de una gran maldad. Quería decir que su mente era más sutil, más ingeniosa.

—¿Más ingeniosa? ¡Válgame Dios!

—Y dijo: En realidad tenía una inteligencia serena; sólo había llegado a extremos contra los extremos.

Sybil Guthrie desmigajó un pan, hizo una mueca torcida al beber un sorbo de vino blanco, e intervino:

—¿Le preocupará mucho eso? Supongo que sí. Señor Appleby, ¿cómo se comporta la mente de una persona cuando ha pasado por algo tan horrible?

Evité la generalización.

—Creo, Miss Guthrie, que la preocupará mientras sienta que ignora la verdad.

—¡Posee la verdad! Todos la poseemos.

—Está repartida entre nosotros. Pero no me parece que la hayamos configurado plenamente.

Con mucha deliberación, Wedderburn depositó su vaso sobre la mesa y plegó su servilleta.

—Señor Appleby, Gylby me asegura que su opinión en asuntos de esta clase tiene gran peso. ¿Quiere tener la bondad de explicar la afirmación que acaba de hacer?

—La propia Miss Mathers posee un dato que, creo, aún no ha sido utilizado. ¿Quién estaba con ella en la sala de estudios, y quién salió de ella y desapareció en la oscuridad justamente cuando Gylby y Hardcastle iban a subir la escalera?

—Dios mío; un detalle interesante. Sin duda se lo ha contado a Stewart. Temo haberme olvidado un poco de él, esta tarde; de otro modo, sin duda habría surgido la explicación.

—Es más que un detalle interesante. Aquí, en Erchany, en esa noche aislada, aparece otro hombre, y nada se nos dice de él. A menos, claro, que fuera Tammás.

Gylby sacudió la cabeza al oír esto.

—Tammás no; no se le dejó entrar en la casa hasta mucho después. Y tampoco, naturalmente, Gamley.

—Muy bien. Y el asunto adquiere mayor significación por el hecho de que muy probablemente —y a pesar de la impresión contraria de Miss Guthrie— hubo otro visitante en la torre. Alguien tiene que saber quién fue el que abrió la trampa del parapeto, pasó por ella, y le echó el cerrojo por el lado de abajo. La crónica de Gylby nos dice que la nieve proporcionaba una prueba concluyente a ese respecto. La puerta

había sido abierta no mucho antes. ¿Por quién? ¿Por qué?

Durante un momento hubo silencio, y después Wedderburn dijo, con inesperado humorismo:

—Señor Appleby, ésta es la matanza de los inocentes. Y temo que éstos me incluyen tanto a mí como a su colega Speight. —Se detuvo—. Por claros que sean los rasgos principales de la situación, hemos omitido algunos factores. Y diré que exigen investigación.

—Creo que sí... y que queda alguna verdad por saberse. ¿Miss Guthrie, está usted de acuerdo?

Me miró pensativamente antes de replicar.

—Si encuentra una verdadera prueba de que hubo otra persona en la torre, estoy de acuerdo con usted en que aún queda alguna verdad por saberse. Señor Appleby, venga a Erchany.

Wedderburn se puso de pie.

—Miss Guthrie y yo nos proponemos subir ahora. El muerto parece no tener representante legal, y en las circunstancias juzgamos adecuado, con el joven Stewart, buscar los papeles que pueda haber. ¿Viene con nosotros? Pero primero, tal vez deberíamos ir a la rectoría, donde permanece por ahora Miss Mathers y pedirle que explique quién fue su visitante nocturno.

—Iré; aunque entenderán ustedes que no ocupo ninguna posición oficial. Cualquier cosa que descubramos tendrá que pasar a manos de Speight. En cuanto a Miss Mathers, creo que sería prudente esperar hasta más tarde. Hay otra pregunta que estoy guardando para ella.

Wedderburn se volvió, mientras ayudaba a Miss Guthrie a ponerse el abrigo.

—¿Y es?

—Si alguna vez su tío se dedicó a los deportes de invierno.

—Una pregunta muy enigmática.

Noel Gylby, que previsoramente llenaba sus bolsillos con bizcochos, levantó la vista.

—Ya descubrirán —dijo— que Appleby tiene preguntas como ésa para todos los que lo rodean. ¿Cuál es la mía?

—Ésta. Hemos explicado el mensaje de la Rata Sabia. ¿Pero cuál era el mensaje de la Lechuza Desconocida?

2

Stewart había sido llamado con urgencia a Dunwinnie, y había partido con la promesa de seguimos luego hasta Erchany. Durante el viaje, en medio de la oscuridad, conseguí de Wedderburn la mayor parte de la información recogida en su relato que aún no poseía, y creo que mis ideas estaban en tolerable orden cuando llegamos al castillo. Con los fragmentarios testimonios sobre lo que había sucedido aquí la víspera de Navidad, Wedderburn había construido aquella tarde un cuadro coherente y convincente. Pero —para usar la imagen tan significativamente derivada de los rompecabezas de Ranald Guthrie— no había empleado todas las piezas, y por eso el cuadro era necesariamente incompleto. Por inverosímil que pareciera, era posible que las piezas que faltaban confundieran o invirtieran el significado de esos esbozos ya claramente establecidos, como la figura, digamos, de un asesino, tardíamente descubierto en algún rincón sombrío de un cuadro, daría repentinamente un significado siniestro a lo que parecía sólo una composición sentimental o espectacular. Difícilmente podía resultar muy siniestro el asunto de Erchany, pero estaba bastante seguro de que a medida que se añadieran nuevas piezas la composición se ahondaría y complicaría. Lo que no podía decir era que la metáfora del rompecabezas fuera totalmente inadecuada; que enfrentábamos más bien una mezcla química, compleja e inestable, dispuesta a tomar una forma definitiva e inesperada sólo cuando se añadiera el último ingrediente. Tal vez porque la metáfora del rompecabezas me dominaba, ahora al volver la mirada al misterio de Erchany recuerdo las palabras de Ewan Bell:

«Hay siempre un castigo para la soberbia».

La señora Hardcastle y el muchacho Tammás habían sido recogidos por gente bondadosa o curiosa, de Kinkeig, y el castillo estaba desierto cuando llegamos. La luna no había salido, pero el cielo estaba claro y estrellado; al cruzar el puente levadizo y entrar en el patio central, distinguí primero la vaga mole del edificio principal, rodeándonos y amenazándonos, y después, elevándose hasta destacarse con más claridad allí donde el cielo se hacía más luminoso, en el cenit, las líneas fuertes y empinadas de la torre. Desde su infancia, reflexioné, Ranald Guthrie, debió de estar familiarizado con aquel abismo que mediaba hasta el foso; una y otra vez, inclinándose sobre el parapeto con mayor o menor audacia, según su temperamento, debe de haber probado sus nervios contra aquella sensación vertiginosa. ¿Y durante cuántos años, quizá, lo había fascinado el pensamiento de un cuerpo oscilando, tropezando, cayendo, y finalmente, golpeándose con la velocidad de un proyectil contra la dura piedra de abajo? Dije a Wedderburn:

—Me gustaría comenzar visitando el foso.

Gylby consiguió una linterna, y juntos bajamos por el camino de Gamley. La nieve estaba blanda y líquida a causa del deshielo, y avanzamos con gran incomodidad. Hallamos el pequeño cráter formado por el cuerpo —aún se lo podía

distinguir fácilmente, tal había sido la fuerza del impacto que lo formó— y lo observamos durante varios minutos, en silencio. Después dije:

—Todas esas piezas del rompecabezas..., falta una que deberíamos encontrar por aquí. ¿Podría conseguir una pala?

Gylby se alejó y pronto estuvo de vuelta, a través de la nieve fangosa, con dos palas.

—Aquí tiene —dijo alegremente—, y ahora a buscar la calavera de Yorick.

Picamos y cavamos por ahí —el trabajo hubiera salido mejor a la luz del día— y por pura buena suerte mi pala sonó contra algo profundamente hundido en la nieve. Un minuto de excavación, y había puesto al descubierto un hacha pequeña, afilada. Gylby la estudió cuidadosamente.

—Será un lindo regalo —dijo— para Speight.

—No fue culpa de Speight si no la encontraron. Hasta esta tarde, no hubo ocasión para sospechar que existiera. Y, claro, desde esa altura se enterró limpia y profundamente en la nieve. Pero le agradecerá a Wedderburn: un instrumento adecuado para seccionar dedos es un accesorio muy conveniente para su teoría. —Pasé el dedo por el filo del hacha—. Para arreglar cuentas con una gran rata. Verdaderamente, el carácter del amigo Ranald no se me hace simpático. Entremos.

Encontramos a Wedderburn y a Miss Guthrie en una pequeña isla de luz, en medio de la tiniebla del gran *hall* o cámara del castillo. Supongo que pocos días antes, el lugar habrá parecido una vivienda. Ahora, aunque sólo había estado vacío unas pocas horas, se cernía pesadamente sobre él la atmósfera de un monumento antiguo. La tenencia de Ranald Guthrie había sido el hilo que lo ataba al presente; roto ese hilo, se había deslizado hacia el pasado tan inevitablemente como cae al suelo una fruta madura. Podríamos haber sido turistas ociosos en alguna visita nocturna, si no hubiéramos llevado con nosotros nuestro propio y pesado sentido de la reciente mortalidad. El reloj —que marchaba con tanta intensidad, según había notado Gylby— todavía funcionaba, pero con la pulsación siniestra de un reloj en el bolsillo de un muerto.

Respiré profundamente aquel aire helado, húmedo. Era aquí, sin duda, más que en Kinkeig, donde debía de aparecer el espectro de Ranald, adecuadamente seguido por la sombra de Hardcastle y de un medroso séquito de ratas fantasmales. Y aunque no creía en la existencia de estos espíritus, me encontré casi cediendo a un repentino y poderoso impulso de superstición. Esa tarde Wedderburn había enterrado el misterio de Erchany; mejor no agitarlo de nuevo, para que no sucediera algo peor. Tan fuerte era esta sensación, que tuve que apelar al abstracto principio de mi profesión —el principio de la justicia— antes de poder desprenderme de ella y decir a mis compañeros: —¿Subiremos en seguida a la torre?

En silencio recorrimos un largo corredor y atravesamos la primera de esas puertas cuya oportuna clausura por Gylby había impedido a Hardcastle cualquier intento de quitar el delator equipo telefónico. Después subimos. La torre —nos dicen los

psicólogos— es un símbolo de la ambición, de la elevación peligrosa, como el ápice en la rueda de la Fortuna. Y la tierra sólida —el humilde *abajo*— es un símbolo de la seguridad. Y el hombre que siente un loco impulso por arrojarse desde una a la otra, sólo busca pasar del peligro a la seguridad; lo pierde la traicionera lógica de la subconsciencia. Sin duda era la ambición de Guthrie lo que oscuramente lo había llevado a fijar sus cuarteles en este retiro de acceso tan penoso. ¿Podría la teoría psicológica de los símbolos iluminar lo sucedido la víspera de Navidad? En algún profundo estrato de la mente ¿tenía aquella zambullida mortal para Guthrie el significado de una seguridad ganada u otorgada, de un rescate? ¿Había aquí, por así decirlo, una pieza subconsciente de aquél, el más grande de todos los rompecabezas, cuya solución había anunciado enigmáticamente a Christine Mathers? Archivé estas preguntas un tanto teóricas para considerarlas más tarde; habíamos llegado a la puerta del estudio.

La habitación ya ha sido descrita y bastará agregar unos pocos detalles. Muchas torres de este tipo han sido elevadas piso por piso; construir hacia arriba es la manera más económica de conseguir espacio adicional. Pero este piso superior de Erchany era evidentemente parte integral de la estructura primitiva. Las paredes, construidas unos cuatro pies más atrás para dar espacio a la plataforma parapetada que las rodeaba, sólo podían tener, más o menos, la mitad del espesor de sus cimientos inmediatos; no obstante, lo que más me impresionó fue la fuerza y el aislamiento del lugar. Estas dos habitaciones —el estudio y el dormitorio adyacente— pertenecían a un período en que los castillos eran verdaderos baluartes, y no mera ostentación de rango. Y conservan su carácter de inviolada solidez medieval.

Exornaban ahora el estudio un sinnúmero de ratas muertas; aparte de esto, nada había cambiado desde la primera vez que Gylby cerró la puerta. Sospeché que Speight, cuando por fin advirtiera el significado de los sucesos de la tarde, reanudaría sus investigaciones, y me alegraba la oportunidad de hacer primero un examen tranquilo. El escritorio violentado, el falso teléfono —era un trabajo de aficionado, pero, no obstante, pulcro y sencillo— y los libros sobre la mesa; los examiné cuidadosamente antes de registrar el dormitorio. Aquí revolví los trastos viejos, y después regresé al estudio con el libro ya descubierto por Wedderburn: la *Radiología Experimental* de Flinders.

—Un libro interesante —dije—. O, mejor dicho, una página interesante. ¿Notaron?

Pero nadie había notado aquella página, y lo coloqué abierto sobre el escritorio. Cuidadosamente escrita en tinta se leía esta inscripción:

RICHARD FLINDERS
Miembro del Real Colegio de Cirujanos.
Nació en Australia del Sur, en febrero
de 1893. Murió en...

Wedderburn contempló este inconcluso memorial con perplejidad considerable.

—¡Dios mío! Debí fijarme en eso. Una inscripción muy misteriosa. ¿Es posible relacionarla con los días coloniales de Guthrie?

Señalé las palabras: *Nació en 1893*. Esto ¿qué nos sugiere?

Hubo un silencio desconcertante, y después Sybil habló:

—Christine me dijo que su tío regresó y heredó Erchany en 1894. Exactamente un año después del nacimiento de esta persona.

Asentí con la cabeza.

—Bien. Un hecho significativo, ¡que no encaja! A menudo los hechos más útiles. Gylby, ¿quiere fijarse si las recientes compras de Guthrie incluyen una guía médica? Imagino que sí.

Una breve búsqueda demostró que yo tenía razón, y volví las páginas rápidamente.

—Aquí estamos... y el tipo de artículo extenso que se dedica a los personajes importantes. **M. B., B. S.**^[6], Adelaide; trabajó allí, después en Sidney, luego, una larga temporada en los Estados Unidos. Fundándose en eso, sin duda, acaban de nombrarlo miembro *emeritus* y becario de una sociedad erudita norteamericana. Después, de regreso a Sidney, con varios breves períodos en Londres. Un cirujano de lo mejor, aparentemente, que se dedicó al trabajo experimental; de ahí la necesidad, supongo, de una beca. Dos libros de texto oficiales, incluido el que tenemos aquí. Numerosas colaboraciones en periódicos, y una docena de monografías. Escuchen:

Radiología de la Región Cardíaca. Radiología y Diagnóstico Diferencial de las Enfermedades intestinales. Bosquejo Histórico de la Utilización médica del Radio. Análisis de un caso de Amnesia Prolongada. Siringomielia: El punto de vista Radiológico. Técnica de la Radiografía rápida: Una contribución a la Radiología Contemporánea. Radon...

Wedderburn me interrumpió:

—Mi querido señor Appleby, ¿le parece realmente interesante?

—¿Interesante? Bueno, hay otro detalle que puede interesarle más. El distinguido Flinders no es sólo un personaje importante, es un prodigio.

—¿Un prodigio?

—Definitivamente. Señalé la inscripción de aquella página. —«Nació en Australia del Sur, en febrero de 1893». Si aceptamos esa afirmación, tenemos que creer que se graduó en medicina a la edad de siete años.

Wedderburn exclamó con impaciencia:

—¡Esto no tiene sentido!

—Al contrario, es la primera vislumbre de la verdad. Y ahora es mejor que apuntemos a la verdad por todos lados. Miss Guthrie, creo que estos nuevos acontecimientos la desorientan un poco.

—Sin duda.

—Entonces escuche. Le hago a usted la misma promesa respecto a Lindsay que le hizo el señor Wedderburn. Conocemos la verdad de su intervención en la historia. No tiene nada que ver. De modo que ahora permítame hacerle la pregunta que le hizo Gylby. *¿Cómo sabía usted que Guthrie se había suicidado?*

—Yo no sabía tal cosa. La verdad es otra: yo vi cómo lo arrojaron por el parapeto. Wedderburn suspiró y se dedicó a limpiar sus anteojos.

—Creo —dijo— que nos sería útil ir a la galería.

3

El descolorido globo terrestre se movió, giró; mi dedo trazó la larga ruta de Australia, a través de Suez, hasta Southampton.

—¡Está en la sangre, por Dios que lo hará!

Atravesamos la galería moviendo nuestras linternas y antorchas, delante de nosotros, sobre la larga línea de los Guthrie muertos. Me detuve, escogí un retrato del siglo XVI, obra de un artista flamenco, después giré hacia uno de fines del siglo XVIII, pintado por Raeburn. Era el mismo rostro del que nos miraba. En voz baja dije:

«¿Por qué no había de resultar, hombre? ¿Por qué no había de resultar?». Permanecimos un momento en silencio.

—Gylby, ¿puede repetir el final del poema de Dunbar?

Y Noel recitó:

El buen Maestro Walter Kennedy, en rigor de verdad, está muerto: Gran lástima es que fuera así. Timor Mortis conturbat me.

Puesto que ha arrebatado a todos mis hermanos, no me dejará vivir solo; por fuerza debo ser su próxima presa. Timor Mortis conturbat me.

Puesto que no hay remedio para la muerte, mejor es que dispongamos las cosas para vivir después de nuestra muerte. Timor Mortis conturbat me.

Hubo otro silencio, más largo.

—Ranald Guthrie —dije por fin— tiene mucho arte para transformar la piedad medieval en ironía. *La muerte amenaza; mejor prepararse para ella de tal modo que uno pueda seguir viviendo.* Tal es su interpretación de Dunbar. Y, en algún lugar, Ranald está vivo en este momento. Fue su hermano Jan —Richard Flinders, el cirujano australiano— quien murió. Juntaremos los fragmentos de la historia de Ranald. Pero nunca sabremos la historia de Jan.

Wedderburn pareció debatirse en busca de palabras; pero se le anticipó un grito sorprendido de Sybil Guthrie. Hubo un forcejeo en la obscuridad; bajé mi linterna y vi que el veneno demasiado poderoso de la señora Hardcastle había dado cuenta de otra rata: un gran animal gris que se había arrastrado grotescamente para morir a nuestros pies. Durante un momento pensé que era una de las ratas sabias de Gylby, con su pequeño mensaje atado a las patas. Después vi que era una rata más sabia aún. Aferrada en su boca, como para contener la agonía final, tenía una libreta de apuntes.

V. EL TESTAMENTO DEL DOCTOR

1

Cuando recobré el sentido noté que el paisaje me era poco familiar. Y este conocimiento fue, durante un tiempo, como el de Adán en el Jardín: reconocí la novedad sin ayuda de ninguno de esos recuerdos contradictorios que parecerían esenciales para la formulación de la idea. Más extraño aún, esto no me sorprendió. Supongo que mi mente sólo tenía vigor para la tarea de sobrevivir.

Ante mí se extendía una ondulada inmensidad de vegetación verdinegra, cuyo brillo opaco se desvanecía en la distancia púrpura, bajo un espléndido cielo azul. Detrás de mí, pensé, había un rugido de rompientes, y un calor tan intenso como si éstas fueran lava que brotara de un subterráneo mar de fuego. Logré darme vuelta. El mar era una ilusión: la realidad era una arrolladora cortina de llamas verdaderas, una enorme hoz de fuego que segaba la vegetación, seca como yesca, con un movimiento perceptible. Durante un momento fue sólo un espectáculo; después se manifestó como un peligro inminente. Conseguí apoyarme con las manos y las rodillas y vi huyendo delante de la hoguera una cantidad de animales prehistóricos en miniatura que se dispersaban —una misma forma grotesca reproducida en todas las escalas, desde el hombre al roedor, como ciertos juguetes para niños— Canguros y *wallabies* con un inmenso esfuerzo mi cerebro empapado en sangre les dio sus nombres. Y entonces buena parte de mi conocimiento local regresó a mí; vi que estaba en la trayectoria de un incendio de la maleza, y que debía encontrar una salida o sería aniquilado.

Estaba agachado donde, sin duda, había caído, a mitad de camino de un afloramiento de piedra caliza desde donde descendía una hondonada seca que se perdía en el monte. Aquí y allá el monte hacía lugar a una vegetación más rala de árboles de *ti*, arbustos espinosos y salsoláceas, que, a su vez, se consumían alrededor de áridas islas de arena. Pero en ninguna parte había un área desnuda lo bastante grande como para ofrecer seguridad; mi única esperanza se cifraba en un único y macizo costurón de rocas que se erguía a no más de dos millas de distancia, en sorprendente aislamiento entre las bajas e infinitas ondulaciones verdes. Aquella serranía oscilaba y temblaba ante mi vista, en parte debido a la refracción de la luz, y en parte quizá a mis dañados sentidos; y yo no podía tener certeza alguna sobre su tamaño o sobre la posibilidad de escalada. Se elevaba en líneas empinadas, acentuadas por alguna quebrada o hendidura perpendicular. Por una de éstas podría trepar en busca de seguridad.

Me puse en pie y me encontré —con una especie de sorpresa impersonal— dotado de considerable fuerza física. El fuego era contenido parcialmente por un cambio de viento; si hubiera seguido avanzando directamente hacia mí, yo no habría tenido ninguna posibilidad de huida. Como sucedían las cosas, se trataba de una carrera formidable, y no perdí tiempo. Pero antes de ascender la quebrada, me dije si no llevaba nada conmigo. Había rastros de un pequeño campamento: una hoguera

apagada, un caldero volcado, bosta de caballo. Estas cosas nada significaban para mí. Pero encontré una mochila que sabía que era mía, y la recogí. Sabía también que debía de haber una cantimplora. Mi búsqueda rápida y desesperada fracasó. Después partí. El monte era bajo y, una vez internado en él, no era realmente denso; avancé sin dificultad y con mi meta siempre al frente. Una milla más allá encontré una cantimplora —mía o de otro— con agua casi hasta la mitad. Este fortuito hallazgo me dio una especie de confianza irracional o supersticiosa sin la cual no estaría vivo hoy.

Cuando alcancé el pie de la serranía ya había pequeños incendios a mi alrededor. El calor de la conflagración atraía un ligero viento de frente que soplaba contra mi rostro, pero en medio de él la ráfaga principal proyectaba una lluvia de chispas que en ciertos lugares encendían fulgurantes avanzadas de fuego a cientos de yardas de distancia. En una oportunidad casi me vi cercado por una repentina línea de llamas que brotó, a mi alrededor, en un grupo de *yaeas*, plantas achaparradas en forma de lanza cuyos cabos resinosos se incendian con la fuerza y la rapidez de una explosión.

Durante minutos horribles exploré en vano la pared de la roca buscando una hendidura o un espacio donde apoyar los pies: parecía hallarme, en el sentido más atroz de la frase, con la espalda contra la pared. Pero al fin descubrí unas estribaciones y comencé a trepar. Es interesante anotar que en aquella crisis dispuse de toda la destreza de un montañés, pero de ningún recuerdo que la justificara. Tal vez, porque mi memoria era como una pizarra casi alucinante, cada paso y cada esfuerzo de aquella desesperada ascensión. Al cabo salí a unos novecientos pies sobre aquel infierno de fuego, y lo bastante agitado para pensar que quizá sólo había logrado llegar a una especie de parrilla monstruosamente elevada, donde perecería como un mártir en el sueño de un pintor loco. No obstante, estaba a salvo.

Durante más de una hora contemplé cómo pasaba aquel fuego arrasador. Aunque impotente contra la barrera de roca, aumentó apreciablemente al calor ardiente del sol y al aliento abrasador del seco viento norte que lo atizaba desde atrás. La ascensión, el calor y el terror de la escena me habían agotado momentáneamente; bebí avaramente de la cantimplora, y concentré todos los recuerdos de mi voluntad en la próxima e importantísima batalla: la batalla contra la mera desesperación. Muchos hombres que han errado por lugares salvajes se han encontrado en situaciones igualmente peligrosas, pero pocos, excepto quizá en alguna última y atropellada agonía, pueden haber experimentado mi angustia peculiar. Con mis sentidos en bastante orden y mi fuerza física casi intacta, me encontraba, sin embargo, falto de toda memoria de mi propia identidad y de mi paradero. Debajo de mí —tenía clara conciencia de esto— había un paisaje que no era mi paisaje nativo, el paisaje de Australia en una de sus más aterradoras manifestaciones. Retenía bastantes conocimientos —podría haber leído en latín, reconocido el Partenón o seleccionado una mosca para pescar truchas—, pero en cuanto al conocimiento organizado alrededor del hecho de la personalidad, he aquí todo mi caudal: era un extraño perdido en Australia. Me era imposible ver más allá. Mi conciencia de mí mismo no

tenía límites inconstantes que el esfuerzo pudiera empujar hacia atrás; estaba aprisionado en la ignorancia por paredes tan abruptas como la roca por donde poco antes había trepado.

El fuego había rodado hacia el horizonte; observando la puesta del sol, juzgué que aproximadamente hacia el sudoeste. Había dejado detrás una inmensidad humeante que sería peligroso atravesar antes que hubiera pasado la noche; mi única esperanza era orientarme como pudiera, encontrar sombra y descanso.

Calculé que mi horizonte abarcaría unas cincuenta millas. Y en todo ese vasto círculo, exceptuada la eminencia donde yo estaba, no había nada más que malezas vacías y confusas interrumpidas por la cicatriz de una cola de fuego larga y decreciente..., una extensión ondulada y difusa, moteada por montes bajos y arena, interrumpida sólo por un esporádico grupo de árboles o la hinchazón de alguna loma un poco más pronunciada que el resto. No había la menor señal de un claro, un poblado o un caserío; la escena estaba vacía, tétrica, aguardando siniestramente de una manera que crispaba y atormentaba los nervios. Sólo en el borde mismo del horizonte, hacia el sur, como trazada con lápiz, se dibujaba una monótona línea horizontal. Larga y ansiosamente la estudié a través del calor traicionero. Y finalmente decidí llamarla mar, y hacer de ella mi meta.

Me dediqué a calcular mis necesidades y recursos. Atado a la mochila había un sombrero, la más primaria de las necesidades. Dentro había una camisa, harina de avena, algunos bizcochos, cerillas y unos pocos objetos de uso personal que sólo pude contemplar perplejo. No tenía brújula. Pero en un bolsillo de mis pantalones descubrí un reloj. Y tenía una olla de dos cuartos, sin tapa.

En el sorprendente país que se extendía a mis pies, creí que el reloj y el sol, solos, me serían útiles. Necesitaba el reloj aproximadamente puesto en hora al mediodía, un cielo claro y estrellado, campo suficientemente abierto, y una superficie lo bastante segura para atravesarla con el fresco de la noche. Necesitaba agua dentro de las próximas veinticuatro horas, y alimento en un plazo de tres o cuatro días. Determinados estos puntos, encontré una mancha de sombra, me tendí en el suelo y quedé casi instantáneamente dormido.

Desperté en el breve crepúsculo australiano, y vi debajo de mí un centenar de puntos ardientes. Pero la conflagración principal había desaparecido, atrapada y ahogada, quizá, en algún casual embudo de arena, y resolví descender y por lo menos ensayar la posibilidad de comenzar mi viaje esa noche. La decisión casi me costó la vida. Pero también me la salvó.

Antes de haber realizado la mitad del descenso, la luz ya había disminuido sensiblemente. Cerca de la base el estribamiento se bifurcaba; calculé mal al apoyar el pie para intentar tomar la ruta por donde había subido, y caí quizá quince pies por la otra rama de la hendedura. Quedé a un tiempo aturdido y sumido en una curiosa agonía de cálculos; un miembro quebrado o una mala torcedura, y todo habría concluido para mí. No sentía dolor; pero a menudo el dolor aparece después. Moví

mis extremidades; respondieron a mi voluntad y me sentí inundado por una ola de alivio. Fue seguida por una ola de miedo. Mis piernas estaban empapadas, en lo que supuse era sangre. Era agua. El descubrimiento cambió mis planes. Debía llevar conmigo tantas onzas de agua como pudiera; la mitad en una olla abierta. Hasta que ésta estuviera agotada, no debía tropezar ni una sola vez. Tan extraña variante de la carrera del huevo y la cuchara, sólo podía ser llevada a cabo a la luz del día. Juzgué que la ganancia en agua pesaría más que otras doce horas sin alimentos, y el riesgo de no poder mantener un rumbo recto hacia el sur guiado por el sol. Decidido esto, me eché otra vez en el suelo para dormir o descansar. La noche era fresca pero sin frío extremo ni escarcha. Esto me alentó en la creencia de que había visto el mar; no era probable que estuviera a una altura considerable, o aislado en una gran extensión de tierra.

Me puse en pie al amanecer y, aceptando la dudosa analogía del camello, bebí bastante más agua de lo que resultaba cómodo. Desde el manantial junto al cual había caído hasta el suelo había una pendiente difícil, y descubrí que mi mente, aunque tolerablemente lúcida, tenía, aparte de la memoria, alarmantes puntos ciegos. Me fatigué tratando de trepar con una olla rebosante antes de advertir que podía llenarla con la cantimplora una vez abajo, y regresar al manantial para volver a llenar ésta. Al percibir esta aberración, pasé algunos malos momentos lleno de miedo al miedo; lleno de pánico por temor de haber descubierto en mí un primer síntoma de ese pánico paralizador que suele apoderarse de los hombres que se sienten perdidos. Mi concentración sobre las primeras millas de mi carrera del huevo y la cuchara venció este miedo. El monte era bastante abierto y la maleza demasiado rala para ser traicionera. Ese día me permití una pinta de agua, y conduje el resto, sano y salvo, a mi parada de la noche. Durante la marcha había comido unos pocos bizcochos; ahora encendí un fuego y cociné una especie de torta de avena sobre una piedra chata. Estaba lejos de sentirme desesperado. Durante todo el día me habían molestado unos dolores de cabeza intermitentes, pero penetrantes; en todo otro sentido mi condición física era buena. Y esa noche dormí sin soñar. Pero a la mañana me sentí tan rígido que supuse que mis músculos habían estado más acostumbrados a cabalgar que a caminar.

El segundo y el tercer día debo de haber hecho veinte millas diarias. De ahí en adelante, vacía la olla, viajé de noche. No dudaba de que me movía en derechura al Sur, y al final de mi tercera marcha nocturna supe que no podía haber visto el mar; mi meta hacía sido un espejismo, o algún lago que había quedado atrás. En todas partes, alrededor de mí, persistía la misma soledad inmutable, la misma repetición infinita de arena y maleza. Ocasionalmente avisté un canguro en la oscuridad; una vez, durante el día, corrí al encuentro de dos presuntos nativos que resultaron ser —tan engañosa era la luz— dos urracas solitarias posadas en unos raigones. Y al amanecer del séptimo día, cuando mi agua y mis provisiones estaban agotadas, di con rastros inconfundibles de un hombre blanco, las marcas (demasiado repetidas para que fuera

un engaño de la naturaleza) de un pie calzado, apenas distinguibles en la móvil superficie de la arena. Advertí que debían de ser recientes —un soplo de aire las habría borrado— y me apresuré a seguir mi camino con un espantoso miedo de no alcanzar, en mi debilidad, al hombre más fuerte que marchaba delante. Mi corazón saltó cuando vi, a menos de un cuarto de milla, una delgada columna de humo que se levantaba de una fogata. Corrí, sollozando y tratando de arrancar un grito a mi garganta quemada.

El hombre estaba muerto. Yacía con una cantimplora vacía —su única posesión— a su lado. Su cuerpo, aún tibio, estaba tendido de bruces, con un brazo extendido hacia el fuego vacilante, y la mano cerrada sobre un montón de hojas secas. La muerte lo había sorprendido en el acto de alimentar su última señal desesperada.

Algo se quebró en mí: una barrera que había levantado, no contra el pensamiento de la muerte inminente, o mi debilidad extrema o mi sed, sino contra el silencio de la maleza. La barrera se quebró y oí este silencio, el silencio pesado y caliente, no violado durante horas enteras por la seca cigarra ni por el roce de la brisa contra el pasto abrasado. Grité, y mi voz era horrible; arrojé al suelo mi mochila y corrí, gritando de una manera horrible, hacia la inmensidad que me rodeaba, lejos de esa tumba silenciosa que se abovedaba en el infinito. El frenesí me dio algún último acceso de fuerza y durante horas seguidas debo de haber andado tropezando hacia adelante. Mi cabeza rebosaba de dolores agudos; había un gran rugido en mis oídos, un rugido tan interminable como el silencio de los días anteriores. El rugido creció hasta ser trueno. Y hubo un momento —con la calidad de una revelación cegadora— en que supe que el trueno no estaba dentro, sino afuera. Después me encontré de pie en el borde mismo de un alto acantilado contra el cual, muy lejos, abajo, retumbaban las rompientes de un mar abierto.

Hacia el Este y el Oeste los acantilados se extendían en una línea ininterrumpida, grandes murallas y bastiones de roca brillando bajo el sol de la mañana. La perspectiva tenía una magnificencia que se apoderó de mí y me calmó; y con la llegada de una nueva claridad advertí el hecho tremendo de una huella nativa bien definida, que corría hacia el Este a lo largo del borde. La seguí penosamente durante casi dos millas, hasta un punto donde los acantilados se alejaban un poco del mar, formando un valle de terreno estéril y arenoso al que conducía el sendero a través de una estrecha garganta escarpada. Descendí —con gran dificultad, pues estaba muy débil— y en poco más de una hora había encontrado en las dunas un par de pozos recientes. Había además un monte bajo con abundancia de bayas rojas; y una bandada de cotorras blancas —la primera vida animal que había divisado en varios días— echó a volar ante mi vista desde el lugar donde se alimentaban. Comí, y tuve la inteligencia de hacerlo con medida. Después de un intervalo encontré un charco de agua tibia y me bañé. Más tarde, y en otro charco, logré atrapar un par de peces con mi sombrero. Aunque mi mochila había desaparecido, aún tenía la cantimplora y la olla, y fósforos en los bolsillos. Mi cena fue una revelación por la pura alegría de su

gusto. Y esa noche me adormeció la melodía de las aguas.

Durante dos días viajé hacia el Este por una playa firme cubierta de dunas y limitada detrás de ellas, a mi izquierda, por los acantilados, una carretera obstruida sólo ocasionalmente por macizos montones de algas. Tenía provisión de agua para varios días, y en cuanto al resto, vivía de bayas. Había recuperado la confianza, y tenía la esperanza constante de llegar muy pronto al linde de algún poblado. Las aves terrestres comenzaban a abundar, signo de alguna característica distinta en el país alto que aguardaba adelante.

El tercer día, los acantilados se estrechaban sobre el mar, y eventualmente tuve que pasar horas hasta encontrar una ruta practicable que me condujera a lo alto. Otra vez me hallaba en gran peligro. El monte comenzaba a ralearse; no contaba con medios para transportar una provisión suficiente de bayas; más aún, no podían ser una dieta satisfactoria durante varios días. Y lo que era aún más serio: no había encontrado más agua. Dos veces me desperté temprano e intenté recoger el ligero rocío del monte; descubrí que con una improvisada esponja de hierba, y severa labor, podía ganar entre un cuarto y media pinta por la mañana. El esfuerzo acortó mis marchas, y sabía que era mucho trabajo por una provisión que no alcanzaría para mi subsistencia. Mi única esperanza residía en el carácter rápidamente cambiante de la región por donde luchaba.

La maleza se hacía más densa y corría hasta el borde mismo del ahora inescalable acantilado, de modo que a veces temía no poder continuar mi avance. Pero en algunos lugares crecían árboles madereros, y tomé este detalle como otra señal de que me aproximaba a un suelo más fértil. Los gomeros, además, me proporcionaban una inesperada fuente de alimento en unas larvas grandes y blancas que se descubrían al arrancar la áspera corteza. Las comí cautelosamente y descubrí que causaban bastantes disturbios gástricos; no obstante, me pareció ganar fuerzas con ellas. En persecución de este alimento, de un modo u otro perdí de vista el mar. Una siesta caliente y pesada me encontró vagando en el corazón de un laberinto de eucaliptos, agotada ya el agua por segunda vez. Y al anochecer, repentinamente, desesperé. La causa fue tal vez alguna intoxicación producida por las larvas; pero principalmente debe de haber sido resultado del esfuerzo acumulado. Aún me quedaban fuerzas suficientes para seguir adelante, pero no para resignarme cuando llegó la noche. Vagué entre los grandes árboles, poseído por el pánico que había temido durante tanto tiempo, hasta que finalmente, caí al suelo.

Durante horas debo de haber estado semiinconsciente, sintiendo que la noche era más sofocante y opresiva que nunca. Los vivos dolores del hambre acribillaban la agonía de la sed, y debo de haber trepado a tientas al árbol junto al cual yacía, en la esperanza de lograr mis conocidas larvas. De pronto mi cuerpo tembló como si hubiera recibido una descarga eléctrica. El árbol tenía incisiones en la corteza. Había dado con un primer rastro humano.

No podía gritar y la noche era extremadamente oscura, sin estrellas. Sólo podía

esperar el alba, asegurándome, una y otra vez, de la realidad de aquella mordedura de hacha. El alba vino, y hasta hoy no puedo recordar sin amargura el terror y la ironía que trajo consigo. El árbol había sido cortajeado y muerto, como un centenar de compañeros. Pero el esfuerzo había sido mal calculado; quienes lo intentaron, habían abandonado la empresa hacía mucho tiempo; la única señal humana era una choza vacía y ruinoso. Me resigné a morir a la vera misma de aquel campamento, cuando por encima de mí, se desencadenó una tormenta.

En cinco minutos ya había buscado refugio en la choza, calado hasta los huesos, y con mi olla rebotante de agua. Pocos minutos después el ángulo más alejado de la cabaña se derrumbaba ante el terrible impacto de la caída de un árbol. Y descubrí una vez más que el peligro había traído consigo la salvación. En el árbol caído —en este preciso árbol, sin duda, perdido entre otros miles— las abejas silvestres habían estado construyendo un panal. Era dueño y señor de muchas libras de miel.

Desde alguna gran soledad había llegado a la vera de este poblado; sólo tenía que encontrar otra vez el mar, y continuar hacia el Este en busca de seguridad. Y esa noche, cuando hubo pasado la tormenta, oí el murmullo de las olas. Encontré otra vez los acantilados, a no más de una milla de distancia.

Donde crecían los grandes gomeros, el suelo no tenía virtudes para el crecimiento de la maleza y el terreno estaba tolerablemente limpio. Pero cuando dejé atrás los árboles, encontré que la maleza se hacía más densa a cada milla; pronto presentó una barrera casi impenetrable, que corría hasta el borde mismo del siempre ininterrumpido acantilado. Debajo, entre éste y el mar, vi una estrecha faja de dunas que parecía prometer la posibilidad de agua, y más allá —salvo durante la alta marea— se extendía una vez más un camino de arena firme. Resolví descender por la primera ruta practicable, arriesgándome otra vez a la posibilidad de que el acantilado convergiera de nuevo hacia el mar y me forzara a un tedioso viaje de regreso.

Me sentía confiado e impaciente; al mismo tiempo, mi serenidad vacilaba, y mi juicio, supongo, comenzaba a fallar. Tomé la primera ruta que se me ofreció. Resultó extremadamente peligrosa; durante toda la bajada tuve que luchar en busca de apoyo para los pies y contra la premonición del vértigo cercano. Y al cabo —debo de haber estado cerca del suelo— caí.

De lo que sucedió después sólo guardo recuerdos fragmentarios. Me recuerdo caminando, sin ningún sentido de la dirección o la meta, a lo largo de la playa infinita. Recuerdo una bandada de gallinetas, elevándose y posándose ante mi vista en su hermoso vuelo oblicuo, tal vez impulsándome a continuar la marcha cuando de otro modo habría caído. Creo que había perdido tanto la cantimplora como la olla; recuerdo haber encontrado agua procedente de la tormenta en una cisterna natural de piedra caliza. Vívidamente recuerdo un largo y empecinado debate conmigo mismo sobre si en verdad había oído el ladrido de un perro. Y finalmente, recuerdo haberme tendido en la oscuridad, consciente de mi delirio, sabedor de esto porque todo a mi alrededor el tibio aire nocturno estaba cargado de perfume de claveles.

* * *

El muchacho se inclinaba sobre mí. Su rostro, dorado por el sol, tenía la calidad maciza, la solidez y el peso más que naturales de una gran pintura. Colocó la cazuela entre los claveles del jardincito ganado a las rocas y la arena, y gritó alegremente a alguien que estaba atrás, en la cabaña:

—¡Papá, ha vuelto en sí! —Después acercó otra vez la cazuela a mis labios—. Casi pereció esa vez, señor. Pero todavía no ha corrido la última. —Debo de haber murmurado algo sobre estar perdido varias semanas. Abrió mucho los ojos. Después sonrió, y su sonrisa se pareció a un rayo de luz cayendo repentinamente sobre un charco de las tierras altas—. ¿Sí? Las cosas están un poquito muertas al Oeste de la Bahía de la Desesperación. —Creo que tenía diez u once años; y en su voz vibraba todo el orgullo del *pioneer*.

De pronto se puso de pie de un salto y miró hacia el mar. Después exclamó con una excitación en medio de la cual quedé completamente olvidado.

—¡Papá, papá... el cúter de Anson está sobre la barra!

No me extenderé escribiendo sobre la humanidad y la excentricidad de Richard Anson. Me llevó a Puerto Lincoln, y durante el camino escuchó el relato extrañamente breve que tenía que contarle. Yo era un hombre adulto —tenía quizá veinte o veintiún años— sin ninguna historia, salvo el vagabundeo de una quincena por la costa de la Gran Caleta Australiana. Ni siquiera tenía nombre; y cuando doblamos el cabo Catástrofe, Anson tuvo el capricho de darme el apellido del primer navegante que reconoció esas aguas. De este modo, en ese mes de febrero de 1893, nació Richard Flinders.

Comprendo ahora cómo Anson creía que encontrar era guardar; que sus planes, en la inocencia de una motivación subconsciente, se dirigían a guardarme a mí. Había sido encontrado en lo que era entonces el límite Sudoeste de las colonias de Australia del Sur; de Puerto Lincoln navegamos hasta Puerto Augusta, y desde aquí viajamos al mayor de los puertos de Anson, en el rincón más alejado del estado; los médicos que me atendieron fueron traídos —sin duda con mucho gusto— desde Sidney, sobre el borde oriental del continente. Si la desaparición de Jan Guthrie hubiera seguido siendo un misterio, por cierto que, a pesar de mi obstinada pérdida de la memoria, habría sido descubierto e identificado. Pero pocas semanas después, según sé ahora, ese cadáver solitario había sido encontrado tendido junto a las cenizas de su hoguera, y, cerca de él, mi mochila con sus pocas posesiones identificables. Cesó entonces toda duda en cuanto al destino de Jan Guthrie; su única existencia perduraba en algún estrato inalcanzable del cerebro de Richard Flinders.

En el hogar y el sistema de vida de Anson reconocí una tradición que no me era ajena. La vida de la tierra, aquel caserón con las oscuras superficies de su viejo mobiliario, sus tapices desgastados y descoloridos, sus sombrías filas de retratos de antepasados que desde las paredes contemplaban la efímera generación presente; todas estas cosas agitaban mi mente con más eficacia que la técnica de cualquier psicólogo. Anson era soltero y no tenía hijos; vi que se abría ante mí un futuro que aún tenía que rechazar. No sentía ninguna inclinación hacia la vida de pastor; tal vez a causa de la experiencia pasada, más probablemente debido a factores escondidos en mis primeras años, hallaba deprimentes y a veces terroríficas las inmensidades de las serranías. Además estaba absorto en el misterio de mi propia mente oscurecida, y esto originó un dominante deseo de estudiar medicina. Años más tarde iba a publicar, con ciertas extirpaciones y disfraces, mi *Análisis de un Caso de Amnesia Prolongada*, monografía que se yergue en extraño aislamiento entre mis muchos intentos por hacer avanzar la ciencia radiológica.

La generosidad del señor Anson se extendió no sólo a mis años de estudio en Adelaida, sino a través del largo, magro y a menudo fatal período que aguarda al especialista joven. Él hizo a Richard Flinders; y fue en parte un impulso piadoso, del que no puedo encontrar motivo para arrepentirme, lo que me decidió, cuando llegó el

momento, a que Richard Flinders no muriera.

Era mi último año de estudios. Caminaba, una mañana de primavera, de la escuela de medicina a mi alojamiento, que estaba a unas dos millas, más allá del parque que rodea al corazón de esa pequeña ciudad. Un tranvía de caballos se desplazó frente a mí, y vi entonces un grupo de gente que rodeaba un pedestal cubierto con un lienzo. Estaban descubriendo la estatua de algún explorador escocés —puede haber sido McDougal Stewart— y en el momento en que miré llegó hasta mí el chillido de unas gaitas.

Caminé unas cuantas yardas, como envuelto en una gran oscuridad, y luego vi delante de mí, como en el *tour de force* de un ilusionista, la figura de mi hermano Ranald. Lo vi de pie sobre alguna eminencia, observando por encima de la maleza interminable. Y lo oí recitar, con toda la oscura pasión de su naturaleza de poeta frustrado:

*De la choza solitaria sobre la isla brumosa
Nos separan las montañas y un desierto de mares;
Sin embargo todavía la sangre es fuerte...*

Voz e imagen se desvanecieron, y seguí caminando sin más conocimiento que antes. Pero esa noche, al contemplar la ciudad empapada en luna, en su encantadora posición, entre las colinas y el mar, descubrí que los velos caían de mi mente, uno a uno. Supe que yo era Jan Guthrie, y supe que, cualquiera fuera el accidente que había ocurrido, frente a aquel incendio de la maleza, Ranald me había abandonado.

Una investigación reveló que a raíz de la muerte de los hijos de nuestro hermano mayor, y de la presunción de la mía, Ranald había heredado Erchany. Siempre había sido yo el miembro rudamente sano de la familia; las indecisiones que marcan la personalidad neurótica y que distinguían a Ranald me son desconocidas; y recuerdo que me llevó dos horas el resolverme. Tenía conciencia de la injuria y la injusticia, pero pensaba que estos sentimientos no debían pesar en mí. No deseaba la vida de un castellano escocés; ya estaba preparando casi en todos sus detalles técnicos las etapas de mi carrera médica; no tenía confianza en la honradez de Ranald, y veía sólo molestias y distracciones en la posibilidad de un asunto discutido. Australia ya había dado al mundo el Caso Tichborne, y me dije irónicamente que en él había habido bastante para satisfacer a un par de generaciones. Además, tenía mi afecto por el señor Anson, que planeaba conmigo mi carrera de cirujano australiano. Y vi que se trataba de un caso de todo o nada; si admitía mi supervivencia, aparecerían una veintena de complicaciones y casi me obligarían a reclamar la jefatura de mi familia.

Así sucedió que viví mi vida como Richard Flinders, en su mayor parte en mi país de adopción, y una vez, durante un largo período, en los Estados Unidos. Nunca he sido el hombre rico que pudo haber hecho de mí la práctica regular de la cirugía; casi todas mis ganancias, junto con un generoso legado de Richard Anson, han sido

dedicados al costoso trabajo de investigación radiológica. No me parece que se gaste mejor la mayor parte del dinero del mundo. Y mi sistema de no permitir que ningún pensamiento sobre el futuro se interpusiera a un posible beneficio para el conocimiento ha sido ampliamente justificado. Hace pocos días recibí la noticia de un gran honor: he sido elegido miembro emérito de una fundación norteamericana a la que tuve el privilegio de servir hace años. Viviré en California. Es el clima adecuado para una vejez activa, y necesito diez años para explorar campos que han estado casi cerrados para mí durante una vida dedicada a la ciencia. Mi trabajo está terminado — en cierto sentido hasta ha concluido con un triunfo— y mi retiro de la medicina y de la sociedad será completo. En el curso de mi carrera he tenido ocasión de dominar varios idiomas, y la literatura europea es el estudio que conviene a un hombre cuya constante meditación es la tumba.

Sólo cuando la tarea de mi vida se desliza de mí hacia las manos de hombres más jóvenes, retorna el pensamiento de Erchany. Y al surgir este sentimiento, se relaja la regla de la razón; otra vez tengo conciencia de la injusticia y el despojo pasados; me siento impulsado a dar un susto a Ranald. Si alguna vez se realiza ese impulso, sabré que me ha llegado la segunda infancia.

Pero hay también la «llamada» del lugar. Los juegos en el foso, la torre, el estremecimiento del parapeto por la noche, la galería donde solíamos representar las hazañas de esos antepasados que nos miraban jugar desde las sombras. Las nieves sobre el Ben Cailie; las nieblas sobre el lago, el salto de los salmones en las cascadas... Todavía la sangre es fuerte. Tal vez vea a Erchany en algo más que sueños, antes de morir.

*Sydney, N. S. W.
Día de San Andrés, 1936.*

3

Timor Mortis conturbat me... Mi hermano ha estado recitando eso, extrañamente, porque soy yo quien va a morir. Tengo muy poco miedo.

Como poseo pluma y libertad para mover mis miembros, recojo esta narración, traída a Erchany para informar a Ranald, y añado lo que puedo. Si la escondo en alguna grieta de esas viejas paredes, puedo escapar a su vigilancia y contar su historia en algún tiempo futuro. Me gustaría que fuera así, aunque sea una página oscura en la larga y variada crónica de los Guthrie. Todo mi trabajo ha sido realizado en pro del conocimiento; creo en los testimonios honrados.

Anoto, pues, que mi situación presente se debe a mi propia responsabilidad y culpa. He sido infantil y vengativo. Y —lo que sospecho que me irrita más— he sido un mal psicólogo.

En un sentido fui vengativo; en otro, he arrojado sobre el pasado una deformadora piedad. Llegué a sentir que Ranald me había jugado una mala pasada, que no había cumplido las reglas del juego, y por eso quise darle un susto antes de retirarme para siempre. ¡Qué infantil el impulso, y qué errado el cálculo de lo que se interponía entre nosotros! Al alejarse con los caballos, el agua, todo, en aquella crisis, Ranald se había traicionado a sí mismo, como Guthrie, como hermano y como hombre. Y había vivido desde entonces con el remordimiento de aquella traición, su vida dominada por un recuerdo vergonzoso. Yo lo había rescatado —adolescente histérico y agradecido— del puerto de Fremantle y de una abundante sociedad de tiburones; pocos meses más tarde, en la llanura, mi sangre caía sobre su cabeza. Y el desenlace, que se representará en esta solitaria prisión escocesa, guarda extraña armonía con la verdad central de la más grande de las tragedias escocesas, *Macbeth*. Hay una culpa de la que uno no puede alejarse, de la cual no hay salida, salvo por medio de la sangre. Ranald no recuerda una jugada sucia, sino una traición y un crimen. Año tras año, el elemento deliberado de su despavorida deserción ha sido más y más evidente. Año tras año, la dinámica de la culpa se ha apoderado de su mente con mayor firmeza, forzando y finalmente desorganizando su personalidad, de modo que en cualquier situación comprometida se representará a sí mismo como un hombre cercado e implacable. Convencido, sin luda por mi propia locura melodramática, de que yo venía como algún impulsivo Guthrie del pasado para ejecutar una venganza inexorable, urdió sus propios planes con inflexible violencia; aunque violencia atemperada por algún rebuscamiento, alguna sabrosa sutileza intelectual que creo no haber penetrado del todo. Mi espectro ha envuelto en su sombra toda la existencia de Ranald. Ahora que he regresado como de entre los muertos, ha encontrado un peculiar alivio en imponer una nueva perspectiva a mi vida, haciendo de su sacrificio nada más que una jugada en algún juego complicado, que trae entre manos. Mi muerte en la llanura lo sobrecogió y lo destruyó; pero él dirigirá y explotará mi muerte en Erchany. Es «una línea de vida» de algún interés para la ciencia mental.

Le escribí desde Australia, dándole algunos informes sobre mi vida; pero sin decir nada de mis intenciones, cediendo así a la estúpida satisfacción de confeccionar alguna amenaza por medio de la reticencia. Debe de haber tenido mucho tiempo para trazar sus planes; para aislar a Erchany, echar a los sirvientes, asegurarse la ayuda de Hardcastle. Ranald está gobernado por años de desarrollo anormal, y no me parece que yo mismo desee que intervenga contra él la justicia. Pero Hardcastle colabora, por dinero, en el crimen. Espero que lo atraparán.

Escribí una vez más a Ranald y le dije que el Dr. Richard Flinders llegaría secretamente la noche del veintitrés de diciembre. Esto parecerá muy extravagante y melodramático, y es melodrama que, con mucha ironía, se prestaba a la propia fantasía melodramática de Ranald. Pero tenía algún sentido. Yo no me proponía que Jan Guthrie volviera otra vez a la vida, y la hora permitiría a mi hermano arreglar un encuentro completamente confidencial. Además, en la elección iba implícita una sugestión de cariño y reconciliación. En nuestra niñez, en la medianoche de ese día, solíamos darnos cita; cita durante la cual discutíamos qué traería a nuestras medias la medianoche siguiente, Nochebuena. Evidentemente, Ranald no se hallaba en estado de entender la sugestión.

Las nevadas, inesperadamente pesadas, me propusieron un problema. Pero durante largo tiempo estuve acostumbrado a esquiar —dudo si el mundo sabe que hay excelentes campos de nieve en Australia— y era fácil encontrar esquíes en mi hotel de Dunwinnie; es un centro, hoy atestado de gente, de los deportes invernales que Escocia está comenzando a fomentar. Llegué a Erchany con bastantes riesgos por las costas del Ben Cailie.

Fui recibido por Hardcastle, con la precaución que había esperado, y conducido directamente a esta torre. Y aquí, entre él y Ranald, me dominaron. Eso es todo. Es sencillo, y sorprendente, y —aunque sólo sea porque Ranald y yo somos hermanos— curiosamente horrible. Este pequeño dormitorio podría haber sido proyectado como prisión; puede haber sido una prisión, hace centenares de años. He hecho lo que he podido. Logré cazar varias de las ratas de Erchany, y las envié como mensajeras: creo probable que dispongan libremente de todo este agrietado edificio. Y he intentado hacer la mejor imitación de que soy capaz del *cuuii* australiano, uno de los gritos más penetrantes del mundo. Pero la altura a que está esta cámara, el espesor de las paredes, el huracán y la nevada ensordecedora, han hecho improbable que alguien oiga el sonido; o, si lo ha oído, que piense que sea otra cosa que una lechuza o una jugarreta del viento. Tampoco poseo prueba alguna de que Erchany no esté deshabitado, a excepción de mi hermano y su servidor.

Me han dado un libro: la *Radiologia Experimental*, de Richard Flinders; debo considerarme afortunado porque Ranald tiene esta especie de tendencia fantástica, más que sádica. Es claro y metódico, y me ha agradado tanto como cualquier otro libro. Y la medicina me trae a otra anotación final. Ranald no está loco. Sus pensamientos y actos se dirigen lógicamente a ciertos fines realizables...

VI. JOHN PAHLEVI

1

El señor Wedderburn respiró profundamente, mientras yo dejaba a un lado la narración inconclusa.

—Fratricidio —dijo—. Y Miss Mathers tenía razón. Mi interpretación de los hechos en ningún lugar se aproximó a la medida del ingenio de Guthrie. El asesinato de Ian por Ranald debía de ser interpretado como el asesinato de Ranald por Lindsay. Mató a su hermano y echó la culpa al novio de su sobrina. Locura.

Asentí con la cabeza.

—Frente a cualquier orden moral es locura —comenté—. Y sin embargo, todo abunda en lógica. Con mucha habilidad satisfacía necesidades y lograba fines.

Sybil Guthrie salió de la inmovilidad con que había escuchado el testamento de Jan Guthrie.

—¿*Por qué?* —preguntó—. ¿Qué lo impulsaba? ¿Cuál fue su motivo en esa maldad?

Medité.

—Hay una red de motivos —dije—. Uno puede retroceder en varias direcciones, y cavar hasta varias profundidades, y seguir hallando motivos. Tenemos lo que veía Ian: la vida de Ranald, pasada a la sombra de aquel crimen de Australia; la abrumadora sensación de culpa que abunda en los neuróticos, cristalizada en eso; como resultado, una aterradora certeza de que Ian venía en busca de una venganza inflexible; la convicción de que tenía que ser más listo que Ian, y destruirlo. Al mismo tiempo, actuaba algún simbolismo más profundo. La muerte de Ian en la llanura había caído sobre él, aplastándolo; en la segunda y verdadera muerte de Ian, *él* estaría arriba.

Noel Gylby aplaudió como un niño. Varios cientos de pies por encima de él... ¡toda la altura de la torre por encima de él!

—Exactamente. Y un psicoanalista encontraría un simbolismo aún más profundo. Esta mañana pensaba en él. Cuando un hombre se arroja desde una altura, da un salto simbólico desde el peligro —desde el peligroso *arriba*— hacia la seguridad —el seguro *abajo*—. Al arrojar a Ian desde la torre, Ranald lograba justamente lo que no había logrado en Australia. *Rescataba a Ian*. En realidad su crimen fue un chispazo de ingenio, de esa tenebrosa ironía de que hemos hallado muchos ejemplos en Ranald.

Wedderburn exclamó:

—¡Ingenio!

—En el sentido *freudiano*. Una reconciliación de deseos violentamente opuestos, en un nivel simbólico o verbal. El deseo de destruir a Ian; el deseo de rehabilitarse, de probar su propia hombría rescatando a Ian.

Hubo un silencio durante el cual oímos, detrás del entablamento de la galería, el arrastrarse de una rata envenenada. Wedderburn extrajo un pañuelo y se lo pasó por la

frente.

—Prefiero —dijo— encontrar estos abismos mentales en los textos. Y en los textos médicos, no en los legales.

—A veces tienen que aparecer en ambos. Aún estamos lejos de haber agotado la red de motivos, y tampoco tenemos todos los materiales. En algún lugar hay un extraño motivo formado por miedo, horror, y odio contra Neil Lindsay, cuya destrucción fue tramada con tanta habilidad dentro del mayor de todos los rompecabezas. Eso debemos investigarlo. Lo que resulta claro hasta ahora es todo el cuadro en relación a Ian. Hay muchas cosas que se ajustan a él. La apasionada clausura de la galería, por ejemplo, cuando Ranald se hizo cargo del castillo. —Dejé que la luz de mi linterna circulara por los retratos de la pared—. ¡Los Guthrie de Erchany! La tradición que Ranald había traicionado. Deben de haber sido gente salvaje, tenebrosa. Pero el fratricidio, del que Ranald había sido virtualmente culpable en la llanura, estaba fuera de la esfera de acción de la familia.

Wedderburn asintió con la cabeza.

—Según mi amigo Clanclacket se distinguían por su unión.

—Y después, esa cólera impaciente al abrir la galería. Se le había ocurrido una idea, y debía ver los retratos de la familia para asegurarse de su factibilidad; para asegurarse que los Guthrie poseen realmente la extraña característica —observable a veces en viejas familias— de ser muy parecidos.

Gylby intervino.

—No comprendo.

—Escuche. —Saqué de mi bolsillo el propio diario de Gylby, y lo hojeé—. Es, como observó usted, bastante literario; pero da la esencia y leí:

«Al retornar al polvo, Guthrie había retornado a la inocencia; ese rostro siniestro, con los rasgos fuertemente acentuados, que hablan de raza, era más vigoroso y más puro, como si algún artista hubiera tomado una esponja y borrado las líneas viles. Uno suele leer que la muerte produce tales efectos; encontrarlos en un desenlace tan violento era desconcertante y conmovedor...».

—*Uno suele leer que la muerte produce tales efectos.* ¿Ven ustedes con qué sutileza había calculado Ranald? En realidad, usted miraba a un hombre distinto. Pero lo que creyó ver fue el efecto transfigurador de la muerte, algo auténtico y bien conocido. La muerte por lo común produce eso: hace que un hombre parezca ligeramente distinto, suprime las líneas de la presión y de la ansiedad, de modo que resulta una expresión de calma o de inocencia. La muerte, en efecto, tornaría al hermano Ranald en el hermano Ian. Recíprocamente, Ian muerto y espontáneamente tomado por Ranald, parecería Ranald... *tocado por la muerte*. Y recuerde que ni usted ni Miss Guthrie vieron jamás a Ranald viviente con buena luz. La noche de su llegada no había más que una avara luz de bujía. Y al día siguiente Guthrie se cuidó de no aparecer. Veán ustedes cómo, no obstante surgir de la nada como un relámpago, instantáneamente se les dio un lugar en el rompecabezas. El cuerpo iba a ser

formalmente identificado por Hardcastle, que estaba enterado de todo, por la señora Hardcastle, que es medio ciega y por el Dr. Noble, que no había visto a Ranald Guthrie en los últimos dos años. Los Gamley habían sido despachados, y la presencia de Gamley fue un percance imprevisto. Pero Gamley sólo vio al cadáver a la luz de la linterna, y no sospechó nada. Miss Mathers, la única persona que en seguida habría visto que el muerto no era Ranald, iba camino al Canadá, y era poco probable encontrarla a tiempo para la identificación, meramente formal, que sería lo único en que se pensaría. Al mismo tiempo, la ausencia de Miss Mathers era parte del plan para acusar a Lindsay. Y —como digo— usted y Miss Guthrie, que podrían haber resultado una irrupción tan embarazosa en el proyecto, fueron brillantemente utilizados para dar, imperceptiblemente, más peso a la presunción de que el muerto era Ranald. Ranald obró con soberbia economía, usando todo cuanto se le presentó, desde una leyenda sobre dedos seccionados, hasta una parienta inesperada. La verdad es que la encontró a usted útil, Miss Guthrie, en más de una manera.

Sybil Guthrie contempló, abstraída, la lobreguez de la galería.

—Yo confundí espantosamente los hechos —dijo.

—No, no me refiero a su historia de los sucesos de la torre; ya llegaremos a eso. Me refiero a que Ranald encontró útil su conversación.

Miss Guthrie abrió mucho los ojos.

—Todos vemos, creo, a qué apuntaba Ranald en lo que a sí mismo respecta. «*Oh mi América, mi tierra nueva*». Su primera experiencia como actor. Su fugaz estudio de la medicina. El hacerle contar a usted todo cuanto pudiera recordar de los Estados Unidos, los Estados Unidos donde Richard Flinders había trabajado. Todas estas cosas nos muestran claramente qué se proponía hacer Ranald; mejor dicho, qué se propone hacer. Richard Flinders ha muerto como Ranald Guthrie; Ranald Guthrie vivirá como Richard Flinders; un Richard Flinders que se retira de la investigación médica y de la sociedad donde ha vivido durante los últimos veinte años, a vivir silenciosamente en California, con una pensión. Es, como iba a decirnos Ian cuando tuvo que interrumpir su escrito, un fin factible, realizable. Y noten aquí, otra vez, una fuerte instancia, un motivo fuerte en el nivel simbólico. Comparen las vidas de los dos hermanos, y resultará evidente que Ian *ganó*. Ian siempre había sido, él mismo nos lo dice, «el miembro rudamente sano de la familia». Ranald, por otro lado, era una «personalidad neurótica». Y en consecuencia...

—Ian —interrumpió el señor Wedderburn inesperadamente— fue despachado al extranjero porque tenía demasiado éxito con las mujeres; Ranald, porque había huido para dedicarse a una profesión que consiste en ocultarse de uno mismo, disfrazándose de otro.

—Un punto fundamental para un psicólogo. Y en consecuencia esta posición —la afirmación de la inferioridad de Ranald— se aguza. Ian salva la vida de Ranald; Ranald traiciona la de Ian. Más tarde, todavía Ian, como Richard Flinders, alcanza la eminencia en una carrera altruista; la vida de Ranald es fútil y crecientemente

neurótica. ¡Pero ahora Ranald se transforma en Ian! El fracasado logra identificarse con su afortunado hermano, y desplazado.

Wedderburn dio una vuelta por la galería.

—Señor Appleby —dijo—, todo es perfectamente coherente. Qué extraño, entonces, que los motivos de esta clase sean casi desconocidos en la ley criminal.

—Ello se debe a que estos motivos —excepto en el caso de los focos— están siempre racionalizados. Hay siempre un abono, por así llamado; de motivos comprensibles, no al hombre profundamente pasional, sino al romántico o al económico. Y son estos motivos ficticios los que nos atarían en los tribunales de policía. Hay otro motivo de este tipo, aquí, en una dirección que aún no hemos explorado. —A mi vez recorrí la galería—. Y sin embargo ignoro si este otro motivo es realmente superficial. Tal vez sea el más importante.

Noel Gylby hurgó los bolsillos de su chaqueta, en busca de cigarrillos que no encontró; en cambio, descubrió su provisión de bizcochos con manteca. Los ofreció.

—Motivos —dijo vagamente— a nuestra derecha, motivos a... lo siento; continúe.

—Tome otro detalle significativo en la conducta de Guthrie... y un detalle que lo aproxima a la locura real; que lo muestra en su aspecto más evidentemente patológico. Podía remedar a Flinders. Podía idear la América que Flinders había conocido. Podía recoger bastantes conocimientos médicos para protegerse, en caso que los médicos realizaran alguna imprevista intromisión en su retiro. Pero había una dificultad grande. El Flinders californiano no debía exhibir ningún rastro marcado que resultara completamente ajeno al Flinders de Sydney. Y Ranald Guthrie tenía tal rasgo; más que un rasgo, en verdad. Un apremio empecinado, extraño y notorio. Era un avaro patológico. Si iba a convertirse en Flinders, tenía por delante la tarea tremenda de dominar esa tendencia.

—¿Sin duda la tarea imposible?

—Era Sybil Guthrie quien hablaba.

—Casi sin duda la tarea imposible. Pero su voluntad rehusaba reconocerlo. Sabemos que hizo esfuerzos, y el carácter grotesco de los primeros resultados nos da la medida de su tarea. Pensó en la mesa, y encargó vino y almacenó caviar. Pero no dejó de matar de hambre a sus perros.

Wedderburn se rió y dijo:

—Incluyendo a *Doctor*.

—La avaricia de Ranald era el mayor obstáculo para su plan.

—¿Pero acaso no señala un motivo, quizá el gran motivo? Su pasión dominante era la avaricia; vivía, me lo contó la pequeña Isa Murdoch, de las ajenas monedas de tres peniques que encontraba en los bolsillos de los espantapájaros. Y eso era lo que planeaba hacer. Al cabo iba a vivir, no de lo suyo, sino a costa del dinero ajeno; de la pensión de Flinders.

Sybil Guthrie recogió las migajas de bizcocho de su falda, y se chupó su dedo

enmantecado.

—Señor Appleby, ya no aguanto más. Necesito acción. ¿Dónde está Ranald Guthrie, ahora? ¿Es probable, por ejemplo, que esté acechando con un revólver detrás de esa esquina?

—Creo que no. Hace un par de noches estuvo en Kinkeig —debemos descubrir por qué— y fue observado...

Wedderburn agitó desesperadamente las manos.

—¡El fantasma!

—Indudablemente el fantasma. Y en cuanto a dónde está Ranald ahora, podemos adivinar. Tenía que recoger el hilo de la vida de Flinders tan pronto como fuera posible. Y las circunstancias han sido perfectamente proyectadas para facilitarle eso, ¡otra vez la hermosa economía del rompecabezas! Flinders había venido a Escocia en secreto, y paraba en un gran hotel de Dunwinnie, lugar que generalmente rebosa de patinadores y amantes de los deportes de invierno. Si el Dr. Flinders saliera a realizar una expedición nocturna y regresara con el cabello ligeramente más gris o una arruga menos, no era de ningún modo probable que alguien lo notara. Claro que podía haber elementos desconocidos que transformarían todo el asunto en un juego de azar. Pero pasado aquel punto del hotel, Ranald realmente estaba en una posición bastante fuerte. Era el doctor Flinders *en route* hacia California, en posesión de los papeles vitales del Dr. Flinders. Sin duda llegaría al segundo punto crítico cuando se encargara de los asuntos financieros del Dr. Flinders, pero era muy probable que un poco de falsificación lo sacara del paso. Y no hay razón para su poner que hasta ahora se sienta alarmado. Siempre que se mantengan en secreto nuestros descubrimientos, será encontrado sin dificultad.

Hubo un breve silencio, quebrado esta vez por Wedderburn, que masticaba sosegadamente un bizcocho. Terminó su bocado y dijo:

—¿Y nuestra próxima jugada?

—Escuchar a Miss Guthrie. Creo que hubo un detalle donde casi desbarató los planes de Ranald.

Sybil Guthrie empezó dirigiéndose hacia Wedderburn.

—Me preocupa especialmente pensar lo estúpida que le habré parecido. Cuando usted dijo que Lindsay no tenía nada que temer, y que yo debía decir la verdad, le habré extrañado, que yo no entreviera lo que usted pensaba, que dijera que me resultaba terriblemente difícil creerle. Pero usted ve que su teoría —la teoría de que Guthrie se había matado para acusar a Lindsay— no podía ocurrírseme por la sencilla razón de que quedaba descartada por lo que yo sabía. En el parapeto yo había visto a un hombre empujado hacia la muerte. Cuando esta tarde usted probó su teoría ante el comisario del condado, yo sabía que mis mentiras repetidas —mi segunda línea de mentiras categóricas— le habían permitido demostrar algo que no era cierto. Fue una sensación bastante pavorosa. Las pruebas del teléfono falso, del escritorio que yo sabía que Lindsay no podía haber violentado, eran terminantes. Es decir, el plan de Guthrie contra Lindsay era terminante. Y, sin embargo, yo sabía que Ranald no se había suicidado. Había visto *matar* al hombre que yo creía Ranald. Y todavía creía que Lindsay lo había matado. Claro que mi conciencia estaba ahora más despejada aún. Porque tenía que creer que Lindsay, al perder realmente el dominio de sí mismo y matar a Guthrie, no había hecho otra cosa que lo que Guthrie, abominablemente, trataba de sugerir. Ésa era la única manera de reconciliar su teoría y mi conocimiento. Y aunque mi moral privada dice que un Neil Lindsay no debería ser ahorcado por matar a un degenerado como Ranald Guthrie, después de la ultrajante provocación que había visto y sentido en aquellos últimos momentos, en la torre... bueno, era pavoroso de cualquier modo. Me pregunté si Lindsay no habría advertido el plan de Guthrie, y lo había muerto encolerizado por su descubrimiento. Y si ése no habría sido un suicidio casi justificable. Y si tal vez Lindsay no debía haber dicho la verdad —lo que yo creía que era la verdad— y afrontado las consecuencias. —Sybil Guthrie vaciló, pareció buscar más palabras—. Quiero decir que un tribunal de justicia la impresiona a una de una manera tremenda con la importancia abstracta de sacar a luz toda la verdad. Me parece que sentí bastante timidez al acercarme a Lindsay y estrecharle la mano, al final. Creía que ambos éramos menos que honrados.

No sé si he mencionado que Sybil Guthrie es una muchacha muy bonita. Noel Gylby dijo alegremente:

—¡Bueno, bien está lo que bien acaba!

Dije, como el mejor medio que se me ocurrió para apartarme de este punto de vista despreocupado:

—Miss Guthrie, antes de esas reacciones en el tribunal ¿no tuvo dudas o escrúpulos?

—No, señor Appleby. No he jurado, como usted, adherirme a ciertas convenciones jurídicas. Tenía sólo un escrúpulo.

Gylby hizo un gesto como si recordara algo.

—El escritorio.

—Sí. Por un momento, el escritorio violentado me desconcertó. Si Lindsay había tocado el oro, quedaba —cualquiera fuera la provocación que hubiera sufrido— fuera de mi protección. Pero después comprendí que nunca había estado junto a él. Creo que dije o sugerí a Neil que el escritorio sólo añadía algo más al enigma, al misterio de lo que había sucedido. Era ajeno a mi problema moral.

Wedderburn se inclinó hacia adelante y acarició la mano de su clienta.

—Querida —dijo—, temo que un día tendrá el problema práctico de explicar su problema moral a un juez de la Suprema Corte. Durante el juicio de Ranald Guthrie.

Sybil alzó la cabeza.

—Si puedo ver a mi primo Ranald en el banquillo, no me afligirá mucho el papel que haga.

Completamente ilógico, pensé, pues, ¿por qué proteger a un joven nerviosamente excitable como Lindsay, sólo para perseguir a un hombre nerviosamente degenerado como el viejo Guthrie? ¿Acaso Guthrie no era el mismo caso morboso en que Lindsay —tras cierta presión en un punto crítico de la vida— podría haberse transformado? Me alejé de estos pensamientos —el acertijo que la neurología moderna presenta a penalistas— para afrontar el problema más concreto de Miss Guthrie; como había opinado mi colega Speight, una chica simpática. Aunque Speight, en lo que a eso respecta, podría sentirse ahora un poco inclinado a modificar su veredicto. Haciendo eco al tono paternal de Wedderburn, dije:

—Y ahora es mejor que oigamos en detalle lo que usted vio.

—No llevará mucho tiempo. Vi nada más que lo que dije haber visto: la entrevista, Guthrie volviéndose contra Lindsay al final, e insultándolo de una manera horrible. Lindsay saliendo por la puerta de la escalera, y Guthrie por la del dormitorio; las dos puertas que el señor Wedderburn descubrió que yo no podía dominar. Después de eso —y en forma de omisión— empieza la mentira.

Gylby dijo vivamente:

—He encontrado un pedacito de chocolate. —Se lo ofreció a Miss Guthrie.

Miss Guthrie lo mordió.

—Que empieza la mentira. Me quedé espionando el estudio vacío durante unos veinte segundos, preguntándome si podría cruzado y huir. Y entonces oí algo. Todavía soplaba allá arriba, como saben, un viento terrible: lo que oí fue un grito o una exclamación; y debe de haber sido bastante fuerte para que llegara hasta mí desde atrás de la esquina del parapeto. Porque de allí venía, de ese lado del parapeto sobre el cual ahora sé que se abre el pequeño dormitorio. Estaba excitada, y dispuesta a un poco de adivinación. Al ver el repentino ataque verbal de Guthrie contra Lindsay, me sentí, por un momento, como saben, completamente sanguinaria, y pensé que los dos hombres estaban juntos otra vez, que de alguna manera habían salido al parapeto y peleaban allí. El lugar era muy peligroso, y de pronto sentí que todo aquello era una estupidez que yo no estaba dispuesta a tolerar. Locura del Castillo de Erchany; ya

había tenido bastante. De modo que busqué a tientas el camino a lo largo del parapeto, para decirles que terminaran.

Noel Gylby nos abarcó, a Wedderburn y a mí, en una mirada que evidentemente exigía nuestra admiración.

—¡Bravo! —dijo.

—Naturalmente, yo sabía que podía estar equivocada. Sin embargo, doblé aquella esquina. Y por cierto que sucedía algo. Fue una visión confusa. Alguien había colocado una linterna —una linterna para tormentas— en un nicho, sobre la puerta del dormitorio. Más abajo de cierta línea, todo era oscuridad; podía ver sólo lo que había arriba. Y lo primero que vi fue el rostro de Ranald. Apenas tuve tiempo para notar que estaba contraído por alguna emoción violenta, cuando su brazo se levantó en el aire y vi que empuñaba un hacha. Le grité que se detuviera. Creo que me oyó, aunque yo no esperaba que lo hiciera, con aquel viento. Giró sobre sus talones y dio un paso que lo alejó de los rayos de la linterna. Durante un momento lo vi como una sombra; después creo que se agachó y ya no vi nada. Advertí un movimiento confuso: creo que un quejido y algunas palabras balbuceadas. Un momento después lo vi de nuevo —o, más bien, vi lo que creí que era él— apoyado contra el parapeto, la cabeza y los hombros en plena luz. Durante una fracción de segundo —quedó así, y después algo se interpuso entre nosotros; apenas la silueta negra de una espalda que supuse de Lindsay. Debo de haber tenido la sensación de lo que iba a ocurrir porque grité otra vez y pugué por acercarme. La oscura espalda del hombre se movió, y otra vez Guthrie quedó a la vista. Pero sólo un momento. Un brazo se extendió hacia él, y oí, aun en medio de ese viento, el golpe de un puño desnudo sobre su mentón. Se tambaleó, dio un grito —el grito que Noel oyó desde la escalera— y después cayó limpiamente del otro lado del parapeto. —Sybil Guthrie se estremeció y se arropó en su abrigo—. Eso es todo.

Dejé a un lado la libreta donde había estado escribiendo.

—¿Todo, Miss Guthrie? —pregunté—. ¿No vio a Ranald huir por la trampa y la escalera de caracol?

—No vi nada más. Estaba segura de haber visto a Lindsay matar al primo Ranald, acaso defendiéndose del hacha. Y no iba a meterme en nada si mi testimonio podía complicar a Lindsay. Me volví y retrocedí, empujada por un impulso instantáneo, por la esquina y el ventanal junto al que había estado espiando. Aquel horror era mejor que pasara como un suicidio; fuese como fuere, aguardaría.

Noel Gylby dijo, pesadamente:

—Yo habría hecho lo mismo.

—Y ahora su narración —dije—, en lugar de poner en aprieto a Lindsay, prueba en realidad la culpa del hombre que usted creyó que Lindsay había matado. Para el policía es una confusión agradablemente completa. Un misterio de líneas clásicas, con el desenlace en su justo lugar.

Gylby emitió un ruido aprobador, y Wedderburn otro de desaprobación. Yo había

hablado, creo, con el propósito de aliviar una tensión evidente en el rostro de Sybil Guthrie. Había estado sometida a un largo esfuerzo, y ahora que había contado la verdad, sentía la reacción.

—Su declaración —proseguí— por lo menos ha absuelto al primo Ranald en un sentido.

—¿Absuelto?

—De la acusación de remilgado. Recuerde usted que según la teoría del señor Wedderburn, Ranald había fracasado en dos detalles. No había permanecido silencioso al arrojarse hacia la muerte. Y la serenidad le había abandonado en el punto esencial del plan, en aquello que iba a acusar a Lindsay ante la opinión de los labriegos; en sus últimos momentos de vida no había efectuado aquella horrible amputación de sus dedos. Y cuando nos acercamos más a la verdad, ese último punto seguía confuso. ¿Había sentido piedad a último momento, cuando iba a cometer aquel ultraje contra Jan, narcotizado, se supone, y listo para ser arrojado a la muerte? Sabemos ahora que no se había ablandado; sencillamente, su grito lo interrumpió. Y su acción posterior a esa interrupción es nuestra última y mejor prueba de la notable rapidez y economía de su mente. Consideren exactamente lo que sucedió. Ranald tiene a Ian acurrucado a sus pies, sobre la nieve, impotente. El hacha se levanta, y es en ese preciso y horrible momento cuando oye un grito. Hay alguien en el parapeto. ¿Un descubrimiento paralizador? Nada de eso. La situación es desesperada, pero aún es posible salvarla. Hasta aquí, sólo puede haber sido visto él. Arroja el hacha sobre el parapeto, se sale a la luz, se agacha, levanta el cuerpo de su hermano hasta colocarlo en una posición momentáneamente erguida... *y expuesta a la luz*. Después —él mismo, apenas una silueta negra— golpea. El intruso, quienquiera sea, no tiene idea de la existencia de un Ian Guthrie: *ve que matan a Ranald Guthrie, y no puede ver al matador*. Si después Ranald puede huir por la escalera de caracol, arrebatando y apagando la lámpara, aún hay mucha posibilidad de que su plan tenga buen éxito. El viento pronto borrarán todo rastro de que se haya usado la trampa; el intruso no podrá jurar que en la oscuridad el matador no escapó a través del dormitorio y por la escalera principal —donde Lindsay sería encontrado dos o tres segundos después—, de acuerdo al plan. Y de este modo, la acusación contra Lindsay sería aún más fuerte de lo que Ranald había esperado, pues ya no podía haber duda de que se había cometido un crimen. Ranald Guthrie, en efecto, es un hombre que nunca se da por vencido.

Wedderburn se puso de pie, era un hermoso anciano repentinamente encendido en cólera.

—¡Lo atraparemos! —exclamó—. Ranald Guthrie ha jugado su última carta.

Desde algún lugar, debajo de nosotros, estremeciendo el silencio del castillo vacío, llegó la vibración alta y áspera de una gran campana resquebrajada.

3

Era el joven abogado Stewart, de regreso de Dunwinnie. Lo habíamos olvidado completamente; y al hallar cerradas las puertas, había recurrido a la campana del patio. Con él estaba el párroco, doctor Jervie.

Bajamos a la puerta en un grupo compacto y nervioso, y sin duda leyeron en nuestros rostros —mientras estábamos allí, entre las vacilantes sombras del *hall*— que el misterio del lugar había sufrido alguna violenta revolución. Pero ambos permanecieron extrañamente silenciosos, y sólo cuando Gybyl hubo encendido un fuego en la sala de estudio —cosa que bien podíamos haber hecho mucho antes—. Stewart dijo:

—¿Tienen noticias?

Wedderburn replicó.

—Las más extrañas. Ranald Guthrie aún vive.

Stewart vaciló, asombrado. Pero mi interés se concentró en el Dr. Jervie. Se había sentado y miraba fijamente las primeras llamas que saltaban en la chimenea; creo que nunca he visto un rostro más triste. Al oír las palabras de Wedderburn, levantó la vista un momento, como quien abandona la meditación para aceptar algún hecho en un plano indiferente.

—¿Guthrie vive? Entonces no vi un fantasma.

—¡Usted vio el fantasma!

—Sí. ¿Tal vez su informante no me mencionó? Se daría por supuesto, saben ustedes, que el fantasma se aparecería al párroco. ¿Para qué otra cosa se le paga al párroco —un viejo loco que habla consigo mismo— sino para encargarse de estas locuras y de estos cuentos de aparecidos? —El rostro seguía tranquilo, pero las palabras, que parodiaban la conversación de una aldea escocesa, en su forma menos hermosa, sorprendían por su amargura. «No, pensé, una disposición crónica; más bien el producto momentáneo del asombro». Pero no parecía asombro por la existencia de Ranald Guthrie.

Jervie hizo un ademán a la vez de fastidio y de disculpa.

—¿Podemos oír su extraña historia —dijo— primero?

Fue una hora y media después. Yo había atravesado la ventana de la sala de estudio, y me encontraba en una pequeña terraza cuya existencia no había notado antes. Todo estaba muy tranquilo, el aire húmedo y extrañamente tibio en el deshielo de la noche. La luna, casi llena, muy alta, en el cielo claro. A mi derecha, en las naves que formaban los oscuros alerces, podía ver los estrechos campos nevados de la granja, más allá una dentada línea de alerces parecía una hilera de árboles de cartón, recortada contra el telón luminoso del cielo. Pero a mi izquierda —mi vista podía penetrar mucho en la noche—, por encima del lago, por encima de la larga cinta del hielo oscuro se levantaban las imperturbables fortalezas del Ben Mervie y el Ben Cailie. Sentí mi corazón cargado de presentimientos.

Jervie salió y se detuvo junto a mí, y contempló en silencio el lago y las montañas. Después dijo en voz baja:

—¡Qué tranquilidad!

Un ruido que parecía el disparo de una pistola quebró, por el lado del lago, una pausa más larga: el hielo se resquebrajaba. El sonido, agudo en medio de aquella quietud, lo movió a hablar.

—Señor Appleby... entre. —Y volvió a la sala de estudio.

Stewart había subido a la torre; Gylby acababa de regresar a la habitación, con una brazada de leña. Jervie cruzó hacia donde había estado sentado, plegó cuidadosamente la carta-diario de Gylby y la colocó sobre una mesa, junto al testamento de Ian Guthrie. Después sus ojos percibieron algo del otro lado de la habitación, recogió una bujía, y comenzó a estudiar las pinturas de pájaros de la India que había sobre la pared. Regresó, se detuvo ante el fuego, y allí recitó, con el extraño efecto conmovedor de una afirmación familiar:

Puesto que no hay remedio para la muerte, es mejor que dispongamos las cosas para vivir después de nuestra muerte Timor Mortis conturbat me.

Se volvió hacia Wedderburn.

—Ranald Guthrie —dijo— hace tiempo que se ha entregado al Demonio. Y el Demonio le dio, a cambio, un regalo propio del Demonio: soberbia.

Incómodamente Wedderburn dijo:

—Sin duda.

—Señor Appleby, usted se pregunta si, en todo el complejo de motivos que ha descubierto, el principal es la avaricia, esa mezquindad que es su pasión dominante. Creo que el motivo principal es su otra pasión dominante, la soberbia. Soberbia que es más intensa en él que la avaricia que lo empujaba a rondar los espantapájaros. Soberbia que le hizo tomar un sendero tortuoso y diabólico hacia un fin imperativo.

Prohibía el casamiento de Neil Lindsay y Christine Mathers. Pero la soberbia le impedía dar la razón. Neil y Christine son hermano y hermana.

Sybil Guthrie lanzó un grito ahogado que se desvaneció en silencio.

—En realidad, medio hermanos. Se ha supuesto —aunque sólo dudosamente y por implicaciones— que Christine es hija del hermano de la madre de Guthrie, que se supo había muerto con su esposa en un accidente ferroviario, en Francia. En realidad Christine es hija de la propia hermana de Guthrie, Alisan Guthrie.

—Alisan era una mujer solitaria y excéntrica, apasionada por los pájaros...

Lo interrumpí.

—Christine...

—Exactamente. Tiene algo de la misma pasión.

Pero si Alisan sentía pasión por los pájaros, también sentía una pasión, menos inocente, por sus propios sirvientes. El tipo es conocido. Y un cierto Wat Lindsay, el padre de Neil, la sirvió algún tiempo, cuando ya era un hombre casado, y poco después del nacimiento de Neil. Christine era...

Repentinamente, como si hubiera comenzado un diluvio, Sybil estalló en un acceso de llanto. Jervie aguardó un minuto y prosiguió suavemente:

—La madre de Christine murió en algún lugar solitario, cuando nació su hija. Ranald Guthrie recogió a la niñita, pero ocultó su parentesco con todo el ingenio de que ya lo saben capaz. Podía, claro, averiguarse: el señor Wedderburn dudará sobre si podía haberse arreglado el asunto de las propiedades, después de la supuesta muerte de Ranald, sin que surgiera la verdad. Pero Ranald era una criatura acosada, y su perspicacia tenía límites. Estaba apasionadamente resuelto a que nunca se supiera aquello que mórbidamente consideraba vergonzoso. Y de este modo fue la soberbia, como ven, y no la avaricia, la que lo empujó a la mayor de todas las maldades.

No había necesidad de que la historia de la familia se hiciera pública. Una explicación dada a Neil y a Christine, apenas se enteró de su afecto, aunque inexpresablemente triste, habría detenido la tragedia. Pero parece que no pudo darla. Eso que los psicólogos en quienes se interesa el señor Appleby llaman inhibición, eso era absoluto. No podía hablar; llegó a ver que no podía evitar el matrimonio, a menos que hablara. De modo que aquí está el motivo contra Lindsay, que el señor Appleby buscaba. Creo que podemos sentirlo: el miedo enorme, el odio, el horror, creciendo dentro de él. Frente a estos dos jóvenes veía la realización de un pecado —un pecado inconsciente, si puede existir tal cosa— que siempre ha parecido peculiarmente horrible a la mentalidad neurótica. Es responsable, y sólo puede evitarlo hablando u obrando. Pero no puede hablar.

Sybil Guthrie se puso de pie, con los ojos ya secos.

—¿Dónde está Christine? ¿Podría ir a...?

Jervie meneó la cabeza.

—Habrás bastante tiempo a la mañana. En este momento, Christine está dormida en la rectoría, y Neil en casa de Ewan Bell.

—Digo que Guthrie no podía hablar. Y que por eso decidió obrar. El sentido de la culpa, que se torna abrumador en los de su tipo, que había crecido y crecido en él al meditar sobre su traición o su cobardía en Australia, trataría de descargarlo ahora, supongo, sobre Lindsay. Lo proyectaría sobre Lindsay —Lindsay cuyo padre, en cierto modo, había traicionado a una Guthrie— que ahora marchaba erguido hacia un pecado mortal. Nada salvaría la situación, y nada resultaría adecuado, salvo la muerte de Lindsay.

Con voz bastante ronca, Noel Gylby interrumpió:

—Como Christine dijo de él, llegaría a extremos sólo contra los extremos. O lo que creía extremos.

—Y de este modo —dijo Jervie— tenemos un nuevo aspecto del rompecabezas. El señor Appleby ha visto a Randal incorporando a Lindsay en el complot contra su hermano; yo lo veo incorporando a su hermano en su plan contra Lindsay. —Otra vez hizo un cansado ademán—. Supongo que, criminológicamente, es un caso interesante. —Se puso de pie—. Debo encontrar fuerzas para el deber que se me impone mañana.

Wedderburn también se levantó.

—¿Jervie, está seguro? —preguntó—. ¿No hay duda de la verdad de los hechos que nos ha contado?

—Temo que no. Pero deben saber cómo hemos llegado a ellos. No sabemos aún si el nacimiento de la niña —el nacimiento de Christine— fue falsamente registrado. Pero cualquiera fuera el camino tomado por Guthrie —y podemos estar seguros de que sería bastante inteligente—, se requería la connivencia de alguna otra persona de rango, de la región. Guthrie acudió a Sir Héctor Anderson, de Dunwinnie, un viejo excéntrico, con opiniones extravagantes sobre la sangre y la raza. Sir Héctor murió hace quince años, de modo que en su plan actual Guthrie nada debía temer de él. Pero no ha contado con Lady Anderson, razonablemente, pues tiene ahora noventa años. Ella sabía la verdad, aunque nunca la ha divulgado. Y todavía siguen las noticias locales. Cuando se enteró de que Neil y Christine habían sido traídos de regreso después de un intento de fuga, no perdió tiempo. La llamada que esta tarde llegó a Stewart con tanta prisa, procedía de Dunwinnie Lodge. Él oyó toda la historia.

—Pero los recuerdos de una señora tan anciana...

Jervie sacudió la cabeza.

—Conservaba un par de cartas. No muchos detalles; pero, en cuanto al hecho, terminantes.

Sybil Guthrie dijo:

—Dr. Jervie... ¿nadie más sabe esto aún? ¿No se lo dirán... brutalmente?

—Nadie más lo sabe. Y yo mismo se lo diré.

—¿Qué *necesidad* hay de que lo sepan? No es un parentesco *verdadero*; un parentesco enterrado como ése... Debe de haber sucedido cientos de veces, y sin perjuicio para nadie.

Coloqué una mano sobre su brazo.

—No sirve, Gylby, no sirve para nada. Se pondrá en evidencia durante el proceso de Ranald. Aun si lo ocultáramos —Lady Anderson y nosotros— casi sin duda Ranald lo divulgaría al final. Sería su único camino hacia el triunfo, y casi sin duda vencería a su silencio.

Sybil Guthrie se puso de pie de un salto y se acercó a mí.

—Pero, señor Appleby —dijo—, si dejáramos tranquilo el asunto... Por ahora la teoría del señor Wedderburn es dueña del campo. Ranald está lejos, a cubierto, camino a su retiro y a su pensión. Lindsay ya no corre peligro de ser ahorcado. Él y Christine están haciendo sus planes para el Canadá... —Se interrumpió, se volvió hacia el Dr. Jervie en una súplica repentina—: Dr. Jervie, ¿no está usted de acuerdo conmigo?

Jervie se dirigió a la ventana y miró hacia afuera. Sin volverse, dijo en voz baja:

—No.

Un debate fútil. Traté de detenerlo.

—Es inútil discutir si debemos callar. Aparte de las razones éticas, de nada serviría. Ranald no perdería de vista lo que sucediera. Cuando descubriera que su plan contra Lindsay había fracasado, y que los jóvenes habían partido al Canadá, se encargaría de que supieran su parentesco.

Sybil dijo:

—Encuentren a Ranald. Cierren un trato. Silencio por silencio.

Meneé la cabeza.

—Es viejo, y podría violar el trato al morir. Uno no puede asumir la responsabilidad de que la verdad caiga sobre ellos después de diez años de matrimonio. Aunque más no fuera porque es imposible saber cómo juzgarían nuestro silencio de ahora. No hay ninguna escapatoria suave.

Desde la ventana, Jervie dijo con una nueva voz:

—Alguien viene.

Crucé la habitación y los dos salimos una vez más a la terraza. Un automóvil se aproximaba al castillo; sus faros delanteros, débiles a la luz de la luna, barrían el estrecho brazo del lago que corría casi hasta el foso. En cierto momento, las luces nos enfocaron, y luego describieron un círculo hacia la derecha, siguiendo el camino alrededor de aquel trozo de agua helada. Después se detuvieron.

—El bache que hay en la última curva del camino —dijo Jervie— estaba convertido en un pantano cuando vinimos; supongo que el automóvil no podrá cruzarlo.

Un minuto después dos figuras aparecieron en la costa opuesta, bajaron dificultosamente y comenzaron a cruzar el hielo con rapidez. A mitad de camino llegaron a la zona iluminada por la luna, y reconocimos a Neil Lindsay y a Christine Mathers.

Iban enlazados de la mano. Creo que estaban contentos: al abandonar el camino

bloqueado y cruzar el hielo hacían una temeridad. El hielo ya se resquebrajaba en todas partes; deben de haberlo sentido quebrándose debajo de ellos; apretaron el paso y creo que reían. Eran jóvenes, ágiles, y aquel día habían escapado de la sombra de un gran peligro. De pronto oímos la voz de Christine, clara y anhelante, gritando algo sobre la noche. Sentí que Jervie buscaba fuerzas cuando el sonido flotó hasta nosotros.

—Debe ser esta noche —dijo—. Bajaré y los haré entrar.

Desde abajo, más clara ahora, llegó la voz de Christine:

—¡Qué zapatos imposibles! Álzame, Neil.

Llegaron corriendo por el corredor hasta la sala de estudio. Jervie —que había tenido el propósito, creo, de conducirlos a otra habitación— los seguía de lejos. Los miré. La verdad es que eran jóvenes. Eran felices.

—¡Que nadie trate de cruzar el hielo! El próximo que lo haga se caerá adentro. —Christine arrojó a un lado su sombrero y miró a su alrededor; primero a su habitación, y luego a las personas que había en ella. Corrió hacia Sybil Guthrie—. ¡Miss Guthrie de Erchany! Traiga paz y cordura al castillo; y alegría, y nuevas cañerías, también. —Nos echó otra mirada—. ¿Pero dónde está Ewan Bell?

Jervie dijo suavemente:

—¿Esperaba verlo aquí?

—Claro. Dijo que iba a encontrarse con nosotros y con los abogados, para dar explicaciones, explicaciones confidenciales. No sé...

No había notado, en su excitación, la atmósfera de la sala; ahora la advirtió, y de pronto quedó en silencio. Y Lindsay, que se había quedado callado junto a la puerta, mirándonos, habló:

—No sabemos qué quiso decir. Pero es evidente que nos esperan explicaciones. Hay un secreto en cada uno de los rostros de esta habitación. ¿Cuál es?

Vi que el Dr. Jervie estaba desconcertado. Lo que tenía que decir requería reserva y preparación, y mientras tanto, aquí estaba el joven Lindsay exigiendo la verdad. A manera de escapatoria, intervine:

—La primera noticia es ésta. Ranald Guthrie no está muerto. Su plan contra usted, señor Lindsay, subsiste; sólo que no se mató él mismo, sino que mató a su hermano mayor, un médico recién llegado de Australia.

Escuetamente expresado, me parece que resultó casi ininteligible, y no creo que Christine entendiera una sola palabra. Pero Lindsay captó el hecho central, y lo retuvo. Sus ojos se oscurecieron.

—¡Guthrie vivo!

Desde la ventana, Gylby gritó; su voz llena del alivio que le causaba un momento de distracción:

—Otro visitante a la vista. Y por el mismo camino.

Christine giró sobre sus talones.

—Debe de ser Ewan Bell. ¡No debe cruzar el hielo! —Y corrió hacia la ventana.

Todos la seguimos. Durante un momento sólo pudimos ver una figura confusa que descendía la orilla opuesta. Christine se volvió hacia Lindsay.

—Neil —dijo—, llámalo, avísale. —Entonces la figura se distinguió a plena luz. La muchacha se tambaleó a mi lado—. ¡Tío Ranald!

Y Lindsay le hizo eco:

—¡Guthrie!

Gylby regresó de un salto a la sala de estudio y la sumió en la oscuridad. Sybil

Guthrie susurró:

—Debe de creer que el castillo está desierto. Lo tenemos; ¡lo tenemos!

Pero Lindsay respiró profundamente y gritó:

—¡Atrás, hombre, atrás!

En ese instante el hielo se quebró.

Durante una fracción de segundo quedamos inmóviles, contemplando fijamente el círculo de agua oscura que se extendía, al parecer con la lentitud del aceite, en medio del hielo débilmente brillante. Después sentí que un brazo tenso me hacía a un lado. Era el de Lindsay. Y saltó directamente de la terraza al foso.

La distancia parecía ser de quince pies, pero era probablemente menor. Y se caía sobre la nieve. Gylby y yo no podíamos sino seguirlo. Cuando salté, oí que Christine decía:

—Buscaré una cuerda.

Lindsay nos llevaba sólo unos segundos de ventaja, pero la suerte o un acceso de fuerza lo llevó hasta el otro lado del foso más pronto de lo que pudimos hacerlo nosotros. Cuando llegamos al borde del lago ya estaba sobre el hielo, arrastrándose sobre su pecho.

—Que nadie más pise el hielo... tiren una cuerda en cuanto puedan. —Y después gritó al que estaba más adelante—: ¿Guthrie, puede aguantar un poco? Ya voy.

Vi que tenía razón. Si Guthrie, como parecía probable, había quedado aturdido al caer, nuestra mejor manera de llegar hasta él era forzar lo menos posible la superficie del hielo; una ruptura extensa tornaría imposible el rescate aun en esta estrecha garganta del lago. Por el momento sólo podíamos detenernos y observar, listos a hacer lo que pudiéramos si también Lindsay se hallaba en apuros. Y el hielo seguía crujiendo peligrosamente. Me quité los zapatos y comencé a desnudarme. Era probable que tuviéramos que zambullirnos.

Christine se acercó corriendo con un cuerda.

—Toda la que hay —dijo en voz baja—. Y no sirve.

Eché un vistazo a la cuerda, y después a Lindsay: estaba a mitad de camino de su meta.

—Mejor probarla —dije— y saber a qué atenernos.

Rápidamente Gylby y yo la desenrollamos y, yarda a yarda, la estiramos cuanto pudimos. Parecía resistente, pero yo tenía poca confianza en ella; era una cuerda común. Y demasiado corta para atravesar aquel brazo de hielo. Con suerte, alcanzaría justamente al lugar donde había caído Guthrie.

Oímos la voz de Lindsay, confiada, segura.

—Sosténgase, hombre, y saldrá perfectamente. ¿Le parece que para esto está el Loch Cailie en una aciaga noche de invierno?

Christine, a mi lado, emitió un grito ahogado, y miró fijamente sobre el hielo.

—Lo ha visto —dije—. Y no hay nada que hacer; tengo que ir con la cuerda.

Gylby dijo:

—Yo soy menos pesado.

Pero yo ya me arrastraba en la huella de Lindsay. Guthrie estaba aparentemente consciente, aferrado a algún borde de hielo bastante fuerte; Lindsay casi había llegado hasta él; me pareció probable poder alcanzarles la cuerda. Sólo una vez oí crujir el hielo, y, a no ser por un extraño temblor intermitente, no habría sentido ningún temor. Llegó hasta mí la voz de Lindsay:

—Lo tengo. Hágame llegar la cuerda desde tan lejos como pueda.

Cautelosamente me puse de rodillas y arrojé la cuerda. El hielo crujió a raíz del movimiento, pero cuando me tendí otra vez sobre el pecho, lo sentí firme debajo de mí. Y otra vez oí la voz de Lindsay.

—Lo tengo. Retroceda y tire suavemente cuando le diga.

Retrocedí lo más ligero que pude, sintiendo que el temblor del hielo crecía a medida que me arrastraba. El grito de Lindsay llegó antes que alcanzara la costa. Durante un rato tiramos de un peso muerto —y por cierto de un peso para el que no había sido hecha aquella soga. Después se movió. Oímos la voz triunfante de Lindsay:

—¡Salió! ¡Tiren de firme!

Ahora notaba el temblor del hielo como una vibración en el aire, el fantasma de un quejido bajo. Y, justamente, cuando habíamos arrastrado a lugar seguro aquel cuerpo casi inerte, aumentó en intensidad. Le levantaba un viento desde el lago. La voz de Lindsay, llegó rápida y reprimida:

—La cuerda otra vez..., si pueden.

Un segundo después, nítido contra el murmullo de ese viento veloz y traicionero, se oyó la restallante repercusión de una ancha superficie que se quebraba.

—¡Lindsay!

No hubo respuesta. Eché una mirada a Christine Mathers, y corrí sobre el hielo, ahora en movimiento.

6

El frío de aquella agua aún perdura en mis huesos. Y mis, debo pensar, en los de Noel Gylby. Yo le llevaba unos segundos de ventaja; trabajó durante una hora después de haberme extraído a mí. Pero lo que persigue mis recuerdos, con penosa ironía, es la reducida escala de todo aquello. La luz del día mostró qué angosto es aquel último brazo del lago. Ni siquiera es muy hondo. Y luchábamos con fragmentos flotantes de hielo que un chico podía recoger y arrojar contra una piedra. Sin embargo, no creo que no hiciéramos todos los esfuerzos posibles. En aquella repentina ráfaga de viento de mono taña, el agua entumecedora y el hielo en movimiento formaron un pequeño infierno ártico. Y desde lo alto del lago nos arrastraba una poderosa corriente profunda, que amenazaba llevar nos bajo una barrera impenetrable. Pasaron varios días antes que se recuperara el cadáver de Neil Lindsay.

Yo tenía la cabeza lastimada; y a causa de eso, y del agotamiento, debo de haber estado inconsciente durante algún tiempo. Cuando volví en mí, encontré a Wedderburn con un frasco de *brandy*, y a Ewan Bell, el remendón, inclinado sobre mí. Pugué por levantarme, e hice una pregunta.

Wedderburn sacudió la cabeza.

—Temo que no haya esperanza. Se ha ahogado.

—¿Miss Mathers?

—Miss Guthrie y Jervie la han llevado a la casa.

Me volví y vi, tendido a mi lado, el cuerpo del hombre rescatado. Se movió. En medio de su inconsciencia, mi mente, creo, había estado trabajando en términos de mero accidente y peligro. Ahora la inundaba el conocimiento de la tragedia. Y mi rostro lo debe de haber mostrado; porque Wedderburn dijo:

—No habrá que decírselo hasta que llegue un momento adecuado.

Difícilmente me puse de pie, impaciente.

—Ranald Guthrie —dije—; usted no cuenta con él.

Bell se dirigió a la figura postrada y elevó sobre ella una linterna, movió un brazo, una mano, hacia la luz, una mano de la que, largo tiempo atrás, habían sido amputados dos dedos.

—Jan Guthrie —dijo—. Ranald está muerto.

—¡Muerto! ¿Está seguro? —Mareado todavía, lo miré estúpidamente.

El anciano se irguió.

—Sin duda. Yo lo maté.

VII. CONCLUSIÓN, POR EWAN BELL

1

Ayer recibí carta de Christine. El sello del correo —*Cincinnati, Ohio*—, que parecía extraño y remoto hace apenas un año, se ha hecho ahora familiar; es maravilloso cómo hasta un viejo se acostumbra al cambio.

Ningún cambio, sin embargo, podría notarse en la gente de Kinkeig. La misma señora Johnstone trajo la carta desde la oficina del correo, y se quedó cerca de diez minutos, muy interesada en los zapatos de los demás.

—Lea su carta, señor Bell —me dijo—, y no se preocupe por mí.

Y media hora después entró la maestra —la nariz quizá una sombra más larga que aquel día de invierno en que subió al valle hacia la casa grande— quería saber si le compraría yo una entrada para una bonita obra de teatro que los niños iban a representar en el salón de la iglesia; estaría saturada de *autoexpresión* y psicología infantil, y toda escrita por el mejor alumno de la clase —un genio, sin duda—, el pequeño Geordie Gamley. ¿Y habría llegado a Kinkeig alguna noticia del mundo en estos días?

Y hace una o dos semanas recibí otra carta de América, el sello del correo menos familiar: *San Luis Obispo, California*. Difícilmente podría buscarse algo más pagano que eso, dijo la señora Johnstone. ¿Y sería de un negro, ahora? Abrí la carta y dije que no; era de un discípulo establecido en esas distantes regiones. Lo cual era muy cierto.

Porque bien nos recordaba —escribía el Dr. Flinders— a nosotros dos, estudiando, con el viejo maestro, cuando estuvo en la escuela de la aldea, antes de que lo enviaran a Edimburgo. Una cosa extraña para que estuviera escrita por un hombre que nació en Australia cuando yo tenía veinte años. Pero la señora Johnstone no está enterada de nada de eso.

La carta de ayer de Christine la llevé a la rectoría, y el Dr. Jervie y yo la leímos juntos. Creo que ha envejecido el párroco, este año pasado; por cierto que su mano temblaba cuando colocó la carta sobre su escritorio —la carta que decía que Sybil le había contado la verdad sobre *Neil*—. Y durante un tiempo guardó silencio, mirando más allá del tibio jardín y de las tierras donde las espigas crecían pesadas y amarillas.

—Y el tiempo lo madura todo, Ewan Bell —dijo. Puse otra vez la carta en mi bolsillo.

—¿Cree usted —le pregunté— que algún día Christine encontrara un hombre?

—¿Y por qué no, Ewan? Quizá después de Neil Lindsay, Christine no pueda casarse con alguien de la aristocracia escocesa. Y nunca, después de Neil Lindsay, con otro labrador. Pero ahora está en un nuevo mundo: Y fíjese cómo ya se abre a su novedad, cómo sale de su cáscara para contemplar y asombrarse y criticar. Un día verá no sólo la novedad, sino la belleza, y entonces... —Se puso de pie—. Pero quizá no suceda eso en nuestros días, mi viejo amigo.

Y hoy he caminado por el valle. Dieciocho meses han pasado desde que por

primera vez tomé la pluma para poner en movimiento esta narración. Se me ocurre terminarla a la sombra del Castillo de Erchany.

2

John Appleby, ese avisado londinense, insiste en que el caso Guthrie lo derrotó. Descuidó, dice, ese único elemento que al final cambió toda su composición. Había una pregunta, insiste, que olvidó hacer. Pero el lector habrá visto que en verdad la hizo; y que la hubiera repetido esa noche, a no ser por la velocidad con que sucedieron las cosas. *¿Quién era el que se había deslizado fuera de la sala de estudio, frente a Hardcastle y al muchacho Gylby, cuando iban camino de la torre?* Conoces la respuesta, lector. Era Ewan Bell.

Largo tiempo había rumiado esa extraña carta de Christine, que me había traído el tonto. Pero —viejo y lerdo como soy— ya había llegado la Nochebuena antes que viera que en su corazón, desconocida quizá para Christine misma, había una súplica. Y quizá tampoco esa verdad se me mostró muy claramente, porque cuando, a la hora del crepúsculo, partí valle arriba, me decía a mí mismo que lo hacía sólo porque debía decir adiós a la muchacha. Pero en lo más profundo reconocía la llamada, y más profundamente aún habré sentido el peligro; de otro modo no habría intentado un camino que, de por sí, era un peligro y una locura.

Calculaba llegar a la casa grande poco antes de las ocho, y confiaba, para pasar la noche, en la hospitalidad de Guthrie o en un jergón como aquél en que había pensado la maestra, en el desván de la granja. Pero al hacer tal cálculo pensaba en mí mismo como si fuera joven. Por algún portento de la naturaleza llegué vivo a Erchany a través de la tormenta de aquella noche; pero sólo faltaba una hora para las doce, cuando me adelanté penosamente por el último tramo del camino; la linterna para tormenta emitía un brillo insignificante en medio de aquella fuerte nevada. Había luz en la sala de estudio; bajé al foso y después, con alguna dificultad, trepé a la pequeña terraza. El señor Wedderburn tenía razón al vislumbrar en mí las ruinas de un atleta; parece que todavía soy fuerte.

Me pregunto aún por qué tomé este camino secreto hacia Christine; sin duda, ello muestra la vehemencia del instinto que señalaba en Guthrie a un enemigo. Me dejé entrar por la ventana, y vi que estaba muy contenta de que hubiera venido. Tenía una maletita —no mayor que la cartera del domingo de la señora MacLaren, según parecía— junto a ella, y un impermeable sobre una silla. Dije:

—¿Sin duda no te irás esta noche?

Asintió con la cabeza.

—Así lo quiere mi tío. Y Neil dice que podemos llegar muy bien a Mervie. Está arriba en la torre, con mi tío, y nos iremos apenas baje. ¿Todo está muy bien, no le parece, Ewan Bell?

Estaba demasiado enamorada, supongo, para permitirse algo más que una molesta sospecha de que todo estaba muy mal, de que había algo vesánico y siniestro en el fondo. Dije:

—Subiré a verlos, Christine. Y cuando tu Neil baje, ¡afuera!, y a escribirme algún

día.

Y dicho esto la besé. Mi idea, creo, era actuar como una especie de retaguardia, cuando se hubieran ido. Mi mente no sospechaba que su partida podía serles fatal.

Christine dijo:

—Vaya por la escalera pequeña, que así es más probable que evite a Hardcastle. —Y me dio una llave, por si la puerta estaba cerrada por abajo.

Me deslicé fuera de la sala de estudio —fue cuando me vieron Gylby y Hardcastle— y me encaminé a la escalerilla. Es algo digno de recordar que después de esa fatigosa caminata desde Kinkeig, subí la escalera pequeña más pronto que ellos la grande. Y muy diferente habría sido la historia si me hubiera retrasado.

Recordarás, lector, que yo estaba bastante familiarizado con el castillo, como muchacho que era en tiempos del antiguo señor; pero poco recordaba del último piso de la torre. Sólo sabía que había una entrada desde el parapeto, y cuando apareciera por la trampa, mi plan era entrar audazmente y decir que había venido como amigo de Lindsay, para verlo partir a salvo con su novia.

El viento era fuerte, y durante un momento me detuve preguntándome si debía doblar a la izquierda, o directamente a la derecha. Elegí la izquierda, y sucedió que me equivoqué. Es decir, la escena con que se vio enfrentada Miss Guthrie asomándose al ventanal, yo la vi por el otro lado. No advertí la presencia de la muchacha norteamericana. Tampoco la advertió, creo, Ranald Guthrie; debe de haberse equivocado ella al creer que éste la oyó gritar.

Llegué a la escena pocos segundos antes que ella; es posible coordinar nuestros movimientos con bastante precisión por el grito que oyó, el grito que la alejó de su ventana. Era mi grito. Y no dudo que fue bastante fuerte. Pues iba cautelosamente por el parapeto, con la luz a mis pies, cuando algo que partió rodando de la oscuridad casi me hizo trastabillar y caer de la torre. Coloqué la linterna en el piso y me agaché sobre aquello. Era un cuerpo humano.

Después, todo fue cuestión de segundos. Vi que había otra linterna ardiendo en un nicho, por encima de una puerta, la puerta del pequeño dormitorio. Y al instante siguiente, Guthrie atravesó esa puerta. Me erguí, separándome de aquel cuerpo acurrucado —muy temeroso que fuera el de Neil Lindsay—, y di hacia atrás un paso que volcó la linterna y la apagó. Entonces Guthrie notó mi presencia y su hacha se levantó amenazadora: fue el momento en que Miss Guthrie empezó a ver lo que sucedía. Dio un paso hacia mí; el paso lo sacó de la luz; los minutos siguientes fueron de tanteos furtivos. Yo sabía que estaba en peligro de muerte; lo sabía tan bien como si Guthrie me hubiera leído una declaración de guerra. Y en salir de ese peligro iba no sólo mi vida, sino la vida del hombre que yacía indefenso a mis pies. Porque estaba seguro de que el castellano estaba por cometer un crimen.

Estaba agazapado en algún lugar, en la oscuridad, maniobrando en busca de posición con toda la astucia de su poderoso cerebro. Y de pronto se irguió junto al parapeto, en plena luz. Podía ver mi silueta —como Miss Guthrie—; había juzgado

que bastaba, y que me cogería de sorpresa de ese modo. Blandió el hacha desde abajo: un golpe que me abriría las tripas o me partiría hasta el mentón. Tenía que golpear primero, y lo hice. Nada más, lector, sobre la muerte de Ranald Guthrie.

3

Me arrodillé junto a la figura que yacía sobre la nieve —recordará el lector que Miss Guthrie había retrocedido y no vio nada de esto— y dije en voz baja:

—Lindsay, hombre, ¿está bien?

Y entonces la figura se movió y volvió el rostro. Quedé pasmado cuando vi que estaba mirando a un Guthrie. Mi primer pensamiento espantoso fue que, en la oscuridad, había matado a un inocente.

Estaba narcotizado, creo, pero volvía en sí rápidamente. Sólo pasaron algunos segundos antes que abriera los ojos y susurrara:

Y al oír mi nombre sus ojos se iluminaron como si hubiera pasado sólo un día desde la última vez que lo había oído. Dijo:

—Soy Ian... Ian Guthrie. Sáqueme de aquí, en secreto.

Quizá ya por esa noche había tenido mi buena porción de actividad; bastante para satisfacer el Ideal Atlético de la propia Miss Strachan. Pero no había otro remedio. Arrojé mi linterna por el parapeto, tomé la que ardía en el nicho, y me eché a Ian Guthrie a la espalda. Más de una vez, en la heredad de mi padre, he transportado un ternero mucho más pesado que él.

Lo llevé a la trampa, y a través de ella, y eché el cerrojo por abajo. Pocos minutos después, supongo, que el muchacho Gylby salió al desierto parapeto, mirando de un lado a otro. Con alguna ayuda, Ian se tambaleó por esa larga escalera de caracol, y por el corredor, hasta cerca de la sala de estudio. Miré adentro: Christine se había ido. Lo entré y descansó un poco, calentándose delante del fuego; después dijo:

—¿Ranald?

—Lo maté —lo tiré por encima del parapeto.

Su rostro estaba pálido como el papel, pero ahora se volvió aún más blanco.

—¡Pobre loco! —Permaneció silencioso un momento—. Iba a matarme, señor Bell..., después de una pequeña operación. —Y extendió su mano derecha—. De ahí, el hacha.

Pasaría mucho tiempo antes que yo entendiera eso cabalmente. Recordarás, lector, que el señor Appleby dijo que el Flinders de California no debía exhibir ningún rasgo que pudiera ser reconocido como ajeno al Flinders de Sidney, y cómo, a raíz de eso, Ranald trató de dominar su mezquindad. Eso era muy cierto. Pero había algo más en el Flinders de Sydney, que Appleby ignoraba, y que Ranald, gracias a lo que Ian le había escrito, conocía. En sus primeros trabajos de radiólogo, Flinders había perdido dos dedos, cosa bastante fácil de ocurrir, parece, con ese material peligroso. Bueno, a Ranald le resultaba bastante fácil llegar a California con dos dedos menos; algunas lecturas de medicina quirúrgica, un período de reclusión, y fortaleza más que común..., esto era todo lo necesario. Pero el cuerpo que debía ser encontrado en el foso, y tomado por Ranald Guthrie, presentaba un problema más difícil. Evidentemente, no debía exhibir dos dedos amputados de hacía tiempo. Por

otra parte, una operación para ocultar esta diferencia, en circunstancias normales engendraría sospechas, formuladas en la pregunta: *¿Por qué han sido cortados los dedos de Guthrie?* Pero una vez que se sospechara de Neil Lindsay, de haber asesinado a Guthrie, esa pregunta —gracias a la oscura leyenda de los Lindsay y los Guthrie— recibiría respuesta suficiente, y una respuesta que acusaría a Lindsay. La gran dificultad en el camino de Ranald contra su enemigo principal, se convirtió en el detalle más sorprendente de su plan, contra el otro. Como le gusta decir a Appleby, el rompecabezas de Ranald Guthrie era un asunto muy nítido y conciso.

Pero yo seguía contemplando esa mano derecha de Ian Guthrie, perplejo, cuando se puso de pie, vacilante.

—Oigo voces —dijo (serían tal vez, Gylby y los otros que bajaban de la torre).

—Vámonos.

Lo miré, bastante sorprendido.

—¿Irnos?

—Nadie sabe que estoy aquí, excepto ese villano de Hardcastle, que no hablará. Y la muerte de Ranald pasará, quizá, como un accidente o un suicidio.

—Señor Ian, no temo confesar la muerte de su hermano loco. O moría él o moríamos nosotros.

—Muy cierto, Ewan Bell. ¿Pero cree que quiero un escándalo espeluznante porque Ranald haya perdido la razón? Debemos irnos de Kinkeig.

Juzgué que él también estaría loco si pensaba irse, a través de la nieve, esa noche, en su condición. Pero ahora sé, naturalmente, qué lo impulsaba. Sentía casi una pasión —la oscura pasión de los Guthrie— por terminar sus días como Richard Flinders. Nada anormal, pensándolo bien, porque Richard Flinders era lo que él se había hecho a través de casi cincuenta años. En ese momento tuve que someterme a algo que no entendía, y seguirlo fuera del castillo. Debe recordarse que Ian nada sabía de Lindsay ni del peligro que probablemente se cernía sobre el muchacho. Y yo mismo tampoco tenía un cuadro muy claro; o de otro modo, quizá, lo habría obligado a quedarse.

Una hora antes yo me había preguntado si mis fuerzas me llevarían hasta Erchany; ahora tenía la tarea de llevar de vuelta a un hombre enfermo, por el largo camino de Kinkeig. Las emociones me infundieron, sin duda, una especie de indiferencia. Sabía que tal vez pereceríamos en el camino; y, sencillamente, sentía que lo que debía ser debía ser. Pero sucedió que ambos resultamos extraordinariamente fuertes, y pasamos junto a la iglesia de Kinkeig, cuando la campana llamaba al servicio temprano. No encontramos a nadie, y durante las siguientes veinticuatro horas, Ian Guthrie se ocultó en mi casa. Pero no lo suficiente. El pensamiento de ver de nuevo a Kinkeig lo fascinaba, y a la tarde salió a dar una vuelta a la hora del crepúsculo. De aquí, lector, el fantasma de Ranald Guthrie.

Me contó su historia, y comparando lo que sabíamos, reconstruimos casi todo el rompecabezas. Pero todavía Ian no quería dejarse ver. Habría un interrogatorio, dijo,

y ocultaría sus cartas hasta que hubiera terminado; si la sospecha recaía sobre Lindsay, se presentaría; de otro modo se alejaría como Richard Flinders, y nadie se enteraría de nada. Y mientras tanto, yo debía persuadir a Christine de que no revelara mi presencia en Erchany.

Juzga, lector, si obré rectamente cuando, en cierto detalle, me opuse a su plan. Aun si las cosas sucedían de modo que no fuera indispensable que Ian Guthrie volviera públicamente a la vida, dije, la familia y los abogados debían enterarse. Y logré imponer ese poquito de sentido común sobre la ancestral excentricidad del hombre. Cuando todo se hubiera arreglado, convino, yo podría reunir de noche, en el castillo, a las personas íntimamente interesadas, y él vendría desde Dunwinnie y les explicaría todo. Y acordado esto, Ian se escabulló de Kinkeig en la oscuridad y caminó de regreso a su hotel de Dunwinnie, donde, por cierto, en medio de la baraúnda de deportistas y patinadores, no habían echado de menos a Richard Flinders.

Y eso es todo, aunque después pasé horas incómodas. No conté con que el policía Appleby hubiera ido a la casa grande cuando ingeníé esa reunión de familia; menos mal que el tal resultó un hombre sensato, que sabía cuándo callarse. Ranald Guthrie y ese salvaje de Hardcastle estaban muertos, e Ian Guthrie era un hombre sin hijos, cuya actitud hacia las propiedades de Erchany era asunto suyo. Y guardar silencio durante algún tiempo sobre la historia completa y definitiva —en tanto que era apenas indulgencia para él— era misericordia hacia Christine Mathers.

Y de este modo los Guthrie se han ido de estas tierras, y el castillo de Erchany se alquila. Lo que quedaba en el castillo —se ha dispersado; los retratos de familia y todo cuanto había en la sala de estudio, fueron enviados a Sybil y a Christine, y después hubo una venta general. La gran mesa flamenca, donde se sentaron y comieron su caviar aquella noche, fue comprada por el Dr. Jervie para las sesiones de la iglesia. Los globos, tras los que se escondió la pequeña Isa Murdoch en la galería, fueron comprados por la señora Roberts, de *Las Armas*; ahora se sienta en el saloncillo privado, con su tetera a un lado y el globo terrestre del otro, dispuesta a mostrarle a uno desde qué puerto escribieron la última vez sus muchachos. Fairbairn de Glenlippet —el que paga la patente de su automóvil siempre por cuartas partes— compró la gran piedra de granito del patio; la gente se sintió muy perpleja por saber qué uso le daría, pero Will Saunders dice que un día llevará sobre sí una excelente inscripción en memoria de la señora Fairbairn. Y en cuanto a la biblioteca teológica de la galería, la compré yo mismo: ha resultado material muy sólido para meditar, y un firme apoyo en las discusiones que suelo sostener con el párroco.

Hoy, quizá por última vez, he errado por la casa grande. Los vientos, que siempre se arremolinan en torno de Erchany, suspiran por las ventanas rotas; aunque tibios y perfumados por las serranías, apenas traen al castillo una sugestión de verano o de sol. Definitivamente, el lugar pertenece al pasado; los únicos inquilinos serán las ratas (ya han olvidado a la chiflada mujer de Hardcastle) y los vencejos, que conocen su estación. La piedra caerá sobre la piedra, y esta alta torre a la que yo he subido será tan olvidada como la torre de los Lindsay, en Mervie; y los Guthrie, de Erchany, que han vivido tan apasionadamente en la vida de Escocia, serán recordados, como sus rivales, sólo en las notas de la historia.

Pero los Gamley han regresado a la granja. Uno de los muchachos ha tomado esposa, una muchacha de Speyside, y ahora la oigo cantar en el campo alguna melodía ruda y efímera, como las que casi han matado la verdadera gaya ciencia de Escocia. Y sin embargo —porque surge gozosa y vibrante de la tierra— la oigo como una canción perdurable.



JOHN INNES MACKINTOSH STEWART (Edimburgo, Escocia, 30 de Septiembre de 1906 – Coulson, Londres, Inglaterra, 12 de noviembre de 1994). Fue un novelista y académico escocés.

Estudió Literatura Inglesa en el Oriel Collage de Oxford. En 1929 estudió psicoanálisis en Viena. Fue lector de inglés en la Universidad de Leeds (Yorkside, Inglaterra) entre 1930 y 1935. Se casó con Margaret Hardwick en 1932, tuvieron 3 hijos y 2 hijas.

En 1936 se traslada a Adelaide (Australia) donde continúa su carrera como docente. Durante el viaje escribe su primera novela que publicaría como Michael Innes, seudónimo que utiliza hasta 1986. En 1945 vuelve a Gran Bretaña y se establece en Belfast hasta 1948. Entre 1949 y su jubilación en 1973 imparte clases en el Christ Church College de Oxford. En 1954 publica su primera novela con su propio nombre Mark *Lambert's Supper*. También publicó estudios críticos sobre la obra de James Joyce, Joseph Conrad, Thomas Love Peacock Rudyard Kipling y Thomas Hardy.

Murió en Surrey, en el sur de Inglaterra, en 1994. Fue uno de los escritores preferidos de Borges y Bioy Casares.

Notas

[1] Zapatero, a tus zapatos. (*N. del T.*) <<

[2] Montañeses de Escocia. <<

[3] Auld Lang Syne es una canción patrimonial escocesa cuya letra consiste en un poema escrito en 1788 por Robert Burns, uno de los poetas escoceses más populares. Se suele utilizar en momentos solemnes, como aquéllos en que alguien se despide, se inicia o acaba un viaje largo en el tiempo, un funeral, etc. Se la ha relacionado especialmente con la celebración del Año Nuevo.

«Auld lang syne», en escocés, literalmente significa «hace mucho tiempo»; aunque se traduce más adecuadamente como «por los viejos tiempos». Se canta con la melodía popular tradicional (es decir, folclórica, y, por tanto, anónima) escocesa clasificada con el número 6294 en el catálogo de Roud. (*N. del D.*) <<

[4] Juego de palabras: *Hardcastle*: Castillo Duro; *Dampcastle*: Castillo Húmedo; *Coldcastle*: Castillo Frío; *Crazycastle*: Castillo Loco. <<

[5] Cabaña esquimal construida con hielo. <<

[6] M. B. = *Bachelor of Medicine*, Bachiller en Medicina. BS. = *Bachelor of Surgery* (en EE. UU.). Bachiller en Cirugía. <<